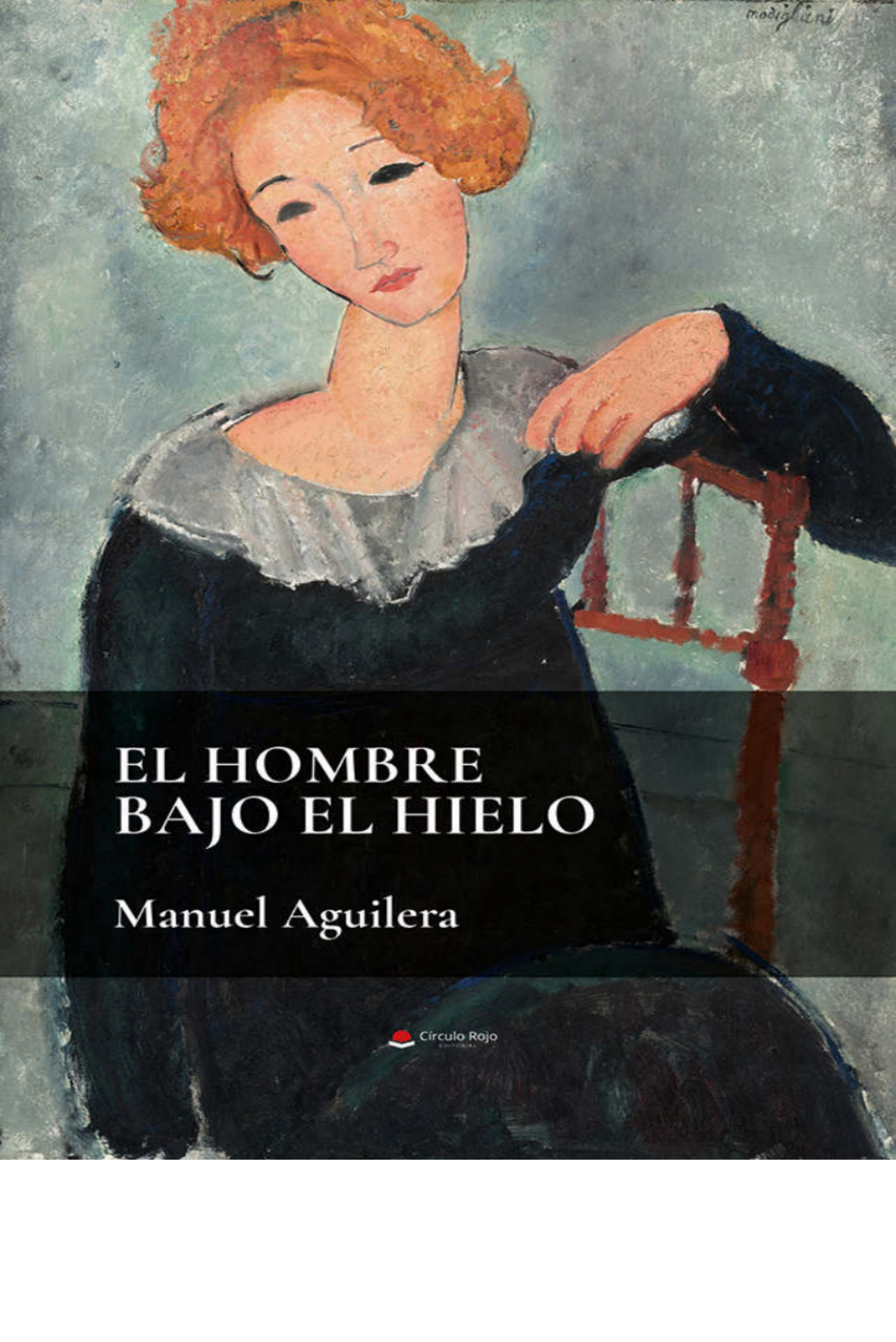

modigliani
EL HOMBRE
BAJO EL HIELO
Manuel Aguilera
Círculo Rojo

El hombre bajo el hielo

Manuel Aguilera



Primera edición: diciembre 2023

ISBN: 978-84-1199-944-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

A Alba

«La memoria no es lo que recordamos, sino lo que nos recuerda. La memoria es un presente que nunca acaba de pasar».

Octavio Paz
¿Águila o sol?

“Lord, we know what we are, but know not what we may be”.

William Shakespeare
Hamlet

Uno

> **Oquedad**. Espacio en el interior de una roca del que debe estarse atento para conseguir una fijación segura de los anclajes en las maniobras del rapel. Sentimiento que agobia al espíritu del escalador cuando debe abandonar la búsqueda de la cumbre, y que es similar al que se experimenta con el desengaño.

Desvelar la verdad no es igual que descubrir la mentira. La distinción es más que una sutileza. Dar con la verdad es la impresión mental que producen los puntos dispersos de la realidad al unirse y, de pronto, dar sentido a lo que antes no lo tenía. Comprender la mentira, en cambio, es descifrar involuntariamente lo que siempre estuvo allí. La verdad es un propósito hacia el que se avanza, mientras que la mentira es una certeza que nos persigue. Por eso, a diferencia de lo que ocurre cuando la verdad nos ilumina, el descubrimiento de la mentira no solo produce el impacto mental de una epifanía, sino también la sensación física de una náusea. Es el vacío en el estómago, el golpe en la nuca, la punzada detrás de la órbita de los ojos. Es el cuerpo que presiente la cuchillada que está a punto de atravesarle el corazón.

Nunca he creído en presagios, pero cuando llegué a la plaza de la Ciudadela esa madrugada me daba vueltas en la cabeza aquella oposición de conceptos con la que había jugado por años, sin sospechar que estaba a minutos de que el destino me forzara a jugar ese retorcido juego en la realidad. El reloj digital del automóvil me espabiló: 2:58. «Nos dieron un pitazo. Dos cuerpos en la Ciudadela. Necesito que cubras al viejo. Ya sabes que no es hombre de celulares y en su casa nada más responde la bendita contestadora. Ve tú a saber dónde diablos se metió…». El remitente del mensaje que había hecho bailar mi teléfono celular era el jefe de redacción del *Diario Centinela*, Lázaro Urbina, y «el viejo» a quien se refería era Efraín Haro, el septuagenario reportero de la fuente de policía. Aborrecía que me mandaran a cubrir guardias ajenas, sobre todo cuando ello había significado tener que abandonar la animada recepción que se ofrecía para anunciar la nueva puesta en escena de *El gesticulador* de Rodolfo Usigli, el gran evento de la temporada teatral que auspiciaba el Gobierno de la ciudad. Aunque como responsable de la sección

cultural del periódico estaba habituado a trasnochar, no era lo mismo pasar la vigilia en jolgorios bebiendo a costa del presupuesto público que siendo testigo de las escenas de sangre con las que los criminales zanjaban sus diferencias a lo largo y ancho de la metrópoli. Pero, bueno, se trataba de don Efraín. El viejo era un profesional, aunque —como todos— tenía sus mañas. Y una de ellas era precisamente la de desaparecer así nada más. Cuando estaba cansado, o simplemente harto, solía conectar su famosa contestadora y si te he visto no me acuerdo. Además, era mi amigo y maestro, y no iba a ponerme mis moños para obligarlo a abandonar su casa a deshoras. «Mira de qué va la cosa», cerraba su mensaje Lázaro Urbina. «Mándame un par de párrafos y una foto. Igual alcanzamos a meter la nota en la página tres».

Estacioné mi coche sobre la calle de Emilio Dondé. Al otro lado del parque, los muros de piedra de la Ciudadela se manchaban con las luces rojas y azules que emitían las barras luminosas de un par de vehículos policiales. Saqué un chicle de la guantera para disimular los tres tequilas que traía encima —saldo de la dichosa recepción—, ajusté la chaqueta para resguardarme del frío de enero que barría la ciudad y me adentré en el jardín guiado por un reflector que, a lo lejos, iluminaba uno de los costados del monumento a José María Morelos.

—Buenas, oficial. —Saludé acercándome al uniformado que resguardaba el cordón policial—. Alberto Millán, *Diario Centinela* —añadí mostrando mi identificación.

El policía me dirigió una mirada legañosa con la que me inspeccionó de arriba abajo antes de preguntar:

—¿Y don Efraín?

—Enfermo —mentí buscando algo de empatía—. Vengo en su lugar a cubrir la nota.

El hombre apenas parpadeó.

—Nos llegó el aviso de que hallaron dos cuerpos. —Tanteé señalando la base iluminada del monumento—. ¿Puedo echar un vistazo?

El uniformado negó con la cabeza mientras controlaba un bostezo.

—Venga, oficial. Hágame la valona. Mire la hora que es. Quiero mandar la nota al periódico y dormir siquiera un rato.

—Hasta que el Holandés lo autorice, nadie puede pasar.

«¡Ah, cabrón!», pensé haciendo un gesto. «¿A poco ya fichan policías en el extranjero como si fueran futbolistas?».

—¿El Holandés? —Verbalicé mi duda.

—El inspector Hasen Ramírez —explicó el policía torciendo los labios—. Cuando él dé su permiso, lo dejo pasar.

Me restregué las manos para tratar de controlar el frío mientras

miraba hacia la luz que creaba aquel día artificial en torno al centro del parque.

—Oiga, y el inspector ese ¿dónde está? —insistí tratando de controlar la impaciencia—. Como no soy de los habituales, pues…

—Ahorita viene —cortó el uniformado desperezándose—. En cuanto se desocupe.

Consulté la esfera del reloj: 3:14. «Me lleva la chingada», pensé.

—Ándele, oficial. —Volví a la carga—. Por lo menos déjeme ir echando una mirada. Aunque solo sea de lejos.

—Ya le dije que primero tiene que autorizarlo el jefe. —Zanjó el policía a la mitad de un nuevo bostezo.

Minutos después, un par de hombres emergieron del foco de luz en el centro de la plaza para dirigirse rumbo a la cinta plástica que delimitaba el perímetro. De inmediato llamó mi atención el que venía al frente. Era alto, de rostro cuadrado y con el cabello rubio recortado en un casquete corto. Ese debía ser el tal Hasen Ramírez. En efecto, tenía pinta de neerlandés de Frisia; lo menos, de menonita de Chihuahua. Los más de cuarenta años que le calculé se disimulaban en un cuerpo atlético. Los ojos verdes —de una claridad sorprendente— le encendían el semblante, y sus labios eran una línea delgadísima que atravesaba el rostro debajo de una nariz afilada.

—Alberto Millán, *Diario Centinela* —dije plantándome frente a él—. ¿Puedo pasar? Serán solo un par de minutos para escribir mi nota.

—El asunto no es conmigo —cortó el rubio sin siquiera mirarme—. Eso véalo aquí con el jefe —añadió para de inmediato alzar la cinta y seguir adelante.

Al volverme, un hombre bajo y grueso me horadaba con sus inquietantes ojos negros.

—¿Qué hay? —Inquirió.

—Quiero hablar con el inspector Ramírez.

—¿Y qué se le ofrece?

—¿El inspector Hasen Ramírez? —titubeé confundido.

El hombre asintió mientras yo pensaba: «¿A poco este chaparro es el dichoso refuerzo extranjero?».

—¿El Holandés? —insistí.

—Eso es solo para los amigos —gruñó mientras pasaba su humanidad por debajo del cordón policial—. Para usted: inspector Ramírez, a secas.

Hasen Ramírez era uno de esos individuos a quienes, por la ausencia de arrugas y canas, resultaba difícil deducir la edad. A pesar de ello, me pareció que debía hallarse ya por encima de los sesenta. Vestía una gruesa chamarra tejida atravesada por grecas multicolores —de esas que hacen en Chiconcuac—, un pantalón azul marino y zapatos negros bien lustrados. Su semblante moreno estaba enmarcado

por una rebelde cabellera oscura y un bigote ralo que le nacía desordenado por encima del labio.

—Bueno, ¿y qué quiere? —insistió con voz firme mientras yo lo miraba todavía desconcertado—. No estará esperando a que le muestre mi placa, ¿o sí?

—Perdone, inspector. —Desperté—. Soy Alberto Millán, del *Diario Centinela*.

—¿Y Efraín? —repitió el mantra.

—Está indispuesto. La gota otra vez. —Volví a mentir buscando un toque emocional.

—¡Qué gota ni qué ocho cuartos! —Sonrió—. Seguro que se fue de fiesta. A lo mejor la misma de la que viene usted —añadió dándome a entender que había percibido el aroma del tequila en mi aliento—. En fin, supongo que viene a ver el lío que nos dejaron aquí.

—Eso es, inspector —respondí intentando levantar el cordón plástico.

—No tan deprisa, mi amigo. —Me detuvo—. Yo voy a ir con usted, pero primero espéreme aquí un momento.

Ramírez se alejó para intercambiar un par de palabras con el agente con pinta de menonita que lo esperaba frente al autopatrulla en el límite del parque. Luego sacó un celular del bolsillo de la chamarra tejida, marcó un número y estuvo hablando largo rato. «Lo que me faltaba», pensé cuando el frío comenzaba a calarme los huesos, «este es de los que les gusta echar novia de madrugada…». Fueron más de veinte minutos los que se tomó antes de regresar. Cuando lo hizo, venía acompañado por el agente de pelo rubio, quien, sin decir palabra, siguió de frente rumbo al sitio en donde debían hallarse los cuerpos.

—¿Cómo me dijo que se llamaba? —Inquirió el Holandés.

—Alberto Millán.

—Pues véngase conmigo, Millán. —Decidió mientras alzaba la cinta—. Vamos de una vez porque ya vienen los del forense para llevarse los cuerpos.

Avanzamos rumbo a la luz que iluminaba el centro del parque como un plató de cine.

—¿Y ya saben qué pasó, inspector? —Rasqué buscando algo para empezar a armar mentalmente la nota que Lázaro Urbina estaba esperando.

—Poca cosa todavía. Un par de asesinatos que parecieran…

—¿Ajuste de cuentas? ¿Narcomenudeo en la zona? —lo interrumpí queriendo pasar como reportero bien enterado de esos asuntos—. Dicen que el tema se les ha salido de las manos y que…

—Párele a su carro, Millán. —Me contuvo—. Ya me está contando lo que pasó y no ha visto nada todavía.

Llegamos al centro del parque. Dos cuerpos yacían al borde de la reja de hierro que rodeaba al monumento en la rotonda. La luz del reflector había convertido la escena en una especie de *performance* que la metálica mirada del Siervo de la Nación contemplaba desde la altura de su pedestal. La imagen resultaba perturbadora. No era la primera vez que me enfrentaba a cadáveres abandonados en las calles. En mis años como becario en el periódico, muchas veces debí cubrir eventos de sangre; aun así, nunca se es indiferente ante la muerte. Me concentré en la escena mientras un policía con el rostro cubierto por una mascarilla quirúrgica y las manos enfundadas en guantes de látex tomaba fotografías bajo la supervisión del agente rubio con pinta de menonita. Las víctimas eran dos mujeres. Una de ellas, la que primero captó mi atención, era joven, apenas arriba de los treinta años, calculé. Estaba tendida boca arriba a un costado de la reja. Su pierna derecha se hallaba doblada hacia afuera, de la inconfundible forma que solo admite la muerte. Llevaba pantalones vaqueros, una blusa cubierta por una chaquetilla de cuero y mocasines oscuros. Su cabello —largo y negro— descendía hasta el cuello, en donde colgaba un medallón construido con cruces griegas que convergían en una de color azul intenso que brillaba como el lapislázuli. La piel de su rostro era suave y clara. Sin embargo, aquel semblante, que se adivinaba armonioso, estaba roto por una herida que lo había deformado hasta convertirlo en una masa sanguinolenta. La otra mujer era algo mayor. Estaba sentada contra los barrotes de la reja. Era como una muñeca desmadejada, a la que solo las piernas abiertas conseguían mantener en aquella postura. Tenía la cabeza girada hacia un costado, haciendo que la mata de cabello rojizo le ocultara el rostro. Vestía una falda de cachemira que se había levantado dejando ver las bragas y una blusa blanca que había sido desgarrada por los oscuros ojales de dos heridas en el pecho.

—Y bien, Millán. —Hasen Ramírez controlaba el frío manteniendo las manos en los bolsillos de la chamarra de Chiconcuac—. ¿Qué opina ahora?

—Pues que no parecen el tipo de mujeres que…

—¿Que venden grapas de cocaína en la calle? —Completó—. ¿Se da cuenta? En estas cosas conviene no anticipar vísperas.

—La verdad es que cuesta aceptar que alguien actúe con esta saña. Esas heridas son…

—Una salvajada —interpretó Ramírez de mi silencio—. Además, innecesaria. Mire —se acercó—, los disparos son de un arma de alto calibre. Diría que una 44 o 45. Pero apuesto mi quincena a que no fueron esas balas las que las mataron ni tampoco este el sitio en donde perdieron la vida. O ¿cómo la ves tú, Fierro?

El agente con pinta de menonita se volvió hacia nosotros.

—Pues no se va a quedar sin su chivo esta quincena, jefe. No hay rastros de hemorragia. Tampoco hay sangre proyectada en el piso.

—Y eso ¿qué significa? —insinué.

—Que los disparos fueron hechos cuando ya habían muerto, y no aquí, sino en otro sitio. —Completó el policía—. Aunque ya lo confirmará el forense, que para eso le pagan el doble que a mí.

—Ambas llevan todavía reloj y joyas —agregué tratando de hilar algo más para la nota del periódico—. Si no fue un robo, ¿qué pudo haber pasado entonces?

—¿Cómo ve, inspector? —Sonrió el menonita—. Aquí el compañero periodista supone que con una miradita lo adivinamos todo.

—Algo podrá inferirse… —Intenté argumentar.

—Sí, cómo no. —Me detuvo el tal Fierro—. Yo infiero y se lo digo, y usted va corriendo y lo publica. Y luego somos nosotros quienes quedamos como el cohetero… No, si eso de ser periodista es a toda madre: tiradores de todo y responsables de nada. ¿A poco no, jefe?

El Holandés sonrió antes de dar un par de pasos para indicarme el camino de regreso al límite del cordón policial:

—Bueno, Millán. Me parece que con esto ya cumplí con Efraín.

—¿Puedo tomar una foto? —solicité sacando el celular del bolsillo.

—¿Cree que los familiares de estas mujeres merecen que su último recuerdo sea la fotografía que usted quiere publicar mañana en su periódico? —Ramírez me detuvo clavándome la oscuridad de su mirada—. No la chingue.

No supe qué responder.

—Ándele, guarde eso —me ordenó de mala gana cuando dos paramédicos llegaban con sendas bolsas de polipropileno negro para comenzar la maniobra que llevaría aquellos cuerpos a la morgue—. Solo por tratarse de Efraín, voy a darle algo más. Que no se diga que en la policía nos interesa coartar la libertad de expresión… A ver, Fierro —añadió dirigiéndose al menonita—. ¿Son esas las pertenencias de las víctimas? —Inquirió señalando un par de bolsos que habían sido colocados dentro de sacos de plástico para el resguardo de evidencia.

—Afirmativo, jefe.

—¿Llevaban celulares encima?

—No, pero ya tengo a un par de hombres buscándolos en la plaza. Lo malo es que no se ve nada. Ya ve que la alcaldía nunca ha podido iluminar este mugroso parque como Dios manda y nada más trajimos este reflector. Y eso que aquí le roban de a tiro por viaje a quien se anima a entrar cuando se hace de noche.

—Pues sí, pero ya ves que ahora nuestras autoridades son muy modernas —masculló el Holandés—. Inundan la ciudad de bicicletas eléctricas y botes para echar la caca de los perros, pero, eso sí, no hay

presupuesto para poner unos pinches focos donde los malosos no se cansan de hacer travesuras.

—Y de las cámaras de seguridad, mejor ni le cuento —continuó elaborando Fierro—. No hay una que funcione en un kilómetro a la redonda.

—Bueno —abrevió Ramírez—, pero ¿pudieron identificar a las mujeres?

—Eso sí. —El menonita extrajo una libreta de notas del bolsillo del pantalón—. De la primera, hallamos una licencia de manejo —explicó señalando la bolsa negra en la que los hombres terminaban de colocar a la joven con el rostro deformado—. Diana Abascal Robles. Paseo Florencia 14, Lomas de Angelópolis. En Puebla.

—¿Y la otra? —interrogó el Holandés cuando los paramédicos colocaban el segundo de los sacos de polipropileno al lado del cuerpo.

—De ella tenemos una credencial de elector…

En ese momento, los hombres giraron el tronco del cadáver descubriendo el rostro de la mujer. Tenía los ojos abiertos y su mirada asfáltica me tocó. «Ojos de lobo de la tundra canadiense», sonó de pronto una voz olvidada en mi cabeza. Al principio creí que aquella sensación había sido solo la oquedad que produce que un muerto nos mire, pero, un instante después, cuando los rasgos de aquel rostro tomaron forma en los pliegues de mi memoria, un golpe seco me oprimió el pecho como si acabaran de clavarme un puñal. Mi mirada se oscureció creando un túnel en cuyos bordes todo se desdibujaba para que aquel semblante sin vida se convirtiera en la única imagen reconocible. El corazón comenzó a palpitarme con furia, al tiempo que los sonidos se desvanecieron hasta convertirse en ecos distorsionados. Comprendí entonces, mientras mis piernas perdían su fuerza y el suelo me atraía sin remedio, que el pasado no siempre se queda donde creímos haberlo abandonado, sino que aprovecha cualquier descuido para recordarnos que es un ente obstinado del que nunca logramos librarnos.

No alcancé a escuchar lo que el agente con pinta de menonita dijo a continuación, pero no fue necesario. Mientras la oscuridad me engullía con la ferocidad de una bestia, una voz resonó en la profundidad de mis recuerdos dando nombre al rostro que acababa de aparecer frente a mí: Beatriz.

Dos

Labio. Cada uno de los salientes que presenta la grieta de un glaciar. Filo de una laja. Reborde exterior carnoso en la boca del ser amado que el alpinista, luego de un día de difícil ascenso, recupera en su mente como forma eficaz para imaginar el porvenir.

Cuando abrí los ojos, me hallaba tumbado sobre los adoquines del parque. Frente a mí estaba el uniformado de mirada legañosa.

—¿Cómo se siente? —interrogó.

Estaba mareado. Los oídos me zumbaban como si llevara una colmena instalada dentro de la cabeza.

—Oiga, pero qué clase de madrazo se dio en la maceta —insistió—. ¿No le duele?

Me llevé las manos a las sienes. De ahí provenía la punzada que irradiaba el dolor.

—¿Y qué le pasó? ¿Se le descompuso el estómago? Se me hace que no lo mandan muy seguido a ver estas cosas.

Intenté ponerme de pie, pero el mareo me hizo trastabillar.

—Con calma, amigo —exclamó el policía asiéndome del antebrazo —. Si quiere, llamo a una ambulancia para que lo revisen.

Negué con la cabeza mientras buscaba con la mirada el sitio en donde habían estado los cadáveres, pero no había nada.

—¿Y los cuerpos? —balbucí sintiendo la contextura pastosa de la saliva reseca en mi boca.

—Se los acaban de llevar.

—¿A dónde?

—Pues a dónde va a ser. Al forense.

Miré la esfera del reloj: 4:07.

—¿Y el inspector ese? ¿El Holandés?

—Ya se fue. Solo nos dejó a nosotros para peinar el parque y ver si aparecen los dichosos celulares.

Logré ponerme en pie e intenté dar un par de pasos, pero sentí que la cabeza iba a estallarme y el mareo me derrumbó otra vez. Mi labio golpeó contra la reja de hierro, haciendo que la boca se me impregnara del sabor metálico de la sangre. Cuando me di cuenta, me hallaba sentado contra el enrejado, justo como Beatriz había estado apenas unos minutos antes.

—¿Seguro que está bien? —Quiso saber el policía.

No respondí. Solo cerré los ojos y me cubrí el rostro con las manos. En la oscuridad de la que se llenó mi vista, el horror de aquel cuerpo sin vida volvió a asaltarme. Antes de que consiguiera abrirlos otra vez, las lágrimas habían comenzado a escapar de entre mis párpados, como si intentaran de esa forma lavar la imagen que había quedado grabada en ellos.

Habían pasado más de veinticinco años desde la última vez que había visto a Beatriz. Aquel día, presa de la mayor incredulidad, me había aparecido en la Parroquia de la Santa Cruz del Pedregal —el templo de los acaudalados habitantes del sur de la ciudad— para confirmar que la invitación que había caído en mis manos esa mañana no era una broma, sino, en efecto, la señal de la más lacerante de sus claudicaciones. Esa noche, enfundada en un espectacular vestido de novia, la vi de rodillas frente al altar al lado de la Lombriz, el imbécil que la había perseguido por años y que con ese acto me demostró que, a pesar de no ser más que un bodoque mononeuronal, había sido capaz de conquistar a un espíritu que yo imaginé ingobernable.

Después de aquel día, Beatriz se desvaneció de los sitios que ambos frecuentamos por años, para volverse asidua a los que yo no visitaría nunca. Alguna vez, debió ser un par de años después de aquella boda, Jorge —quien por ese entonces ya se había casado con *Bella* Carpio y comenzaba a descollar como economista en el Banco de México— me sorprendió diciéndome que había visto a Beatriz y a su flamante marido en Nueva York. La Lombriz y él habían sido condiscípulos en la universidad. De hecho, fue Jorge quien, sin proponérselo, acercó a aquel zoquete a la vida de Beatriz. Según me contó entonces, se topó con ellos en las calles de Manhattan para llenar un par de minutos con las banalidades propias de un encuentro fortuito. Ella no le preguntó por mí y él —con el marido enfrente— no me sacó a colación tampoco. Según Jorge, Beatriz lucía estupenda. Al parecer, la vida conyugal había terminado siendo benévola con ella. Así que, después de esa reseña de un matrimonio dichoso, si alguna vez pensé en buscarla, aunque solo fuera para saber cómo estaba, la intención se desvaneció. Quise convencerme de que ella era feliz y que yo, por mi redomada estupidez, había perdido cualquier derecho a inmiscuirme en su vida.

A los pocos meses, me embarqué rumbo a Barcelona. No es que los pormenores del encuentro que Jorge me reseñó hubieran sido el motivo para hacerlo, pero sí quizás el detonante que a veces es necesario para tomar una decisión de vida. El viaje para cruzar el Atlántico era un plan que había estado rumiando por algún tiempo. En aquellos días, traía metida en la cabeza la idea de rectificar mi camino

en la literatura, lo que significaba abandonar la inercia esquizofrénica a la que me estaba conduciendo el periodismo para convertirme en novelista. Había hecho la carrera en Letras y, luego de algún tiempo en el *Diario Centinela*, me había convencido de que la labor de reportero solo corrompía al espíritu del escritor que me habitaba. Debía abandonar los artículos banales que me daban de comer, para concentrarme en escribir la novela de la que surgiría mi verdadera voz. En el fondo, sabía bien que aquel era un objetivo que, con un mínimo de disciplina, podría acometer sin necesidad de enclaustrarme en una ciudad en la que muchos reniegan de la lengua a la que pretendía consagrarme, pero entonces me engañé suponiendo que solo alejándome de la rutina del periódico para encerrarme en las antípodas de la Tierra alcanzaría aquel propósito. Así que, armado con una beca que Jorge me ayudó a conseguir con sus amigos en el gobierno, me lancé a la aventura europea.

Sobra decir que, como cualquier plan fraguado no para alcanzar una meta, sino para escapar de la realidad, el proyecto terminó convirtiéndose en un fracaso. Los idílicos paseos por las Ramblas y el barrio Gótico no sirvieron de inspiración ni siquiera para emborronar las primeras cuartillas de la dichosa novela. Y, de la mano de las musas, el dinero comenzó a escasear también. Al tratarse de una beca que cubría el secundario ámbito de la literatura y no el de alguna disciplina técnica o científica, la mínima asignación no me permitía pagar ni el alquiler del departamento, así que comencé a completar los gastos con mis exiguos ahorros, los cuales no tardaron en consumirse. Con la cuenta del banco en ceros, decidí reanimar mis fuentes de ingresos remitiendo nuevamente artículos al periódico, con lo que no solo regresé a la actividad de la que pretendía apartarme, sino que encontré la excusa perfecta para posponer la escritura de la novela.

Pero aquel no fue el único saldo de la aventura. Los días de exilio me confirmaron que los recuerdos —igual que la consciencia cuando se halla sucia— son obstinados. La evocación de Beatriz no desapareció por el simple hecho de hallarme lejos; por el contrario, revivió con mayor fuerza en medio de la soledad y la distancia. Cuando por cualquier motivo pensaba en ella, me refugiaba en la fotografía que llevaba conmigo en la billetera, la única suya que había decidido conservar. Era un pequeño retrato escolar en el que Beatriz lucía sonriente con sus diecinueve años recién cumplidos. Aquel día, la había acompañado a recoger esas instantáneas. «¿Cómo salí?», me había provocado mostrándome las fotografías. «Bien. Como siempre», le dije eludiendo una respuesta. Entonces sonrió, tomó una y me la dedicó al reverso: «Para Alberto, el genio que nunca ha comprendido nada».

Al final, la aventura española —que duró menos de un año y me

dejó sin un peso en la bolsa— desembocó en mi regreso al *Diario Centinela* y en la convicción de que nunca lograría escribir nada más que anodinos artículos para el periódico. Y así debió terminar todo. Me habría conformado con que el frustrado éxodo hubiera sido el colofón de mis aspiraciones literarias; el desengaño tras el cual podría haber acompasado el resto de mi vida a la danza circular de la rutina. Pero, muchos años después, de madrugada en la plaza de la Ciudadela, los hados me confirmaron que no se les había pegado la gana complacerme. Habían tenido la paciencia de esperar hasta que llegara el momento oportuno para, enfrentándome de una forma cruel ante la muerte, recordarme que el azar es el verdadero Dios del destino.

Cuando logré ganar la calma necesaria, me incorporé para dirigirme al coche. Noté que el policía me seguía con la mirada para cerciorarse de que lograba entrar al vehículo sin contratiempos. El rostro sin vida de Beatriz se repetía como un *flash* dentro de mi cabeza, mientras el zumbido en mis oídos mutaba en un golpeteo seco que era como un mazo intentando romperme el cráneo. «¿Qué pudo haberle ocurrido?», me preguntaba. Pero no tenía una respuesta. No podía haberla si mi orgullo me había mantenido alejado de ella por tanto tiempo. Tomé el celular y busqué en el directorio un nombre que, cada vez que sustituía el dispositivo, me aseguraba de que estuviera allí, aunque no acostumbrara a llamarlo casi nunca. Era la única persona que supuse podría saber algo de Beatriz, y la única también que entendería lo que me estaba consumiendo por dentro.

—Soy Alberto —disparé apenas se estableció la comunicación.

—¿Alberto?

—Alberto Millán.

—Sí, ya sé que eres Alberto Millán… Vaya, hasta que te acuerdas de que existo.

Hacía años que no hablaba con Jorge. No había sido culpa suya, sino mía. Bueno, y de su mujer también. Mi antipatía hacia Isabella Carpio —la niñata rica que se había impuesto a sí misma el mote fatuo de *Bella*— había transformado nuestra amistad en una relación distante e intermitente.

—Necesito verte.

—De veras que no te mides, pedazo de cabrón. Nunca me hablas, y cuando soy yo quien te busca no devuelves la llamada. Y para acabar de joderla, llamas a esta hora de la madrugada en la que uno…

—Es urgente, Jorge —corté.

El silencio se extendió por un momento en la línea.

—Oye, pues ¿qué te pasa?

—¿Dónde nos vemos?

—Ahora no puedo, Alberto.

—Ya te dije que es urgente, así que levántate y…

—Que no puedo, te digo. —Me detuvo—. Estoy en Washington. De trabajo.

Un nuevo golpe en las sienes me hizo cerrar los ojos.

—¿Cuándo vuelves?

—Pasado mañana. Si quieres, en cuanto llegue te…

—Ha sucedido algo terrible. —Volví a interrumpirlo.

—¿Estás bien?

—No se trata de mí —respondí sintiendo que la garganta se me cerraba—. Es Beatriz…

Un largo silencio se adueñó de la línea. No era la distancia entre la Ciudad de México y Washington. De medirse aquel silencio por el espacio físico que nos separaba, habríamos debido de estar uno en la Tierra y el otro en Marte.

—¿Beatriz? —murmuró al cabo—. ¿*Tu* Beatriz…?

Le narré lo sucedido. Desde la asignación esa madrugada para cubrir una nota que no me correspondía, hasta el descubrimiento de su cadáver. Cuando terminé, los ojos se me habían vuelto a humedecer.

—Ya me conoces. Nunca quise buscarla. Fue la forma de mi estúpido desquite con ella. Y ahora me pregunto si no debí…

—No me digas que ahora piensas echarte la culpa —me interrumpió—. Nada más eso te falta.

Jorge permitió que el silencio me devolviera algo de serenidad.

—Necesito saber qué fue lo que le ocurrió. —Reanudé.

—Bueno, supongo que ese será asunto de la policía.

—Sí, aunque pensé que tal vez tú sabrías algo de lo que fue de ella estos años. Eso me ayudaría.

Tardó un momento en responder:

—Algo sé. Ya sabes, por su marido.

La síntesis que Jorge me dio fue involuntariamente hiriente. Tres años antes, la madre de Beatriz había muerto vencida por un cáncer, y su padre, quizá por el simple abatimiento de la soledad, la había acompañado unos meses después. Lo siguiente fue su divorcio de la Lombriz. Sin hijos ni familiares cercanos, Beatriz se quedó prácticamente sola de un día para otro. ¿Qué había hecho desde entonces? Jorge no lo sabía.

—Debiste decírmelo.

—Si hablaras conmigo de vez en cuando, tal vez lo habría hecho. Aunque ya sabes lo que hubiera pasado.

—La habría buscado.

—Eso es, Alberto. Habrías salido corriendo tras ella —confirmó para abrir un nuevo compás de espera—. Y la verdad es que no me

habría gustado ser yo quien te orillara a pasar por lo mismo otra vez. No habría sido justo. Lo entiendes, ¿verdad?

No respondí. El golpeteo en las sienes había traído de regreso el zumbido que me taladraba la cabeza. Eran los recuerdos reviviendo lo que supuse que había muerto mucho tiempo atrás.

Tres

Desvío. Inconveniente que aparta al escalador de la ruta para alcanzar la cumbre. Paso alternativo que suele ser más largo que la senda directa hacia el objetivo final. Frialdad o indiferencia que el alpinista experto percibe en la mirada esquiva de otro y que debe alertarlo de un peligro.

Conocí a Beatriz cuando yo acababa de cumplir los quince años. Las vacaciones escolares estaban a punto de iniciar y las posibilidades, como ocurre cuando se ha vivido tan poco, parecían infinitas. Desde meses antes había venido fraguando los planes con los que consumiría esas semanas de ocio al lado de mis amigos de la colonia Del Valle. Así que, apenas terminó la última de las ceremonias cívicas en la escuela, me encontraba listo para convocar a mis camaradas al cónclave anual con el que abriríamos fuego en contra de la vida. No obstante, aquel arreglo sencillo que regía mi conducta cada verano iba a ser violado por su artífice original, mi madre.

En aquellos años, la vida de un adolescente en la Ciudad de México era muy distinta a la que hoy se da por sentada. Sobra decir que no existían ni el internet ni los dispositivos móviles. Es más, el servicio telefónico apenas se extendía de manera más o menos generalizada en la ciudad. La mayor parte de los hogares no contaba con una línea fija, y hacer una llamada telefónica implicaba disponer de una moneda de veinte centavos para hacerlo en una caseta pública. La televisión comenzaba poco antes del mediodía y terminaba —y eso quiere decir que se suspendía para quedar reducida a ruido estático y luces parpadeando en el monitor— a eso de la media noche; salvo los sábados en los que se transmitían por las mañanas las viejas versiones de la matiné de los años cuarenta de la Columbia Pictures, en las que Kasim (Gilbert Roland) salvaba semanalmente a la princesa Azala (Mona Maris) de las garras de Hassan, su perverso hermano gemelo. El fútbol se jugaba con balón de cuero —de esos que dejaban la marca de los gajos en la piel cuando se recibía un balonazo— y zapatos tenis con punta de goma. La música se escuchaba en la radio y en los discos de cuarenta y cinco revoluciones o de larga duración que uno podía comprar. El dinero de entonces valía más, fruto preciado de la estabilidad económica que los gobiernos autoritarios proveían, pero era también mucho más escaso. Mi asignación diaria consistía en

ochenta centavos, los cuales eran suficientes para comprar alguna golosina y un refresco durante el recreo escolar. Pero, por encima de todas esas cuestiones, lo más importante era que la vida transcurría en la calle. Junto con la experiencia que la educación nos daba en la escuela, los adolescentes de entonces aprendíamos también a partir de la realidad cotidiana que enfrentábamos fuera del hogar, desarrollando lo que ahora de forma pomposa los psicólogos han calificado como *inteligencia callejera.*

No obstante, cuando intento identificar lo que realmente marcó aquella etapa de mi vida, termino siempre resolviendo que no fueron ni la intensa convivencia con mis amigos en las calles de la colonia Del Valle, ni mi pasión futbolera por las chivas rayadas del Guadalajara, ni siquiera la fe ciega en los consejos que mi magnánimo héroe de entonces, Kalimán —el Hombre Increíble—, compartía en sus aventuras radiofónicas del mediodía. Fue algo más poderoso y fortuito; un desvío accidental en la ruta que debió seguir mi vida: conocer a Beatriz.

Todo habría de comenzar con una decisión cardinal que mis padres tomaron respecto a mí desde que yo era un niño y que terminaría desencadenando todo lo demás. Los psicólogos —obsesos en comprender lo que no puede entenderse y, además, en clasificarlo— sostienen que hay varios tipos de padres. Los *democráticos* —modelo políticamente correcto hoy día—, que, a pesar de mantener una exigencia y control razonables sobre sus hijos, procuran una buena comunicación y afecto hacia ellos. Los *permisivos,* que confunden el cariño con un nivel mínimo de disciplina. Los *negligentes*, que a la falta de control añaden la ausencia de afecto. Y los *autoritarios*, en quienes el cariño queda supeditado al poder de mando que ejercen sobre sus vástagos. Pues bien, en esta última categoría caían mis padres, específicamente en la subclasificación de «padres que tienen grandes planes para sus hijos». Ellos estaban convencidos de que Emma, mi hermana, y yo debíamos perseguir destinos destacados que nos alejaran de la mediocridad de la clase media y nos acercaran a la élite del México moderno. Y, en lo que a mí tocaba, aquello se reducía a alcanzar un alienado objetivo: convertirme en presidente de la República.

El ariete en la consecución de aquella suerte de «destino manifiesto» —que, si para el clan de los Kennedy rayaba en la megalomanía, para una familia mexicana de clase media como la mía era una verdadera ingenuidad— era el eslabón más fuerte y decidido de aquel matrimonio: mi madre. El vertical camino que ella había trazado para mí, y que no se cansaba de repetirme como si al hacerlo fuera a grabarse en mi ADN, era sencillo: una educación laica en

escuelas públicas, calificaciones sobresalientes y premios académicos, la carrera de abogado, un primer puesto en el gobierno, la adhesión a las juventudes del partido de la Revolución (así, con mayúscula inicial, como se escribía entonces), el ascenso por méritos dentro de la nomenclatura, la integración al grupo de algún político con futuro, la inserción en el círculo cercano al presidente y, finalmente, cuando arañara los cincuenta, la unanimidad de los sectores del partido me convertirían en su candidato. Queda claro que el plan de mi madre estaba más errado que el de Napoleón para conquistar Rusia. La suya era la visión bucólica que los empleados públicos de entonces tenían aún de cómo el poder revolucionario premiaba a sus hijos. La realidad era muy distinta. Cinematográficamente hablando, en aquellos años hacía mucho que México había dejado de ser el idílico *Río Escondido* del Indio Fernández, para convertirse en el sórdido escenario de *El apando* de Felipe Cazals.

Parte de la explicación para aquella ingenuidad era que mis padres —ellos sí— habían sido verdaderas hechuras de la sociedad posrevolucionaria. Surgidos de familias de clase media baja, habían logrado una formación universitaria gracias al esfuerzo gubernamental por democratizar la educación. Ambos habían sido los primeros en sus respectivas familias en egresar de la universidad, y los primeros también en alcanzar los linderos de la clase media gracias a sus empleos dentro del gobierno: mi padre, como abogado en la sempiterna secretaría de Hacienda, y mi madre, como socióloga en las áreas encargadas de llevar la seguridad social a la población del país. No obstante, y a pesar de la mística revolucionaria que campeaba en casa, mamá —la más pragmática de aquel matrimonio— fue la primera en sospechar que quizás el futuro de México se desviaba de la utopía que el Gobierno se esforzaba por mantener viva. La matanza de estudiantes en Tlatelolco unos años antes —cuyos prolegómenos mi padre siguió horrorizado desde su oficina en el Palacio Nacional, y cuyas crudas escenas conoció mi madre en boca de los médicos que atendieron a los heridos en la plaza de las Tres Culturas— había resquebrajado aquella ilusión, y ni siquiera la desquiciada actividad populista de los sucesivos gobiernos había logrado reparar la fractura del sueño. Así que, a pesar del augusto proyecto que había sido diseñado para mí, un buen día mamá decidió poner en marcha el plan B.

Algunos condiscípulos suyos que trabajaban en la Cancillería la habían convencido de que el futuro de México —para disgusto de los nacionalistas— se ligaba de forma inevitable al de nuestro peor enemigo histórico: los Estados Unidos, aquellos güeros cabrones que nos quitaron la mitad del territorio a mediados del siglo XIX. Además, la dignidad nacionalista que habíamos logrado recuperar con la

expropiación petrolera en los años treinta, también se había desgastado poco a poco. Ahora importábamos de los Estados Unidos los bienes que la clase media identificaba como el ideal de una sociedad moderna, mientras que nosotros exportábamos al norte hordas de miserables en busca de empleo. Así que, ante el riesgo que se cernía sobre el futuro, mi madre decidió tomar las providencias necesarias. Si, como aquellos agoreros profetizaban, el destino de México apuntaba al norte, entonces su hijo debía aprender inglés, lo que garantizaría que el proyecto de vida que había trazado para él seguiría teniendo posibilidades de éxito. El problema del inglés es que era una asignatura prácticamente inexistente en la educación pública. Fuera de aquello de «pollito, *chicken*; gallina, *hen*; lápiz, *pencil*; pluma, *pen*», no había mucho que esperar de la formación en lenguas extranjeras que se brindaba a los gallardos hijos de la Revolución. Y esa fue precisamente la noticia con la que mi madre me recibió aquel mediodía que llegué arrojando la mochila de cuero al piso para mostrarle el diploma que me acreditaba, un año más, como el mejor estudiante de la Escuela Secundaria Federal número 11 «Mártires de Tacubaya».

—Alberto, quiero que aproveches estas vacaciones como se debe —dijo mientras colocaba el diploma en la carpeta que resguardaba la colección de mis éxitos académicos—. Vas a tomar clases de inglés —disparó.

Al verla tan tranquila, supuse que bromeaba.

—Eso ya lo estudié —respondí guiñándole—. Mira mi lista de materias. Inglés: sobresaliente.

—Hablo de clases de inglés en serio. —Volvió a la carga esquivando mi mirada.

Descartando que mamá hubiera amanecido aquel día poseída de un oscuro sentido del humor, deduje que algo muy malo podría estar a punto de ocurrir. Repasé mentalmente mis acciones de los últimos días, intuyendo que quizás estaba recibiendo el castigo por alguna travesura que ella no tardaría en echarme en cara.

—Es un curso intensivo de dos meses —agregó—. En el Anglo.

Fruncí el ceño para demostrar que no comprendía nada de lo que me estaba diciendo.

—El Instituto Anglo-Mexicano de Cultura —repitió como si se tratara de algo que yo debiera saber—. La escuela de idiomas de la embajada británica. De lo mejor que hay en México.

—Pero si son mis vacaciones, mamá. —Salté al comprender que la cosa iba en serio.

—Ya lo hablé con tu padre y está decidido. Es una media beca que me costó mucho trabajo conseguir en la oficina y no quiero que la desperdicies, porque quien pone el resto de ese dinero soy yo.

Aquella arbitrariedad amenazaba con trastornar mis planes para el verano. Aunque lo que realmente me dolía era que mi madre rompiera de esa forma el acuerdo tácito que teníamos, el cual me obligaba a sacrificar parte de mis tardes quedándome en casa a estudiar, asegurando así mantenerme como el orgullo académico de los Millán Villanueva, a cambio de la libertad callejera que venía con las vacaciones.

—¿Inglés? —Intenté protestar nuevamente—. ¿Y para qué quiero yo aprender inglés?

—Te servirá para el futuro.

—¿No dices que voy a ser presidente? —Inquirí apropiándome de su argumento—. ¿Cuándo has visto que el presidente hable en inglés? Para eso tiene a los traductores.

—Que no lo hable no quiere decir que no lo entienda; eso lo sabe todo el mundo. Así que déjate de excusas. El curso es diario, de cuatro a seis, y empiezas el lunes —resolvió en vía sumaria.

—El Anglo —mascullé con desencanto—. ¿Y dónde está eso?

—En Antonio Caso.

—¿En la San Rafael? —me escandalicé—. Está lejísimos. ¿Cómo voy a ir hasta allá todos los días?

—Para eso están los autobuses.

—Me puede pasar algo. Imagínate si…

—Al-ber-to —cortó con la dicción silábica que anunciaba que la gota estaba por derramar el vaso.

Lo que sigue no es la historia del jovencito que, dueño de un espíritu justiciero, se subleva ante la arbitrariedad de sus padres. Mi rebeldía de entonces era mínima, y no porque no albergara al demonio iracundo que nos domina en la adolescencia, sino porque tenía bien aprendido que cuando a mi madre se le metía algo entre ceja y ceja no había fuerza humana —o sobrehumana— que se lo sacara. Así que decidí actuar de forma menos impulsiva y más pragmática. Calculé que condescender sacrificando un par de horas diarias tampoco iba a privarme de lo mejor de las vacaciones y que, por el contrario, aquel flagrante incumplimiento a nuestro contrato de convivencia podría rendir frutos más adelante bajo la forma de alguna concesión especial.

No lo presentí entonces, pero en algo habría de tener razón mi madre, porque aquel curso de inglés iba a terminar convirtiéndose en un punto de inflexión en mi vida. No serviría para la consecución de mi «destino manifiesto» —sobra decir que nunca me tomé en serio eso de ser presidente—, pero sí iba a cumplir con un propósito que, a la larga, resultaría esencial y definitorio.

Cuatro

> **Arista**. Ángulo saliente formado por la cresta estrecha que separa las caras de una montaña. Perspectiva singular que se tiene sobre los retos de un ascenso y, en general, respecto a los desafíos de la vida.

La luz del día comenzaba a bañar la ciudad. En la carátula del celular había una larga lista de llamadas perdidas, todas de Lázaro Urbina. Supuse que estaría trinando al no haber recibido antes del cierre de la edición la nota que me había pedido, pero ya habría tiempo para escuchar el sermón que me tendría preparado. Por lo pronto, mi objetivo era otro.

Tras colgar con Jorge y acordar que hablaríamos en cuanto estuviera de regreso en México, me había dado a la tarea de localizar a don Efraín, confiando en que sus contactos en el servicio forense de la ciudad serían la vía más expedita para saber lo que había ocurrido con Beatriz. Lo llamé sin éxito dejando un sinfín de mensajes en la dichosa contestadora y, después, decidí ir a buscarlo a su departamento en Polanco, dispuesto a sacarlo de la cama de ser necesario. Al llegar, las luces estaban apagadas. Llamé a la puerta varias veces, pero el viejo no respondió. Pensé que quizás el tal Hasen Ramírez había acertado y que don Efraín andaba de juerga con los amigos. Casi dos horas después recibí su llamada. «¿Qué pasa contigo, Alberto?», había inquirido. «Ya me llenaste la contestadora de mensajes. ¿Pues dónde es el incendio…?». Lo puse al tanto de lo sucedido esa madrugada. «Perdóname. Mal rato te he hecho pasar sin saberlo», se acusó, para luego pedirme que lo encontrara media hora después en las oficinas del Servicio Médico Forense, el impensado sitio en el que me reuniría otra vez con el pasado.

El frío de la mañana rasguñaba el rostro. Volví a consultar la carátula del reloj: 6:57. Al levantar la mirada, descubrí al viejo cruzando la acera de la calle de Doctor Lavista. Pantalones de gamuza, medias botas de cuero, grueso suéter azul marino, bufanda negra y un cigarrillo colgándole de los labios. Alzó la vista y me hizo un gesto con la mano. Luego dio una larga calada al pitillo antes de arrojarlo al arroyo y contagiar el aire de la mañana con una larga bocanada.

Efraín Haro no era el típico reportero de la nota roja, pero sí el

mejor de México. Al viejo —un mes antes le habíamos festejado en el periódico los setenta y nueve años— la vida lo había hecho encallar, primero por necesidad y luego por convicción, en el duro oficio del reportero de la fuente de policía. «Hundirse en los abismos de la condición humana es la única manera de tasar el espíritu del hombre», solía pontificar. «Y esas simas solo se hallan en los hechos que se cubren en este oficio; lo demás es oropel…». El viejo era alto y delgado, y las casi ocho décadas que llevaba encima no habían conseguido encorvarlo un solo centímetro. Tenía un tono de piel cetrino, pigmentado por los miles de cigarrillos que había consumido a lo largo de su vida y a los que, muchos años después del primero, se negaba a renunciar. Aquella tez taciturna se complementaba con unos ojos oscuros, un grueso bigote plagado de canas y una ancha frente que se amplificaba por el cabello cano peinado hacia atrás. No obstante, detrás de aquella fachada apacible se escondía un individuo de fuegos internos, que iban mucho más allá de la excitación que produce el conocimiento de la psicología criminal en la que se sintetizaba su trabajo cotidiano. El viejo era famoso por ser capaz de comenzar una conversación despertando un bostezo, para terminarla liderando una batalla campal. Amo de la controversia, sabía hacer arder las pasiones y colocar a sus contertulios uno frente a otro en sus respectivos polos ideológicos, para luego ubicarse en el bando de los defensores de la justicia. «Si se trata de poner etiquetas», sostenía orgulloso, «como hombre, tengo los huevos donde deben estar y, como intelectual, soy un liberal, pero de los del siglo XIX». La explicación para esa singular dualidad se hallaba en el hecho de que Efraín Haro era, a más de periodista, un despechado de la política, la vieja amante que un día lo había despreciado.

Fue en los albores de la década de los sesenta del siglo pasado, apenas unos años después de haber abandonado las aulas de la Facultad de Derecho de la Universidad Juárez de Tabasco, cuando Efraín Haro se dio a la tarea de alcanzar su más caro anhelo de juventud: convertirse en alcalde de su pueblo. Huimanguillo era una localidad rural en el trópico húmedo tabasqueño que, en ese entonces, albergaba a unas treinta mil almas, más de la mitad viviendo en una pobreza indignante. A alcanzar el gobierno de aquel hoyo semiselvático dedicó los siguientes años hasta que, por fin, los sectores del partido, que entonces comenzaba a impulsar a sus cuadros más jóvenes, lo señalaron como el elegido. La entonces infalible maquinaria electoral hizo su trabajo y le dio un triunfo aplastante. Pero el gusto le duró poco. En menos de seis meses, el gobernador del Estado ya estaba harto de la gestión del joven Haro, más que por sus iniciativas de reivindicación social, por su frontal negativa para acomodarse a los negocios del gobernador y su familia, todos a costa

de los presupuestos municipales. Al final, él acabó mentándole la madre al gobernador, y este amenazándolo con un juicio político para destituirlo del cargo. El hilo terminó rompiéndose por lo más delgado, y su desencuentro con el poder lo alejó de su terruño para siempre con una obligada renuncia «por motivos de salud», y con la amenaza de acabar sus días en la cárcel si volvía a poner un pie por aquel rumbo.

Así fue, por la puerta de atrás, como Efraín Haro abandonó Huimanguillo y la política, para terminar exiliado en el periodismo de sangre y sexo. Yo lo conocí en los pasillos del *Diario Centinela*. Entonces, él era ya una leyenda en el mundo de la nota roja y yo un becario que veía al periodismo como el despeñadero que debía sortearse para alcanzar las cumbres de la literatura. Desde nuestro primer encuentro, el viejo ejerció una peculiar influencia en mí. Muy diferente a los reporteros tradicionales que eran buenos para el desmadre y para recibir el *chayote* de los políticos en turno, la integridad de don Efraín lo había convertido en una especie de faro intelectual dentro del periódico. En las tormentas que se desataban cuando los censores del gobierno sacaban las garras y se lanzaban al ataque azuzados por alguna información «inconveniente» difundida por el *Diario Centinela*, él se atrincheraba al lado de algunos valientes —yo entre ellos— oponiéndose a quienes lo último que deseaban era meterse en problemas con los poderosos. En aquellas bataholas, como suele ocurrir en las causas justas, salíamos usualmente derrotados, pero él no perdía nunca el temple anunciando que ya habría oportunidad para que la dignidad triunfara.

Cuando don Efraín estuvo frente a mí, intenté decir algo, pero no me lo permitió. Se acercó y me dio un abrazo que aprovechó para susurrarme al oído:

—Deja, hombre. Si no sabré yo que la procesión va por dentro.

Nos acercamos a la entrada. El viejo cruzó un par de palabras con el vigilante, con las que me pareció le preguntaba por su mujer y sus hijos. Acto seguido, este nos franqueó el paso. Entramos al edificio que a esa hora estaba desierto y ascendimos la escalinata circular. Al llegar arriba, don Efraín abatió una puerta con ojo de buey. El corazón comenzó a latirme con fuerza al contemplar la sala de necropsias, un largo salón de muros revestidos con azulejos empañados por el tiempo. Había a lo largo de la sala seis o siete planchas de acero, gabinetes de aluminio y fotografías académicas de riñones, hígados y corazones.

—Toma —dijo extendiéndome una mascarilla que sacó del bolsillo de la chaqueta—. Ponte esto.

Aunque acepté a regañadientes —como si hacerlo entrañara una debilidad que no podría exhibir frente a Beatriz—, apenas aspiré el

hedor de cuerpos corrompidos que el formol no lograba disimular, me pertreché detrás del azulado aditamento.

—¿Y usted, maestro? —Inquirí al ver que él no hacía lo propio.

—Ese cachivache ya no me sirve de nada —respondió cruzando el vano—. La vida me ha acostumbrado a lo que se ve entre estas paredes. Ya sé, es una mierda. Pero qué quieres. Es lo que hay.

En el salón, el ambiente vibraba con la música de un viejo tocadiscos colocado sobre uno de los gabinetes. Una voz aguda emergía en el sincopado ensamble de maracas y guitarras.

«Aunque tú me has echado en el abandono…».

Un hombre enfundado en una bata blanca apareció detrás de un biombo al fondo.

—¡Caramba! —Saludó de lejos—. ¡Pero si es el compañero Efraín!

—¡Comandante Cañizares! —Correspondió el viejo—. Es el jefe del servicio —me dijo en corto—. Carlos Rafael Cañizares.

«… aunque tú has muerto todas mis ilusiones…».

—¿Antiguo conocido? —Quise saber.

—Más que eso. Una leyenda en este negocio de sacarle sus verdades a los muertos.

El tal Cañizares era un anciano pequeñito que, a primera vista, debía de rondar los ochenta años. Los brazos delgadísimos que salían de la manga de la filipina verde estaban plagados de cabellos canos, mismo color del pelo cuyos mechones escapaban del gorro de quirófano.

—¡Dichosos los ojos, compañero! Pero ¿qué tú haces por aquí? —Inquirió en un tono nasal que desaparecía las eses y las erres.

«… y en vez de maldecirte con justo encono…».

—Dichosos de qué, Felo —respondió don Efraín con camaradería—. Si en esta ciudad no para de haber cadáveres en las calles, y tú y yo nos vemos más que un par de novios cachondos.

—Sí, chico, aunque nunca a estas horas. Además, solo a ti se te ocurre salir como está el día. Afuera está chiflando el mono…

El timbre de un teléfono celular lo interrumpió. El tal Cañizares sacó el aparato del bolsillo de la bata y nos hizo una seña pidiéndonos un momento mientras se alejaba para atender la llamada. La voz que emergía del tocadiscos volvió a llenar el ambiente:

«… en mis sueños te colmo, en mis sueños te colmo de bendiciones…».

—Oiga, maestro —susurré acercándome—. ¿Y a qué viene eso de «comandante»?

—A que eso es lo que es. O, mejor dicho, lo que fue.

—¿De la policía?

—Hombre, no. —Sonrió—. Este es egresado de la revolución cubana. Felo se les unió a los barbudos recién salido de la Facultad de

Medicina. Estuvo entre los que marcharon desde Santa Clara rumbo a La Habana el último día del 58. Llegó a ser importante en ese entonces.

—¿Y cómo fue que acabó aquí?

—El día que le mataron al hermano, dizque por contrarrevolucionario, decidió que era el momento de abandonar el paraíso. Llegó a México a finales de los sesenta. Yo debía de estar bajando de un autobús que venía de Tabasco, cuando él lo hacía del barco en el que abandonó La Habana como polizón. Un político de entonces lo ayudó enrolándolo como médico en el seguro social, que fue donde lo especializaron en esto de abrirle la barriga a los muertos. Ahí como lo ves, y aunque siga hablando como Tres Patines, es el mejor forense de México —añadió cuando el médico ya había cortado la comunicación y se acercaba.

«Sufro la inmensa pena de tu extravío…».

—¿Y cómo va la gota, compañero? —Inquirió Cañizares señalando la pierna derecha de don Efraín.

—Como a los antiguos camaradas de batalla, no le gusta pasar desapercibida por mucho tiempo.

—¿Cuánto ya tú llevas con la receta de probenecid?

—Tres o cuatro meses… No me acuerdo.

—¿Y ya tú te sientes mejor?

El viejo negó con la cabeza.

—Vamos, compañero. ¿Ni siquiera un poquitico?

—Nada, Felo. Me duele lo mismo que antes.

Caí en la cuenta de que nos hallábamos no solo frente a un excombatiente de la revolución cubana convertido en forense, sino también ante el médico de cabecera de don Efraín.

«… siento el dolor profundo de tu partida…».

—Pero tampoco tú ayudas, chico. —Le recriminó balanceando el dedo índice—. Seguro que sigues en la cumbancha y que no le has bajado ni al trago ni al cigarro.

—Si hay que desnudar a un santo para vestir a otro, pues no hay manera —reclamó el viejo.

—Mira, vamos a darle otra oportunidad al probenecid, compañero. Que, aunque sea fruto de la medicina imperialista, es lo mejor que hay. Pero ve tú haciendo un esfuerzo para bajarle a los vicios, que de otra forma no hay medicina que sirva.

Don Efraín frunció el morro dando a entender que seguiría haciendo lo que le diera la gana.

—¿Y qué tú me traes ahora? ¿Visitas? —Reanudó Cañizares echándome una mirada mientras reventaba de un soplido una rosada bomba que había estado fabricando con la goma de mascar que tenía en la boca.

—Alberto Millán. —Avancé para estrecharle la mano.

—Un colega del periódico —explicó don Efraín.

«… y lloro sin que sepas que el llanto mío…».

—No me digas que ya tus jefes te andan buscando reemplazo. —Sonrió el forense.

—Teniéndote a ti como médico, no andarían muy errados. Ya sabes lo que dicen: que caer contigo es más seguro que caer de un quinto piso.

—¡Qué va, chico! —Volvió a sonreír—. En cualquier caso, me alegra que hayas traído a tu colega. Es bueno que más gente vea las condiciones en las que nos tienen trabajando. Mire cómo está el servicio, compañero —me explicó paseando los ojos por la sala atestada de cuerpos—. Todo lleno de pendientes. Pero, eso sí, a los jefes todo les urge. Y cuando uno pide más presupuesto, nunca hay dinero.

—Así son los gobiernos, Felo. Los imperialistas y los revolucionarios. ¿No me digas que hasta ahora te enteras?

—Y por eso un día de estos me vuelvo anarquista. —Concedió.

«… tiene lágrimas negras, tiene lágrimas negras como mi vida…».

—Oye, compañero —agregó acercándose a don Efraín con aire confidencial—. Pues se me ocurre que no nos vendría nada mal un buen reportaje sobre este desbarajuste. A lo mejor así me hacen caso. Ya tú sabes que solo lo que sale en los periódicos les importa a los jefes, sobre todo los reportajes escandalosos como los que tú escribes tan bien. Si quieres, le metemos fotos de uno o dos cadáveres asomando la mano debajo de la sábana.

—Pues lo vamos viendo. —Eludió el viejo.

En el silencio que se abrió, don Efraín aprovechó para cruzar una rápida mirada conmigo con la que pareció advertirme que la acción estaba por comenzar.

«Tú me quieres dejar, yo no quiero sufrir. Contigo me voy, mi santa, aunque me cueste morir…».

—Bueno, Felo. Verás… —Intentó decir don Efraín.

—Sí, sí. Ya sé. —Cañizares levantó la aguja para enmudecer finalmente el tocadiscos—. Además del gusto de saludarme, supongo que has venido por alguna otra cosa. ¿A que sí?

—Los cuerpos que hallaron anoche en la Ciudadela.

—Mmm —susurró el forense apretando los labios hasta conferirle a su rostro la fisonomía de un ratón—. Feo asunto ese.

Carlos Rafael Cañizares ajustó los anteojos que colgaban de una correa que llevaba en el cuello y se dirigió con pasos cortos hasta las planchas al otro lado de la sala. Lo seguimos. Al llegar, levantó de golpe dos sábanas mugrientas y descubrió los cadáveres. Sentí que las piernas me fallaban. Don Efraín debió darse cuenta porque se acercó

para tomarme discretamente del antebrazo. Los cuerpos de las dos mujeres yacían desnudos sobre las planchas de acero. La piel de ambas lucía pálida, como si hubiera sido polveada con un talco azulado. Volví a reparar en la marca que habían dejado las balas. En el caso de Beatriz, los proyectiles habían creado una laceración que le destrozó el pecho izquierdo, mientras que los dirigidos a la otra mujer le habían desfigurado la mitad del rostro.

—¿Y esos balazos no te daban ya una buena pista de lo que pasó? ¿De veras tenías que hacerles todo lo demás? —Recriminó don Efraín señalando las costuras en el tórax dejadas por la autopsia.

—Ya tú sabes que ese es el procedimiento, compañero. Poco conseguiría si quisiera yo saber cómo fue que cantó el manisero nada más leyéndoles la palma de la mano.

—Está bien. —Apuró el viejo—. ¿Y qué hallaste?

El forense tomó el expediente que colgaba de la plancha sobre la que yacía la mujer con el rostro destrozado. Unos segundos después, arrancó su exposición con la frialdad con la que un vendedor habría explicado el contenido de una póliza de seguros:

—Esta es Diana Abascal Robles. Treinta y cuatro años. Causa de la muerte: traumatismo craneoencefálico producido por un objeto romo que dejó una lesión lacero incisa en la parte anterior derecha de la cabeza. Presenta dos heridas contusas. La primera es esta —indicó señalando un hematoma cerca de la sien izquierda—. Y esta otra —apuntó debajo de la oreja derecha de la mujer—, mucho más profunda, que fue la que produjo la muerte.

—¿Y el daño en el rostro?

—Disparo con arma de fuego. Bala expansiva. Aunque la extensión del sangrado indica que la lesión fue producida *post mortem* —explicó confirmando lo que el inspector Ramírez y el agente con pinta de menonita habían deducido desde el primer momento—. Por los niveles diferenciales de coagulación, ese disparo se hizo varias horas después de la muerte. Como dije, la lesión fatal es este golpe —añadió volviendo a la herida en el área posterior del cráneo rasurado—. El impacto produjo una fractura con hundimiento cerebral y equimosis subdural. Falleció de forma instantánea.

—¿Hora de la muerte?

—Entre veinticuatro y treinta horas antes de que hallaran el cuerpo.

—Eso quiere decir que el sitio en donde la encontraron no fue donde murió —balbucí invocando la arista de la hipótesis que habían puesto en mi cabeza Hasen Ramírez y el menonita.

—Y bien que no. La cepillaron antes de llevarla allí.

—¿Qué más? —preguntó el viejo.

—Había restos de capsaicina en la mano derecha de la víctima —

respondió Cañizares tras consultar el expediente—. Gas pimienta. —Glosó.

—Intentaría defenderse —sugerí.

—Sí, es lo más probable.

—¿Y la otra mujer? —Quiso saber don Efraín apresurando la explicación del forense.

—Ese es un caso más interesante. —Repuso este volviendo la mirada hacia la otra plancha.

Beatriz parecía dormida. A pesar de los años transcurridos, no pude dejar de evocar detrás de aquella piel azulada el rostro de la chica hermosa que había conocido siendo casi un niño.

—Beatriz Soler Ituarte —retomó Cañizares inclinándose ligeramente sobre el cuerpo—. Cuarenta y ocho años. Contusión superficial en el pómulo izquierdo, aunque sin consecuencias funcionales. Hay huellas de que fue sometida boca arriba para ejercer presión sobre la laringe. El atacante pudo haber empleado el antebrazo o la rodilla. Miren el hematoma a la altura de la garganta —explicó señalando una mancha amoratada que se extendía en la parte superior del pecho—. Está también la coloración cianótica en el rostro y en la región anterior del cuello. En el procedimiento identificamos los mismos indicios en ambos pabellones auriculares. Además, hay equimosis puntiformes en la cara, especialmente en los párpados y en la mucosa palpebral superior e inferior de ambos ojos, y al abrir la cavidad torácica descubrimos otras equimosis también puntiformes, aunque subpleurales y en ambos parénquimas pulmonares.

—Venga, Felo —reclamó el viejo—. En español.

—Que la estrangularon. —Dictaminó con frialdad—. Debió de morir a la misma hora que la otra, aunque su suplicio sí que debió extenderse por varios segundos.

Aspiré con fuerza tratando de ahuyentar la arcada que amenazaba con nacerme en la garganta, mientras un pulso frío me subía por los brazos.

—En casos de estrangulamiento, es común que la víctima intente defenderse —prosiguió Cañizares—. A veces logra producir una herida en el agresor, un arañazo o un rasguño que nos deja alguna pista. Lo usual son excoriaciones epidérmicas o estigmas ungueales. Pero ya yo busqué debajo de las uñas y no hallé nada. Tampoco hay señales de agresión sexual en ninguno de los dos casos.

—¿Y los disparos en el pecho? —Logré articular detrás de la mascarilla.

—Como los otros, fueron hechos horas después de la muerte.

El forense se acercó al cadáver y, con la ayuda de una estilográfica, nos indicó la orilla de una de las lesiones.

—Miren la cintilla de contusión. Es esta especie de tatuaje

alrededor de la herida. ¿Lo ven? Pues por el análisis de los residuos y del proceso de coagulación sabemos que los disparos se hicieron cuando ya no había circulación de sangre. Las balas pasaron cerca del corazón dañando el pulmón izquierdo, aunque por el tipo de proyectil empleado lograron causar un daño extenso sobre la superficie del pecho. En el caso de la otra mujer —añadió volviéndose al cuerpo de Diana Abascal—, el disparo fracturó el hueso frontal, la mandíbula y la mayor parte del maxilar.

—¿Qué podría haber buscado el homicida al hacerlo? —preguntó don Efraín.

—Qué sé yo —respondió Cañizares—. Impedir la identificación de los cuerpos, demostrar su rabia hacia las víctimas, alimentar algún complejo de niño… A mí me toca dictaminar sobre las causas de una muerte, no sobre los motivos que tiene quien la produce.

El forense regresó la estilográfica al bolsillo de la camisola. Después cubrió los cadáveres con las sábanas y sentenció:

—Pues esto es lo que la medicina legal puede decir, compañeros. Lo que sigue es trabajo de la policía.

—Y de eso ¿sabes algo, Felo? —Husmeó don Efraín.

—Eso pregúntaselo al Holandés. —Zanjó el médico colocando en mi mente otra vez la imagen de Hasen Ramírez—. Ya tú conoces el arreglo que me permite afinar con él: yo no me meto en sus cosas, él no se mete en las mías y santa paz.

—Me mandas a una batalla perdida —se quejó el viejo—. Ya sabes que nuestro amigo no suelta prenda fácilmente… Venga —insistió—, dame algo. Que lo que me digas será solo entre nosotros.

Carlos Rafael Cañizares dudó. Cuando finalmente respondió, había bajado el volumen de la voz, como si de esa forma quisiera dotar de reserva a sus palabras:

—Lo que sé es que eso de dejar cuerpos lejos de donde se les quita la vida lo he visto antes, allá en mi islita adorada. Se hace así, compañero, cuando se quiere mandar un mensaje. Y, mira, por tratarse de quien se trata, me temo que este es el caso y que el asunto va a terminar siendo un belebele.

La confusión se agolpó en el ceño fruncido de don Efraín.

—No te creas que estoy aquí a estas horas por amor al arte. —Reanudó el facultativo—. El Holandés me sacó de la cama en plena madrugada y no ha parado de llamar pidiendo los resultados de la autopsia. Fue él quien me dio el timbrazo en el teléfono hace un momento. Le urge el informe de estas dos damas.

—¿Y a qué viene tanto interés de Ramírez? ¿De cuándo a acá tan preocupado por la eficiencia?

—No me digas que no lo sabes. —Se sorprendió el forense—. ¿Que tú no has visto el periódico de hoy?

El médico dio media vuelta y tomó de una repisa de aluminio el ejemplar de *El Observador Matutino*, nuestro acérrimo y amarillista competidor.

—¿Y tú te crees las paparruchas que publican esos mercachifles? —masculló don Efraín.

—Pues la noticia está aquí, compañero —confirmó pasándole el periódico—. Y a ocho columnas.

El viejo se hundió en la primera plana. Al principio sonrió desdeñoso, para luego comenzar a gruñir sin levantar la vista de las letras impresas en el diario.

—¿Ya tú ves a lo que me refiero? —retomó el médico echando una mirada a la sábana que cubría el cuerpo de Beatriz—. Quién se iba a imaginar que terminaría así sus días la esposa de un hombre como él.

—Pues sí —refunfuñó el viejo palpándose el bigote con los dedos—. Así es la puta vida.

Don Efraín colocó el tabloide en mis manos, mientras me cruzaba con una mirada de censura. Tenía razón al hacerlo porque, al hablarle de lo ocurrido esa madrugada en la plaza de la Ciudadela, había omitido el hecho de que, además de que Beatriz y yo teníamos un pasado juntos, muchos años antes ella se había casado con un zopenco al que yo bauticé entonces como la Lombriz, y a quien el tiempo y las circunstancias habían transformado en el conspicuo senador de la República Eduardo Ruiz-Berben.

Cinco

> **Ráfaga**. Racha violenta que se presenta de forma súbita y que, durante las fases críticas del ascenso, produce una sensación de vértigo que algunos equiparan con la que se apodera del espíritu cuando se reconoce al ser amado.

La arbitraria decisión de mi madre al inscribirme en aquel curso de inglés tuvo un antecedente importante. Varios meses antes, mamá había hecho un primer intento para introducirme en aquella oscura lengua empleando como instrumento a nuestra vecina del departamento 203, la señora Pesqueira.

Los Pesqueira eran una familia de inmigrantes sonorenses de Agua Prieta. Papá y mamá Pesqueira eran los típicos norteños altos y rubios, y sus hijos, Ernesto y Susana —él dos años mayor que yo y ella de mi edad—, un par de jóvenes de cabello claro dignos de aparecer en cualquier anuncio comercial de la televisión de entonces. La señora Pesqueira tenía fama de hablar muy bien el inglés. Decían que lo hablaba casi como su lengua materna porque había estudiado de niña al otro lado de la frontera, en Douglas, Arizona. Como, al parecer, la situación de los Pesqueira no era del todo boyante —la ocupación de papá Pesqueira nunca me quedó muy clara—, la madre decidió ofrecer clases particulares. Así que, de un día para otro, el aprendizaje del idioma de Shakespeare se puso de moda en la colonia Del Valle, en parte porque la señora Pesqueira era simpática y había hecho buenas migas con las vecinas que, como mi madre, querían «lo mejor para sus hijos», y en parte también porque la runfla de adolescentes veíamos en aquellas lecciones la posibilidad de estar cerca de la linda Susana. No pasó mucho para que las sesiones vespertinas de fútbol que empleaban a las calles como su monumental escenario, tuvieran como prolegómeno charlas en las que poníamos en práctica los pobres resultados de aquellas lecciones: «*Hi, fellas. Let's play soccer*». Sin embargo, la novedad por las lenguas extranjeras en la Del Valle eclipsó muy pronto. Nuestras madres se fastidiaron de no ver avances en sus hijos, y nosotros de que Susana dejara de ayudar a mamá Pesqueira en las lecciones y, en cambio, comenzara a aparecer acompañada de su nuevo novio, un chico mucho mayor que ella que la recogía todas las tardes a bordo de un AMC Javelin deportivo color naranja y ruedas con rines cromados. El antecedente viene a colación

porque, cuando mi madre me inscribió en aquel curso en el Anglo, lo hizo señalándome no como principiante —mi condición real—, sino como estudiante con conocimientos intermedios, que era la categoría que ella me asignaba luego de los meses pasados en las clases con la señora Pesqueira.

En fin, atemorizado por las posibles consecuencias de la sobrevaloración de mi madre sobre mi conocimiento del inglés, llegó el fatídico lunes en el que iniciaba el bendito curso. Ese día me presenté diez minutos tarde. La causa del retraso fue mi fallida intentona de último momento para no asistir argumentando que me dolía la garganta, excusa que mi madre conjuró de manera fulminante con un «¿Y tú qué te crees, Alberto? ¿Que el dinero crece en los árboles?». De manera que, tras fracasar mi postrera tentativa por escurrir el bulto, tomé el autobús y me dirigí a enfrentar al destino.

Al entrar al salón, la clase había comenzado. Presidía una maestra rubia, de nariz puntiaguda y ojos azules —Miss Forshaw, se llamaba —, que hablaba como si todos allí fueran orgullosos súbditos del Imperio británico. Al verme, la mujer dijo algo que no comprendí, para luego señalarme varios sitios vacíos en el salón. De inmediato, fui a refugiarme a uno de los pupitres al fondo. Me sentía aterrorizado. Lo único que mis oídos lograban registrar eran aquellos ladridos sin sentido que Miss Forshaw lanzaba y que los demás repetían como bestias amaestradas. Estaba asustado, pero sobre todo furioso; iracundo con mi madre y sus ideas. Para tratar de tranquilizarme, pensé en lo que mi héroe, Kalimán, a la mitad del enfrentamiento en contra de alguno de sus archienemigos, le habría dicho al pequeño Solín para lograr que su joven y valiente amigo mantuviera la calma: «Siempre hay un camino cuando se sabe mirar con los ojos de la inteligencia…». Intenté entonces contener el ataque de pánico que me mantenía paralizado y respiré profundamente tratando de concentrarme en lo que la profesora escribía en el pizarrón. «Siempre hay un camino cuando se sabe mirar con los ojos de la inteligencia…», me repetía. Poco a poco, comencé a encontrar cierta lógica en aquellas oraciones y, más tarde, a comprender algunas palabras de lo que la mujer decía. Me fui tranquilizando al darme cuenta de que si, como preconizaba el Hombre Increíble, ponía todos mis sentidos en aquello, podría sortear el temporal.

Pasaron los minutos iniciales y conseguí ganar algo de sosiego. Comencé entonces a recorrer con la mirada a mis condiscípulos. En nada se parecían a mis compañeros de la «Mártires de Tacubaya». Primero, por sus edades. Había allí dos señoras que debían tener las mismas primaveras que mi madre, un hombre de traje y corbata que parecía empleado de empresa privada a quien hubieran prometido un aumento de sueldo contra la confirmación de su dominio del inglés, y

un puñado de jovenzuelos, todos mayores que yo. A diferencia de mis pantalones vaqueros, camisa blanca y tenis —atuendo con el que sustituía por las tardes el uniforme militarizado que empleaban las escuelas públicas—, aquellos chicos llevaban camisas y pantalones de vestir como los que mi madre me ponía cuando nos invitaban a un bautizo, mientras que mis nuevas compañeras lucían un atuendo muy distinto a los vestidos de poliéster y zapatos con suelas de crepé que Emma acostumbraba a llevar. Como forma de tantear el terreno en el que se desarrollaría aquella contienda académica, procedí a medir, uno a uno, a mis adversarios. Luego de unos minutos, el diagnóstico estaba completo. Las dos mujeres mayores me parecieron las únicas rivales de consideración. Era evidente que conocían mucho mejor que yo el idioma, tenían una disposición admirable y claramente competían por la predilección de Miss Forshaw. Una de ellas —Pilar— era una mujerona modelo realismo socialista soviético que no perdía oportunidad para intervenir respondiendo a cada pregunta de la profesora, igual que un peso completo que no para de tirar golpes en cuanto suena la campana que da inicio al combate. La otra —Milagros— era alta, delgada y de cabello negro. Ella, a diferencia de Pilar, era una peleadora con estilo que buscaba pacientemente la oportunidad para soltar un comentario bien informado que casi siempre impresionaba a Miss Forshaw. Me quedó claro que Pili y Mili —como terminé bautizándolas— eran, en efecto, las contrincantes a vencer. El hombre mayor —a quien con poca consideración terminé apodando Gutierritos— no me pareció un competidor de talla; el pobre se la pasaba tomando nota de cuanta cosa escribía la profesora en el pizarrón y respondiendo con mal pronunciados monosílabos a las preguntas que ella le planteaba. El resto de mis condiscípulos —la sección de jóvenes burgueses— estaba allí seguramente bajo la presión de sus padres. En las respuestas que daban a Miss Forshaw se notaba que se ceñían a la regla del mínimo esfuerzo, y no parecía haber uno que no hubiera preferido estar en cualquier otro sitio antes que en aquel salón de clases perdido a la mitad de las vacaciones.

Habiendo medido el terreno, tracé mi estrategia. Contrariamente a lo que hacía en la «Mártires de Tacubaya», aquí no se trataba de obtener diplomas de primer lugar en aprovechamiento, ni de recibir reconocimientos al mérito cívico. El propósito era más simple: conseguir el certificado de aprobación del curso y aprender algunas oraciones que pudiera repetir en casa para dejar tranquila a mi madre. Así que calculé que debía colocarme en esa confortable banda que se abría por debajo de las obsesivas Pili y Mili, y por encima de Gutierritos y la camarilla de señoritingos para los que aquella clase tenía todavía menos sentido que para mí. Con eso sería más que suficiente.

Al terminar mi valoración estratégica, me arrellané en la silla y, finalmente, respiré tranquilo. Una vez más, confirmé que Kalimán tenía razón: «Siempre hay un camino cuando se sabe mirar con los ojos de la inteligencia».

Había transcurrido más de media hora de clase y, sintiéndome dominador de la situación, había comenzado a dibujar en el cuaderno el esquema táctico y alineación para el partido de fútbol que organizaría con mis amigos apenas regresara a casa esa tarde. De pronto, la puerta del salón se abrió y, como en una ráfaga, entró una chica. Calculé que debía de tener mi edad. Llevaba el cabello pelirrojo recogido en una cola de caballo sujeta con un moño y vestía un uniforme escolar. Sin embargo, a diferencia del modelo militarizado que usaban mis compañeras de la secundaria, este se componía de blusa blanca, falda de tartán, tobilleras azul marino y mocasines negros.

—*Sorry for being late, Miss. May I come in?* —preguntó la chica con una falsa sonrisa culpable.

Miss Forshaw se volvió hacia ella:

—*Of course, my dear. Your name?*

—Beatriz —respondió mientras se sentaba en una butaca dos filas adelante de mí.

La tal Beatriz era una chica muy distinta a cuantas había conocido hasta entonces. No era que Charito Dávila o Tere Acuña —las dos mayores beldades adolescentes de la «Mártires de Tacubaya»— no estuvieran a su altura, pero había algo difícil de explicar que hacía de mi nueva compañera de clases un ser singular. Luego de un momento, decidí que era su mirada. Sus ojos, de un gris asfáltico, me recordaron los que había visto en la *Enciclopedia Británica* ilustrando la mirada de los lobos que habitan la tundra canadiense. Durante largo rato, me dediqué a inspeccionar desde mi sitio el moño cuidadosamente confeccionado con el que sujetaba su cabello, la textura de su blusa, los tonos rojizos en el diseño de la falda que ajustaba perfectamente alrededor de su cintura y las tobilleras rematadas por un ribete rojo. Después, no pude evitar concentrarme en la piel de su cuello, en sus antebrazos y en las pantorrillas que asomaban por debajo de la silla. Ella debió presentir la insistencia de mi mirada porque volteó de pronto. Cuando sus ojos grises me tocaron, sentí un frío que me bajó por el cuerpo paralizándome otra vez. Un minuto más tarde repitió la operación para confirmar mi atención sobre ella, aunque esta vez sonrió para darme a entender que me había atrapado.

Al terminar la clase, la chica fue a cruzar un par de palabras con Miss Forshaw y abandonó el salón. Intenté seguirla tropezando con los alumnos que salían y entraban de las aulas en el cambio de clase.

Cuando llegué a la calle, había desaparecido.

Seis

Geomorfología. Disciplina que describe las características del relieve sobre el que se plantan las montañas que el alpinista pretende acometer. Materia que, por analogía, es útil al escalador a la hora de dilucidar sobre la personalidad de quienes se le unen para coronar una cumbre.

—¡Con una chingada, Alberto! A ver, dime: ¿cómo diablos fue que esos imbéciles de *El Observador Matutino* nos ganaron la nota? ¡Mira nada más! ¡Pero si la tienen en la primera plana!

Mientras recibía de parte de Lázaro Urbina aquella tunda verbal de pie junto a la puerta de su despacho, don Efraín se había apoltronado tranquilamente en el sofá para estirar las piernas. Lázaro había estallado apenas nos topamos con él en el pasillo al regresar de nuestra visita al comandante Cañizares. En cuanto me vio, me arrastró hasta el interior de la oficina para, sin darme oportunidad de decir nada, explotar como lo hacía siempre que la competencia se nos ponía por delante.

—¡Es el colmo! —Los mofletes le bailaban y una suave capa de sudor comenzaba a cubrirle la frente—. Fuimos los únicos a quienes les dieron el pitazo, y los únicos también que no sacamos la noticia. Pero, eso sí, aquí estuve esperando la nota como un pendejo hasta que tuvimos que echar a andar la rotativa. ¿Dónde chingados te metiste, Alberto? ¿Y para qué te sirve el celular que te pagamos si no te dignas contestarlo?

El chorro de voz que salía del pecho de Lázaro Urbina apenas lograba mantenerse confinado dentro del despacho plagado de fotos suyas con periodistas icónicos y políticos impresentables, desde donde supervisaba diariamente lo que ocurría en la sala de redacción del *Diario Centinela*. Mientras vociferaba, su cuerpo encorvado de tortuga se balanceaba haciendo parecer que dudaba entre incorporarse o lanzarse definitivamente al suelo.

—¿Fuiste o no a cubrir la nota como te ordené anoche? —Volvió a la carga.

—Claro, allí estuve.

—Y entonces, grandísimo cabrón, ¿te dio mucha hueva escribir dos putos párrafos y mandármelos?

La compasión tocó a don Efraín, quien, finalmente, se incorporó

para intervenir en mi favor. Me evitaba así el incómodo trago de justificar ante nuestro jefe el porqué de mi desapego a la disciplina del reportero. Cuando el viejo —entre caladas a un cigarrillo con el que se ayudó en la tarea— terminó la explicación, Lázaro me miró. A pesar de que ahora sabía lo ocurrido, apenas pude descubrir en él algún rasgo de empatía.

—Somos profesionales, Alberto. —Repuso al cabo con la voz todavía pintada por el enojo—. Y esas cosas, por duras que sean, no pueden distraernos de nuestras responsabilidades. Así es este negocio, ni modo. Aun así —capituló suavizando el tono—, entiendo que no debió ser fácil… Lo siento.

—Gracias —murmuré.

—Pero, dime una cosa. —Tanteó entrecerrando los ojos mientras sacaba el colmillo del reportero que había sido toda su vida—. Si conocías a esa mujer, entonces conoces también a su marido, a Eduardo Ruiz-Berben.

—Exmarido —mascullé.

—Lo que sea —insistió—. ¿Lo conoces?

Asentí haciendo emerger en la mirada de nuestro jefe de redacción un brillo igual al que el primer plano de la cámara revela en los ojos de los villanos de telenovela cuando llega a su final el capítulo de los viernes. Crucé una mirada con don Efraín, quien se contentó con apretar los labios y levantar las cejas como diciendo: «Ni modo. Te la va a cobrar».

—¡Pues ya está! —exclamó Lázaro Urbina—. Esa es la forma en la que vamos a responderles a esos comemierdas de *El Observador Matutino*: una entrevista exclusiva con tu amigo, el senador Ruiz-Berben.

—Ese idiota no es mi amigo —protesté.

—Eso es lo de menos. Ya se sabe que los políticos no tienen amigos… Mira, Alberto, lo que vamos a hacer será meter esa entrevista en la primera plana —prosiguió—. Habrá que pensar en una cabeza que atraiga; algo que juegue con la ambivalencia de la desgracia personal y el futuro político. Mmm… ¡Ya sé! —soltó al cabo —. Qué te parece: «Ruiz-Berben: los misterios del destino».

Lázaro Urbina sonreía exultante, mientras que, a mí, aquella perspectiva solo consiguió terminar de ensombrecerme el ánimo.

El destino es una alimaña que, con los años, hace de las suyas para poner patas arriba ese matrimonio disfuncional que forman los sueños y la realidad. Mientras que, a mí, con todo y mi impecable currículo académico, el destino me mantuvo lejos de la aspiración materna de alcanzar la presidencia de México, al exmarido de Beatriz lo transformó de estudiante de cuarta en senador de la República. ¿Cómo

fue posible que un economista mediocre, con el coeficiente intelectual de un neandertal y la imaginación de una almeja llegara a convertirse en el ínclito político que era? La pregunta, sobra decirlo, no tiene respuesta; es simplemente uno de esos misterios con los que la existencia se mofa de la lógica racional. En cualquier caso, la moraleja fue que, si mi madre deseó alguna vez verme transformado en el primer mandatario del país, debió instruirme en artes más rastreras que las que se enseñan en las escuelas. Eduardo Ruiz-Berben era la prueba viviente de ello.

Detrás del aparente milagro que llevó a la Lombriz desde la idiotez funcional con la que la naturaleza lo plantó en el mundo hasta la ficticia brillantez que lo colocó en el Senado de la República, estuvo la perseverancia y acomodadizos talentos de su padre, Sebastián Ruiz-Berben Pérez. Aquel individuo encarnaba el modelo por excelencia de quienes habían aprendido a reptar en la política; un hombre capaz de moverse en ese impreciso límite que hay entre la lealtad y el servilismo. Don Sebastián era —pongámoslo así— el prototipo de los hombres que, en su día y a pesar de haber pateado balones en todos los llanos de fútbol de la ciudad, habían fracasado en su propósito de formar filas en una escuadra siquiera semiprofesional, y que compensan esa frustración volcando todo su esfuerzo vital para que sean sus hijos quienes lo consigan.

La gris carrera de Sebastián Ruiz-Berben Pérez como contador público discurrió en posiciones de segunda en el gobierno. En sus días de gloria, llegó a ser subdirector de algún área sin importancia en la secretaría de la Reforma Agraria y, en los más oscuros —que fueron la mayor parte de ellos—, ayudante de diputados venales con quienes nadó de muertito en las putrefactas aguas de la abyección legislativa. Don Sebas —como se le conocía en el medio— fue siempre el pánfilo que aceptaba insultos gratuitos y se tragaba sus opiniones; era el que estaba dispuesto a hundirse en las penumbras de la calle de Sullivan para conseguir a las samaritanas que alegrarían las fiestas de sus superiores, el que sacaba las bolsas de dinero público para ocultarlas en la cajuela del coche del patrón, el que contestaba el teléfono a la esposa del jefe en el apogeo de la parranda para mentir sobre la reunión que le impedía al cabrón tomar la llamada. En fin, era el arquetipo del funcionario que había sobrevivido agachando la cerviz, pero convencido de que el sacrificio tendría algún día su recompensa. Igual que esos frustrados futbolistas que atesoran sus botines de juventud para ponerlos algún día en los pies de sus hijos, don Sebas guardó sus ambiciones para que fuera la Lombriz quien las hiciera realidad. Y para eso lo preparó desde jovencito.

Muchos años antes, don Sebas se dio cuenta de que si quería que Eduardito heredara sus botines y se convirtiera en el goleador del

equipo de fútbol del que él nunca pudo ser parte, debía tomar varias determinaciones importantes. La primera fue que su retoño tendría que estudiar Economía. De esos presuntuosos estaba llena la burocracia que desde los años ochenta había mangoneado al país, y si algún perfil profesional ofrecía posibilidades de ascender en la nomenclatura era justamente ese. La segunda fue que no debía hacerlo en la Universidad Nacional, en donde terminaría heredando el apestado prestigio izquierdista de sus economistas, sino en el Centro Universitario Esparta de México —el CUEM—, el claustro del sector privado de donde habían surgido aquellos paletos que monopolizaban los altos puestos públicos y en donde su hijo podría tejer las relaciones que le labrarían un futuro. Y la tercera fue que habría que darle a su vástago un barniz político. Don Sebas estaba consciente de las limitaciones intelectuales de Eduardito. El inútil podría graduarse como economista, pero cualquiera de sus condiscípulos terminaría siendo mucho mejor profesional que él. Así que su ventaja comparativa debería de estar ligada a su capacidad para maniobrar en los pantanos de la política, materia que a los *cuemitas* nunca se les ha dado bien. Y para eso don Sebas se dio a la tarea de acercar a su nene a la cohorte de políticos segundones a los que él tenía acceso. Así que, desde que Eduardito estaba en la preparatoria, cada sábado se lo llevaba a los «desayunos políticos» en el *Lincoln* de Revillagigedo a los que él había sido asiduo por años, para que, a lomo de unos huevos bien picosos, abrevara de las mañas y malas artes de los contertulios. De esas lecciones de politiquería, la Lombriz se hizo de las frases con las que, años más tarde, divertiría a los periodistas en sus conferencias de prensa. «Como en el gallinero, en la política las gallinas de arriba cagan a las de abajo», decía entre risas para hablar del trabajo legislativo, o «Hay que estirar los pies hasta donde la cobija alcance», cuando aludía a la anual negociación de los presupuestos públicos. Aquellos dicharachos le servían también para enviar mensajes a sus colegas legisladores: «No le tengan miedo al chile, aunque lo vean colorado», decía cuando aludía a los diputados de izquierda, o bien aquello de que «Cuando la mula es mula, aunque la carguen de santos», al apuntar sus baterías hacia los mochos de derecha. Y sus favoritas, las que coloreaban las columnas especializadas en los periódicos del domingo: «En política, las arañas mean y los pericos maman», «La política es como la alpargata, da lo mismo por izquierda que por derecha», «Para ser buen político hay que tener mano de hierro y voz de pediatra».

Al final, las vejaciones a las que don Sebas se sometió por años para forjar un futuro a su vástago rindieron frutos. Yo había seguido la ascendente trayectoria de la Lombriz mucho mejor de lo que habría querido, y no porque me interesara —me importaban un bledo él y sus

inexistentes ideas políticas—, sino porque, trabajando en un periódico, resultaba inevitable toparse de cuando en cuando con su nombre en las páginas de información y, con mucha más frecuencia, hallarse en medio de discusiones con los reporteros de la fuente en las que Eduardo Ruiz-Berben salía a cuento. En ese fulgurante camino, como la carcoma en la madera podrida, la Lombriz fue mutando de un gris segundón en la nomenclatura nacional —sitio en el que auguré terminaría sus días—, hasta convertirse en un miembro del exclusivo club de los burócratas de angora. Su nombre me sorprendió por primera vez apareciendo en los periódicos cuando lo designaron director general de una tristemente célebre empresa agroalimentaria del gobierno. En aquel que fue su debut en la burocracia de terciopelo, lo ayudó la suerte que decidió que a su jefe —un viejo exdiputado por Tulancingo, bueno para el trago y las putas, y que gracias a las gestiones de don Sebas había accedido a cobijarlo bajo su ala— lo sorprendiera un infarto en el éxtasis de la *petite mort* al lado de una meretriz en un hotel de Tlalpan, en medio de un atracón de cocaína y *brandy*. Aquella tragedia abrió la puerta para que la Lombriz fuera nombrado su sucesor. A partir de allí, su ascenso en la Administración pública, reproduciendo la proclividad paterna hacia la docilidad ladina, fue meteórico. Una carrera no «de postas», sino «de puestos», en la que, por períodos que no pasaban de uno o dos años, el idiota iba ocupando responsabilidades cada vez mayores. En ese vertiginoso recorrido, lo mismo fue el director de la Comisión Nacional para el Desarrollo Sustentable de la Caña de Azúcar y del Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica, que responsable del Centro de Capacitación Cinematográfica, delegado permanente en la Sección Mexicana de la Comisión Internacional de Límites entre México y Belice, e incluso —en el *summum* del surrealismo— encargado por algunos meses de la Agencia Espacial Mexicana.

¿A qué obedecía aquel comportamiento que, por su persistencia, había hecho posible que ese bueno para nada escalara tamañas posiciones? Pues yo tengo una teoría, a la que concedo tanta exactitud como a la geomorfología para explicar las ondulaciones físicas del mundo. La he bautizado como el *gen de la empatía abyecta* y fue, sin duda, el mayor de los legados de don Sebas para su hijo. La definición es sencilla: se trata de una condición hereditaria caracterizada por la condescendencia llevada hasta sus últimas consecuencias. «¿Quién se ha peleado alguna vez con Eduardo Ruiz-Berben?», se comentaba en los corrillos de expertos. «Nadie», era la invariable respuesta. Y la razón era simple. ¿Quién iba a armarle pleito a un tipo que cedía en todo? ¿Quién podía reñir con quien decía a cada uno lo que quería escuchar? ¿Quién podría enemistarse con quien no le negaba nada a nadie? Claro que el costo de aquella condescendencia no iba contra su

bolsillo, puesto que las mercedes que la Lombriz concedía, y que le ganaban aliados políticos, terminaban siempre golpeando al erario. «¿Y Ruiz-Berben se ha enfrentado alguna vez a alguien?», se cuestionaban los sesudos analistas. «A nadie. Ni a sus adversarios políticos ni, mucho menos, a los poderes fácticos», era la respuesta. «¿Y cómo puede explicarse esa admirable capacidad?», regresaba la pregunta. «Una virtud política», valoraban algunos. «Cálculo sin escrúpulos», sostenían otros. «Falta de convicciones», afirmaban los menos ingenuos. El resultado fue inevitable: la Lombriz se convirtió en el consentido de todo mundo y, por lo tanto, en un político con futuro. No obstante, entre los más avispados aquel rasgo despertaba desconfianza. De quien no ha protagonizado en su vida una buena pelea, aunque solo hubiera sido en el terreno intelectual, puede sospecharse la ausencia, lo menos, de integridad. Porque si uno tiene principios, tarde o temprano llega el día en el que debe defenderlos. Solo quien no los tiene es capaz de evadir esas luchas.

Así que, con la providencial muerte de aquel jefe suyo, el polluelo halló la forma para desplegar las alas y convertirse en la versión corregida y mejorada de su padre. Y es que no hay duda de que algo queda en nosotros que viene de quienes nos precedieron en la cadena de las generaciones; de otra manera, el pobre de Mendel se revolvería en su tumba. En los Ruiz-Berben, esa forma congénita es la pericia para la bajeza, la inclinación al oportunismo, la destreza para la abyección. ¿Y de dónde surge una inclinación así hasta convertirse en el signo de una estirpe? Los mexicanos —nos lo recordó Octavio Paz en el examen de nuestra laberíntica soledad— conocemos poco sobre nuestro pasado, y no me refiero a nuestra historia colectiva, sino al estrecho túnel de los orígenes personales. Quizás detrás de esa ignorancia esté la explicación de todo.

Yo mismo llevo lo que, en honor a mi abuela paterna, llamo el *gen maldito de los Bolaños*. Mi abuela era nieta de gallegos y tenía un carácter de los mil diablos. Pero no era su sanguíneo temperamento la forma en la que se manifestaba aquel gen réprobo, sino en algo más complejo: un rasgo de crueldad, una gota de perversión. Por años, la visitamos los domingos para comer juntos. Doña Carmela, quien para ese entonces era una viuda solitaria y amargada, nos recibía con el gesto descompuesto, en especial a mi madre —la casquivana que había hurtado a su retoño—, a quien saludaba con la cortesía que habría tenido un guardia civil hacia un anarquista en pleno franquismo. Luego nos conducía al salón de la casa y se sentaba para mirarnos en silencio como si, apenas llegados, ya estuviera harta de nuestra presencia. Después de la comida, mi padre insistía en que Emma y yo la acompañáramos a la cocina para que nos obsequiara una galleta como postre. Eran unos bizcochos sabor naranja envueltos

en celofán transparente que yo suponía existían solamente en la despensa de aquella casa. Doña Carmela accedía de mala gana, nos llevaba a la trascocina, sacaba una llave de cobre del delantal, abría la despensa y nos daba una galleta a cada uno. Eran deliciosas y las devorábamos en un instante frente a su mirada imperturbable. Eso era todo. Ni ella nos ofrecía otra ni nosotros nos atrevíamos a pedir una más. Alguna vez, mientras la vieja estaba ocupada torturando a la criada con sus malas maneras, Emma y yo nos topamos con la codiciada llave abandonada sobre la mesa. Instigado por la mirada de mi hermana, me apoderé de la llave y nos escurrimos hasta la despensa. Sin embargo, al abrirla, en el sitio en donde debía hallarse la codiciada caja no había nada. Las galletas habían desaparecido. La que sí apareció detrás de nosotros fue doña Carmela con la caja en las manos. Parecía un acto de prestidigitación con el que la vieja hubiera querido engañarnos. «¿Buscaban esto?», nos dijo con su voz de corneta de ordenanza. No solo las había escondido, sino que había abandonado intencionalmente la llave y esperado con paciencia hasta que la tentación nos hubiera vencido, y todo para demostrarnos que era más lista que nosotros. Hizo entonces algo de lo que no habíamos sido testigos antes. Sonrió. Pero no fue la risa franca de quien intenta divertir a un par de niños con una broma, sino la mueca perversa de quien, aunque solo fuera en un grado mínimo, había disfrutado haciéndonos daño. Y ese gen —lo reconozco— pasó de ella a mí. Me odio a mí mismo cuando, en cualquier situación similar, me percato de que he hecho algo parecido a lo que ella hizo con Emma y conmigo. Por un instante, cuando ejecuto alguna pequeña perversión en contra de otros —lo mismo el hombre que ha limpiado el parabrisas del coche en la calle a quien niego la moneda que está a mi alcance darle, o el colega que me ha pedido un dato inocuo que no se me pega la gana compartirle—, siento que despierta ese gen maldito y entonces me doy cuenta de que, aunque solo sea en una porción ínfima, Carmela Bolaños viuda de Millán logró sobrevivir dentro de mí.

En el caso de la Lombriz, las leyes de Mendel lo premiaron con el *gen de la empatía abyecta*, cuyos efectos comenzó a manifestar apenas don Sebas le consiguió su primer trabajo en el gobierno, momento a partir del cual el idiota empezó a hacer uso de esa herencia. Aunque fue poco el tiempo que debió reproducir la conducta paterna, porque, apenas cayó fulminado el exdiputado tulancinguense víctima de aquel infarto y él ascendió a la burocracia dorada, el gen comenzó a mutar y él a llevar el principio de la *empatía abyecta* a terrenos a los que don Sebas nunca pudo imaginar. Muy pronto, la Lombriz pasó de ser el que traía los cafés y hacía las fotocopias, a convertirse en quien trataba con renombrados funcionarios públicos, influyentes políticos y

poderosos empresarios. Se transformó en el negociador que conseguía poner a todos de acuerdo, ocultando siempre detrás de una gruesa cortina de humo lo que su voluntarismo le costaba a la hacienda pública. Se convirtió en el funcionario eficaz que negociaba, pero concediendo siempre. Y no hubo remedio. La fama que ganó el muy idiota como encantador de serpientes pronto lo llevó al terreno natural para esas sucias artes: la política. Allí pudo desplegar sus dotes más deleznables mientras se convertía en un saltimbanqui ideológico. Del centro institucional que del funcionariado público lo llevó a las lides políticas, mudó sin recato —cuando así le convino— a la derecha confesional, para luego adscribirse —por las mismas razones— a la izquierda revolucionaria y, finalmente, recalar en el crisol de sus más profundas convicciones: el pragmatismo populista que no requiere de ideologías sino solo de intereses.

Ese era Eduardo Ruiz-Berben. El infatigable practicante de la metafísica marxiana —que no marxista— heredada de su padre y que se sintetizaba en el apotegma: «Estos son mis principios; si no les gustan, tengo otros…». Así, la Lombriz pasó de una diputación local a ganar la elección de una de las alcaldías en la Ciudad de México, para luego abrirse paso a una diputación federal y, finalmente, a la senaduría de la República. El día que se abrió el período ordinario de sesiones en la Cámara Alta y vi una fotografía suya presidiendo la Mesa Directiva, supe que no había habido un día tan luminoso en la historia de la democracia desde que Calígula nombró cónsul a su caballo.

Siete

> **Reverberación**. Reflejo producido por el sol sobre la nieve o la superficie bruñida de una roca que genera un momentáneo desconcierto. Destello de turbación que es similar al que ocurre cuando, inesperadamente, descubrimos que hemos juzgado de forma equivocada las intenciones de los demás.

Lázaro Urbina tuvo razón en algo: la nota que monopolizaría los medios de comunicación del país en las siguientes horas iba a ser protagonizada por Eduardo Ruiz-Berben. No por la entrevista exclusiva que Lázaro había sugerido concertar con él —y sobre cuya obtención no tuve siquiera tiempo para inventarme una excusa—, sino porque, esa misma tarde, la Lombriz ya estaba en las redes sociales y en la pantalla de los noticiarios de la televisión hablando de cómo las garras del crimen le habían arrebatado a su querida Beatriz y exigiendo el inmediato esclarecimiento de los hechos.

Era evidente lo que sucedía. Montado en la inesperada resonancia pública que la noticia le había proporcionado, el gran maestre de la orden del oportunismo se había dado a la tarea de transformar la desgracia en un espectáculo que le reportara dividendos políticos. Junto al relampagueante *blitzkrieg* en los medios, su equipo se apresuró a rescatar el cuerpo de Beatriz de las instalaciones del forense para llevarlo a una capilla ardiente en el Panteón Francés. A partir de allí, las exequias se convirtieron en una auténtica verbena en la que la concurrencia se redujo a los aduladores que gravitaban en torno a Ruiz-Berben, todos ellos en busca de un apretón de manos o de una *selfie* a su lado. Con eficiencia alemana, la Lombriz estuvo presente justo a tiempo para que los medios tomaran el vídeo e hicieran las fotografías de rigor. De traje oscuro, camisa blanca y corbata negra, posó contrito frente a las cámaras obviando el hecho de que Beatriz lo hubiera mandado a volar años atrás. Una vez interpretado el papel de deudo apesadumbrado, se marchó dejando allí a sus empleados para que hicieran bulto durante la noche y evitar así que el velorio corriera el riesgo de tornarse desangelado.

En cuanto me enteré del numerito que aquel imbécil había montado, me fui para el Panteón Francés. Don Efraín insistió en acompañarme; supuse que deseaba evitar que, calado por las circunstancias, fuera yo a cometer alguna estupidez. Llegamos cuando

ya anochecía. Al centro del espacioso velatorio estaba el ataúd rodeado de flores. No pude reprimir el recuerdo de las dos únicas ocasiones que había entrado a un sitio así. La primera fue la oscura capilla de la seguridad social que muchos años antes había acogido el ataúd de mi padre y, años después, el sencillo velatorio en donde Emma y yo pasamos la última noche al lado del cuerpo de mamá. Esta vez, sin embargo, la escenografía era muy distinta. Ambiente cálido, luces tibias y una hermosa fotografía de Beatriz de sus años de recién casada ante el féretro. En los corrillos entre los que cruzamos, nadie hablaba de ella. La mayor parte de aquellos individuos indistinguibles ni siquiera la había conocido. La única constante en esos cónclaves era la *grilla* insulsa de quienes se mueven en el corrompido ambiente de la política. Ante la expectativa de las elecciones del año siguiente, el tema que acaparaba las charlas era la posibilidad de que Ruiz-Berben fuera llamado a integrarse a una cartera del gabinete presidencial, como forma de apuntalar una importante candidatura más adelante.

Pasé la noche en medio de aquella congregación de indiferencia acompañado de don Efraín, quien solo se ausentó dos o tres veces para salir a fumar un cigarrillo. A la mañana siguiente, a la fresca de las diez y apegándose al guion acordado con los medios, reapareció la Lombriz. Apenas entró a la sala, la muchedumbre se apiñó en torno suyo como si se tratara de una estrella de cine. Don Efraín y yo contemplábamos el grotesco espectáculo bebiendo el café que un diligente grupo de señoritas —secretarias del Senado, sin duda— había estado distribuyendo entre los asistentes. En un momento, sin embargo, el magma humano me atrapó y comenzó a desplazarme involuntariamente a lo largo de la capilla. Súbitamente me vi frente a él. Ahí estaba el muy idiota, con el traje de dos mil dólares que envolvía el cuerpecito de pera que la buena vida le había esculpido, extendiéndome la mano mientras me dedicaba su sonrisa caballuna. Noté que me miraba extrañado porque, a diferencia de los lambiscones que lo rodeaban, yo no manifestaba ansia alguna por estrechar su mano. De pronto, entrecerró los ojos y dijo:

—¿Alberto…? ¿Alberto Millán?

Al principio pensé en dejarlo con el amago de saludo y largarme, pero era mucho el rencor que había acumulado a lo largo de los años como para simplemente salir del paso de esa manera. Así que no pude contenerme. Estreché su mano con fuerza y lo acerqué hacia mí para mascullar muy cerca de su oído:

—Debías cuidarla. Eso era lo único importante que debías hacer, pedazo de mierda.

No sé si fue el movimiento brusco que acompañó a mis palabras, o si sencillamente alguno de los impacientes aduladores que nos rodeaban me empujó al intentar acercarse a él, pero apenas terminé

de lanzar la invectiva, el contenido del vaso de café que llevaba en la mano saltó derramándose en su alba camisa. Las consecuencias no se hicieron esperar. Uno de sus guardaespaldas me tomó del brazo, mientras que otro —con encomiable discreción profesional— me colocó un puñetazo en el costado con el que consiguió doblarme y hacerme creer que el aire había abandonado mis pulmones para siempre. El gorila que me mantenía apresado se disponía a administrarme un segundo golpe cuando Ruiz-Berben, en un gesto magnánimo, levantó la mano para detenerlo. Me miró en silencio. Sus ojitos delataban que el par de neuronas que naufragaba en su cerebro intentaba decidir qué hacer conmigo. Al cabo de un momento, aún con las mandíbulas trabadas, sonrió. Luego, abandonó el salón hacia la habitación de descanso escoltado por uno de los guardaespaldas, mientras que el otro me conducía a empellones afuera del edificio.

Un poco más tarde, don Efraín —valiéndose de un par de billetes de quinientos pesos— convenció a un empleado de la funeraria para que nos permitiera regresar por la puerta trasera. Desde allí, escondido en un rincón, vi cómo la Lombriz reaparecía, otra vez con una camisa impecable, para dar inicio al espectáculo en el que él, entre cámaras y reflectores, habría de ser la estrella. Él, de rodillas a un costado del ataúd recibiendo la bendición del obispo primado de México, quien ofició la misa de cuerpo presente. Él, haciendo una última guardia al lado del féretro. Él, recibiendo el abrazo de solidaridad de parte de políticos y empresarios. Él, caminando a paso lento desde la capilla hasta la fosa abierta. Él, mirando cabizbajo la caja mortuoria mientras descendía hasta el fondo de la sepultura. Él, llevándose la mano detrás de los lentes oscuros para disimular una inexistente lágrima, mientras un par de hombres paleaban la tierra para cubrir la tumba. Él, colocando una corona de flores sobre el montículo en el que se convirtió el sepulcro. Él, huyendo de los micrófonos falsamente aterido por el dolor. Él, subiendo al vehículo con vidrios polarizados que lo esperaba. Él, retirándose del panteón con el cristal de la ventanilla abajo para dedicar un «seguiremos adelante» a los hambrientos reporteros. Él. Solo él.

Al final, la estratagema mediática le funcionó a las mil maravillas. Todavía un par de días después, los periódicos y noticiarios de la televisión seguían hablando de Eduardo Ruiz-Berben y su artificial tragedia. Claro, el precio de aquel espectáculo lo pagamos otros. Y no me refiero al costo económico de aquella función —que seguramente habrá gravitado sobre los presupuestos del Senado—, sino al precio humano que significa esa forma de desprecio por la muerte. Ese precio lo pagué yo. El muy cabrón no solo me arrebató el cuerpo de Beatriz, sino que también me robó la posibilidad del duelo. Yo que, oculto en la aglomeración de aduladores, fui el único realmente destrozado al

escuchar al obispo leer el libro de Eclesiastés: «En este mundo todo tiene su hora. Hay un momento para todo cuanto ocurre. Un momento para nacer y un momento para morir. Un momento para plantar y un momento para arrancar…». Yo que, mientras escuchaba aquellas palabras milenarias, no podía dejar de recordar la luz en los ojos claros de Beatriz y la sensación suave del tacto de sus manos. «Un momento para matar y un momento para sanar. Un momento para destruir y un momento para edificar…». Yo que, mientras miraba a Eduardo Ruiz-Berben, no dejaba de pensar que ese miserable había sido el culpable de que Beatriz se alejara de mí. «Un momento para llorar y un momento para reír. Un momento para el duelo y un momento para la fiesta…». Yo que, en silencio, debí tragar mis lágrimas cuando bajaron la tapa para cegar la luz del ataúd. «Un momento para lanzar piedras y un momento para recogerlas. Un momento para abrazarse y un momento para separarse…». Yo que, sintiendo que la sangre me encendía, hube de contemplar cómo la Lombriz y tres de sus incondicionales cargaban el féretro que solo yo habría tenido derecho a llevar en hombros. «Un momento para intentar y un momento para desistir. Un momento para guardar y un momento para desechar…». Yo que, a la cola del cortejo que marchaba siguiendo la última reverberación de la tarde sobre la calzada, caminé mezclando mis huellas con las de aquel tumulto que era ajeno al dolor que me consumía. «Un momento para rasgar y un momento para coser. Un momento para callar y un momento para hablar…». Yo que, de pie frente a la losa bajo la cual quedó abandonado su cuerpo, esperé hasta que todos se fueron para quedar a solas con ella. «Un momento para amar y un momento para odiar. Un momento para la guerra y un momento para la paz…». Yo que, mientras la lluvia comenzaba a caer sobre la plancha de cemento, intenté que el llanto lavara la culpa de mis ojos.

Esa noche Jorge volvió a llamarme; su comisión de trabajo se había extendido y todavía estaba en Washington. No pude evitarlo. Frenético, le hablé del espectáculo que la Lombriz había organizado y de cómo aquel infeliz había conseguido degradar el último adiós de Beatriz.

—¿Y se sabe ya algo de lo que pasó? —me preguntó cuando sintió que había recobrado la calma.

Le resumí lo que don Efraín y yo habíamos conseguido averiguar con el forense; las terribles circunstancias de ambas muertes, a partir de las cuales iniciaría el trabajo de la policía.

—Siendo ella quien era —especuló—, supongo que las autoridades se meterán de cabeza en el caso.

Como él, tampoco dudaba que la Lombriz fuera a mover sus

influencias para que los recursos de la ciudad se dedicaran a esclarecer el caso, entreviendo que, de producirse el milagro de que la policía mostrara por una vez en su puñetera existencia que no era un cuerpo de inútiles y corruptos, aquello podría representarle una nueva ronda de publicidad gratuita. Después, Jorge construyó uno de esos largos silencios con los que se trata de moderar el efecto de las palabras incómodas.

—¿Y has pensado en hablar con Eduardo? —disparó finalmente.

En la narración que le hice del sepelio había preferido omitir lo referente al comentario que le dediqué a la Lombriz cuando inopinadamente me topé con él y al incidente del café que terminó decorando su camisa, así como al cariñito con el que su guardaespaldas correspondió a mi exabrupto y cuyo moretón todavía palpitaba debajo de mis costillas.

—No. —Evadí.

—Lo digo porque quizá la policía le haya dicho algo. Y, bueno, porque a fin de cuentas es un senador y ella era su ex.

A pesar de que me costaba reconocerlo, Jorge tenía razón. Ni duda cabía de que la policía no iba a tener reparos en mantener informado a aquel idiota, lo permitiera la ley o no.

—Eduardo preside ahora la Comisión de Hacienda en el Senado y he vuelto a tener cierta relación de trabajo con él —continuó Jorge rescatándome del silencio—. Si quieres, lo busco yo y veo qué puedo averiguar.

No respondí. Aunque la sugerencia era juiciosa, no estaba dispuesto a conceder mérito alguno a cualquier información que proviniera de la Lombriz.

—No te preocupes —quiso tranquilizarme—, que no le voy a decir que lo hago de tu parte. Y déjame preguntarte otra cosa —añadió—. Es una tontería. Algo que me ha estado dando vueltas en la cabeza y que no quiero dejar de preguntarte… ¿No te buscó Beatriz? —soltó.

—¿A mí?

—Si estaba en problemas, pudo haberlo hecho. Ya sabes que cuando uno anda metido en líos, en quien primero se piensa es en aquellos que uno considera sus amigos —agregó dando forma a la explicación para que él y yo estuviéramos hablando después de años de silencio—. A pesar de lo que ocurrió entre ustedes, no creo que ella hubiera dejado de considerarte alguien en quien podría confiar.

—Pues me habría gustado —respondí al cabo—, pero no lo hizo.

—¿Estás seguro?

—¿Supones que obviaría algo así?

—Claro que no. Es solo que ella pudo haber buscado alguna manera de ponerse en contacto contigo sin que tú lo supieras. Un correo que aún no hubieras leído, o un mensaje en el trabajo que

hubieran olvidado darte. Qué sé yo.

La duda me golpeó en la nuca. ¿Y si Jorge tenía razón y Beatriz me había buscado sin que me diera cuenta? ¿Y si hubiera sido ella la autora de alguna de esas llamadas que yo descartaba al no reconocer el número que aparecía en la pantalla del celular? ¿O si me hubiera enviado un correo electrónico a la dirección que aparecía debajo de mi columna y yo lo hubiera borrado suponiéndolo uno más de los mensajes con los que mis lectores me insultaban impunemente? ¿O si me hubiera dejado un recado en el teléfono del periódico que alguien hubiera olvidado darme? ¿O si el mensaje hubiera estado allí todo el tiempo, convertido en alguno de los tantos papeles olvidados sobre mi mesa de trabajo…?

Jorge, quizás arrepentido por haber lanzado aquella conjetura, no insistió. Supongo que adivinaba que, como tantas veces desde que éramos niños, yo estaba, otra vez y sin razón, tocado por el filo de la culpa.

Ocho

Vértigo. Perturbación en el sentido del equilibrio que produce sensación de inestabilidad. Percepción de aparente movimiento rotatorio del cuerpo o de los objetos presentes, igual al que algunos poetas han asociado con el trepidante paso del amor.

De lo que sucedió durante los días que siguieron a mi primer encuentro con Beatriz deduje varias cuestiones importantes. La primera fue que, a pesar de que intentaba ocultarlo con una actitud desenfadada, ella entendía y hablaba inglés no solo mejor que yo, sino también que Pili, Mili o cualquiera de los alumnos en aquella clase. La delataba la estructura siempre correcta de sus oraciones, la selección justa de las palabras y —lo más difícil en una lengua que nos es ajena— su pronunciación natural y fluida. Saltaba a la vista que aquella chica no asistía a una simple escuela como la mía, sino a un *colegio*; uno de esos institutos privados en los que el inglés no era una materia de relleno, sino una asignatura que se enseñaba a los niños desde pequeños. No obstante, a pesar de tener todo lo que se necesitaba para destacar en aquel curso, también estaba claro que a ella eso le importaba un comino. Lo único que parecía mantenerla allí era algún designio supremo, seguramente —como en mi caso— el de sus padres. La segunda cuestión que colegí fue que ella debía de estar asistiendo aún a clases, ya que cada tarde aparecía vestida con el mismo uniforme escolar con el que la conocí. Concluí que tal vez los colegios privados como el suyo no seguían al pie de la letra las regulaciones oficiales respecto a los calendarios lectivos, o que quizá purgaba algún tipo de condena académica. Y el último interrogante que descifré fue que la razón por la que no conseguía quitarle la mirada de encima apenas entraba al salón de clases, no podía ser otra cosa que aquello que los poetas del Romanticismo que leíamos en la escuela diagnosticaban en sus obras como el mal mayor del hombre, el cual había inoculado su veneno en mí por primera vez; en palabras de Becker —que en esos días se convirtió en mi psiquiatra de cabecera—: «Oigo flotando en olas de armonías, rumor de besos y batir de alas; mis párpados se cierran… ¿Qué sucede? ¡Es el amor que pasa!».

Así que el resultado de mi inesperado encuentro con Beatriz fue que, luego de apenas una semana, ya me había olvidado de mi dichoso plan de vacaciones para volcarme de lleno en aquel curso de inglés.

Con la obsesión de un científico empeñado en ganar el Premio Nobel, dedicaba las mañanas a preparar la tarea que Miss Forshaw había encargado la tarde anterior y a sumirme en el estudio de la lección del día. No deseaba que nada me tomara por sorpresa, no frente a ella. Luego de la comida daba inicio la cuenta regresiva y, a las tres en punto, salía con mis libros bajo el brazo para tomar el autobús que me conduciría a la colonia San Rafael. Cada tarde, de regreso en casa, daba a mi madre el reporte del día acompañado de un par de oraciones bien construidas que patentizaban mis avances. Ella se mostraba complacida por el hecho de que no hubiera sucumbido a los deseos de perder el tiempo con mis amigos en la calle y que, en cambio, me encontrara tan a gusto con mi nueva rutina.

Sobra decir que, si ella estaba satisfecha, yo era simplemente feliz.

Cierto es que a Beatriz y a mí —como a su tocaya, Beatriz Portinari, y a Dante Alighieri— el destino terminó por separarnos, pero quien en un principio nos unió fue, paradójicamente, el propio poeta florentino.

Todo ocurrió el viernes con el que llegaba a su fin la segunda semana del curso.

—*Let's go through the chapter on Dante Alighieri* —indicó Miss Forshaw.

«*Dante Alighieri (1265-1321) was an Italian poet. His* Divina Commedia *is considered a masterpiece of the Late Middle Ages literature*». Con aquella síntesis iniciaba la lección que la maestra nos había pedido estudiar para esa tarde. Beatriz, como de costumbre, llegó cuando la clase ya había comenzado y sin libro alguno en las manos. Cuando Miss Forshaw hizo una pausa para solicitarle a la ansiosa Pili que leyera la primera serie de versos que reproducía nuestro libro, Beatriz levantó la mano:

—*Miss!* —exclamó.

—*Yes, my dear.*

Y entonces Beatriz inquirió con desenfado:

—*Who was Dante Alighieri?*

La Escuela Secundaria Federal número 11 «Mártires de Tacubaya» se hallaba muy lejos de ser el gran claustro del conocimiento universal, pero quienes nos dábamos cita en sus aulas contábamos por ese entonces con una cultura general más que aceptable. Así que, si bien podríamos no ser capaces de decir de memoria las cánticas de la *Commedia*, sí sabíamos quién había sido su ilustre autor. ¿Cómo era posible entonces que alguien proveniente de uno de esos colegios privados de élite no pudiera ubicar a una figura universal como esa? Aunque pretendí escandalizarme, en el fondo me sentí satisfecho al descubrir que mi formación no estaba tan lejos de la que uno suponía recibían aquellos privilegiados.

—Quién lo habría dicho —murmuré en voz muy baja jugueteando con la paradoja—. Beatriz preguntando por Dante…

Me di cuenta entonces de que ella no solo tenía unos ojos de agudeza igual a la de un lobo de la tundra canadiense, sino también su perfecta capacidad auditiva. Como una fiera alertada por el peligro, Beatriz se volvió hacia mí para cruzarme con su licantrópica mirada. Después, disparó un comentario que se cuidó escuchara toda la clase:

—Discúlpame, genio, pero olvidé mi libro en casa. Además, no sé cómo lo hagan en el colegio al que tú vas, pero en el mío se pregunta cuando no se sabe. Así es como una aprende.

Un vértigo se apoderó de mí. Deseé que la tierra se abriera y me tragara. Miss Forshaw —quien no pareció percatarse de mi turbación — explicó a Beatriz lo que indicaba el recuadro del libro acerca del personaje, mientras yo seguía paralizado en mi butaca, con las mejillas encendidas como si fueran extensiones de luces de Navidad. Desde mis días como *boy scout* —que fueron breves, ya que pronto desistí de la rutina que me obligaba a disfrazarme como explorador de pantalón corto cada sábado— conservaba la costumbre de repasar las definiciones del *Manual del moderno alpinista* que me entregaron el día de nuestra primera excursión a la Marquesa. En aquel curioso breviario, Lord Emory Hastings —un aventurero inglés a quien yo imaginaba sentado frente a una chimenea en uniforme de campaña, con un hierático galgo afgano a los pies y un vaso con *whisky* en la mano— compendiaba en breves máximas su experiencia escalando las cumbres de los dominios del Imperio británico. «Garganta», recordé la heterodoxa definición de Lord Hastings. «Paso estrecho entre riscos o causes profundos de ríos. Espacio interno entre el paladar y la laringe que se cierra cuando sobreviene el miedo». Valoré la sabiduría empírica de aquel explorador cuando una sensación así me atacó ante aquel desplante de audacia de la chica que ahora, despreocupadamente, me ignoraba. Las manos me sudaban y creo que dejé de respirar por varios segundos. Pensé incluso que estaba a punto de lograr la legendaria ejecución del *actus mortis*, el prodigioso experimento de fuerza mental en el que Kalimán, para engañar a sus enemigos, paralizaba los pulmones hasta suspender la respiración y aminoraba el ritmo de la corriente sanguínea al grado de no escucharse los latidos de su corazón. Fue Miss Forshaw quien me sacó de aquel estado catatónico:

—*Alberto?* —Inquirió clavándome la garza mirada—. *Would you mind sharing your book with Beatriz?*

Respondí con una sonrisa que terminó convirtiéndose en una mueca. Miss Forshaw me dedicó un gesto de aprobación y Beatriz se volvió hacia mí:

—Gracias por permitirme leer contigo, genio. Qué educado de tu

parte. Se ve que eres todo un… caballerito.

No pude responder. Me había quedado mudo.

—¿Y qué esperas para venir a sentarte aquí? —añadió—. No supondrás que voy a ir a esconderme contigo a ese rincón.

Pasé el resto de la clase a su lado, con un ojo al gato y otro al garabato. Con uno trataba de seguir las explicaciones de Miss Forshaw, mientras que con el otro me mantenía atento al lobo salvaje que respiraba a mi lado. La clase terminaba y la maestra nos indicó que aquella discusión sobre Dante sería la base para una actividad del curso. En un par de semanas participaríamos en una feria sobre el poeta florentino que se organizaría en el instituto. Para ello, integraríamos equipos de trabajo compuestos por dos personas. Los primeros grupos se autoformaron de la mano del espíritu competitivo de Pili y Mili, quienes de inmediato se adjudicaron a dos de los jovencitos más espabilados. Otro de ellos fue asignado como compañero de fórmula de Gutierritos, mientras que la integración del resto de los grupos tuvo como único criterio la cercanía de las butacas. Al final, quedamos solo Beatriz y yo, y Miss Forshaw no dudó en indicarnos que formaríamos el último equipo.

—Mala suerte, genio. —Sonrió Beatriz acercándose hasta que pude sentir su respiración crepitando en mi oído—. Te va a tocar trabajar doble, porque yo no pienso hacer nada.

En cuanto Miss Forshaw dio por terminada la clase, Beatriz salió disparada. Sentí que debía alcanzarla y hablar con ella para ponernos de acuerdo, así que la seguí. Pero al llegar abajo solo logré ver cómo un hombre de traje oscuro abría la portezuela trasera de un soberbio Mercury Grand Marquis negro para que ella entrara. Me acerqué llevado por la inercia, aunque solo conseguí que el tipo me detuviera con la mirada congelándome en la acera. Unos segundos después, el vehículo se había perdido en el tráfico de la avenida.

Pasé el fin de semana ideando una forma inteligente para abordar la actividad en la que Miss Forshaw nos había embarcado. Más que la intranquilidad por la asignación académica, me preocupaba pensar en algo para corregir la pésima impresión que mi comentario había causado en Beatriz. «Beatriz preguntando por Dante…», me flagelaba recordando mis palabras. «Pero hay que ser estúpido», me recriminaba. Así que no había alternativa. Si quería arreglar aquel agravio, debía emplearme a fondo.

Uno de los logros que mayor notoriedad me habían traído dentro de la secundaria «Mártires de Tacubaya», y por el que se me reconocía entre el alumnado como una especie de leyenda urbana, había sido mi triunfo un año antes en el concurso nacional sobre la vida y obra de Benito Juárez. Fue un certamen que, rememorando un año más de la

muerte del prócer, reunió a los mejores estudiantes del país y en el que yo resulté ganador de nuestra zona escolar. Piedra angular de aquella victoria, y por la cual fui recibido como héroe a la hora del recreo y llevado al balcón del director desde donde saludé a la muchedumbre que me vitoreaba, fue mi presentación sobre pasajes de la vida del héroe. A diferencia de mis contrincantes, que llegaron con los típicos pliegos de cartulina sobre los que habían pegado las consabidas imágenes de las monografías que distribuían las papelerías de todo el país, yo introduje una innovación que rompió el molde. Grande fue la sorpresa de los profesores que me evaluaron al verme frente a una monumental —un metro y medio de alto— efigie fabricada en *triplay* de pino que recreaba el rostro de Juárez. La madera estaba revestida con pequeños trozos de papel coloreado que servían para apuntar los principales rasgos del personaje, los cuales se delineaban después empleando una fina piola. Al final, recubrí la pieza con pegamento blanco que, al secar, creaba la sensación cristalina de un barniz. Me atribuí el crédito de la invención, aunque la verdad es que se trataba de una técnica que había descubierto en una de las revistas de manualidades de mi madre, y que había logrado dominar fabricando la imagen de los personajes que habitaban las historias de mi héroe de entonces —Kalimán, el Hombre Increíble—, las cuales, poco a poco, fueron poblando los muros de mi habitación: Kalimán y su pequeño y valiente amigo, Solín, el Doctor Muerte, Míster X, Erich von Kraufen y el Profesor Satanyk. El segundo elemento para aquella exhibición consistió en la grabadora de carrete que mi padre había traído de un viaje al que la secretaría de Hacienda lo envió a Boston; una pieza de alta tecnología a la que nadie imaginó que un adolescente pudiera tener acceso. Allí grabé, utilizando como fondo la bucólica música para piano de Manuel M. Ponce, algunos fragmentos de los discursos del héroe oaxaqueño tras la restauración de la República. Después de eso, con mi auditorio extasiado, inicié la presentación de los principales hitos históricos del personaje. El resultado fue inevitable: triunfo por decisión unánime.

Como nadie en el sofisticado mundo del Anglo estaba al tanto de mis proezas en la secundaria «Mártires de Tacubaya», evalué que podría repetirme sin correr riesgos y, lo que era más importante, garantizando el éxito de los resultados. El plan era sencillo. El busto de Juárez sería sustituido por el celebérrimo perfil latino de Dante que hallé en el primer tomo de la *Enciclopedia Británica*. Cambiaría los fondos musicales de Ponce por fragmentos del *Adagio* de Arcangelo Corelli que hallé en la colección de discos *Tesoros de la música clásica* que mi padre compraba cada semana en la «oferta musical» de los almacenes Aurrerá. Y, por último, los fragmentos de los republicanos discursos de Juárez serían sustituidos por un par de versos

correspondientes a los cantos del *Infierno* de la *Commedia* que, traducidos al inglés, se incluían en el capítulo de nuestro libro de texto, uno leído por Beatriz y otro por mí.

Para el lunes por la mañana, ya había traducido el proyecto en bien presentadas notas dentro de una carpeta, la cual ofrendaría a Beatriz como mi nueva tarjeta de presentación. Apenas podía contener la ansiedad. Esa tarde, salí rumbo al Anglo diez minutos antes de lo acostumbrado. Más aún, en un acto de audacia, probé colocarme unas gotas de la English Leather de mi padre en las mejillas, y me puse una de las camisas que reservaba para los compromisos en los que mi madre solía presentarme como hijo modelo. Enfundado en aquel premeditado atuendo, como lo habría hecho alguna vez el propio poeta florentino saliendo al encuentro de su amada, me encaminé al instituto lleno de confianza. Fui el primero en llegar al salón de clases. Poco a poco, fueron arribando el resto de mis condiscípulos, pero Beatriz no apareció. Ni ese lunes, ni el martes, ni el miércoles tampoco. Concluí que aquello de «Yo no pienso hacer nada» había sido en serio y que hasta allí había llegado mi contacto con seres inalcanzables. Casi podía imaginarlo. Aquella tarde, tras mi estúpido comentario, Beatriz habría hecho una tremenda rabieta en casa y sus padres la habrían relevado de aquellas clases que poco aportarían a un futuro que, como el suyo, debía de estar perfectamente planificado.

Ante el abandono de Beatriz, decidí que no habría más remedio que hablar con Miss Forshaw para proponerle que me permitiera hacer aquel trabajo a mí solo. Aunque, dadas las nuevas circunstancias, iba a ser a la vieja usanza: cartulina y monografías de la papelería. No iba a consumir mis balas en una batalla que ya estaba perdida. Me sentía abatido. El fracaso —no importa cómo se disfrace— es siempre así, y esta vez mi primer amor se había esfumado antes incluso de llegar a serlo.

El jueves, sin embargo, al llegar al salón dispuesto a abordar a Miss Forshaw antes del inicio de la clase, Beatriz ya estaba sentada en su sitio. El mundo volvió a iluminarse. Apenas me vio, se acercó a mí:

—Hola, genio. ¿Cómo va nuestro trabajo sobre el tal Dante?

Hasta ese momento en el que Beatriz me sonrió caí en la cuenta de que, si finalmente conseguía articular alguna palabra, iba a ser la primera que le dirigiera.

—Se me ha ocurrido una idea —respondí acariciando la carpeta que seguía guardada entre las páginas de mi libro.

Nos sentamos y, a tropezones, le expliqué el plan. A medida que avanzaba, me pareció que sus ojos se entrecerraban expresando algo que igual podía ser sorpresa y aprobación, que estupor y fastidio.

—Vamos a ver —me interrumpió al cabo—. Para empezar, ¿dónde vamos a conseguir la madera para hacer ese monigote?

—Conozco un sitio en donde puedo comprar el trozo exacto.

—¿Y quién va a recortar la silueta?

—Mi padre tiene un serrucho delgado con el que puedo hacerlo en casa; después solo debe lijarse el contorno. Yo lo haría también. —Sonreí—. Lo demás es más sencillo y… —tragué saliva— podríamos hacerlo juntos.

—¿Qué pasó, genio? —Pareció indignarse—. ¿Tan pronto vas a fastidiar el plan? Pensé que a mí nada más me tocaba echarte porras mientras tú te hacías cargo del trabajo.

—Claro —titubeé—. Es solo que pensé que tal vez tú…

—Tranquilo, que es broma. —Sonrió—. A ver. Y luego, ¿qué hacemos?

—Bueno, papá tiene un reproductor de cintas. Con él podemos grabar los dos poemas de Dante que vienen en el libro, uno tú y otro yo. El día de la feria, los reproducimos cada vez que alguien se detenga frente al busto. Así nos ahorramos tener que estar montando un numerito cada cinco minutos… ¿Qué te parece?

Beatriz cerró la carpeta y se colocó muy cerca de mí mientras la ponía en mis manos. Al hacerlo, sentí cómo sus dedos alcanzaban a rozar los míos.

—Nada mal, nada mal —contestó pausadamente—. Aunque, prepárate, porque con esto vas a lograr que alguien se enamore de ti.

Una descarga de adrenalina me recorrió el cuerpo, mientras el rostro se me encendía de forma incontrolable.

—Me parece —continuó disfrutando de mi turbación— que Miss Forshaw va a enloquecer contigo.

Beatriz rio divertida mientras mis manos se convertían en una regadera de sudor.

—Por cierto, genio. No te lo he preguntado antes. ¿Cómo te llamas?

—Alberto Millán —respondí.

—¿Alberto? ¿Como Einstein? —Rio—. Pues entonces no me equivoqué contigo. Eres todo un genio.

Nueve

Manto. Estrato de tierra o hielo que se extiende sobre las caras de una montaña. Capa que cubre la superficie creando riesgos para el escalador, quien debe precaverse de lo que, como ocurre con la mentira, puede yacer debajo de esta.

Transcurrió más de una semana antes de que el espectáculo mediático montado por la Lombriz consumiera sus efectos. Eso, sin embargo, no significó que el duelo terminara para mí.

El luto es el acto más íntimo y solitario del hombre. Cada mañana, sin que pudiera evitarlo, se reinstalaba en mi pecho la sensación de vacío que había nacido cuando reconocí el cuerpo sin vida de Beatriz. Soledad, angustia, nostalgia, culpa. Sabía que la aflicción no cedería hasta descubrir lo que la había conducido a aquella noche trágica. No obstante, pese a los esfuerzos de don Efraín con sus contactos en la policía, no habíamos conseguido averiguar nada de lo que las autoridades habían estado investigando, y ya comenzaba a sospechar que quizás este, como tantos otros actos de violencia en la ciudad, habría de quedar impune. Pero eso era solo lo que parecía estar ocurriendo en la superficie, porque debajo de ese manto de silencio muchas otras cosas habían estado sucediendo y, justo aquella mañana, esos hechos que permanecían ocultos empezarían a unirse para comenzar a desenredar la madeja de la verdad.

Entraba a la sala de redacción del periódico, cuando Lázaro Urbina me detuvo:

—Te buscan, Alberto —dijo atemperando el vozarrón para que solo yo lo escuchara—. Están en la sala de juntas de Arrechea. —Luego hizo una mueca antes de hacer el disparo final—: Es la policía.

Enfilé rumbo a la gran sala en la que Esteban Arrechea, el propietario del *Diario Centinela*, presidía cada dos meses el consejo de administración del periódico. Al llegar, me encontré con don Efraín recargado contra el marco de la puerta con un cigarrillo colgándole de los labios. Me hizo un gesto y entramos. De espaldas, un hombre de pie al otro lado de la larga mesa de caoba miraba a través del ventanal desde donde el camino hacia la Alameda Central creaba una compleja geometría en fuga.

—Buenos días —dije para anunciarme.

—Oiga, qué panorama se tiene desde aquí —respondió el hombre

sin volverse—. ¿Por qué será que estas vistas se las reservan solo los ricos? Ni soñar con tener algo así para una comandancia de la policía. ¿Cómo era eso? Ah, sí. Al que tiene caballo le dan montura y, al que no, le dan de caballazos… En fin —añadió girándose—. Espero que me recuerde, amigo Millán.

Era el inspector Hasen Ramírez. No lo había visto desde aquella noche en la Ciudadela, pero vestía igual que entonces: pantalón oscuro, zapatos negros bien lustrados y la misma chamarra tejida de Chiconcuac. Se acercó y me extendió la mano. Mientras la estrechaba, sentí cómo su dedo medio toqueteaba la parte interior de mi muñeca. Lo miré extrañado, pero él simplemente la retiró como si nada.

—¿Y tú, Efraín? —Inquirió el Holandés—. ¿Vienes a jugar de abogado del señor Millán?

—¿Lo necesita? —Reviró el viejo.

—No lo creo. Aunque nunca están de más las precauciones.

—Pues por lo pronto estoy aquí nada más como amigo. Claro, si no hay inconveniente.

Hasen Ramírez negó con la cabeza.

—El agente Luciano Fierro —agregó señalando a un individuo que hasta ese momento me percaté se hallaba a mi espalda—. ¿Se acuerda de él?

Asentí al ver que el hombre alto, de cabello rubio y mirada clara era el otro policía —el de pinta de menonita— a quien también había conocido aquella noche.

—Cierra la puerta —le ordenó Ramírez—. Y, ustedes, tomen asiento.

Me acomodé en una de las sillas que rodeaban la mesa del consejo, mientras don Efraín hacía lo propio apoderándose de inmediato de uno de los ceniceros de cristal.

—Por su comportamiento la noche que nos conocimos, amigo Millán, pensé que era usted uno de esos reporteros incompetentes a los que mandan a cubrir hechos violentos por primera vez. Ya sabe, de los que ven un cadáver y se les va la sangre a los pies… Aunque ya después me he enterado de que tiene usted su historia aquí.

Comencé a sentirme incómodo. Seguro que aquel policía no se había apersonado en el periódico solo para compartir conmigo sus impresiones sobre nuestro primer encuentro.

—Para ahuyentar cualquier fantasma que puedas traer por ahí, Ramírez, te aclaro que esa noche Alberto cubría la nota en mi lugar.

—Lo sé, Efraín. Ya me he informado. De eso y de algunas otras cosas…

El policía dejó colgadas las palabras. En la contraluz del ventanal, su complexión menuda lo hacía parecer una figura de arte precolombino que hubiera cobrado vida.

—Señor Millán —dijo mirándome fijamente—. ¿Conocía usted a Beatriz Soler? ¿La esposa del senador Ruiz-Berben?

—Exesposa —lo corregí.

—Exesposa entonces. ¿La conocía?

Miré de reojo a don Efraín. Como un boxeador novato, buscaba la indicación de mi mánager al arrancar el primer asalto de la pelea. Sin embargo, mi silencio debió extenderse más de lo debido porque el inspector Ramírez volvió a la carga antes de que yo recibiera la señal desde mi esquina:

—Es una pregunta sencilla, Millán. ¿La conocía o no?

Lo miré con desconfianza. Luego de lo ocurrido esas semanas, no podía quitarme de la cabeza la posibilidad de que aquel policía se hubiera convertido en un empleado más de la Lombriz y que yo, con mis respuestas, estuviera poniendo en su boca las palabras que después él le transmitiría.

—Mire —reiteró el policía destilando una gota de impaciencia—. Cuando alguien tarda más de tres segundos en responder, generalmente es porque va a mentir. No quiero que comencemos mal nuestra relación, y si me responde con una mentira, pues así es como la vamos a empezar. Porque después voy a confirmar lo que me haya dicho, y entonces sabré qué es cierto y qué no lo es.

Volví a mirar a don Efraín quien, con una bocanada, pareció indicarme que más valía cooperar.

—Sí —respondí finalmente—. La conocía.

—¿La veía con frecuencia?

—La última vez que hablé con ella fue hace más de veinticinco años.

—Y al senador Ruiz-Berben. ¿Lo conoce?

—Como todo México. —Eludí apretando los labios. Era obvio que Ramírez no buscaba saber cosas nuevas, sino confirmar las que ya había averiguado.

—Claro. —Sonrió—. Esa es la condena de las figuras públicas… ¿Y a Diana Abascal? La otra víctima de aquella noche. ¿La conocía?

Regresó a mi memoria la imagen del rostro desfigurado de la infortunada mujer.

—Nunca la había visto.

Hasen Ramírez metió la mano en el bolsillo de la chamarra tejida y sacó una libreta negra.

—Me enteré de que estuvieron en el forense el otro día, Efraín —dijo mientras repasaba algunas anotaciones en el cuaderno—. Se ve que no pierdes tu influencia sobre Cañizares.

—Nada se te escapa, Ramírez —respondió el viejo sobándose el bigote.

—Pues no esperarás que no me entere de qué sucede en mi propia

casa.

—Hombre, no.

—Solo intentábamos averiguar qué había pasado. —Quise justificar la intervención de don Efraín ante Cañizares—. Somos periodistas y para eso nos pagan.

—¿Y para qué supone que nos pagan a nosotros, amigo Millán? —Se volvió el Holandés cruzándome con sus ojitos negros—. ¿Para rascarnos los huevos?

Guardé silencio, incómodo con la voz suave que el policía empleó para articular aquella vulgaridad.

—¿Sabe a qué se dedicaba la señora Soler? —Volvió a la carga.

—Ya le dije que no la había visto en muchos años.

—Que no la hubiera visto no significa que no lo sepa.

—Pues no lo sé.

Ramírez dio media vuelta y se colocó otra vez frente al ventanal, mientras el agente Luciano Fierro permanecía al lado de la puerta convertido en estatua de sal.

—Hace dos años —dijo el Holandés al cabo—, la señora Soler se divorció del senador Ruiz-Berben. Pero, según me dijo antes, eso ya lo sabía. —Descargó calándome—. Mutuo consentimiento. Parece que vivir al lado de personajes públicos no es para todo el mundo. Así que lo primero que me pregunté fue qué podría haber hecho la señora Soler desde su separación. ¿Sabe? El acuerdo de divorcio fue muy generoso y le reportó un ingreso importante, por lo que lo normal habría sido que se dedicara a disfrutar de una vida tranquila.

—¿Y cómo se pasa de una vida tranquila a que lo asesinen a uno? —lo provoqué.

Hasen Ramírez se limitó a sonreír antes de continuar:

—Pues sucede que la señora Soler se cansó pronto de la vida de divorciada y comenzó a trabajar. Era historiadora. ¿Lo sabía?

Sentí otra vez la mirada del Holandés midiendo mis reacciones. No le respondí, pero claro que lo sabía. El padre de Beatriz se había empeñado en que ella hiciera una carrera y, a pesar de la oposición de su madre, optó por la Historia.

—Hace como un año se mudó a Puebla —continuó volviendo a la consulta de la libreta—. Tenía un departamento muy mono en el centro histórico. Uno de esos pisos remodelados con vista a la catedral y que solo los muy ricos pueden pagar. ¿Llegó a conocerlo, Millán?

Negué con la cabeza eludiendo otra vez el anzuelo.

—La señora trabajaba como investigadora en el centro que tiene allí el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

—¿Y la otra mujer? —Se coló don Efraín mientras yo comenzaba a sentirme seducido por la vocecita de cuentacuentos de Hasen Ramírez.

—¿Diana Abascal? Trabajaba con ella. Allí mismo.

El inspector Ramírez repasó rápidamente las notas regresando y avanzando las hojas de la libreta.

—Bueno, eso es lo que sé. Ahora es su turno, Millán. ¿Puede usted decirme algo más?

Sus ojitos negros se quedaron muy quietos dando a su semblante la fisonomía de una máscara de obsidiana.

—No sé qué clase de relación se imagine usted que teníamos Beatriz y yo —respondí—. Pero ya se lo dije. Hacía muchos años que no sabía nada de ella. Beatriz fue una de esas tantas amistades que tiene uno de joven. Nada especial —mentí.

—Nada especial… —Ramírez sonrió para devolverle la vida a su rostro, mientras cerraba la libreta antes de regresarla al bolsillo de la chamarra—. ¿Te das cuenta, Efraín? —dijo colocándose al lado del viejo—. Eso es lo más ingrato de este pinche trabajo. No el tener que enfrentarse a criminales todos los días, sino que los ciudadanos a quienes queremos proteger no confíen en nosotros.

—¿Y a qué viene el reclamo? —Torció la boca el viejo.

—A la actitud del amigo Millán —contestó Ramírez con aspereza—. Parece que no sabe todavía que *mentiras* y *policía* son dos palabras que no riman.

El agente Luciano Fierro se revolvió junto a la puerta del despacho, como si aquella hubiera sido la señal para ponerse en alerta.

—Respondí a todas sus preguntas.

—Pero no con la verdad. —Me detuvo el Holandés.

—¿Cómo puede decir que yo…?

—Cállese ahora —me interrumpió con rudeza—. Ayer estuve en la oficina del senador Ruiz-Berben. Sepa que lo primero que se hace en estos casos es recabar la declaración del círculo más cercano a las víctimas. Muchas veces es allí donde está la clave para entenderlo todo. El senador, a diferencia suya, cooperó completamente. Incluso sus abogados insistieron en que se formalizara su declaración para minimizar lo que ellos llaman «repercusiones políticas».

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Pues que el testimonio jurado de Eduardo Ruiz-Berben fue bastante más prolijo que los monosílabos que usted me ha regalado. Él sí nos contó, y con todo detalle, la relación de usted con Beatriz Soler. Por eso sé que se conocían muy bien y desde hace mucho tiempo.

—No he mentido sobre eso. Es solo que…

—No solo se conocían —cortó el policía impidiéndome continuar —, sino que antes de que Ruiz-Berben y ella se casaran, usted fue su novio, pareja o como sea que se diga ahora.

—Eso es inexacto…

—¡Inexactos, mis huevos! —estalló el Holandés—. ¿No me diga que no entiende la distancia que hay entre asegurar que apenas la conocía

y colarse al velorio para llorar a moco tendido toda la noche? ¿Cree que no lo sabía? —Inquirió leyendo mi pasmo—. Pues sí. Entérese. Ahora hay cámaras de seguridad en todas partes. Además, el senador me confirmó que usted y él también se conocen.

—Soy periodista. —Me apresuré a responder—. Mucha gente me conoce.

—No siga echándose tierra solo. Ustedes dos se conocen muy bien y de tiempo atrás.

Apreté las quijadas para contener una maldición. Todo indicaba que la Lombriz había hallado muy pronto la oportunidad para cobrarse el café que derramé en su camisa. Además, para colmo de males, de entre todos los policías buenos para nada que había en la ciudad, tenía que haberme topado con el único que parecía saber cómo hacer su trabajo.

—Imagino a lo que se refiere —murmuré—. Lo del café la mañana del sepelio fue un accidente.

—No fue un accidente, sino una estupidez —me corrigió Ramírez —. Pero no me refiero a eso, sino a sus problemas de hace años con él.

Cerré los puños mientras un calor intenso me subía por los brazos.

—Aquella fue una discusión de adolescentes. —Reaccioné con indignación—. Han pasado casi treinta años. Además, eso no tiene nada que ver con la muerte de Beatriz.

—¿Quiere recordarme cuál fue el motivo de su desencuentro de entonces con el senador?

—Nada importante.

—Permítame que lo decida yo, que para eso soy el policía.

Me mojé los labios antes de contestar:

—Me enteré de que pretendía a Beatriz y lo enfrenté. Después, las cosas se salieron de control. Nada más.

—«Las cosas se salieron de control…» —repitió citándome—. Un eufemismo para decir que mandó al senador al hospital con la nariz rota.

—Solo le di un puñetazo y él quiso hacerse la víctima frente a ella. Además, entonces no era senador, sino un simple pendejo. Bueno, eso lo ha sido siempre.

—Vaya. —Sonrió el agente Fierro—. Parece que al compañero periodista finalmente comienza a soltársele la lengua, jefe.

El Holandés dio un par de pasos alrededor de la larga mesa como si buscara, al separarse de mí, ganar algo de perspectiva. Luego prosiguió:

—Vamos a ver, Millán. Quiero que se ponga en mi lugar. Primero se aparece usted tras el hallazgo de los cadáveres cuando no se trata de una de sus asignaciones en el periódico. Ya sabe lo que reza el adagio: el asesino siempre regresa a la escena del crimen.

—¿Qué clase de suposición es esa? —intervino don Efraín—. Ya te dije que Alberto fue allí porque lo mandaron a cubrir la nota. Puedes confirmarlo con Lázaro.

—En qué quedamos, Efraín. ¿Estás aquí como su abogado o no?

—Ya te dije que no —refunfuñó el viejo.

—Entonces hazme el favor de no interrumpir. Y después, Millán —retomó acercándose—, me miente respecto a su relación con la víctima y su exmarido. ¿Qué supone que debo pensar? ¿Que el amigo Millán es un soberbio a quien no se le pega la gana decir la verdad a las autoridades? ¿O que quizá no me quiere decir todo porque se halla involucrado de alguna manera en lo ocurrido?

—Venga, Ramírez. —Volvió a saltar don Efraín—. No se te hace que ya son muchas suposiciones.

Sentí cómo el corazón comenzaba a bombear con fuerza la sangre a cada parte de mi cuerpo, mientras el Holandés no me quitaba la mirada de encima.

—Está bien, lo siento. —Concedí—. Debí contarle todo desde un principio.

—Debió, pero no lo hizo.

—Ya le dije que lo lamento.

—¿Y supone que una disculpa es suficiente?

—Muy bien. —Me harté—. ¿Qué piensa hacer entonces? ¿Detenerme?

—Por Dios, Alberto —murmuró don Efraín—. Estás viendo la tempestad y no te hincas.

El inspector Ramírez fabricó una sonrisa que reveló su dentadura perfecta.

—Claro que no —me respondió—. Imagínese cómo estarían las cárceles si detuviéramos a la gente nada más por decirnos mentiras.

—¿Entonces?

—Eso va a depender de usted, porque pienso darle otra oportunidad.

Hasen Ramírez hizo una pausa para colocarse a mi lado. Su expresión se había suavizado inexplicablemente cuando reanudó el interrogatorio:

—Estuvimos en la habitación del hotel que la señora Soler ocupó hasta el día de su muerte. Cuando llegamos, aquello estaba completamente revuelto. Alguien había estado allí y parece que buscaba algo. No sé si lo habrá hallado o no, pero nosotros sí que dimos con una cosa interesante. —El inspector me miró con gesto taimado—. A ver, Fierro —indicó—. Dame eso.

El agente con pinta de menonita extrajo un pequeño sobre amarillo del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó, mientras dejaba que su mirada glauca me tocara por un instante.

—Tenga. —Ramírez me extendió el sobre—. Es para usted. La señora Soler lo dejó en la recepción del hotel para que lo pusieran en el correo, pero algún indolente empleado olvidó hacerlo.

Recibí el sobre con cautela. En el anverso, debajo de un par de estampillas postales, estaba mi nombre y la dirección del periódico, mientras que en el reverso se hallaba el de Beatriz indicando un domicilio en Puebla. En ese momento, las palabras de Jorge revolvieron mi memoria: «Cuando uno anda metido en líos, en quien primero se piensa es en aquellos que uno considera sus amigos…».

—Ábralo, Millán —ordenó el Holandés acercándose hasta que pude sentir el calor de su cuerpo.

Dudé un momento antes de resolver:

—Creo que no tengo por qué hacerlo.

—¿Otra vez con lo mismo?

—Esto es algo personal —objeté—. ¿Por qué tendría que abrirlo frente a usted?

El policía sonrió con descaro.

—Antes de venir para acá tuve una interesante discusión con el jefe del departamento jurídico de la policía. Hablamos sobre los alcances del derecho postal. Ya sabe, aquello de que la correspondencia está libre de todo registro y no debe ser violada. Al final, no pudimos ponernos de acuerdo en si ese derecho nace una vez que la correspondencia ha sido puesta en un buzón, o si se trata de una prerrogativa que surge cuando alguien cierra un sobre y le pega una estampilla. La cuestión es que, para evitar los inconvenientes de tener que obtener una orden judicial, acordamos que yo se lo entregaría personalmente, ya que no dudaba que usted iba a estar en la mejor disposición de abrirlo frente a mí y colaborar así con la investigación.

Volví a mirar el sobre que me quemaba las manos.

—Permítame dejar algo perfectamente claro —agregó el policía para vencer mi reticencia—. Sus asuntos personales me importan un pito. Investigo dos muertes y eso que tiene allí puede ser una pista para explicarlas. Así que decídase de una vez. ¿Va a abrirlo o quiere que vayamos a la delegación y esperemos juntos a que un juez dé la orden para que me lo entregue y sea yo quien lo haga?

Aspiré profundamente.

—Qué más da, Alberto —me animó don Efraín sabiendo que su pupilo estaba contra las cuerdas.

Rasgué el sobre. Había un único objeto en su interior: una fotografía Polaroid que me atrapó de inmediato. Conocía esa imagen. No porque alguna vez la hubiera tenido entre mis manos, sino porque recordaba perfectamente el momento en el que, muchos años atrás, había sido hecha. En un plano medio, los desgastados colores mostraban tres figuras congeladas en el tiempo: éramos Beatriz y yo,

junto al monigote de madera de Dante Alighieri. Miré al reverso de la instantánea. Ahí, con su inconfundible letra, estaba el mensaje: «En la tumba de Dante».

Diez

Grieta. Hendidura profunda y estrecha en la que se colocan los anclajes durante la escalada y que, en la alta montaña, puede estar revestida por nieve reciente. Titubeo del espíritu que suele amenazar la voluntad del escalador y comprometer su convicción íntima sobre la esperanza en el futuro.

A diferencia de la versión original protagonizada por Benito Juárez, para la cual conté con la ayuda y entusiasmo de toda la familia, la ejecución del Plan Dante —como quedó oficialmente bautizado— debía pasar inadvertida en casa. Así que conseguir el trozo de madera, recortarlo y lijarlo hasta dejarlo listo para el decorado que haría en compañía de Beatriz, implicó una hazaña de logística cuya mayor complejidad radicó en que mi madre no se enterara de lo que estaba ocurriendo. No era que anticipara alguna oposición de su parte —al contrario, lo habría aprobado sin duda—, sino que no deseaba que imaginara que me estaba embarcando en mi primera aventura romántica y se propusiera actuar de Celestina. Así que el Plan Dante quedó clasificado bajo el rubro de *confidencial*. A mantener ese estatus contribuyó que mi padre se la viviera salvando a México desde su despacho en la secretaría de Hacienda, y que mamá estuviera consagrada a redimir almas para la seguridad social, lo que permitía que yo dispusiera de la libertad necesaria para maniobrar a mis anchas. También conté con la complicidad de Emma quien, cuatro años menor que yo, era todavía una niña que me veía como su héroe, no tenía idea clara de lo que significaban los lances amorosos, y con un Gansito como recompensa estaba dispuesta a formar parte de cualquier *omertà*.

Otro de los problemas para mantener el proyecto bajo estricta reserva estribaba en la forma para financiarlo. Como no contaría con el apoyo de mis padres —y tampoco iba a salir con la simpleza de pedirle dinero a Beatriz—, resultó necesario hacer uso de la *partida secreta*. Así era como denominaba a mi fondo especial para emergencias, que no eran sino unos cuantos pesos resguardados en el interior de un calcetín oculto en lo más profundo del último cajón de mi armario. La dichosa partida se nutría con una pequeña porción de los cambios que recibía por los encargos a los que mi madre me enviaba, una especie de «comisión por servicios». Por ejemplo, ¿que

me daba cinco pesos para comprar pan?, pues si el costo eran tres ochenta, yo reintegraba un peso en tanto que veinte centavos iban a parar a la *partida secreta*. ¿Que había que ir al mercado por huevos y jamón?, pues veinte centavos más para seguir nutriendo el fondo. Y así, con esos centavos cuya ausencia mi madre rara vez notaba, iban tomando forma los pesos que servirían para ir a comer una hamburguesa con mis amigos o para, de cuando en cuando, comprar un disco de Joan Manuel Serrat. Por fortuna, hacía tiempo que no empleaba esos recursos de emergencia, los cuales se habían acrecentado sustancialmente con los cincuenta pesos que mi padre me había regalado en mi último cumpleaños. Gracias a eso, aquel dinero fue suficiente para comprar el pliego de madera *triplay*, la piola y las pinturas de agua. El verdadero problema en aquella fase del plan fue ocultar de la mirada inquisidora de mi madre la pieza de madera de casi un metro y medio en la que se transformó el proyecto. La solución inmediata fue esconderla debajo de la cama y restringir con pretextos adolescentes el acceso de mamá a mi habitación. La fortuna también me sonrió en lo tocante a la grabadora. La hallé en casa —mi padre se la llevaba a veces a la oficina— junto a una cinta magnética limpia que serviría a la perfección para mis propósitos.

Sin embargo, se sabe que en la vida hay dos cosas que no pueden ocultarse: el dinero y el amor. De lo primero nunca he tenido que preocuparme, pero en disimular lo segundo he sido siempre un desastre. Si bien algunos signos debieron alertar a mi madre —mi súbito interés por el curso de inglés o mi buena disposición al ofrecerme a limpiar todos los días mi habitación para evitar que diera con el escondite de Dante—, no pareció darse cuenta de nada. De quien no pude escapar fue de Jorge, quien no tardó en sospechar que algo extraño estaba ocurriendo.

Jorge Moreno Negrete fue, primero, mi condiscípulo en la «Mártires de Tacubaya» y, después, empujado por las circunstancias, mi amigo. Su madre, vencida por la admiración hacia el Charro Cantor, tuvo la pésima idea de llamarlo así, aprovechando la cercana coincidencia de sus apellidos. Claro, que las madres rara vez caen en la cuenta de que esas ocurrencias terminan convirtiéndose en un viacrucis para sus hijos y no faltaba semana en la que algún cabezota de la escuela saliera con aquello de «A ver, ese mi Jorge Negrete: échese *México lindo y querido*». A lo que él respondía con un improperio dirigido a la progenitora del interfecto o, de plano, con un moquete en la nariz.

A pesar de que Jorge acabaría transformándose en un reputado economista, en aquel entonces no era otra cosa que un mequetrefe incontrolable. Lo conocí cuando entramos a la secundaria. Allí éramos compañeros de clase, aunque la verdad es que nunca imaginé que

terminaríamos siendo amigos. Yo me sentaba siempre en la primera fila buscando la mirada aprobadora de los profesores, mientras que él prefería el último pupitre del salón para estar lo más lejos posible de su control. Mis amigos del recreo eran los que, junto a mí, mantenían los promedios más altos de la clase, mientras que él era el centro del grupo que andaba casi siempre arañando la nota mínima para aprobar los cursos. Además, mis colegas de la parte alta de la tabla de posiciones académicas y yo apenas teníamos contacto con nuestras compañeras del sexo opuesto —bastante más espabiladas que nosotros —, mientras que Jorge era el chico con el que todas ellas soñaban. Alto, delgado y de lacia cabellera rebelde, más que el prototipo del charro mexicano al que su nombre remitía, era algo así como el James Dean de la «Mártires de Tacubaya». Aun así, y a pesar de ser bichos de muy diferentes estanques, el destino se las ingenió para que nos hiciéramos amigos. Aunque, como él andaba siempre sumido en los lodos del infortunio académico, quien hubo de descender hasta allí para conocerlo, fui yo.

Ocurrió un lunes. Al llegar a la escuela, apenas cinco minutos antes de que sonara la campana que indicaba el límite para entrar sin recibir un reporte de conducta, me di cuenta de que había olvidado ponerme el cinturón. Hoy puede parecer una nimiedad, o incluso un toque menor de la moda, pero entonces era un requisito inviolable que exigía la disciplina militarizada en las escuelas públicas. Al ingresar, los alumnos debíamos levantar el suéter para confirmar ante los ojos del prefecto Saldaña —la Sanguijuela, en el caló académico de la «Mártires de Tacubaya»— que portábamos aquella prenda. Nunca había cometido un olvido de esa naturaleza, ya que mi madre me había enseñado a dejar al lado de mi cama los elementos de mi uniforme —pantalón, camisola, corbata y gorra color caqui, calcetines grises, zapatos negros, suéter azul marino y cinturón con el escudo de la escuela— listos desde la noche anterior. Pero aquella mañana algo había fallado en la ejecución de esa operación habitual y allí estaba yo, a diez metros de la entrada, víctima del peor olvido de mi carrera como estudiante modelo. No había alternativa; debía intentar pasar sin que la Sanguijuela Saldaña lo notara. Supuse que bastaría con levantar el suéter un poco menos de lo habitual, o hacerlo muy rápidamente para que la vista engañara al celoso guardián escolar. Al éxito de aquella maniobra disuasiva contribuiría mi prestigio académico, el cual anticipaba que no había forma de que yo cometiera un yerro como ese. Me coloqué detrás de un pequeño grupo que ingresaba, ejecuté la rápida maniobra y seguí adelante como si nada. Cuando pensé que lo había conseguido, una voz me detuvo:

—¡Millán! —Era Saldaña.

—Sí, señor.

—Levántese el suéter otra vez.

El alma se me fue al suelo. La primera clase del día era Matemáticas. Había conseguido resolver la tarea de cálculo que la maestra anticipó ninguno de nosotros podría completar, lo que me ganaría un par de puntos adicionales para el examen semestral, pero todo iba a irse al caño nada más porque no me había puesto el bendito cinturón.

—Lo estoy esperando, Millán —insistió la Sanguijuela.

Levanté el suéter solo para que aquel hombrecito confirmara que me había atrapado. En sus ojos leí la satisfacción de quien supone que un *curriculum vitae* puede embellecerse con la dudosa virtud de haber hundido en los lodos de la vergüenza a un alumno ejemplar.

—¿Intentaba engañarme?

—Cómo cree, profesor —mentí—. No me había dado cuenta de que olvidé ponérmelo.

Traté de justificar la omisión de todas las formas posibles: «Es mi primer incumplimiento desde que estoy en esta escuela», «Mis méritos académicos me respaldan», «Debo entregar una tarea muy importante», «Le prometo que no volverá a ocurrir…», etcétera. Pero nada valió. La Sanguijuela Saldaña me colocó a un costado del amplio vestíbulo y me dio un reporte de conducta, el primero en mi destacadísima trayectoria.

—Ya podrá entrar a la siguiente clase —sentenció sonriente—. Por lo pronto, siéntese allí y espere.

Mientras refunfuñaba pensando en el desperdicio de esfuerzo que había implicado resolver el ejercicio matemático que la maestra ya no podría recompensarme, apareció Jorge. En su caso, el reporte académico que llevaba en la mano conjuntaba un rosario de faltas. No solo había olvidado el cinturón, sino que el nudo de la corbata estaba mal hecho, los zapatos estaban sucios y había llegado cinco minutos tarde. Jorge se sentó con desenfado a mi lado.

—¿Qué pasó, Millán? —Me saludó—. ¿De visita con los mortales?

Hablamos la hora y media que duró la detención. Al principio, lo hice a la defensiva, como lo habría hecho un inocente obligado a compartir celda con carne de presidio. Pero, a poco, comencé a sentirme cómodo hablando con aquel chico franco que extraía su filosofía de vida de Mick Jagger y The Rolling Stones. Terminó el castigo y subimos juntos al salón de clases. A partir de aquel día, como compañeros que habíamos sido en el infortunio, nuestra relación fue avanzando de unos cuantos monosílabos cuando nos cruzábamos de forma casual en los pasillos de la escuela a pasar tiempo juntos charlando en el recreo. Así, llevados de la mano del infatigable destino, Jorge y yo nos convertimos en inseparables. En amigos.

Jorge fue el primero en darse cuenta de lo que ocurría.

—¿Y tú? —me abordó una tarde cuando salía de casa rumbo al Anglo—. ¿Dónde te metes?

Comenzó a caminar a mi lado. Yo, sin detenerme para evitar perder el autobús, me justifiqué diciendo que el curso de inglés al que mi madre me mandaba había resultado más complicado de lo que anticipé y que no me quedaba tiempo para nada.

—Ahora es cuando uno se da cuenta de lo mal que nos enseñan estas cosas en la escuela. —Quise salirme por la tangente.

—¿Y de cuándo a acá has necesitado tanto tiempo para entender algo? —Sonrió apretando el paso para evitar que me le separara.

—Siempre hay una primera vez.

—Sí, pero no para esto. A mí se me hace que algo más te traes entre manos.

—¿Yo? Nada. Qué va a ser.

No dije más. Esperaba que aquello hubiera sido solo un anzuelo lanzado por Jorge al que debía resistir haciéndome el loco.

—Pues no te creo una palabra. —Se colocó frente a mí para impedirme seguir adelante—. ¿No te dijo Emma que ayer pasé por tu casa?

—No… —respondí tragando saliva.

—Pues sí. Y me contó que estabas haciendo un proyecto para tu clase de inglés y que…

Contuve la respiración. Rogaba para que mi hermana no se hubiera ido de la lengua, abriendo con ello la grieta por la que se colaría mi secreto. Pero Jorge ejercía sobre ella el mismo efecto demoledor que sobre el resto de mis condiscípulas de la «Mártires de Tacubaya».

—Que tenías una compañera con la que querías quedar bien. —Completó.

Me sonrojé como un jitomate.

—¿No me digas que ya te enamoraste? —añadió divertido.

La chismosa de Emma había soltado la sopa, así que no tuve más remedio que darle los detalles mientras caminábamos rumbo a la parada del autobús. Para mi sorpresa, lejos de mofarse, Jorge quiso ayudarme poniendo a mi disposición su elemental decálogo sobre «cómo tener éxito con las mujeres»:

—Lo primero —me dijo— es que, como el camarón, hay que tener el corazón en la cabeza; ahí estará siempre frío y será difícil que te lo rompan. Segundo, nunca demuestres demasiado interés; cuando sienten que te tienen hechizado, pierdes atractivo para ellas. Tercero, nunca te excedas en la iniciativa; ellas te van a decir cuándo quieren que las tomes de la mano y cuándo que les plantes un beso en la boca. Cuarto, muy importante, llévate bien con sus madres; ellas son la llave que abre la puerta o quien la cierra para siempre. Quinto, si los tienen,

toma buena distancia de sus hermanos; por alguna razón que la ciencia aún no descubre, están obsesionados en hacerles la vida imposible a sus hermanitas y a quienes las pretendan. Y, por último, una cuestión práctica pero esencial: nunca desprecies a ninguna mujer; las bonitas con los años se ponen feas, y las feas se vuelven ricas.

Para el siguiente lunes, la primera fase del Plan Dante estaba concluida. Debajo de mi cama descansaba el narizón perfil latino del poeta florentino recortado sobre la tabla de *triplay*, lo mismo que las pinturas, una bolsa de trozos multicolores de papel, un rollo de piola, frascos de pegamento blanco y la grabadora de mi padre. La siguiente fase, sin embargo, planteaba un problema más difícil de resolver. Necesitaba un sitio en el cual completar el decorado del busto, y otro para hacer la grabación de los poemas del florentino. En la versión de Benito Juárez, ejecuté los trabajos manuales en la cochera del edificio, la cual mis padres dejaron libre durante una semana a fin de que dispusiera del espacio necesario, mientras que la grabación la hice bajo los auspicios técnicos de papá en la sala de la casa, teniendo como atento público a Emma y a mi madre. Pero ese no podría ser el camino ahora. Por fortuna, la solución al entuerto se presentó de manera inesperada.

—Pues en mi casa —dijo Beatriz apenas le planteé el problema—. Nos vemos allá el sábado en la mañana. Podemos trabajar en el garaje; es grande y hay un par de sitios que nunca se ocupan.

—Y tus padres ¿no tendrán inconveniente?

—Déjame ponerlo de esta forma, Genio. —Sonrió con falsa solemnidad—. Si no es en casa, no hay otro sitio al que me dejarán ir para hacerlo.

A pesar de que la intervención de Beatriz había logrado superar el obstáculo, otro había surgido de inmediato: la forma de trasladar el tinglado de mi casa a la suya. Le pedí a Jorge que me acompañara para reconocer el terreno. Ayudados por la Guía Roji de mi padre, ubicamos la dirección que ella me había dado: Monte Cárpatos 715, en las Lomas de Chapultepec. Con el mapa en la mano, subimos a un autobús e iniciamos la travesía rumbo al poniente de la ciudad. La casa de Beatriz resultó ser una verdadera mansión. El frente del terreno era larguísimo —Jorge calculó no menos de veinticinco metros — y tenía una rampa de entrada para varios automóviles al lado de un jardín enorme.

—¡Oye! —Silbó cuando pasamos distraídamente frente a la casa, como Viruta y Capulina frente a las rejas de Chapultepec—. ¿Pues quién es tu noviecita? ¿La princesa de Mónaco?

El camino de regreso lo hicimos en silencio. Me sentía

desconcertado. No solo por la inseguridad que me nació al conocer el caserón en donde vivía Beatriz, sino porque no sabía cómo diablos iba a llevar hasta allá la tabla y demás implementos. Parecía que aquella ilusión adolescente iba a terminar más pronto que la que, cada cuatro años, despertaba la delegación mexicana en los Juegos Olímpicos.

—¡No seas menso, Alberto! —censuró Jorge cuando compartí con él mis cuitas—. Si no vas a pedirle que se case contigo; nada más van a hacer la tarea juntos. Déjate de estar mirando el futuro y concéntrate un rato en el presente, ¿quieres? Ahora, de cómo llevar esos cachivaches hasta la casa de tu princesita, no te preocupes. Eso déjamelo a mí, que el coche de mi papá está a tu servicio.

Jorge, quien era un año mayor que yo, sabía conducir desde hacía tiempo. Incluso, alguna vez llegó a saltarse un viernes de escuela solo para aparecer a la hora de la salida de clases manejando el Chevrolet Impala rojo de su padre e impresionar a la cohorte de sus adolescentes admiradoras. No obstante, la relación entre él y su padre no era la mejor. Aquel hombre era rígido como un trozo de hierro, y mi amigo —ya lo he dicho— un rebelde sin causa precisa. De hecho, aquella audacia escolar con el Chevrolet Impala vino acompañada no solo de la inapelable suspensión de tres días —cortesía de la Sanguijuela Saldaña—, sino también del castigo de un par de días más que su padre se encargó de aplicarle y que lo hizo aparecer en la escuela la semana siguiente con tremenda magulladura en un ojo.

—No vayas a meterte en problemas por mi culpa.

—El viejo me debe una y seguro consigo sacarle el coche por un rato. —Sonrió—. Así que no se diga más. Te recojo el sábado a las nueve. Luego, en la tarde, regreso por ti.

Jorge cumplió su promesa. A la hora pactada, se apareció frente al edificio dispuesto a cargar los implementos del Plan Dante en el Chevrolet Impala. Tenía un moretón en la cara que le había producido una hinchazón en el pómulo.

—¿Y eso?

—No es nada. —Eludió—. Un cabezazo jugando fútbol ayer.

Un sabor amargo me llenó la boca. Aquel tipo de golpes no eran producto de acciones futboleras, salvo cuando, tras declararse la «cámara húngara», los puñetazos sustituían a las patadas al balón. No me lo dijo, pero intuí que aquel golpe había sido el primer pago que Jorge había hecho para cumplir su promesa ese día. Aunque comenzamos el viaje en silencio, un momento después todo había vuelto a la normalidad y el resto del trayecto lo pasamos charlando, yo planteándole mis dudas de último momento y él correspondiendo con su consejo experto. Antes de las 10:00, ya estábamos frente a la gran casa de Monte Cárpatos. Afuera se hallaba estacionado el Mercury Grand Marquis negro y, a su lado, el chofer de mirada torva

que recogía a Beatriz todas las tardes en las puertas del Anglo. Descargamos el tinglado sobre la acera bajo la mirada recelosa del hombre. Al terminar, Jorge me deseó buena suerte y se marchó. Fue aquel individuo —Gaspar, se llamaba— quien tocó el timbre para que una mucama saliera a recibirme. La mujer que apareció no era como Juanita, la señora que nos ayudaba en casa dos veces por semana. Esta se llamaba Gloria, vestía un uniforme azul claro y llevaba el cabello negro recogido en un chongo. Le pregunté por Beatriz y me dijo que «la señorita» me esperaba. Gaspar me ayudó a colocar las cosas en la cochera y luego la tal Gloria me condujo al salón de la casa. Me pidió que tomara asiento, indicándome que Beatriz bajaría en un momento. El salón en donde me abandonó era inmenso. Había un juego de sillones en los que fácilmente podrían acomodarse diez personas, un piano negro con la cola levantada recortado contra un muro plagado de pinturas y, al fondo, un amplio ventanal que dejaba ver otro jardín que rodeaba la casa.

—Hola, Genio. —Me sorprendió Beatriz descendiendo por una escalinata de peldaños volados que terminaba a unos pasos de la entrada al salón.

Me ocurría con Beatriz algo que no me ha sucedido después: pensaba siempre que ya había conocido su mejor versión. Y es que cada vez que la veía la hallaba tan hermosa que imaginaba que la siguiente vez que nos viéramos me sentiría un poco decepcionado al descubrir que no era tan linda como la recordaba. Pero nunca era así. Además, a acentuar ese efecto contribuyó que, por primera vez, la veía sin el dichoso uniforme escolar con el que se aparecía en clase. Esa mañana llevaba el rojizo cabello suelto, un suéter color de rosa sobre una blusa clara, vaqueros y zapatillas deportivas. Era, nuevamente, la criatura más bella que hubiera visto jamás.

—¿Todo en orden? —añadió.

—Las cosas están afuera —respondí intentando ponerme de pie.

—Antes de eso, mis padres quieren conocerte. —Sonrió con picardía—. No pensarás que van a dejarme salir al patio con un desconocido.

Casi de inmediato escuché voces provenientes de la escalera y, un momento después, un hombre y una mujer entraron al salón.

—Buenos días —dijo el hombre acercándose.

—Es mi papá —explicó Beatriz abrazándolo por la cintura.

—Mucho gusto, señor —balbucí estrechándole la mano—. Alberto Millán.

—Es un compañero de Beatriz del curso de inglés al que la mandaste al Anglo. —Completó la mujer que lo acompañaba—. Ha venido para hacer una tarea con ella.

Lo supe de inmediato. Aquella mujer era el verdadero poder tras el

trono. Llevaba un vestido claro que le llegaba apenas debajo de las rodillas y unos zapatos de tacón bajo. Su arreglo de maquillaje era simple y su belleza perfecta.

—¿Millán? —repitió pensativo el hombre que me pareció medía más de dos metros—. ¿Alguna relación con los Millán que son accionistas de las cementeras en Saltillo?

—No, señor —respondí—. Mi padre es de Querétaro. Es abogado y trabaja en la secretaría de Hacienda.

Los padres de Beatriz cruzaron una mirada que no pude descifrar. De pronto pensé que quizás había subestimado la importancia de ser hijo de un miembro —aunque solo fuera menor— de la nomenclatura mexicana.

—Muy bien, jovencito. —Zanjó el hombre con su gruesa voz—. Se queda usted en su casa. Nos vemos, señoritas —les dijo a ellas—. Regreso al mediodía.

Besó a su hija en la mejilla y a su mujer en los labios. Beatriz salió con él para acompañarlo hasta la puerta y yo me quedé a solas con su madre. Durante ese breve lapso, la mujer no dijo nada. Solo se limitó a medirme con la mirada. Era como si acabara de darse cuenta de que se hallaba frente a alguien que terminaría siendo, para bien o para mal, decisivo en la vida de su hija.

Once

> **Laberinto**. Intersección de galerías que dificulta la progresión del alpinista hacia la cumbre. Encrucijada de eventos que produce confusión y puede hacer pasar como verdaderos hechos que son falsos, y que hace imposible hallar la ruta correcta hacia lo que se desea.

Iban a dar las seis y no faltaba mucho para que la oscuridad comenzara a conspirar en contra de la ciudad. A pesar de mi reticencia, don Efraín había insistido en acompañarme. Aunque me había cuidado de no decirle nada, el viejo lobo debió olerse que algo me traía entre manos porque, en cuanto el inspector Hasen Ramírez y el agente Luciano Fierro abandonaron la sala de juntas de Arrechea, se me pegó como una lapa hasta subirse al coche conmigo. El viejo venía a mi lado dejando escapar por la ventanilla el humo del cigarrillo que se consumía en sus labios, cuando finalmente descargó:

—¿No piensas decirme lo que pretendes hacer?

Aunque sabía que tendría que hacerlo, me resistía a responder. Minutos antes, cuando parecía que el inspector Ramírez me tenía contra las cuerdas, la intervención de don Efraín había ayudado a conjurar las dudas del policía. El viejo argumentó que lo mío con Ruiz-Berben la mañana del sepelio no había sido sino una imprudencia alimentada por las circunstancias. Y lo de antes, lo que ocurrió cuando Beatriz, la Lombriz y yo éramos jóvenes, no era más que agua pasada. A ello colaboró también que el sobre que Beatriz había intentado enviarme, y que el inspector supuso encerraría alguna declaración inculpatoria que ayudaría a resolver el crimen, únicamente contuviera la vieja imagen Polaroid. «¿Una fotografía?», se había limitado a decir. «Somos Beatriz y yo, hace muchos años», le expliqué tras reponerme del golpe de nostalgia. Aun así, Ramírez no me permitió conservarla argumentando que la científica todavía tendría que revisarla, aunque prometió devolvérmela cuando hubiera cerrado la investigación. Eso sí, antes de irse me extendió una tarjeta con la que aprovechó para recordarme lo que realmente pensaba. «Allí tiene mi número», dijo. «No voy a pedirle que me llame si recuerda algo más, porque doy por descontado que es el caso. Se lo dejo solo por si se decide a contármelo».

—¿No vas a responderme? —insistió don Efraín en medio de una

bocanada—. ¿Qué vas a hacer?

—Llevarlo a su casa e ir luego a la mía. Qué más.

—Mira, Alberto. Yo no me bajo de este coche hasta que me digas qué diablos estás tramando.

Sabía que no tenía caso involucrar al viejo en otra de mis imprudencias. No obstante, comprendiendo que no iba a conseguir librarme de la persistencia de un reportero como él, rendí la plaza:

—Solo quiero comprobar algo, maestro. Una corazonada.

—Pues voy contigo.

No respondí.

—Tiene que ver con esa fotografía, ¿no es cierto?

Me contenté con mantener la mirada fija en el camino.

—No le busques chichis a las hormigas, Alberto. Si sabes algo será mejor que paremos aquí para llamar a Ramírez y que se lo cuentes. Si se lo propone, ese hombre puede hacerte la vida de cuadritos.

Torcí los labios. Siempre me había situado entre quienes piensan que en México es mala idea compartir demasiada información con la policía, sobre todo si la autoridad se halla tan cerca de rufianes como la Lombriz.

—No confío en ese hombre —resumí cuando abandonábamos el Anillo Periférico para enfilar hacia las Lomas de Chapultepec.

—Te recuerdo que del otro lado del hilo que estás queriendo jalar hay un asesino. Aunque no te guste Ramírez, es él quien tiene la placa y la pistola. Y, créeme, no le va a caer nada en gracia enterarse de que no le has contado todo lo que sabes.

—No tiene por qué enterarse.

—Lo hará. Esa gente es así.

—A ver, maestro. —Intenté zanjar la discusión—. Yo no tuve nada que ver con la muerte de Beatriz, así que soy libre de averiguar lo que pasó con mi amiga. Además, puestos a elegir, ¿a quién supone usted que ese policía se le va a cuadrar a la hora de la verdad? ¿A mí o a Eduardo Ruiz-Berben? Se habrá dado cuenta de que ese idiota lo ha puesto ya en su nómina.

—Ramírez me ha parecido siempre un tipo derecho.

—¿Pondría las manos al fuego por él?

El viejo soltó una bocanada que abandonó el auto por la ventanilla antes de farfullar:

—No me jodas…

A pesar del argumento marrullero del que me había valido para regresar a don Efraín a la silente contemplación de la ciudad desde la ventanilla del coche, en el fondo no podía obviar el hecho de que al haberle mentido al policía comenzaba a nadar en aguas turbias. Por alguna razón, la actitud del Holandés me inquietaba. Nada le habría costado —ni ninguna ley habría sido infringida— haberme llevado a

la delegación de policía para dejar plasmada mi dubitativa declaración en un papel con mi firma. Aunque terminara cayendo por el peso de los hechos, aquello le habría ganado puntos frente a Ruiz-Berben, quien habría aplaudido con las orejas la noticia. Pero no lo hizo. «¿Qué quiere decir esto de "En la tumba de Dante"?», se había limitado a preguntarme tras leer el texto al reverso de la Polaroid. Le respondí resumiendo la aventura adolescente que décadas atrás habíamos protagonizado Beatriz, el monigote y yo. «¿Y eso de la tumba?», husmeó receloso. «Una broma que ella solía hacer», había respondido eludiendo su mirada. «Decía que aquel asunto en la escuela nos había salido tan mal, que habíamos llevado al pobre poeta de nueva cuenta al sepulcro; que nuestra lamentable representación había sido, otra vez, la tumba de Dante».

Sobra decirlo. Todo aquello era una mentira.

La verdad era otra porque, modestia aparte, el Plan Dante fue un éxito rotundo. Miss Forshaw quedó —si no enamorada de mí como había predicho Beatriz— encantada con el resultado, el cual excedió con mucho lo que el resto de nuestros condiscípulos consiguieron hacer. Mili no atinó sino a llevar ampliaciones de fotografías de Florencia —probablemente tomadas en algunas vacaciones con su marido—, mientras que Pili no pasó de las tradicionales cartulinas con los pegotes de siempre. Así que Beatriz y yo nos convertimos en el centro de atención de aquella feria. Todo el mundo se detenía frente al perfil clásico del poeta para escuchar la grabación de aquellos versos en nuestras voces: «*Through me the way is to the city dolent; Through me the way is to eternal dole; Through me the way among the people lost…*». Igual que en la «Mártires de Tacubaya», mi idea había conseguido que una nueva leyenda urbana naciera; una que flotaría por varios años en los pasillos del Anglo de la mano de sus protagonistas: Beatriz y yo.

Pese a mis intentos por disuadirlas, mi madre y Emma —la muy cotilla fue con el chisme pese a los Gansitos con los que intenté sobornarla hasta el último momento— asistieron a la feria. Mi padre, en cambio, no se apareció; él seguía salvando a México desde su puesto de tercera fila en el Gobierno. Los padres de Beatriz también estuvieron allí. De hecho, fue su papá quien tomó aquella Polaroid que nos inmortalizó al lado del famoso monigote después de que Miss Forshaw se desviviera en elogios. Luego, el hombre nos invitó a todos a tomar café y pastel en un sitio sobre la calle de Río Rhin. Fue la única ocasión en la que Beatriz y yo estuvimos juntos con nuestras respectivas familias. Un evento extraño que quedaría marcado por mi madre y el padre de Beatriz congeniando como si se conocieran de toda la vida, Emma feliz pidiendo sucesivas rebanadas de pastel de chocolate, y la madre de Beatriz vigilante ante cualquier movimiento

de mi parte. Fue una noche memorable. No por lo que Beatriz y yo nos hubiéramos dicho —fue poco lo que la supervisión materna nos permitió—, sino porque de pronto la vida me demostró que aquella distancia social entre ambos, la cual imaginaba insalvable, era quizá más pequeña de lo que había supuesto. Aunque ahora parezca una obviedad, a la mitad de la adolescencia no resultaba sencillo convencerse de que todos, independientemente del dinero que entra en la cuenta del banco cada mes o de la casa que se habita, somos simplemente seres humanos hechos de miedos y de sueños.

La parte final del Plan Dante ofrecía un último problema, algo que había aprendido de mi experiencia previa con el proyecto de Benito Juárez: pasada la euforia del éxito era necesario decidir qué hacer con el bendito monigote. El del prohombre de San Pablo Guelatao había hallado su morada final en uno de los muros de la biblioteca de la «Mártires de Tacubaya». Pero las autoridades del Anglo no iban a ser tan magnánimas como para dedicar de forma indefinida uno de sus muros a nuestra creación. Así que, apenas una semana después de la feria académica, Miss Forshaw ya nos estaba pidiendo que nos lleváramos a Dante —quien permanecía decorando el vestíbulo del instituto— a otro lado. Esa misma tarde barajé mis opciones. Una de ellas —a la que me resistía por sus potenciales consecuencias— era repasar el saldo de los favores pendientes entre Jorge y su padre, evaluando si habría alguna posibilidad de que me llevara en el Chevrolet Impala a recoger al monigote para conducirlo hasta su nueva morada debajo de mi cama. Otra, que le pidiera el favor a mi padre para que fueran él y su coche de la secretaría de Hacienda quienes efectuaran la mudanza; a fin de cuentas, su cachorro acababa de honrar académicamente, y ahora en una corporación transnacional de la cultura, a la familia Millán Villanueva. Y si ninguna de esas opciones funcionaba —que apuntaba a ser lo más probable—, pues tendría que llevármelo yo solo a bordo de mi democrático autobús desde el Anglo hasta la colonia Del Valle, soportando los obligatorios empujones y mentadas de madre en el camino.

En fin, que ya me veía recibiendo un rosario de improperios de parte de los pasajeros de la Periférico-San Antonio-Insurgentes mientras trepaba el monigote al autobús de regreso a casa, cuando Beatriz —junto a quien me sentaba ahora todos los días— me susurró al oído aprovechando que Miss Forshaw estaba distraída corrigiendo la pronunciación de Gutierritos:

—Escúchame, Genio. Ya sé qué vamos a hacer con Dante. —Sus ojos relampagueaban como lo hicieron los de Eva cuando le sugirió a Adán el asunto de la manzana—. Mis papás no van a estar en casa mañana por la tarde —explicó—. ¿Cómo ves si nos volamos la clase y nos vamos de pinta los tres?

Se me fue chueca la saliva y comencé a toser de forma incontrolada.

—*Are you all right, Alberto?* —Inquirió Miss Forshaw ante las convulsiones de mi aparato respiratorio.

Asentí con la cabeza mientras me tapaba la boca con la mano. «¿De pinta?», me dije, para de inmediato corregir: «¿Con ella…?».

Al terminar la clase, Beatriz se encargó de que su chofer —el imperturbable Gaspar— trepara a Dante en la inmensa cajuela del Mercury Grand Marquis y, sin dar más explicaciones, sentenció:

—Nos vemos mañana en casa. Te espero a las cuatro.

Después, subió al coche y Gaspar cerró la puerta. Incluso ahora no estoy completamente seguro, pero creo que en ese momento el impasible chofer me guiñó mientras sus labios se deformaban en el nacimiento de una sonrisa.

La tarde siguiente, salí de casa como de costumbre. «*Business as usual*», habría sintetizado Miss Forshaw. Tomé el autobús y a las cuatro ya estaba frente a la casa de Beatriz. Apenas toqué el timbre, salió ella debidamente armada con una mochila de campismo y con Gaspar cargando a Dante.

—Vámonos —dispuso.

—¿A dónde?

—¿A dónde va a ser? Pues al funeral.

Fue una caminata de unos quince minutos. Desfilamos los tres —los cuatro, si contamos a Dante que venía en brazos de Gaspar— frente a las casas de la calle hasta llegar a la esquina de Montes Apalaches, a las orillas de la recién inaugurada tercera sección del bosque de Chapultepec. Estaba sorprendido. Aborigen como era de los asfaltos de la colonia Del Valle, nunca imaginé que un bosque así pudiera vivir a la mitad de la Ciudad de México. Beatriz, en cambio, se movía como pez en el agua en ese laberinto vegetal. Era como si aquello no fuera el mayor pulmón ecológico de la ciudad, sino el patio trasero de su casa. Avanzamos a través del angosto camino recién pavimentado y, unos metros más adelante, nos internamos en la espesura por una vereda hasta alcanzar un claro. Nos detuvimos junto a una gran roca escoltada por cedros, secuoyas y álamos. Beatriz depositó la mochila en el suelo y Gaspar hizo lo propio con Dante.

—¿Aquí lo vamos a dejar?

—Cómo crees, Genio. —Me sonrió—. ¿No ves que a este señor le debemos el sobresaliente que Miss Forshaw nos va a dar en el curso? Así que de ninguna manera. Lo que vamos a hacer es darle debida sepultura.

En aquellos días de furor dantesco, habíamos aprendido que los restos del poeta no se hallaban en su natal Florencia. Miss Forshaw

nos había relatado la historia. Dante Alighieri reposaba en Rávena, que era el sitio en donde había fallecido exiliado en 1321. A mediados del siglo XVI, el papa León X ordenó que sus restos fueran llevados de regreso a Florencia y la ciudad edificó un mausoleo para recibirlos. Pero la orden papal fue desobedecida y solo se recibió un ataúd vacío argumentándose que los restos habían sido robados. No fue hasta mediados del siglo XIX cuando fueron redescubiertos para ser depositados en la tumba que aún hoy los preserva en Rávena.

—Como nadie sabe ya dónde quedó enterrado el pobre —sonrió Beatriz tras recordar la historia—, pues este será uno más de sus sepulcros. Pero no creas que nada más vamos a hacer un hoyo y a echarle tierra encima —prosiguió mientras sacaba de la mochila un pequeño serrucho—. No, señor. Primero lo cremaremos. Como debe ser.

Con la ayuda de Gaspar, serruchamos el monigote hasta convertirlo en una serie de tablas de buen tamaño. Después, siempre bajo la supervisión del impasible chofer, encendimos una fogata sitiada con piedras que alimentamos con los restos del poeta, mientras comíamos bombones asados en la punta de una delgada rama. Entre risas, discutíamos si sería el infierno, el purgatorio o el paraíso el sitio que acabaría albergando el alma del monigote. Mientras Beatriz la condenaba al segundo círculo del infierno por su lujuria, yo —no sin cierta ambigüedad— sostenía que debía ir al tercer círculo del paraíso, el de Venus, que es donde están las almas de los espíritus amantes, para reunirse con la de su idealizada Beatriz.

Estuvimos allí hasta que desapareció el fuego en el que se había consumido el monigote y las cenizas se asentaron en el fondo de la hoguera.

—Y ahora, vamos a ponerlo en su mausoleo —exclamó Beatriz sacando de la mochila una caja alhajero blanquiazul de Talavera.

Colocamos dentro del pequeño cofre las cenizas a las que había quedado reducido el poeta. Elegimos después un sitio a un costado de la gran roca y, con la ayuda de un par de palos, hicimos un hoyo profundo dentro del cual colocamos la caja. Luego echamos tierra encima hasta que quedó bien cubierta.

—*La commedia è finita.* —Sonrió Beatriz tomándome de la mano.

Era la primera vez que lo hacía. Su tacto era suave y transmitía el calor de un sol que brillaba solo para mí.

—Este será nuestro secreto, Genio. La tumba de Dante.

Terminaba de revelarle a don Efraín mis verdaderas intenciones rememorando aquella historia, cuando reduje la marcha del coche al pasar frente a la gran casona en el 715 de Monte Cárpatos. Me detuve un momento para contemplarla. Hacía muchos años que no pasaba

por allí. La casa lucía descuidada y parecía haber perdido la luminosidad de los recuerdos. Seguí unos metros más sobre la calle y estacioné el coche en la esquina. Bajamos, listos para recorrer el camino hacia la tumba de Dante, tal y como lo habíamos hecho entonces Beatriz y yo. Como la oscuridad prácticamente había caído sobre la ciudad, tomé la linterna que llevaba en la guantera e iniciamos la marcha despacio, permitiendo que fuera el paso de don Efraín el que marcara el ritmo del avance. Dejamos atrás el camino principal y seguimos hasta dar con la vereda en donde recordaba nos habíamos desviado para internarnos en la espesura. El aroma de la floresta y la temperatura del aire conspiraban para hacerme recordar aquella lejana tarde en la que había andado ese mismo camino al lado de Beatriz. A cada momento, lo irregular del terreno nos obligaba a aminorar el paso, así que todavía nos tomó varios minutos dar con el claro señalado por la gran roca. Aunque había algo más de maleza que entonces, supe que ese era el lugar. Mientras don Efraín recuperaba el aliento dando fuego a un nuevo cigarrillo, apunté la luz de la linterna y avancé hasta la gran piedra que era la señal de la tumba. Tomé un palo y comencé a escarbar en el sitio que recordaba habíamos elegido como última morada para las cenizas. Después de unos minutos, di con algo en el fondo y mi corazón comenzó a palpitar con fuerza. Seguí la excavación con las manos hasta descubrir el pequeño cofre blanquiazul. Como si realmente se tratara de la exhumación de un féretro, lo extraje con cuidado deseando que en su interior apareciera el mensaje que sería la clave para explicar lo que le había ocurrido a Beatriz.

—Desde el principio supiste que esto era lo que ella quería que hallaras, ¿no es cierto? —Inquirió el viejo cuyo rostro se iluminaba con cada calada al cigarrillo.

—Era solo un presentimiento.

—No te hagas el tonto —censuró—. Cuando los presentimientos son así de claros, omitirlos implica decir mentiras. Y, en este caso, se las has dicho a la policía.

Don Efraín solía citarlo en sus reportajes al referir las declaraciones de algún detenido que intentaba escurrir el bulto de su responsabilidad omitiendo la verdad ante las autoridades. Era un artículo del código penal que castigaba con prisión de dos a seis años a quien, al declarar ante una autoridad en ejercicio de sus funciones, faltara a la verdad. Y eso era lo que yo había hecho con el Holandés, y estaba a punto de darme cuenta de si el riesgo de recibir aquel castigo había valido la pena.

Apunté la luz de la linterna y levanté la tapa del cofre conteniendo la respiración. Allí estaban las cenizas. Hurgué con los dedos intentando dar con el secreto, pero no percibí nada más que la

consistencia áspera de aquellos polvos. Vacié el contenido a un costado del hueco que acababa de cavar solo para confirmar que, si bien no tendría que enfrentar consecuencias legales, tampoco iba a hallar nada que me explicara la muerte de Beatriz. A fin de cuentas, la verdad iba a terminar siendo la mentira que había fabricado para el inspector Ramírez, y todo se resumiría en una vieja fotografía con la que Beatriz debió toparse y que le pareció simpático hacerme llegar. Un deseo inocuo frustrado por la muerte.

—¿Algo interesante, amigo Millán…?

Un frío helado me recorrió la espalda al reconocer aquella voz. Me volví y dirigí la luz de la linterna hacia el sitio de donde había provenido el eco del espectro. Allí estaban Hasen Ramírez y su semblante de efigie precolombina, al lado del agente Fierro quien, con las manos metidas en los bolsillos de una gruesa chaqueta de piel, me miraba imperturbable a través de sus clarísimos ojos verdes.

—Por lo que veo —prosiguió Ramírez—, no hay forma de que usted y yo nos entendamos.

—Si me permite explicarle…

—No hay nada que explicar —cortó—. Me mintió, Millán. Porque, después de todo, parece que su amiga sí quería decirle algo con esa fotografía. Y tú, Efraín —añadió acercándose para darle una palmada en el hombro—. ¡Carajo! ¿Me vas a decir que tampoco sabías lo que este zonzo se traía entre manos?

—¿Sirve de algo que te diga que no? —murmuró el viejo mientras daba una calada al cigarrillo.

Empezaba a imaginar cómo sería pasar unos días detrás de los barrotes de una celda en la delegación de policía, cuando mi teléfono celular comenzó a vibrar. El dispositivo anunciaba la entrada de una videollamada. Contra lo que habría hecho en cualquier otra situación ante un número desconocido, activé la comunicación buscando una evasión momentánea a lo que estaba por ocurrirme. Sin embargo, la imagen que apareció en la pantalla me paralizó.

—Hola, Alberto. No me digas que pensaste que te ibas a deshacer tan fácilmente de mí.

Era Beatriz.

Doce

> **Rastro**. Marca o señal que el alpinista deja en su trayecto para que otros sigan una determinada ruta de escalada, o bien para reconocer el camino durante el descenso. Vestigio de lo que fue y que, por tanto, puede llegar a ser nuevamente.

«Hola, Alberto. No me digas que pensaste que te ibas a deshacer tan fácilmente de mí».

Llenando la pantalla estaba Beatriz. Lucía divertida mirando a la cámara con sus ojos grises de lobo de la tundra canadiense. Detrás de ella, uno de esos *collages* indistinguibles que adornan las habitaciones de los hoteles de cadena colgaba del muro, y a un costado se intuía una ventana a través de la cual se colaba una luz suave que le encendía el rostro. A mi espalda, con la mirada clavada en el monitor de la computadora, estaban el inspector Hasen Ramírez y el agente Luciano Fierro escoltando a don Efraín, a quien mi imprudencia había arrastrado a aquella involuntaria visita a las instalaciones de la policía.

«Espero que no te haya molestado el jueguito que me he inventado con la foto, pero supuse que si, a pesar del montón de años que han pasado, todavía seguías enojado conmigo, a lo mejor así iba a lograr que me hicieras caso. Bueno, pero primero lo primero. Para tu información, esto se llama *location based messages* o, para quienes no fueron al Anglo como nosotros, "mensajes basados en la ubicación"», dijo explicando aquella llamada imposible. «Ya ves que ahora hay de todo en internet. Pues este es un servicio que ofrecen algunos sitios para quienes desean dejar mensajes a personas en una ubicación específica… Tan fácil como hacer un vídeo, teclear el número del teléfono celular del destinatario e indicar en un mapa el sitio en donde debe hallarse para recibirlo. Cuando la persona a quien va dirigido se sitúa en el lugar señalado, se activa la llamada con el vídeo y ya está. Esto se usa para muchas cosas. Desde dar una bienvenida ingeniosa a instalaciones turísticas o culturales, hasta, en el terreno de lo macabro, transmitir mensajes póstumos», añadió sin presentir el irónico destino que había tenido su propio vídeo. «¿Qué te parece, Genio? ¿He logrado sorprenderte?».

Cuando un par de horas antes había recibido aquella videollamada en medio de la tercera sección del bosque de Chapultepec, el instinto

me había hecho reaccionar de forma absurda. Como si nada de lo que ya sabía fuera cierto, o como si sencillamente se hubiera producido un milagro, le pregunté que dónde estaba, que si se hallaba bien. Pero ella había seguido hablando como si no me escuchara. Y es que, por supuesto, no lo hacía. De acuerdo con la información que nos proporcionó la sargento Olivia Pineda —eso decía la placa en el uniforme de la larguirucha técnica informática de la policía que se había hecho cargo de la nueva reproducción del vídeo—, Beatriz lo había hecho un día antes de su muerte. Así lo consignaba la fecha de registro que aparecía en el correo electrónico que, minutos después, apareció en mi buzón con el archivo del vídeo que había recibido como una falsa llamada. Así que, estaba claro, Beatriz había planificado todo para que yo recibiera su mensaje justo cuando, habiendo descifrado el acertijo en la fotografía, me encontrara en el sitio preciso que ella había seleccionado: la tumba de Dante.

«La verdad es que no sabía cómo buscarte», prosiguió ensombreciendo la expresión. «Ya sabes que nunca he sido buena para reconocer cuándo meto la pata, ni tú tampoco para perdonar cuando uno la ha metido hasta el fondo», sonrió permitiendo que se le iluminara nuevamente el semblante. «Así que, por lo que ocurrió la última vez, supongo que lo primero que se impone es una disculpa. No sé si pedir perdón alcanza para lo que hice entonces, pero es lo mejor que tengo. Entiendo que todo aquello fue más culpa mía que tuya, y lo siento…», añadió evadiendo por un momento el contacto de sus ojos con la cámara. «¿Te acuerdas de lo que me dijiste sobre lo mío con Eduardo? Fue aquella noche que estuvimos en tu departamento», recordó sin sospechar que, gracias a mi imprevisión, un trío de policías y el mejor reportero de la nota roja en México eran testigos de sus confidencias. «Que todo eso era una impostura. Que me disfrazaba de quien no era solo para ser la persona que los demás querían ver en mí. Que para complacer a mi madre estaba renunciando a ser yo misma…».

Beatriz se giró por un momento hasta dejar que su mirada escapara más allá de la ventana. Adiviné que, con el compás de espera, buscaba evitar que la humedad en sus ojos quedara registrada en la grabación.

«Pues tuviste razón», reanudó volviendo a la cámara frente a ella. «Lo supe el día que murió mi madre. No, no es cierto…», corrigió de inmediato. «Lo supe en cuanto tú me lo dijiste, pero no quise reconocerlo sino hasta que ella se fue; hasta que aquella impostura resultó inútil y me di cuenta de que, si no hacía algo para volver a ser yo misma, me iba a ir a la tumba convertida en otra. Así que mandé todo al demonio…», volvió a sonreír. «La vida es un viaje tan breve que es una tontería que lo hagamos suplantándonos a nosotros mismos. Eso también me lo dijiste. Supongo que lo recuerdas…».

Hizo una nueva pausa. Era como si hubiera planeado aquel *impasse* para permitirme decidir una reacción. Y lo consiguió. Porque, en efecto, recordaba perfectamente el día que le había dicho todo aquello y lo mucho que entonces le molestó escucharlo. Fue la última vez en la que estuvimos solos los dos y discutimos sobre la Lombriz; aquel asno engreído que la rondaba animado por su madre que, buscando ayudarlo, se las ingeniaba para mantener a Beatriz alejada de mí. Fue la tarde en la que discutimos, pero también el momento en el que nos reconciliamos; la tarde en la que, semanas antes de su boda, ilusamente pensé que la felicidad terminaría siendo el impensado final entre los dos.

«Quizá ya lo sepas, pero me divorcié de Eduardo», retomó. «Y, ¿sabes?, en cuanto lo tuve lejos, esa voz que me repetía lo inútil que era mi vida se silenció, y en su lugar apareció otra que me recordó todas las cosas por las que todavía valía la pena vivir… Te vas a reír de lo que voy a decirte, pero desde los días del Plan Dante no me sentía tan ligera, tan libre. Tal vez nunca supiste lo importante que aquello fue para mí. Ese monigote y tú me enseñaron que uno puede hacer algo significativo de cualquier cosa… Así que, apenas terminé con el divorcio, comencé a pensar en lo que iba a hacer con el resto de mi vida. En eso debo agradecerle a papá, que se empeñó en que terminara la universidad, porque gracias a eso me he topado con un proyecto increíble… ¿Sabes, Genio? Ya tengo mi propio Plan Dante».

El inspector Ramírez se acercó a la computadora y oprimió varias veces una de las teclas haciendo que se elevara el volumen del audio. Tal vez presentía que la pista para esclarecer lo que había ocurrido con Beatriz podría estar a punto de aparecer.

«Desde hace un tiempo trabajo en Puebla. En el centro del Instituto Nacional de Antropología e Historia», continuó confirmando lo que, a esas alturas, ya sabíamos todos en aquella habitación. «Un viejo maestro de la universidad me recomendó para una posición como investigadora. Al principio, estaba llena de dudas. Tenía miedo de que, después de tantos años, estuviera oxidada para estas cosas y que al aparecerme allí los demás pensaran: "Mira, ya llegó esta señora que se cansó de ser ama de casa y ahora ha venido a quitarle la oportunidad de trabajo a alguien más". Pero luego me dije: ¡qué diablos! Tenía tanto derecho como cualquiera. Así que acepté. Cuando me instalé en Puebla tuve la intención de buscarte…», dudó por un momento. «Muchas veces mandé al basurero algún correo que había escrito para ponerme en contacto contigo. Incluso, en alguna ocasión, me atreví a marcar al número de tu celular que me dio una secretaria del periódico luego de decirle que nos conocíamos desde niños. Esa vez, cuando escuché que contestabas, me arrepentí y colgué… ¿Y quieres saber por qué? Pues porque me enteré de que estabas casado y

no me animé a echarte a perder la vida otra vez. A lo mejor me doy una importancia que no tengo, pero no me habría gustado ser el pretexto para que hicieras alguna tontería», sonrió. «Pero, hace unas semanas, un pajarito me contó que eso se había terminado, y que otra vez andabas solo y tu alma…».

Pues aquel pajarito le había informado correctamente, o ella lo había averiguado en las redes sociales en las que Paz se encargó de llenarme de lindezas luego de que, meses antes, me había separado de ella. Fue el final de una película que había comenzado como comedia romántica y que terminó como drama de terror. Nos habíamos conocido en una fiesta del periódico. Paz Aguirre hacía trabajos de edición para un canal de televisión del gobierno. Era mona y simpática. Salimos por un tiempo y después nos fuimos a vivir juntos. Fueron casi tres años en los que las cosas marcharon bien, así que decidimos casarnos. Pero, como por arte de magia, apenas suscribimos el contrato matrimonial se desató el infierno. La paz desapareció y en su lugar se instaló la guerra. Cuatro meses después, ya habíamos firmado el divorcio y jurado odiarnos el resto de nuestros días.

«Por eso pensé que este sería un buen momento para volver a vernos». Era otra vez Beatriz con su mirada de encantadora de serpientes. «Hay muchas cosas que quisiera contarte y otras tantas que desearía saber de ti. Pero, sobre todo, me gustaría estar segura de que todo está bien entre nosotros…». Vi cómo se mordía el labio, igual que cuando se metía en problemas. Así lo hizo aquella tarde cuando regresamos de enterrar a Dante y su madre nos estaba esperando en la entrada de la casa, montada en cólera porque había decidido pasar a recoger a Beatriz al Anglo y allí le reportaron que su angelito no se había aparecido en clase. «Además, quiero hablarte del proyecto en el que estoy trabajando», agregó alimentando los motivos para ese encuentro que ya nunca habría de ocurrir. «¿Sabes cómo lo bauticé? "El hombre bajo el hielo". De hecho, ya tengo dos reclutas en el equipo. Así que, si te animas, eres bienvenido…».

El Holandés se acercó al monitor justo cuando Beatriz cambiaba el emplazamiento de la cámara en su celular, haciendo que la imagen se sacudiera como si un terremoto acabara de declararse en la habitación donde se hallaba. Después de un momento, ya se había acomodado en un sillón y desde allí prosiguió:

«Seguro que, maestro como eres de proyectos audaces, este te va a encantar. Es más, a lo mejor sería una historia que te gustaría contar. Tal vez hasta podrías escribir esa novela que siempre has querido hacer. Y hablo en serio… Escucha lo que voy a decirte», añadió lanzando el anzuelo mientras bajaba la voz hasta alcanzar el volumen de los secretos. «Hace unos meses, hallaron el cuerpo de un hombre en una zona de hielo negro en el Iztaccíhuatl. Unos excursionistas del

Club Alpino lo descubrieron muy alto en la montaña, medio enterrado en una grieta del glaciar. Avisaron a las autoridades municipales para que se hicieran cargo. Por fortuna, el mal tiempo les impidió levantar el cuerpo antes de que uno de los alpinistas mandara unas fotografías a nuestro centro de investigación. ¿Por qué a nosotros? Pues porque había algo especial en aquel cadáver…».

Sentí cómo Hasen Ramírez se acercaba a mi lado. Desde allí podía percibir su aliento de sabueso.

«En las fotos que nos envió, se veía un cuerpo momificado con una parte de la cabeza y del torso sobresaliendo del hielo. Ya antes se habían hallado cadáveres en zonas de la alta montaña, desde excursionistas perdidos hasta víctimas de accidentes aéreos. Esa no era la novedad. Se trataba de otra cosa… Imagínate la escena. Un hombre vestido con un anticuado uniforme azul, insignias doradas, botas altas y abrigo. Con esas señas comenzamos a seguir su rastro en el tiempo. Y resultó que era un soldado; un oficial, mejor dicho. Pero no de los de ahora, sino de los que anduvieron con Juárez… Situamos el uniforme en la segunda mitad del siglo XIX, justo en la época de la intervención francesa y la restauración de la República. Gracias a eso, conseguimos que las autoridades municipales dejaran el caso para que fuera el centro el que se hiciera cargo de la investigación. Me nombraron líder del proyecto y, de inmediato, organicé un grupo para rescatar al príncipe azul. Y allí me tienes disfrazada de escaladora para llegar hasta la cima de la montaña… Quién iba a decirlo. Al final, las veces que mamá me llevó a esquiar a Vail sirvieron para algo», rio divertida. «Ya en las instalaciones del centro, nos dimos a la tarea de estudiarlo; los forenses para determinar la antigüedad y las posibles causas de la muerte, y yo para averiguar quién podría haber sido ese militar decimonónico y qué andaba haciendo trepado en aquella montaña. Fue entonces cuando las cosas comenzaron a ponerse interesantes…». Beatriz se reclinó en el sillón sin dejar de mirar a la cámara. Sus ojos brillaban. «Resulta que el angelito traía oculto en sus ropas un cuaderno con mapas y otros papeles, uno de los cuales parece sugerir algo verdaderamente sorprendente…».

Se detuvo sonriendo por la expectación que supuso lograría crear. El Holandés se volvió para mirarme, como si dependiera de mí que Beatriz continuara con la narración.

«Bueno, creo que ya he dicho lo suficiente como para despertar tu curiosidad…», exhaló al cabo. «Ya habrá tiempo para platicar más de eso. Lo importante ahora, Alberto, es que sepas que me gustaría verte. Estos últimos años me han hecho reflexionar en que, después de todo, la vida no se ha portado tan mal conmigo. A pesar de lo burra que he sido, me ha dado gente a la que quiero, como tú… Además», volvió a sonreír, «no cualquiera puede presumir de haber sido parte de un gran

proyecto en la vida, y yo lo he sido ya dos veces. En primerísimo lugar, el Plan Dante y, ahora, esta pequeña sorpresa que me ha regalado para que no se me olvide que la existencia nunca deja de tener sentido… Pues ya me dirás si quieres verme otra vez, porque me gustaría mucho saber lo que piensas de todo esto», sentenció clavándome la mirada. «Yo te busco y hablamos. Así, al menos, podrás recordarme por qué estas cosas no dejan de disparar nuestra adrenalina. ¿Cómo era aquello? ¿Agua que nunca se detiene…?».

Beatriz se inclinó hacia la cámara para poner fin a la grabación. La pantalla de la computadora se inundó de una brillante luz azul que sustituyó el último registro de su vida, mientras sus palabras finales resonaban en mi cabeza. «Agua que nunca se detiene…». Me alegró que lo recordara. Muchos años atrás habíamos quedado de vernos a escondidas —como era ya necesario hacerlo entonces— en una cafetería en Prado Sur. Beatriz quería que habláramos sobre lo que debía decirle a su padre esa noche para convencerlo de que le permitiera estudiar Historia y no Comunicación, como por meses había intentado persuadirla su madre. Más que influir en ella, lo único que yo deseaba era que no renunciara a los caminos que le permitirían ser libre; que se dejara llevar por la pasión hacia las cosas y no por el resultado material de lo que con ellas se obtiene. Por meses, habíamos hablado de historia y, poco a poco, se fue convenciendo de que aquel era el sendero que debía recorrer. Cuando esa tarde quiso conocer mi opinión respecto a si aquello era algo a lo que valía la pena dedicar una vida, recuerdo que le dije que los hombres estamos moldeados por el barro de los hechos que nos precedieron, y que por eso era inevitable que los acontecimientos remotos despertaran nuestra adrenalina, porque son esos hechos distantes —al descubrirlos— los que explican lo que somos. Que, además, esos recuerdos no solo nos muestran de dónde venimos, sino que también, sorprendentemente, suelen ser la respuesta a la interrogante de hacia dónde vamos. Porque pasado, presente y futuro están hechos de una sola sustancia: el tiempo. Son el agua de un río antes, durante y después de pasar frente a nosotros. Agua lodosa que se aclara a medida que se nos aproxima; agua clara que se enturbia mientras se adentra en los dominios del porvenir. Que la historia es tiempo, agua que nunca se detiene.

Trece

Niebla. Fenómeno en el que nubes con una alta concentración de gotas se asientan en las faldas de las montañas. Evento atmosférico que suele provocar una disminución notable de la visibilidad pudiendo hacer que el alpinista, incluso el más avezado en las técnicas del ascenso, pueda confundir una cosa por otra.

Hasen Ramírez permaneció un momento más con la mirada perdida en la azulada pantalla del monitor en donde acababa de desaparecer la imagen de Beatriz. Después, se giró para enfrentarme y, sin cuidarse de contener lo que todavía le quedaba de enojo, dijo:

—Muy bien, Millán. Después de esto, no me queda sino detenerlo formalmente.

—¿A mí? —Salté—. Pero si…

—Ya se lo había advertido. —Atajó—. Decir la verdad a las autoridades no es un gesto de buena educación, sino una obligación que la ley impone. Aunque, por lo que se ve, a usted esas cosas le importan un pito.

—Vamos a calmarnos, Ramírez —intervino don Efraín consumiendo los últimos segundos de vida del cigarrillo que colgaba de sus labios—. Mira el lado positivo. En ese vídeo hay información que debiera servir para avanzar en el caso.

—Y lo tiene gracias a mí. —Me colé.

—Ahórrese los eufemismos, Millán. —Volvió a gruñir el Holandés —. Si di con este vídeo fue porque tuve la precaución de dudar de usted y seguirlo. De otra forma, ya se habría inventado una excusa para ocultármelo.

—Entonces ¿es así como piensa resolver la muerte de Beatriz? —lo provoqué—. ¿Deteniéndome?

—Por lo pronto, sí —me respondió.

—Perdóneme que se lo diga, inspector. Pero veo que ha decidido darle algo a sus superiores, aunque solo sean mentiras, antes que esforzarse para dar con la verdad. Toma usted el camino que suele seguir la policía cuando no tiene la más puta intención de hacer su trabajo.

—¡Pare su carro, Millán! —Bufó Ramírez.

—Pues póngase a trabajar en lugar de fabricar culpables.

—¿Eso supone que hago? —Inquirió el Holandés intentando moderar el volumen de la voz—. Pues se equivoca. Son los hechos los que me dicen que usted tiene algo que ver en lo que ha pasado.

—¿Los hechos? ¿Cuáles hechos?

—¿Quiere que los repasemos? Muy bien, voy a darle gusto.

El policía se levantó del asiento frente a la computadora, ajustó el cinturón de estambre de la chamarra de Chiconcuac y arrancó:

—Ahora sabemos que, justo antes de su muerte, la señora Soler tuvo la intención de ponerse en contacto con usted…

—Ah, claro —lo interrumpí con sorna—. Ahora lo comprendo. Ella trató de buscarme; ergo, yo la maté. Una lógica impecable. ¡Bravo, inspector!

Hasen Ramírez aspiró profundamente, mientras me clavaba sus ojitos de ídolo prehispánico.

—Le recuerdo que yo acabo de conocer la existencia de este vídeo —añadí antes de que el policía volviera a la carga—. Y, por si ya lo olvidó, lo hice gracias al sobre que usted mismo puso en mis manos.

—Eso carece de relevancia —contraatacó el Holandés—. Lo que importa es que, si su amiga trataba de ponerse en contacto con usted, bien pudo haber decidido evitarse todo el juego que había ideado con la fotografía y simplemente llamarlo. Lo dice ella misma en el vídeo.

—Pues se lo aclaro de una vez. —Lo enfrenté—. No lo hizo.

—¿Y debiera creerle? —ironizó—. Porque supongo que ahora sí me está diciendo la verdad, ¿no es cierto?

Volví la mirada para buscar el apoyo de don Efraín, pero el viejo se entretenía dispersando la niebla provocada por el nuevo cigarrillo que acababa de encender.

—Con los elementos que tengo ahora —continuó el policía—, nada me impide conjeturar que se hubieran reunido. Y, de haber sido el caso, no resulta descabellado suponer que esa reunión terminara mal y que usted la hubiera matado.

—¡No diga disparates!

—Así como a la otra mujer. —Perseveró Ramírez—. La evidencia forense indica que murieron juntas. Así que, dando con el asesino de una, tenemos al de las dos.

—¡Eso es absurdo!

—A la vista de su comportamiento de hoy, Millán, francamente no me lo parece… Vamos a ver. ¿No podría haber ocurrido que usted, al comprender el mensaje en la fotografía, hubiera pensado que quizás ella habría dejado en ese escondite algo que pudiera incriminarlo?

—¡Qué tontería!

—Pues eso explicaría por qué se fue derechito a escarbar ese hoyo en Chapultepec, en lugar de aclararme que había entendido lo que ella quiso decirle.

Me quedé mirando al policía. Pensaba en lo provechoso que habría sido que aquel hombrecito empleara su capacidad deductiva para escribir cuentos y no para tratar de desenredar crímenes.

—Entonces, ¿esa es su conclusión? —Reviví molesto—. ¿Que yo la maté?

—¿Está confesando?

—Por supuesto que no. Y, por favor, déjese ya de juegos.

—Ojalá que esto siga pareciéndole un juego cuando lo presente ante el juez y pase la primera noche en prisión.

—Por favor, Ramírez —intervino finalmente don Efraín dejando salir una gruesa bocanada—. A este ritmo, Alberto acabará siendo culpable de todos los asesinatos del mes en la ciudad. Venga. No permitas que este malentendido convierta la investigación en algo personal. Lo mejor es que te calmes.

—Tal vez debieras sugerirle eso a Millán, que es quien no me deja alternativa.

—Mira. —Intentó razonar el viejo—. Todo lo que has argumentado es evidencia circunstancial y lo sabes. Si las cosas fueran como supones, Alberto se habría cuidado muy bien de ir solo al sitio que señalaba la fotografía, en lugar de llevarme con él. ¿O vas a convertir todo esto en un complot en el que también yo estoy involucrado?

Hasen Ramírez frunció los labios en un puchero.

—Tu punto ha quedado claro. —Concedió el viejo—. Alberto se ha comportado como un tarambana, pero eso no lo hace culpable de esas muertes.

—Tampoco tiene por qué darle por su lado, maestro —intervine—. No he hecho sino tratar de averiguar lo que la policía parece no tener interés en investigar.

—Y vuelta la burra al trigo —mascullló Ramírez poniéndose en guardia.

—Calma y nos amanecemos, señores —insistió don Efraín—. Que aquí todos queremos lo mismo: dar con la verdad.

Hasen Ramírez me midió con la mirada. En el fondo, entendía que el viejo tenía razón y que aquellas elucubraciones suyas eran producto del enojo que le producía tener frente a él a un necio como yo.

—¿Por qué no comenzamos otra vez desde el principio? —Me miró don Efraín con intención—. Pero ahora, con la buena disposición que debe privar en un asunto delicado como este. ¿De acuerdo?

Cuando el Holandés ya se preparaba para dar inicio a una nueva andanada de preguntas, la sargento Pineda, quien no había abandonado la revisión del vídeo, barruntó:

—Mire esto, jefe. —La mujer policía, con la nariz pegada al monitor, señalaba algo en el vídeo que ocurría justo cuando Beatriz se aproximaba a la cámara del celular para dar por terminada la

grabación. En ese brevísimo instante, aparecía un reflejo sobre el cristal de la ventana a su espalda. La sargento había detenido la imagen en el punto exacto en donde la grabación finalizaba, para luego hacerla retroceder cuadro a cuadro hasta advertir cómo aquel reflejo sobre la superficie del cristal revelaba dos espectros de pie en el vano de la puerta—. Son dos mujeres entrando a la habitación del hotel.

—¿Puedes aclarar sus facciones? —preguntó Ramírez.

La mujer policía maniobró los controles de la computadora para corregir la resolución de los pixeles que creaban la geometría de la imagen y, de súbito, vimos cómo las sombras se transformaban en un par de rostros. «Las dos reclutas del equipo», pensé recordando las palabras de Beatriz.

—Esta de aquí es la otra víctima. —El Holandés señaló en el monitor a quien, en efecto, parecía ser Diana Abascal. A su lado había alguien más, pero sus facciones, reflejadas en el cristal de la ventana, eran más imprecisas. Aun así, la imagen delataba a una mujer de cabello largo que se giraba justo en el momento en el que la grabación llegaba a su fin—. ¿Puedes mejorar los rasgos de la tercera mujer?

La sargento Pineda comenzó a dar golpes con los dedos al teclado de la computadora, los cuales consiguieron que, poco a poco, aparecieran los detalles de aquel rostro.

—Esto es lo mejor que puede hacerse, jefe. —Dictaminó finalmente.

—¿La reconoce, Millán?

Me acerqué para intentar ubicar aquel semblante en mi memoria.

—No —respondí al cabo.

El inspector Ramírez entrecerró los ojos hasta construir una mirada con la que pareció querer confirmar si podía confiar en lo que le estaba diciendo.

—Muy bien —resolvió—. Por lo pronto, Pineda, haz una captura digital de la imagen y entrégasela a Fierro —añadió despertando al menonita quien seguía haciendo guardia en la puerta del despacho—. Él va a llevarla al centro de comando y comunicaciones para que la crucen contra el banco de datos.

—A la orden, jefe.

—¿Crees que esa tercera mujer pueda saber algo de lo ocurrido? —Husmeó don Efraín.

—Pues habrá que hallarla para saberlo —respondió lacónico el policía.

Satisfecho con el nuevo hueso que roer que la sargento Pineda le había puesto enfrente, el Holandés decidió que, por lo pronto, podríamos abandonar la delegación de policía. Sin embargo, antes de hacerlo, nos lanzó una advertencia:

—Esto que han visto aquí constituye información confidencial que,

desde ahora, forma parte de la carpeta de investigación. Han tenido acceso a ella de forma circunstancial, así que no quiero que mañana aparezca nada de esto en el periódico. ¿Entendido, Efraín?

El viejo asintió mientras aplastaba la colilla del cigarrillo contra el cenicero.

—Y en cuanto a usted, Millán —gruñó el policía de mala gana—. Puede irse por ahora, pero usted y yo no hemos terminado aún. Así que no se le vaya a ocurrir salir de la ciudad. ¿Me ha comprendido? Y le aclaro que no se trata de una sugerencia —agregó—. Es una orden.

Caminamos hasta el coche. Al llegar, el viejo se acomodó en el asiento a mi lado abriendo una pausa que disfrazó con los movimientos para dar fuego a un nuevo cigarrillo.

—Ah, qué nuestro amigo el inspector Ramírez —disparó con la primera bocanada.

—¿Amigo? —Reaccioné—. Paso, maestro. Me va a perdonar, pero en este caso no comparto sus afectos.

Don Efraín sonrió. Después, soltó con cautela:

—Oye, y de eso que te dijo, ¿nada?

Lo miré frunciendo el ceño para darle a entender que no lo comprendía.

—Quiero decir que si, antes de ese día, no supiste nada de esa mujer. ¿No te reuniste con ella?

—¡Carajo, maestro! Pero ¿me va a salir usted con lo mismo?

—Hombre, no te pongas así. —Sentí su mano palmeándome el hombro—. Solo quería confirmar que no había algo más que no hubieras querido decir delante de él. Ya ves. Cosas del oficio.

Puse en marcha el automóvil. La noche había caído sobre la ciudad y la temperatura descendía rápidamente. Dejamos atrás las calles del centro avanzando por la avenida Chapultepec para dirigirnos al departamento de don Efraín en Polanco. Cuando me detuve frente al edificio en la calle de Platón, el viejo dio una última calada al cigarrillo y lo lanzó a la calle.

—Pues ya mañana será otro día. —Zanjó abriendo la portezuela—. Aunque me temo que, de aquí en adelante, Ramírez va a estar a la defensiva. Eso nos hemos sacado con lo que ha pasado hoy.

—Al menos dimos con ese vídeo y con la mujer que aparece en él. Es un hilo del que ese policía no tendrá más remedio que jalar y que le ha quitado pretextos para no hacer nada.

—Sí —confirmó el viejo—. Y también está lo que dijo tu amiga sobre el oficial juarista que hallaron en la montaña.

—¿Podría tener eso alguna relación con su muerte? —inquirí extrañado.

—No lo sé. Lo que sí es que Ramírez paró oreja cuando lo estaba contando. Como buen oaxaqueño, es venerador de Juárez y un

hallazgo así debió prenderle las alarmas. Y aunque en eso de la admiración al Benemérito cojeamos del mismo lado, él se toma esas cosas muy a pecho.

—Que ya es decir algo. —Sonreí sabiendo cómo se las tomaba él mismo.

—Como sea. Estoy seguro de que eso del cadáver del oficial juarista debe haberle interesado. Y si, además, de allí puede salir algo que se relacione con el caso, no dudes que meterá las narices. En eso de la devoción hacia el prócer, los masones como él son verdaderos fundamentalistas.

—¿Masón? —murmuré. La mención me había hecho evocar el dedito del inspector toqueteándome la muñeca al estrecharme la mano el día que se apareció en el periódico para interrogarme. Alguien metido en esa hermandad iniciática me había confiado alguna vez que eso es lo que hacen para identificarse entre ellos—. ¿Ramírez es masón? —repetí.

—Como casi todos los que veneran a Juárez.

—¿Usted también?

—¡Qué va! Ni soy oaxaqueño ni he formado nunca parte de ninguna secta, ni política ni de las otras.

—¿Incluso cuando piensan igual que usted?

—Sobre todo en esos casos. No se te olvide que, si no hay crítica, la inteligencia está muerta. Más de una vez el Holandés me ha insinuado el asunto de la logia, pero me he hecho el tonto y hasta allí.

«El Holandés…», me repetí en la cabeza.

—Oiga, maestro. —Cavilé intentando deshacerme de la duda que me daba vueltas cada vez que el mote absurdo de aquel policía salía a colación—. Y el apodo ese, lo de «El Holandés», ¿a qué viene?

El viejo dibujó una sonrisa que dejó ver los dientes manchados por la nicotina.

—Pues eso —respondió—. Que dicen que tiene algo de holandés.

—¿Por lo del nombre? ¿Hasen?

—¡Qué va! Hasen significa *alma* en mazateco… Pero ¿qué no lo ves, Alberto? A ver, ¿cómo reza el dicho ese? «Chaparro, prieto y panzón, de Oaxaca es el cabrón». —Recitó risueño—. Si Ramírez es más indio que María Sabina.

—¿Y entonces?

—Ganas de joder. —Mi viejo maestro esbozó una nueva sonrisa que disimuló con una caricia a su bigote—. Aprovechando el nombrecito, sus compañeros de la academia de policía se burlaban de él asegurando que lleva sangre holandesa en las venas, pero no porque tuviera ancestros allende el Atlántico, sino porque seguramente su bisabuelo se habría comido a algún güero neerlandés que se apareció de turista por su pueblo.

Reí con él. Fue mi forma estúpida de desquitarme por todas las que ese día me había hecho el famoso inspector Hasen Ramírez.

Catorce

Bicéfala. Montaña que presenta un par de puntas cerca de la cumbre. Caravana de ascenso con dos líderes. Afirmación que, por argucia de la mentira, parece contener dos verdades.

Aquella noche soñé con Beatriz. No fue, sin embargo, esa sucesión de imágenes reales que se entremezclan con fantasías u obsesiones y que suele ser la materia de los sueños, sino más bien una serie de recuerdos que se hilaron en la duermevela; una extensión de la forma en la que había venido recuperando el pasado desde el día de su muerte. Así que, más que soñar, esa noche recordé.

Recordé que, a partir del Plan Dante y hasta que terminamos separándonos, mi relación con Beatriz fue más bien intermitente. No fue culpa suya; tampoco mía. Fue algo superior a ambos. Un poder que se impuso sobre nosotros; una fuerza más poderosa que el destino, la cual terminaría dictando lo que ella y yo pudimos haber sido y no fuimos. Su nombre era Eva Victoria Ituarte Lazo o, como yo la llamaba empleando el acrónimo con el que pensaba en ella entonces, Mrs. Evil, su madre.

Desde el día que la conocí en mi primera visita a la casa de Monte Cárpatos, comprendí que, pasara lo que pasara, aquella mujer nunca me vería con buenos ojos. Hay personas con quienes el flujo de la empatía nace de forma natural, y otras con las que, por alguna causa, se crea una repulsión inmediata que es imposible cambiar después, sin importar que transcurra toda una vida. Así que pudo haber sido esa reacción química que debe ocurrir en el cerebro para que surja un sentimiento mutuo de identificación —y que entre esa mujer y yo no se produjo—, o tal vez que fallé en esa primera impresión que dicen nos marca de forma indeleble en la percepción de los demás. La cuestión es que, desde el día que nos conocimos, pude leer en sus ojos el veredicto: yo jamás sería suficientemente bueno para su hija.

No llegué a conocer bien su historia personal. Quizás hubiera sido que llegar hasta donde había llegado le significó un camino difícil y no deseaba que Beatriz tuviera que enfrentar las dificultades que ella debió sortear. O tal vez haya sido al contrario y su matrimonio con el padre de Beatriz significó un descenso en la escala de vida a la que ella aspiraba, y no iba a permitir que su hija cometiera el mismo yerro. O posiblemente imaginara para Beatriz un futuro al lado de un

hombre más parecido a su esposo y menos a como ella imaginaba a mi padre. Nunca pude descifrarlo. El hecho fue que, tras el éxito del Plan Dante, Mrs. Evil debió darse cuenta de que yo no tenía ninguna intención de alejarme de su hija y que, por el contrario, lo único que tenía en la cabeza era la convicción de que debía estar lo más cerca posible de ella. Además, también debió tomar conciencia de que conmigo se enfrentaba a un adversario muy distinto a los que había combatido hasta entonces para preservar el destino de Beatriz. Porque yo no era como sus compañeros del colegio, todos hijos de alguna familia reconocible en el mundo de la empresa o en el rumbo de Las Lomas, sino un pelado indistinguible de secundaria pública. Y, precisamente por eso, debí parecerle de una casta diferente; un chamaco correoso y tenaz a quien Beatriz podría terminar tomándole cariño, como si se tratara de un cachorro abandonado en la calle. El resultado fue que, pertrechada con sus mejores armas, *Madame* Maléfica decidió actuar para neutralizarme.

Su primer ataque, el que me hizo comprender que me había hecho de una poderosa enemiga, fue un golpe elegante y limpio: cortar los puntos de contacto entre su hija y yo. La tarea debió parecerle sencilla, ya que bastaba con ponerle fin al asunto del Anglo y, para efectos prácticos, el «Genio» Millán habría desaparecido de la faz de la tierra. Además, para magnificar la efectividad de la maniobra y hacerme llegar con claridad su mensaje, la ejecutó de tal forma que ni su hija ni yo nos dimos cuenta de nada sino hasta el último momento.

Dispuesto a hacer lo necesario para mantenerme cerca de Beatriz, un par de semanas antes de que terminara el curso me había dedicado a elogiar a mi madre por la «visionaria decisión» de haberme inscrito en aquel programa que —sostenía ante ella con cinismo escalofriante— había mejorado muchísimo mi inglés. Así que, si deseaba cosechar lo sembrado, debía perseverar en el esfuerzo y continuar estudiando allí, aunque ahora en los cursos ordinarios. Al principio, mamá dudó de mi entusiasmo, en especial por la vehemencia con la que apenas unas semanas antes me había empeñado en defender la tesis opuesta. Además, la media beca que había hecho posible el programa de verano se había consumido, así que el costo íntegro de cualquier nuevo curso tendría que salir de la cuenta bancaria de la familia. Aun así, yo persistí con aquella cantaleta día tras día. Al final, su convicción sobre mi futuro pesó más que sus dudas financieras. En el fondo, ella estaba realmente orgullosa de mí, así que me entregó el dinero para inscribirme al siguiente curso. Yo, más allá de consideraciones académicas, estaba feliz porque aquella decisión me garantizaría ver a Beatriz tres veces por semana durante los siguientes meses. No obstante, cuando creí haberme salido con la mía, recibí el

golpe de la maniobra que Mrs. Evil había estado urdiendo.

La tarde que me presenté al inicio del curso al que Beatriz y yo habíamos acordado inscribirnos, ella no apareció. Apenas regresé a casa, la llamé por teléfono. Presa todavía del berrinche —que era hasta donde alcanzaba su rebeldía de entonces—, me puso al tanto de que su madre le había comunicado su decisión apenas esa tarde, cuando se preparaba para salir rumbo al instituto en compañía de Gaspar. Todo se reducía a que los cursos para mejorar su inglés los tomaría ahora en su mismo colegio. El argumento era que, habiendo allí ese tipo de programas extracurriculares, no tenía ningún sentido andar de aquí para allá sin necesidad, sobre todo con lo peligrosa que se había puesto la ciudad. Así que la sentencia estaba dictada: Beatriz se iba a pasar todo el día en su colegio en Las Lomas, mientras que yo me la viviría, de autobús en autobús, entre mi casa, el Anglo y la «Mártires de Tacubaya». Una soberbia jugada con la que el marcador de la partida entre aquella mujer y yo se movió por primera vez: Mrs. Evil, 1; el «Genio» Millán, 0.

Durante algunos días, Beatriz intentó oponerse a la determinación de su madre. Le exigió a ella, le rogó a su padre, pero nada funcionó. En la bicéfala autoridad de aquella casa, solo había un mando real: la camaleónica *Madame* Maléfica. El problema fue que la pobre Beatriz no comprendía lo que estaba pasando. Como buena adolescente, suponía que su madre la castigaba, cuando en realidad de quien se trataba era de mí. La cuestión fue que, con aquella resolución, sumada a salidas cuidadosamente programadas los fines de semana a la casa que tenían en Valle de Bravo, mi contacto con Beatriz se volvió prácticamente inexistente.

Pasadas algunas semanas, a ella se le ocurrió una forma de romper el enclaustramiento con esporádicas escapadas a una pequeña cafetería a gogó con decorado psicodélico que estaba sobre Palmas, a las que el impasible Gaspar colaboraba a regañadientes. En esas citas, que rara vez se extendían por más de una hora y en las que oficialmente iba a casa de alguna amiga para que la ayudara con la tarea, Beatriz me hablaba de su vida en el colegio y yo de las novedades del Anglo y de la «Mártires de Tacubaya». Por lo que me contaba, conocí a la Miss Albero, la maestra de Matemáticas que la traía vuelta loca con las ecuaciones lineales, y a la petulante Valeria Morell —heredera del mayor imperio de la industria textil del país—, su archirrival y némesis. Y de la misma forma como ella me regalaba pinceladas de su mundo, yo la introducía en el mío. Le hablaba de lo que ocurría en el Anglo con la nueva profesora —Miss Crawford, se llamaba— y mis noveles condiscípulos, y compartía con ella el universo de mis disfuncionales maestros de la secundaria, Gumaro Quintanilla, la *Amenaza Elegante*, encargado de los cursos de Historia,

y Pedro Prieto, el *Frankenstein*, titular de las clases de Química y Física. Y, claro, le contaba también de mis camaradas escolares: Rigoberto Luna, Luis el «Oso» Medina y, por supuesto, Jorge. Gracias a esos momentos en los que volvíamos a ser los protagonistas del Plan Dante, yo alimentaba mis ilusiones respecto a ella aunque en el fondo sospechara que su madre había logrado su propósito y que su maniobra terminaría alejándonos tarde o temprano.

Comenzaba diciembre y habían transcurrido ya más de tres meses sin que oficialmente ella y yo hubiéramos vuelto a vernos. Su madre debió suponer que la maniobra había cumplido su cometido y que su hija había pasado aquella deslucida página en su vida. Así que bajó la guardia, lo que Beatriz aprovechó para tomar revancha y capitalizar las circunstancias en mi favor.

El pretexto fue su cumpleaños. Llegaba a los dieciséis y su madre aceptó que organizara una reunión en casa —que es lo que los ricos hacen en lugar de las fiestas que hacemos los demás— a la que invitaría a sus compañeros del colegio. Sin embargo, la sorpresa de la noche no fue el reloj Baume & Mercier que su padre le dio como regalo, sino que yo apareciera como invitado en la dichosa reunión.

—Mamá, ¿te acuerdas de Alberto? —disparó cuando me presenté a la mitad del convite.

Mrs. Evil me miró. Lucía, como siempre, una belleza estremecedora. A pesar de que intentaba mantener el control, noté que le salían llamas por los ojos.

—Pensé que la fiesta era con tus compañeros del colegio. —Reaccionó pronunciando cada sílaba con cuidado—. De haber sabido que ibas a traer más invitados, podríamos haber pensado en otro tipo de reunión.

—Ay, mamá —desdeñó Beatriz con ingenuidad—. Si no es para tanto.

La dejó con el enojo torciéndole los labios y me condujo por los corrillos que formaban sus amigos. Yo me sentía incómodo y desconfiado. Aquella celebración, más que una fiesta de adolescentes, parecía un desfile de modas de El Palacio de Hierro en el que yo desentonaba. A cada momento, miraba alrededor tratando de localizar a *Madame* Maléfica, como la presa indefensa que vigila la inminente aparición de su depredador. Además, como había gastado casi todo el saldo de la *partida secreta* en el regalo de cumpleaños para Beatriz —una edición bilingüe de la *Divina Comedia*—, el poco dinero que me quedó apenas fue suficiente para el autobús de ida y regreso a casa. Y como los camiones a esas horas iban siempre atestados, sentía que había llegado a la fiesta hecho una sopa de aromas que iban desde el English Leather de mi padre —del que temí haber abusado—, hasta la

ecléctica colección de fragancias que coexisten solo en el transporte público de la Ciudad de México a las seis de la tarde. Así que la inseguridad me hacía no separarme de Beatriz, evitando terminar aislado o, peor aún, a merced de la furia de su madre cuya mirada presentía sobre mí a cada momento.

Avanzó la tarde hasta que una criada de uniforme salió de la cocina y se acercó a la madre de Beatriz para decirle lo que interpreté como «todo está listo, señora».

—Vamos a cenar, Beatriz. —Dispuso Mrs. Evil acercándose a ella—. Dile a tus compañeros que ya pueden ir pasando a la mesa. Y tu amiguito… ¿ya se va? —añadió para indicarme con la mirada que ella me escoltaría con mucho gusto hasta la puerta, esperando nunca más volver a verme en su casa.

—No seas grosera, mamá —protestó Beatriz—. Alberto también nos va a acompañar.

—Es solo que, como no me habías dicho que vendría, no preví un sitio para él. Pero, si se va a quedar —masculló apretando las palabras —, ahora pido que pongan una silla más.

Beatriz me guiñó mientras su madre se alejaba.

—No le hagas caso —susurró en mi oído—. A veces se pone así de pesada. La frustra que las cosas no sean perfectas. Ya sabes: el número justo de sitios en la mesa, los cubiertos y las copas en el lugar preciso, los…

En ese momento, la mujer se volvió para interrumpirla como si hubiera escuchado lo que acababa de decir.

—Y la próxima vez, Beatriz —exclamó apretando las mandíbulas—, ten la gentileza de avisarme a tiempo de tus ocurrencias para no estar haciendo estos papelones.

Algo debió moverse dentro de ella —quizá la manifestación del *gen maldito de los Ituarte*—, porque vi cómo se mordía el labio inferior, exactamente como acababa de hacerlo su madre y, sin mediar advertencia, me tomó de la mano para llevarme frente a ella y desplegar una sonrisa radiante:

—Mamá, pero cómo no iba a invitar a Alberto —soltó plantándome un beso en la mejilla—. Si es mi novio.

Madame Maléfica no dijo nada. Solo dejó pasar un par de segundos y luego se volvió para desaparecer como villana de película por la puerta de la cocina. No volví a verla el resto de la velada. Sabía, sin embargo, que no se trataba del final feliz de la historia, porque aquella mujer estaba muy lejos de haberse dado por vencida y no pasaría mucho antes de que volviera a tener noticias suyas.

Por lo pronto, y gracias a la audacia de Beatriz que me convirtió esa noche en el jovencito más feliz del mundo, los cartones de aquella partida se habían igualado: Mrs. Evil, 1; el «Genio» Millán, 1.

Quince

> **Nudo**. Punto en donde se entretejen dos o más sistemas de montañas, de la misma forma en la que lo hacen las sogas de alpinismo, o incluso cuerpos más flexibles, como pueden ser las ideas, en especial cuando ese entrelazamiento es propicio para ocultar la verdad.

Luego de transitar por el pequeño infierno que se abrió en mi interior tras recibir el mensaje póstumo de Beatriz, me había dado a la difícil tarea de reconstruir mi vieja rutina. Si haberla descubierto muerta esa madrugada en la Ciudadela había sido un golpe atroz, verla viva otra vez —y aunque solo hubiera sido en el imaginario de aquel vídeo— fue el recordatorio culpable de la que pudo haber sido una realidad distinta. Así que, salvo por los breves espacios en los que me vencía el sueño, pasaba las noches pensando en ella, mientras me dejaba llevar por esa ausencia de uno mismo en la que el mundo desaparece para quedar reducido a las obsesiones que nos habitan. En la oscuridad de mi habitación, repasé muchas veces aquel tramo de vida en el que los caminos de Beatriz y mío habían corrido paralelos, y volví también, con obsesión enfermiza, a ese nudo de circunstancias que nos separaron.

Una de esas noches de insomnio, Jorge llamó por teléfono. Como de costumbre, estaba fuera de México; me pareció que decía algo sobre Nueva York, el banco de la Reserva Federal y no sé qué operaciones con bonos del gobierno. La verdad es que no entendí una palabra. Había estado bebiendo toda la tarde, así que a su pregunta de si había algún avance en las investigaciones, solo logré divagar entre mi certeza respecto a la inutilidad de los dos policías que tenían a su cargo el caso, y los recuerdos de los días de la «Mártires de Tacubaya», el Anglo y el Plan Dante a los que el alcohol me tenía anclado. Aquella rutina destructiva se extendió por varios días, en los que me desentendí también de mis obligaciones en el periódico. En ese lapso, ni me aparecí en la oficina, ni llamé para dar explicaciones por mi ausencia, ni contesté tampoco el teléfono que no paró de sonar. Y aquello siguió así hasta que, una mañana, don Efraín se apareció en la puerta de mi departamento para obligarme a poner un hasta aquí a aquel sinsentido. «Carajo, Alberto. ¿Qué jodida cosa pasa contigo?», me había recriminado. No fue difícil leer en su mirada la decepción

que mi estado le provocaba. Preparó café y se sentó a mi lado para ejecutar la rutina que los curas emplean para redimir almas y los psiquiatras para sanar mentes: escuchar. Con cada palabra que salía de mi boca, una porción del mal que me agobiaba parecía abandonar mi cuerpo. Era como si el viejo hubiera estado dispuesto a permitir que aquellos recuerdos que me laceraban se fueran a habitar su espíritu y, de esa forma, conseguir que sanara el mío. Primero, me escuchó y, luego, conversamos a lo largo de varias horas. Hablamos de que el pasado está allí para recordarnos lo que somos y no para sumirnos en el estéril esfuerzo de intentar cambiarlo. Hablamos de que las circunstancias de la vida son así, impredecibles; que no ocurren porque las merezcamos, sino sencillamente porque ese es el juego del caos que las gobierna. Hablamos de que quizá la policía no daría nunca con la verdad, pero que lo ocurrido tampoco se desvelaría por la autoflagelación a la que me estaba sometiendo. Al final, sollocé como una criatura a quien el llanto purifica, para después levantarme dispuesto a que el recuerdo de Beatriz dejara de ser un tormento y se convirtiera en un viento cuya fuerza fuera perdiéndose hasta que, algún día, se transformara en una brisa que me refrescara el alma.

El Espejo Invisible era la cafetería situada frente al edificio del periódico a la que solía acudir a media mañana para tomar el desayuno y poner en orden mis ideas. Era un local estilo *art déco* con una ancha barra de caoba, muros color ámbar y vitrales de irregulares formas geométricas; un santuario de anacrónica belleza disimulado en el rostro gris de la ciudad. Habían transcurrido más de dos semanas desde la aparición del vídeo de Beatriz y unos cuantos días desde mi redención. A pesar de que más de una vez había insistido con don Efraín para que tratáramos de averiguar algo en aquel centro de investigaciones en Puebla, o al menos para que llamara al Holandés y lo cuestionara sobre el avance de las investigaciones, el viejo —con mejor criterio que el mío— me había persuadido de que, si queríamos mantener la buena disposición de aquel policía, lo mejor era darle su tiempo. «Las cosas de palacio van despacio», me recordó.

Aquella mañana, luego de entregar el texto de la columna que aparecería al día siguiente bajo mi firma, había cruzado la calle para tomar un café que me diera claridad y ánimos para enfrentar el resto de la jornada. Apenas tomé asiento, comenzó a llover a cántaros. A través de la ventana miraba cómo el paso de los automóviles desplegaba largas estelas de agua que empapaban a los transeúntes que corrían intentando resguardarse del chaparrón. La escena me hizo recordar a don Severo Bolívar, mi maestro de geografía en la «Mártires de Tacubaya», quien ante aquellos desplantes de la naturaleza en el altiplano solía decirnos: «México es curioso. Mientras que en Durango

y Coahuila la tierra se muere de sed, aquí, si uno se descuida, un aguacero puede terminar ahogándolo. No hay duda», aseguraba don Severo lanzando una penetrante mirada al cielo a través de la ventana del salón, «en este país llueve poco y a lo pendejo…».

Dejé la evocación y, mientras esperaba a que el mesero apareciera con mi expreso doble, hundí la mirada en las noticias que llenaban la primera plana del ejemplar del *Diario Centinela* de ese día. Entonces, una voz me sorprendió:

—¿Te importa si me siento aquí?

Alcé la vista. Frente a mí, una mujer me miraba balanceando una taza de café en las manos.

—Perdona —agregó—, pero el sitio está abarrotado.

Eché un vistazo al salón y, en efecto, tanto la barra como las mesas estaban repletas de parroquianos a los que la lluvia había obligado a refugiarse en aquel que usualmente era un lugar apacible. Regresé la mirada hacia ella y, de súbito, sentí un golpe de ansiedad en la boca del estómago. La causa no fue que una mujer guapa me abordara —todos tenemos derecho a que, de cuando en cuando, nos ocurran las cosas que uno ve en las películas—, sino que la reconocí. Al principio, traté de convencerme de que no era posible, pero luego de un momento estuve seguro de que no me equivocaba. Aquella mujer frente a mí era el fantasma que había rondado mis pesadillas las últimas noches. Era la sombra cuyo rostro había descubierto la sargento Pineda en el reflejo del cristal al final del vídeo dejado por Beatriz, la que llegaba a la habitación del hotel al lado de Diana Abascal el día previo a su muerte. La tercera mujer.

—¿Puedo sentarme? —insistió ella señalando la silla vacía.

Asentí mientras un sabor amargo me llenaba la boca al preguntarme qué podría saber esa mujer sobre la muerte de Beatriz. Estaba claro que su presencia allí no era ninguna coincidencia. ¿Qué debía hacer entonces? ¿Llamar discretamente al Holandés y seguirle el juego a esa mujer hasta que él llegara para interrogarla? ¿O tratar de averiguar ahí mismo lo que pretendía al buscarme?

—Ya me habían hablado de este lugar —prosiguió tomando asiento frente a mí—. ¿Qué hace tan popular a un sitio así?

—Muchos empleados en la zona y pocos lugares en donde tomar un café decente —respondí sintiendo cómo la resequedad me rasgaba la garganta.

—¿Trabajas por aquí? —Quiso saber mientras el mesero colocaba mi expreso doble sobre la mesa.

La mujer que aguardaba mi respuesta correspondía no solo a la imagen que mi memoria había retenido a partir de la producida por las técnicas informáticas de la sargento Pineda, sino que era mucho más atractiva de lo que los rudos pixeles habían anticipado. Calculé

que estaría aún por debajo de los cuarenta años. Su nariz era delgada, los labios pálidos y los pómulos firmes. Su semblante estaba enmarcado por una abundante mata de cabello —oscura como el ala de un cuervo—, y se iluminaba con unos ojos grises cuya profundidad se acentuaba con la luz que se colaba por la ventana a un costado de la mesa.

—Allí enfrente —contesté indicando la fachada de ladrillo rojo al otro lado de la calle coronada con el gran rótulo del *Diario Centinela*.

—¿Periodista?

—La mitad de quienes vienen a este sitio lo son.

—¿Y sobre qué escribes? ¿Política? ¿Economía? ¿Cultura?

—Un poco de todo.

—Claro. Supongo que así deben ser los periodistas hoy día.

—¿Y tú? —Reviré intentando acortar el prolegómeno—. ¿Trabajas cerca de aquí?

Noté que dudaba. No lo sé. Fue quizá la torpeza al abrir el bolso y extraer la cajetilla de los cigarrillos. O tal vez el ligero temblor de la llama del encendedor mientras hacía arder el tabaco.

—No —respondió en medio de una bocanada.

—Entonces debes de tener muy buenas referencias de este sitio como para venir hasta el centro de la ciudad nada más para tomar café.

—Eso —dijo dando una nueva calada al cigarrillo—, y el aguacero que me ha obligado a entrar.

Tuve la impresión de que la serenidad con la que se había plantado ante mí comenzaba a resquebrajarse. Era el momento de atacar y averiguar de una buena vez lo que estaba pasando.

—Qué te parece si nos dejamos de juegos —disparé descansando los codos sobre la mesa—. Soy Alberto Millán, aunque supongo que ya lo sabes.

La mujer apretó los labios.

—En cambio, yo no sé quién eres —proseguí aprovechando su desconcierto—, pero sí que conocías a Beatriz Soler y que estuviste con ella poco antes de que la mataran. Así que es obvio que este encuentro no es una casualidad, sino que has venido a buscarme.

No respondió. Solo permaneció quieta haciendo que el humo del cigarrillo delatara su inmovilidad.

—Muy bien —agregué tomando el celular—. En ese caso, lo mejor será llamar a la policía para que juntos escuchemos la razón por la que estás aquí.

—Todo esto ha sido una mala idea. —Reaccionó extinguiendo el cigarrillo en el cenicero—. Será mejor que me marche —añadió intentando ponerse de pie.

Extendí el brazo y la tomé de la muñeca para impedirlo. Mi cuerpo

se crispó al sentir la corriente eléctrica que producía su tacto.

—Me lastimas.

—Siéntate y respóndeme. —Repuse reteniéndola—. ¿Qué hacías con Beatriz ese día?

—¿Cómo sabes que estuve con ella? —Su semblante se había descompuesto.

—Me envió un vídeo antes de morir.

—¿Un vídeo? —repitió nerviosa—. ¿Y hablaba de mí?

—No, pero la policía descubrió que tú llegabas a la habitación del hotel junto a Diana Abascal cuando ella terminaba de grabarlo.

—Diana Abascal… —Su voz fue un murmullo.

—Así que quiero que me digas qué sabes de esas muertes.

La mujer me miró fijamente. En sus ojos grises se hallaba atrapado un sentimiento que yo conocía muy bien: el miedo.

—Si no me lo quieres decir, se lo dirás entonces a la policía.

—No lo hagas. —Me detuvo colocando su mano sobre la mía hasta hacer que la corriente eléctrica se convirtiera en un tacto cálido—. Escúchame primero. Por favor.

La solté. Antes de comenzar a hablar, sin embargo, la mujer ganó algo más de tiempo repitiendo los movimientos para dar fuego a un nuevo cigarrillo.

—Trabajaba con Beatriz —dijo al cabo, dejando que el humo le subiera por el rostro—. Ella nos hablaba con frecuencia de ti. A Diana y a mí. Decía que eras su amigo. Ahora —titubeó— tengo un problema y, como no conozco a nadie en esta ciudad, me decidí a buscarte. Eso es todo.

Me contempló en silencio evaluando si aquella justificación había sido suficiente.

—En otras circunstancias me habría encantado una charla social contigo —resolví disipando sus dudas—, pero no ahora. Así que, si esto es todo lo que pensabas decirme, será mejor llamar a la policía y que ellos…

—Está bien. —Volvió a interrumpirme mientras lanzaba una mirada hacia la puerta—. Me llamo Lara Bowman. Y, tienes razón, estuve con Beatriz el día que desapareció junto con Diana. Y ahora… creo que también intentan matarme.

Dieciséis

> **Relámpago**. Resplandor producido por una descarga eléctrica entre las nubes. Destello instantáneo similar al que el escalador percibe, como una impresión súbita que le hiela la sangre, cuando el peligro se presenta de forma inesperada.

—Claro que conocía a Beatriz. Bueno, aunque lo hice personalmente apenas unos días antes de su muerte. Desde hacía semanas habíamos hablado por videollamada y cruzado un sinfín de correos.

La voz de Lara Bowman era pausada, adormecida quizá por el residuo de alguna emoción que fui incapaz de reconocer en ese momento.

—También soy historiadora —continuó—, aunque paso la mayor parte de mi tiempo en Inglaterra, en la Universidad de Essex, que es donde terminé el doctorado. Beatriz necesitaba a alguien que la ayudara en su proyecto y en el INAH le dieron mi nombre.

—¿Y por qué tú?

—No somos muchos los especialistas en el período que le interesaba. —Lara dejó que sus ojos claros me tocaran por un momento—. La guerra de Reforma y la restauración de la República —explicó.

—Entiendo. Se trata entonces del cuerpo que hallaron en el Iztaccíhuatl.

—¿Cómo sabes eso? —Reaccionó inquieta.

—Beatriz lo mencionó en el vídeo.

Lara Bowman me miró. Quizá valoraba cuánto más sabría yo de aquella historia.

—Pues sí, de eso se trataba. —Repuso al cabo—. Unos alpinistas hallaron el cadáver dentro de una gruta en el glaciar Ayoloco, cerca de la cumbre. Es una especie de caverna en donde la capa helada que cubre la superficie es tan dura como el concreto. Sin embargo, parece que el último fue un verano inusualmente cálido y el ligero deshielo hizo que emergiera parte del cuerpo. —Mientras hablaba, sus dedos recorrían nerviosamente su cuello, como si intentaran tocar un collar inexistente—. El hombre que apareció allí vestía abrigo y casaca militares, y llevaba insignias con el escudo ornamentado del águila explayada. Era el uniforme y blasones que empleó el ejército de oriente leal a Juárez durante la guerra de Reforma y en la lucha

contra los franceses.

Conocía bien aquella página de la historia nacional. No en balde las escuelas públicas han mantenido la costumbre de llevar en su denominación el nombre de algún héroe o evento significativo en la historia patria, y sus alumnos la condena de conocer el motivo para tal designación. No obstante, aunque había en el país cientos de escuelas nombradas en honor de Miguel Hidalgo, Benito Juárez, Francisco I. Madero, la Independencia Nacional o la Revolución Mexicana, eran muy pocas las que —como mi claustro de secundaria— ostentaban el distintivo de «Mártires de Tacubaya». La designación se refería a los militares y civiles del bando liberal adicto a Juárez que fueron fusilados por los conservadores el 11 de abril de 1859 tras el combate en el pueblo de Tacubaya, precisamente durante la guerra de Reforma. Así que por años hube de repetir como loro todo lo relacionado con aquella guerra civil, así como con la sucesiva intentona para establecer una monarquía extranjera en México; una de las páginas que mejor han contribuido a crear la versión maniquea de nuestra historia que los políticos suelen explotar con impunidad: republicanos contra monárquicos, liberales contra conservadores, progresistas contra reaccionarios, federalistas contra centralistas, izquierdas contra derechas, buenos contra malos.

—Beatriz y Diana estaban muy emocionadas. —Reanudó Lara Bowman—. Se habían topado con un hallazgo que podría revestir cierta importancia histórica y, créeme, esas cosas no ocurren todos los días. —Extrajo un nuevo cigarrillo de la cartera—. El cuerpo había permanecido enterrado a muy bajas temperaturas, así que estaba prácticamente momificado —continuó dejando salir una estela de humo—. Era un hombre de unos treinta años y la necropsia histórica dató la muerte entre 1861 y 1863. Según los resultados del análisis murió por hipotermia, aunque realmente fue asesinado.

—¿Y cómo sabes eso?

—Tenía una herida de bala en el costado derecho y una fractura expuesta de fémur. Los forenses que lo analizaron concluyeron que el hombre debió de recibir el disparo en el vientre cuando se hallaba en la parte alta de la gruta cayendo después en su interior, lo que explica la fractura femoral. Allí habrá esperado la muerte que, antes que por el desangramiento de la herida, fue producida por la baja temperatura en la gruta… Beatriz estaba segura de que trabajando juntas podríamos hallar una respuesta al enigma, el cual bien podría convertirse en un ensayo que publicaríamos las tres.

—¿Un ensayo?

Una sonrisa manchada de desencanto iluminó su rostro.

—A eso se reduce el trabajo de quien se dedica a esto. De haber querido ser rica, habría estudiado finanzas… —Se detuvo por un

momento para juguetear con el cigarrillo entre los dedos—. En fin —retomó—, resultaba intrigante conjeturar sobre las razones que podrían haber llevado a un militar de entonces a una de las secciones de más difícil acceso en esa montaña, en especial cuando se libraba en el país una guerra en contra del ejército francés que intentaba imponer a Maximiliano de Habsburgo como emperador de México. Igualmente desconcertante era imaginar las circunstancias en las que habría sido asesinado ese oficial en aquella cima, cerca de la cual no se libró jamás una batalla. Así que no se trataba solo de un curioso hallazgo histórico, sino también de un interesante misterio, al que contribuyó lo que encontraron oculto en el abrigo de ese hombre.

Lara aspiró el humo del cigarrillo, permitiendo que sus últimas palabras se fundieran en el bullicio de El Espejo Invisible.

—Junto con un guardapelo y una moneda —explicó rompiendo mi expectación—, llevaba consigo un cartapacio. Era un pequeño cuaderno de apuntes con una serie de diagramas y mapas.

—¿Mapas? ¿De qué?

—No lo sé. De inicio, no pudimos averiguarlo. Pero en lo que las tres estábamos de acuerdo era en que la llave para comprenderlo pasaba por averiguar la identidad de ese hombre.

El aguacero afuera no amainaba ni tampoco el rumor de la gente que se apelotonaba en la entrada de la cafetería buscando un sitio para resguardarse.

—Acordamos que ellas comenzarían la investigación echando una mirada a los archivos históricos disponibles aquí en México. La idea era averiguar si existían registros de alguna misión militar en las inmediaciones del Iztaccíhuatl en esa época. Yo, que estaba todavía en Essex, haría lo propio desde allá consultando a otras universidades en el extranjero que poseen documentos mexicanos del siglo XIX… Pero ellas agotaron sin éxito los materiales disponibles en el Archivo General de la Nación, y fuera de México tampoco había nada. Ningún documento refería misiones del ejército de oriente en la zona del Iztaccíhuatl durante la guerra de Reforma o a lo largo de la intervención francesa. Beatriz sugirió entonces que iba a ser necesario consultar los archivos históricos del ejército. Si había existido alguna misión confidencial de esas características, la prueba debía de hallarse allí. Así que acordamos que yo vendría a México de inmediato, en tanto ellas hacían la solicitud ante la secretaría de la Defensa Nacional. Cuando llegué, Beatriz me dijo que aún no podían acceder a los archivos; había una larga lista de investigadores que aguardaban para consultar la sección de documentos históricos y, en el mejor de los casos, la espera iba a extenderse por meses. Por fortuna —añadió aspirando otra vez el humo del cigarrillo—, ella conocía a alguien con influencias que intervino para ponerla al frente de la cola.

El ánimo se me ensombreció al imaginar que ese «alguien con influencias» no podría haber sido otro que la Lombriz.

—La tarde que Diana y ella desaparecieron —reanudó Lara pausando las palabras—, habíamos quedado en reunirnos en el hotel en donde se hospedaban. Íbamos a ponernos al día en el avance del trabajo. Acudí a la cita, pero ninguna de las dos se presentó. La mañana siguiente me enteré por el periódico de lo que había sucedido…

Mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, Lara Bowman bajó el rostro que se le había congestionado.

—Debiste acudir a la policía.

—No podía hacerlo —musitó después de un momento en el que una sombra le cruzó la mirada—. Mira, debo decirte algo más, pero no quiero que vayas a formarte una impresión equivocada de mí. —Respiró profundamente. Fue un largo suspiro que le permitió rehacerse—. La mañana que me enteré de lo que había ocurrido, fui al hotel. Allí, le di dinero a una camarera para que me dejara entrar a la habitación de Beatriz. Debía recuperar algo que ella tenía en su poder.

Lara extrajo de su bolso un viejo cuaderno con desgastadas pastas de piel y lo depositó sobre la mesa.

—¿Eso es el…?

—El cartapacio que llevaba ese hombre —corroboró—. No tenía sentido que terminara perdido en los archivos de la policía, y no pensé tampoco que al tomarlo le hiciera daño a nadie. Quizá supongas que fue una tontería egoísta de mi parte, pero esto era algo importante para Beatriz y para Diana. Y para mí también.

Me quedé mirando el deteriorado cuaderno antes de atreverme a levantarlo. Al hacerlo, se apoderó de mí esa sensación que se tiene con las cosas que se saben muy viejas; la que le dice a uno que si llega a manipularlas de forma equivocada podrían quebrarse como cáscaras secas de cebolla. La cubierta de piel del cartapacio estaba adornada por un anagrama con las iniciales «MC». Lo abrí. En su interior había una serie de diagramas y mapas cuidadosamente trazados.

—¿Y por eso no quisiste llamar a la policía? ¿Para no tener que explicarles por qué tomaste este cuaderno de esa forma?

—No solo por eso —contestó mientras estrujaba el cigarrillo contra el fondo del cenicero—. Cuando acababa de hallarlo entre las pertenencias de Beatriz, escuché que alguien intentaba entrar en la habitación. Tuve miedo de ser descubierta y me oculté afuera, en el balcón detrás de las cortinas. Desde allí escuché que entraban y comenzaban a revolverlo todo… Eran dos hombres y buscaban este cuaderno.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dijeron cuando hablaban entre ellos.

—Pero ¿cómo podría alguien más haber sabido de su existencia?

—A esas alturas, mucha gente conocía del hallazgo. Lo sabían en el INAH, en el Archivo General de la Nación, en la secretaría de la Defensa, en mi universidad en Inglaterra y en las bibliotecas con las que nos comunicamos buscando información. Eso sin contar a la gente a la que Beatriz debió acercarse para conseguir el acceso a los archivos del ejército.

—¿Y qué importancia tiene este cuaderno? ¿Por qué querrían esos hombres obtenerlo?

Los dedos de Lara Bowman volvieron al movimiento nervioso en su cuello.

—A ciencia cierta, no lo sé —respondió finalmente—. Aunque hay un detalle más que podría sugerir que se trata de algo valioso. Mira, aquí había otro papel —explicó señalando una discreta abertura hecha en la guarda interior del viejo cuaderno que creaba un espacio similar al de un sobre oculto—. Beatriz lo halló. Nunca lo tuve en mis manos; solo me lo mostró una vez. Eran una serie de signos que parecían un mensaje cifrado. Ella tenía la impresión de que, por haberse tomado la molestia de ocultarlo ahí, ese documento era lo verdaderamente importante que transportaba aquel hombre y que, por tanto, sería la clave para explicar lo que le había ocurrido.

—Y ese papel ¿dónde está?

—Beatriz debió de ocultarlo —respondió sin dudar apurando el resto del café.

No pude evitar que volvieran a mi memoria las explicaciones que Carlos Rafael Cañizares nos había dado frente a los cadáveres de Beatriz y Diana Abascal, ya que ahora el motivo para aquella violencia podría ser precisamente el que esa mujer estaba poniendo frente a mí.

—Lo que sigo sin comprender —cavilé en voz alta— es por qué has recurrido a mí y no a las autoridades. En lo que me has dicho hay información que podría ayudar a dar con los responsables. Y si es por haber tomado este cartapacio, francamente no veo mayor problema en explicarlo y…

—Salvo por el hecho —me interrumpió removiéndose en el asiento — de que los hombres que entraron esa mañana en la habitación de Beatriz… eran policías.

—¿Estás segura?

Lara asintió.

—¿Y los viste? —insistí.

—Vi sus siluetas a través de la cortina. Uno era alto y delgado; el otro más bajo y grueso. Ese debía de ser el jefe, porque el otro se dirigía a él llamándolo «inspector».

Fue inevitable que, como un relámpago, mi memoria se agitara con el recuerdo de dos viejos conocidos.

—Cuando se dieron por vencidos —prosiguió Lara—, uno de ellos habló por teléfono con alguien más. Lo escuché decirle que no habían hallado nada y que quizás alguien se les había adelantado.

—Bueno, pero si no te vieron, no tienes nada que temer.

—Te equivocas. Si, como me has dicho, la policía me ha identificado en el vídeo que dejó Beatriz, esos hombres sabrán que fui yo quien estuvo allí aquel día. Y entonces vendrán por mí.

Diecisiete

> **Hombro**. Espacio llano que corta la pendiente de un terreno cerca de la cima. Parte superior y lateral del tronco humano sobre el que el escalador experto palmea a otros cuando percibe que no es el cuerpo sino el espíritu el que sufre el riesgo de caer al vacío.

«*Es mi* novio», había dicho Beatriz frente a su madre. No dijo «*Somos* novios», sino «*Es mi* novio». Aquella noche, de regreso a casa en el camión, iba tratando de descifrar el alcance semántico de esas variantes. Una parte de mí decía que Beatriz había querido hacer entender a su madre que existía un vínculo que ella y yo compartíamos: «*Somos* novios…». Aunque una malévola vocecita dentro de mi cabeza cuchicheaba que, por el contrario, solo había querido desafiarla demostrándole que decidió tomar algo en contra de su voluntad; que, más que una circunstancial declaración de amor, aquello había sido una determinación con la que quiso medir la fuerza del yugo que la sujetaba: «*Es mi* novio…». A pesar de toda esa racionalización, lo cierto es que, al final, todo aquello me importó un comino. Tenía dieciséis años y estaba enamorado. Eso era todo.

La quimera, sin embargo, habría de terminar muy pronto. En apenas seis meses, cuando se reiniciaban las clases luego de las vacaciones de verano, Beatriz y yo hablamos por teléfono y, escondiendo la voz detrás del auricular, me anunció:

—Alberto, debo decirte algo… Ahora sí, ya tengo novio.

Una vez recibida la primera, uno no espera paralizado a que el atacante le dé la segunda puñalada si puede evitarlo. Colgué el teléfono sin permitir que Beatriz dijera nada más. Salí de casa azotando la puerta y me puse a vagar sin rumbo con aquellas palabras royéndome las entrañas. Cuando me di cuenta, estaba en el Parque de San Lorenzo. Después de recorrer varias veces los andadores, me detuve frente a la capilla del siglo XVI dedicada al mártir. El portón estaba abierto y entré. No había nadie y recalé en uno de los bancos al fondo, desde donde podía ver el altar con el gran crucifijo iluminado tras el arco de cantera. El jacobinismo que me habían inculcado mis padres me alejaba de hallar un verdadero consuelo en aquel lugar, pero necesitaba un sitio apartado del mundo para sustraerme de la realidad. Me sentía impotente y derrotado; engañado y vulnerable.

Estaba invadido por la convicción de quien sabe que ha perdido algo valioso que ya no podrá recuperar nunca; la semilla que germina en el suicida diciéndole que la vida ha dejado de tener sentido.

De pronto, una mano me tocó en el hombro. Era un individuo con ropas negras y alzacuellos.

—¿Todo bien? —Quiso saber.

Bajé la cabeza para evitar que las lágrimas me delataran. Imaginé que el religioso se había percatado de que ninguna fe me unía a aquel santuario. Supuse que tal vez la fe era como un estigma, algo reconocible que se lleva como una marca en el cuerpo, y que su pregunta era una forma amable de indicarme que debía salir de allí. No obstante, al intentar ponerme de pie, el cura apretó la mano sobre mi hombro para impedirlo. Me miró otra vez.

—Tranquilo —dijo—. Lo que sea, créeme, pasará —añadió para luego caminar hasta el altar, persignarse frente a la cruz y desaparecer tras una puerta rumbo a la sacristía.

Permanecí largo rato cobijado por la penumbra del templo, presa de la desesperación del hombre que muere de sed junto a la corriente de un río. Al final, el sollozo cedió y las lágrimas en mis ojos se secaron. Cuando salí de la capilla, cobijado por la oscuridad que había engullido a la ciudad, me di cuenta de que algo dentro de mí había cambiado. Que un desgarramiento minúsculo había surgido donde antes no había sino un corazón sin mancha; una pequeña herida que supe no volvería a cerrarse nunca.

Lo que ocurrió la tarde del «Alberto, debo decirte algo…», sin embargo, estuvo muy lejos de haber sido una simple circunstancia fraguada por el caprichoso destino o por el inexperto carácter de Beatriz. Fue el colofón del contraataque maquinado por su madre desde la dichosa reunión de cumpleaños seis meses antes.

A partir de aquella noche en la que Beatriz me había colocado como el obstáculo entre ambas, Mrs. Evil debió decidir que desplegaría su oceánica capacidad para acabar conmigo. Así que, muy pronto, la estrategia de alejamiento del Anglo —en la que, por supuesto, no cejó— se vio complementada por una serie de bien confeccionadas acciones para evitar que Beatriz y yo tuviéramos el más mínimo contacto. A las sistemáticas salidas cada fin de semana a Valle de Bravo, *Madame* Maléfica añadió clases de francés en el colegio, estudio de piano en casa y lecciones de tenis en el club. La idea era consumir el tiempo libre y la energía de su retoño, y no dejarle espacio ni fuerzas para nada que tuviera que ver conmigo. Como resultado, las furtivas escapadas a la cafetería a gogó de Palmas desaparecieron, y nuestras llamadas telefónicas se redujeron al mínimo gracias al férreo control que la propia mujer ejercía sobre el

aparato en casa. Creo que durante los meses que siguieron a la fiesta de cumpleaños de Beatriz y hasta la tarde en la que me mandó a volar, conversaron más veces Margaret Thatcher y Mijail Gorbachov que nosotros dos. Además, en las brevísimas llamadas que lográbamos concertar, el asunto del noviazgo nunca aparecía; ni ella lo mencionaba ni yo me atrevía a sacarlo a colación tampoco, temeroso de que al hacerlo el encantamiento desapareciera.

Aturdido por la velocidad de los golpes que recibía de *Madame* Maléfica, intenté tomar la ofensiva cuando se aproximaba la Semana Santa. Pensé que aquel espacio me permitiría fabricar una oportunidad en la que pudiéramos vernos aprovechando los días de asueto. Sin embargo, su madre debió de presentirlo y, dispuesta a no darme la menor oportunidad, se inventó un viaje sorpresa a Miami, con el que consiguió desaparecer a Beatriz los días santos y la semana de Pascua. Intuí que, de no hacer algo radical, aquel noviazgo iba a tener menos futuro que la selección nacional en el último campeonato mundial de fútbol. Además, inspirado por el arrojo que había demostrado Beatriz, yo también me sentía envalentonado como para enfrentar a Mrs. Evil. Así que mi siguiente paso debía ser un movimiento bien pensado que contrarrestara la demostración de poderío exhibida por su madre. Animado por esa convicción, velé armas dispuesto a confeccionar un plan a prueba de balas. Aquella mujer podía tener todo el dinero del mundo, pero yo era la mente más brillante de la secundaria «Mártires de Tacubaya», y eso no era poca cosa. Así que decidí que enfrentaría aquella batalla mentalizado para ganarla. Como le había escuchado decir a Kalimán en el episodio más reciente de su última aventura radiofónica cuando, frente a la Araña Negra —su temible enemigo—, se disponía a dar inicio al combate final: «Solo aquel que se enfrenta al peligro tiene derecho a la victoria».

Se aproximaba el verano y, con él, el cierre de mi último año en la secundaria. Aquellas semanas finales las había dedicado no solo a preparar los exámenes que me mantendrían en la parte más alta del cuadro de honor de la escuela, sino también a proyectar el plan con el que esperaba acercarme a Beatriz. Para ello, había venido alimentando pacientemente la *partida secreta*, la cual iba a ser necesaria para la puesta en marcha del proyecto que debía producir el golpe de timón que necesitaba. Como mi frugal ahorro no daba para imitar el gesto que cualquier pretendiente del gusto de su madre podría haber tenido con ella, debía usar la cabeza para transformar aquellos pocos pesos en algo memorable. Después de mucho darle vueltas, tomé mi decisión. Con explicaciones ambiguas —que incluyeron la participación de Emma deslizando ante mis padres el

rumor de la invitación que pretendía hacerle a Beatriz—, logré que papá me consiguiera con sus amigos burócratas de Bellas Artes un par de entradas para el concierto de la Orquesta Sinfónica Nacional. Calculaba que el saldo de la *partida secreta* serviría para, después de la función, llevar a cenar a Beatriz al Sanborns del Palacio de los Azulejos que estaba a unos pasos de la sede de la orquesta, y luego para acompañarla galantemente de regreso a su casa en un taxi. No era un plan pretencioso, pero sí cumplía con tres condiciones esenciales: era original y financiable con los limitados recursos que tenía a la mano, me permitiría estar algunas horas al lado de Beatriz, y lo haría en un terreno lejos del alcance de su madre. En ese sentido, era un plan perfecto. Aunque, sobra decirlo, los planes perfectos no existen.

En una de nuestras esporádicas llamadas telefónicas, lancé la invitación. El concierto sería el viernes, que era el día que ella me había anticipado terminarían las clases en su colegio, así que no habría espacio para argumentos académicos de parte de su madre ni tampoco para apresurados planes vacacionales que la alejaran de la ciudad esa noche. A Beatriz le pareció que los conciertos de música clásica eran aburridos —me habló de uno al que la habían llevado sus padres al MET de Nueva York—, pero dijo que tal vez conmigo sería divertido. Prometió consultarlo. Le sugerí que se lo comentara también a su padre, el melómano de la familia, con quien esperaba que mi idea hallara una mejor recepción. Al día siguiente, recibí la buena nueva: Beatriz había conseguido el permiso, aunque no había resultado nada sencillo. Me contó que su madre se había opuesto terminantemente: «¿Cómo va a andar de noche sola en la calle con un chiquillo?», pero había sido su padre a quien la idea le había parecido estupenda. Según Beatriz, el argumento que venció la discusión conyugal fue que una invitación así era mil veces mejor que las idas con sus amigas a los conciertos de Timbiriche. Un argumento irrebatible.

Mi nuevo plan había conseguido mover otra vez el tanteador de la partida que sostenía con la madre de Beatriz. Ahora, era yo quien tomaba la ventaja: Mrs. Evil, 1; el «Genio» Millán, 2.

Se acercaba el esperado viernes. Mi madre, quien no pude evitar que se inmiscuyera en el asunto, insistió en llevarme a comprar ropa para la ocasión. De entrada, me negué. No porque no me viniera bien una camisa o un pantalón nuevos, sino porque concordaba cada vez menos con sus opiniones sobre la moda, sobre todo cuando la víctima era yo. Al final, hube de ceder. El jueves por la tarde, de la tienda departamental salí con un par de zapatos negros, un pantalón gris *oxford* —así lo calificó ella—, una camisa blanca de manga larga y un

chaleco azul con ribetes blancos que, en su opinión, era de lo más elegante para un jovencito como yo.

El viernes por la tarde, con el nuevo atuendo y las entradas en el bolsillo, salí a mi esperado encuentro con Beatriz. Llevaba el saldo completo de la *partida secreta* en la billetera, el cual se había incrementado con veinte pesos que, de último momento, me entregó mi padre «para lo que se ofreciera». El autobús me dejó en la Avenida Juárez, enfrente del Palacio de Bellas Artes. Crucé la calle y me coloqué en el pórtico, justo en el sitio en donde habíamos acordado encontrarnos. Quince minutos antes del inicio del concierto, apareció. Gaspar había estacionado el Mercury Grand Marquis frente a la entrada del ecléctico palacio. Caminó con ella hasta donde yo me encontraba, la dejó a mi lado y regresó al automóvil. Hacía varios meses que no la veía y, otra vez, me sorprendió luciendo más hermosa de lo que la recordaba. Cuando cruzamos la gran puerta de entrada, Beatriz se volvió hacia el silencioso chofer para despedirlo con la mano.

Aquel concierto permanece en mi memoria con absoluta nitidez. Fue la primera vez que entré a la gran sala del Palacio de Bellas Artes, la primera vez que escuché un concierto de música clásica en vivo y, sobre todo, la primera vez que realmente me sentí el novio de Beatriz. El programa para esa noche era solo Beethoven. La obertura *Egmont* con sus trompetas triunfantes, el quinto concierto para piano con la íntima *cadenza* del segundo movimiento, y la séptima sinfonía con la explosión final de cuerdas, alientos y percusiones. Fue justo cuando salía el pianista para hacerse cargo de la interpretación del concierto, cuando Beatriz me tomó de la mano. La miré y ella me sonrió. Así estuvimos el resto de la función. Por momentos, me volvía para mirarla y confirmar que no se trataba de un sueño. El rostro se le iluminaba con la música, como si cada nota despertara en ella sensaciones nuevas. Incluso, en un par de ocasiones, me sorprendió con su mirada de lobo de la tundra para permitirme otear el futuro en el fondo de sus ojos.

Terminó el concierto y avanzamos llevados por la multitud rumbo a la salida del teatro. Yo acariciaba la billetera en el bolsillo para asegurarme de que seguían allí los pesos que pagarían la cena y el regreso de Beatriz a su casa. Salimos de la sala y cruzamos el vestíbulo. Mientras lo hacíamos, yo anticipaba con ansiedad lo que supuse iba a ocurrir: caminaríamos para cruzar el Eje Central hasta llegar al viejo Palacio de los Azulejos, ocuparíamos una mesa a un lado de la fuente de piedra y comenzaríamos a hablar; quizá nos tomaríamos de la mano y, tal vez, la besaría… Pero apenas llegamos a la mitad del vestíbulo, distinguí una silueta familiar a un costado de la puerta principal. Era Gaspar con un gesto extraño oscureciéndole el

semblante. Una maldición se me atoró en la garganta cuando el hombre hizo contacto visual conmigo. Intuí que se trataba de la larga mano de Mrs. Evil, quien seguramente lo había enviado para que nos sirviera de chaperón el resto de la velada. «Ni hablar», me resigné. Presagié que el guardaespaldas terminaría acompañándonos a los Azulejos para sentarse en la mesa contigua a cenar unas enchiladas suizas con café, con instrucciones precisas de llevarse a Beatriz en cuanto yo hubiera pagado la cuenta. Pero aquello que parecía iba a dar al traste con mi elaborado plan, estaba muy lejos de anticipar lo que iba a terminar ocurriendo esa noche, porque, apenas acababa de digerir la inoportuna presencia de Gaspar, me di cuenta de que había alguien más a su lado.

—¿Mamá? —Se acercó Beatriz sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Tu padre tuvo que salir de viaje urgentemente y no quería estar sola en casa preocupada por saber dónde estás. Así que, si ya escuchaste tu concierto, nos vamos —disparó a bocajarro.

—Pero, mamá. Alberto y yo vamos a…

—A ninguna parte —la interrumpió—. Ya me has oído. Nos vamos a casa.

Beatriz no dijo nada más. Solo se acercó para decirme en voz muy baja:

—Lo siento, Alberto. De verdad que lo siento.

Me dio un beso en la mejilla y me dejó allí con mis zapatos nuevos, el pantalón gris *oxford*, la camisa blanca y el chaleco azul con ribetes. Volví la mirada hacia Beatriz mientras se alejaba rumbo al Mercury Grand Marquis seguida por su madre y el impasible Gaspar. Recordé entonces uno de los aforismos del *Manual del moderno alpinista* de Lord Emory Hastings, cuyo ambiguo significado acababa de comprender. «Rotura», se leía en el desgastado cuadernillo que solía repasar por las noches tumbado en la cama. «Grieta que aparece en los lugares de las montañas en donde se conserva la nieve todo el año, o bien en las paredes de roca de estas. Raja o quiebre de un cuerpo sólido que, por analogía, es aplicable también al corazón de los hombres».

Un nudo se me instaló en la garganta, uno de esos que solo se deshacen con el llanto. Comprendí que la partida había vuelto a igualarse merced al implacable contraataque de aquella mujer: Mrs. Evil, 2; el «Genio» Millán, 2.

La mañana siguiente llamé a Beatriz por teléfono. Necesitaba escuchar de sus labios algo que me devolviera la confianza. Para mi sorpresa, me la comunicaron de inmediato, pero no recibí de ella las palabras que necesitaba en ese momento. Al contrario, ante la primera insinuación de mi parte para censurar lo que había hecho su madre la noche anterior, Beatriz la justificó diciendo que había que entenderla.

En efecto, su padre había salido inesperadamente de viaje fuera del país y ella estaba muy preocupada. Incluso me contó que había llorado durante el trayecto de regreso a casa. «Vieja bruja…», pensé. Le dije que quería verla, que quizá podría pedirle a Gaspar que la ayudara para encontrarnos en la cafetería a gogó. Pero me respondió que no podría ser ni ese día ni en las siguientes semanas. Ella y *Madame* Maléfica saldrían para Costa Rica esa misma tarde. Alguna vez, Beatriz me había contado que su madre era la hija menor de un clan de oligarcas cafetaleros de la región de Tarrazú, al sur de San José. Aunque había obtenido sobresaliente en Geografía y sabía exactamente en dónde se hallaba aquel edén centroamericano, en ese momento me pareció que me hablaba de un lugar en el fin del mundo. Su padre las iba a alcanzar allí para pasar juntos el verano en la finca familiar. Con todo, me aseguró que, en cuanto estuviera de regreso en México, nos veríamos otra vez. Y fue entonces cuando sacó el estilete que Mrs. Evil había puesto en sus manos para que ella, sin darse cuenta de lo que hacía, deslizara su aguda hoja directo en mi corazón.

—Pero lo más importante, Alberto —murmuró rasgándome las entrañas—, es que mamá sabe que tú y yo seguimos siendo buenos amigos.

«¿Amigos…?», me dije mientras una baba amarga me llenaba la boca. Amigos eran Kalimán y el pequeño Solín, Chanoc y Tsekub, Tin Tan y su carnal Marcelo. Si lo que su madre se había empeñado en hacerme desde el día en el que nos conocimos me había lastimado de muchas formas, no tuvo comparación con el daño que me causó Beatriz al repetir en su nombre aquellas tres sílabas: «a-mi-gos». Así que, en cierto modo, lo que iba a ocurrir unas semanas después, cuando ella volvió del viaje a Costa Rica, no resultaba tan difícil de anticipar. Teniéndola a su merced, su madre se encargaría de urdir lo necesario para terminar de destruirme.

Llegó a su fin el descanso de verano y dieron inicio las clases en la preparatoria. Beatriz lo haría en su nuevo colegio en las Lomas de Vista Hermosa, y yo en la Preparatoria 6 en Coyoacán. Aunque sabía que ella debía de estar ya de regreso, no intenté buscarla; el instinto me decía que no tenía sentido que fuera yo quien precipitara los acontecimientos. Llegué incluso a pensar que, si era paciente y dejaba pasar suficiente tiempo, tal vez tendría mejores posibilidades de que todo volviera a ser como antes. Pero dos semanas fue todo lo que pude soportar antes de llamarla para que el oráculo se cumpliera y me saliera con aquello de «Alberto, debo decirte algo…».

Esa noche, al salir de la capilla de San Lorenzo Mártir con aquella marca feral en el alma, presentí que debía alejarme de Beatriz; que la capacidad de su madre para hacerme daño era infinita y que yo no

sabía cómo enfrentarme a eso. Por lo pronto, el marcador de nuestra partida se había movido nuevamente: Mrs. Evil, 3; el «Genio» Millán, 2.

Dieciocho

> **Paso**. Tramo corto de una vía en la ruta de escalada que se caracteriza por presentar alguna complejidad técnica. Determinación que se adopta para sortear los obstáculos que se interponen entre el escalador y la cima, evitando así que el fracaso se convierta en algo más que la caída que resentirá el espíritu.

—Vamos a ver si los entiendo, señores —masculló el militar que se hallaba sentado frente a nosotros—. Vine aquí a hablar con ustedes porque me informaron que investigaban una red de colusión en las adquisiciones de suministros para las fuerzas armadas, en cuyo desmantelamiento podría colaborar de manera honrosa. ¿Pero ahora me salen con una trama de asesinatos y cuerpos hallados en montañas? La verdad es que no entiendo qué quieren de mí.

De la narración que Lara Bowman me había hecho la mañana en la que se me presentó en El Espejo Invisible, comprendí que seguir los pasos de las últimas semanas en la vida de Beatriz sería la única forma para averiguar lo que había conducido a su muerte. Y tuve igualmente claro que, ante la duda de si había alguna posibilidad de que los dos policías que estuvieron en aquella habitación del hotel hubieran sido el Holandés y el agente con pinta de menonita, lo mejor sería mantener por el momento al margen a las autoridades. Incluso si aquellos dos no habían sido quienes revolvieron la habitación de Beatriz tras su muerte, conducirlos a Lara podría terminar colocándola en la mira de quienes, dentro de la policía, sí se hallaban ligados a los asesinatos.

Lara se hospedaba en un discreto hotel en la Condesa, frente al Parque México. La convencí de que permanecer allí no era una buena idea. Lo más seguro era que la policía, a partir de la imagen que se había extraído del vídeo, hubiera ya iniciado su búsqueda, así que ese hotel podría dejar de ser un sitio seguro muy pronto. La acompañé a recoger su equipaje y de allí fuimos a mi departamento, en donde podría instalarse en la habitación que originalmente pensé acondicionar como estudio, pero que con los años había terminado sirviendo para hospedar a los amigos que llegaban a visitarme. A continuación, llamé a la única persona a quien pensé podría confiar la noticia de la aparición de Lara Bowman. Poco después del mediodía,

don Efraín escuchaba la historia que ya antes ella me había relatado. «Estos cabrones…», había mascullado el viejo al oír la parte en la que el par de policías se colaban a la habitación del hotel buscando el cartapacio. Tras escucharla, don Efraín concluyó lo mismo que yo: iba ser necesario retomar el camino que Beatriz y Diana Abascal habían seguido justo antes de su muerte y, hasta no contar con mayores elementos, no habría más remedio que hacer de lado a la policía.

El primer paso en esa ruta, como lo había inferido Beatriz, consistía en averiguar quién era el hombre bajo el hielo. Y, para ello, necesitábamos acceder a los archivos históricos de la secretaría de la Defensa Nacional. Ante la pregunta de quién podría darnos acceso a esos expedientes, don Efraín me pidió el celular y marcó el número de Lázaro Urbina. Conociendo a nuestro editor en jefe, quien de enterarse del asunto en el que andábamos habría insistido en poner cuanto antes en letra impresa aquella historia en las páginas del *Diario Centinela*, mi viejo maestro se inventó el cuento de un soplo sobre corrupción en la compra de pertrechos en el ejército sobre el que quería investigar. Un par de horas más tarde, tras acudir a sus contactos en las fuerzas armadas, Lázaro le proporcionó los datos del individuo que ahora se hallaba frente a nosotros: el mayor en retiro Tulio Casiano Asís. El tal Asís era un militar que, en palabras de Lázaro Urbina, tendría la «flexibilidad de criterio» como para indagar sobre cosas sucias dentro de la corporación. Dadas las circunstancias, don Efraín había sido especialmente enfático al cuestionarle si el individuo hacia quien nos dirigía era alguien en quien podríamos confiar. Pero Lázaro, ignorante de nuestras verdaderas intenciones, se limitó a rugir en el altavoz del celular: «No me jodas, Efraín. Cómo chingados lo voy a saber. Pedí un favor y el nombre de ese señor fue lo que me dieron. Además, tampoco se trata de que lo hagas tu compadre, cabrón. Solo que te diga si hay algún pillo de uniforme medrando al erario, para que nosotros se lo informemos a la opinión pública».

Para mantener la necesaria discreción que iba a requerir el encuentro con aquel militar, arreglamos reunirnos al día siguiente en una pequeña fonda en las inmediaciones de la Universidad del Ejército y Fuerza Aérea —el antiguo Colegio Militar en Tacuba—, a donde Tulio Casiano Asís acudía semanalmente a dar clases sobre Deontología del servicio castrense. El sitio elegido fue un viejo favorito de don Efraín; un restorán en la calle Lago Xochimilco, frente al Parque Salesiano, sobre cuyo zaguán estaba pintado un rótulo que rezaba: Los Guayacanes, «Lo mejor de Tabasco en México». Era un merendero de unas diez mesas rústicas y sillas con asiento de bejuco, con los muros pintados en colores brillantes y ambientado con grandes plantas que, en conjunto, daban al establecimiento el toque estridente del paisaje tabasqueño.

Cuando el mayor Asís se presentó, justo a la hora pactada, el mesero —un joven enfundado en un delantal en cuyo peto se leía «La panza es primero»— lo llevó a la mesa en el rincón del salón en donde el viejo, Lara Bowman y yo lo esperábamos. El hombre desentonaba en aquel rinconcito tropical escondido a la mitad de la ciudad. Era alto, de cabello cano, nariz afilada, semblante cacarañado y unos ojos que por momentos parecían adquirir una tonalidad verduzca. Vestía el uniforme de ceremonia del ejército con tocado, guerrera de botonadura dorada, pantalón azul, camisa caqui y corbata negra. En el cuello lucía un par de escudos con dos mosquetones cruzados, palas en los hombros con una estrella dorada y el gafete de condecoraciones en el pecho. Aquella presencia se complementaba con la gorra de guarnición, bajo cuya escarapela brillaba la solitaria estrella que indicaba su rango de retiro. Calculé que aquel hombre debía de rondar los ochenta años. «Este Lázaro, ya ni la amuela», me había susurrado don Efraín al ver al militar avanzando entre las mesas. «Le dije que necesitábamos a alguien en el ejército que pudiera filtrarnos algo de información, no a un veterano de la Revolución Mexicana. ¡Que no me joda!».

—Quizá debamos ofrecerle una disculpa, mayor. —Repuse ante la duda expresada por el militar sobre las razones para aquella reunión.

—Como ya se habrá dado cuenta —se sumó don Efraín—, la trama de corrupción en la adquisición de pertrechos ha sido una…, digamos…, «necesaria imprecisión» para poder llegar a un hombre íntegro como usted.

—Con eso de «imprecisión», señor Haro —repuso el militar con sobriedad—, ¿quiere usted decir que ha sido una mentira?

—Aunque, en nuestro descargo, sepa que el verdadero asunto es mucho más grave que un simple robo.

Tulio Casiano Asís hizo una larga pausa que empleó para mirarnos y, un momento después, se puso de pie.

—Con su permiso, señores. Me retiro.

—Caramba, mayor. —Intentó detenerlo mi viejo maestro—. No lo tome así. Ha sido una mentira piadosa.

—Detesto las mentiras —cortó Asís con molestia—. Piadosas o no.

—En lo que no hemos mentido —intervine tratando de tranquilizar al militar—, es en que usted podría ayudarnos a resolver los crímenes de los que le hemos hablado.

—Y en los que, si he entendido correctamente —acotó este—, nada tiene que ver el ejército.

—Eso no lo sabemos aún.

Las palabras de Lara Bowman parecieron tranquilizar al militar.

—Bueno, ¿y por qué no le cuentan todo esto a la policía? —Volvió

Asís a la carga—. Buscar a personas que matan a otras es justo el tipo de trabajo al que esa gente se dedica.

—Mi querido mayor. —Sonrió don Efraín en medio de una bocanada que consiguió acentuar el gesto de incomodidad en el semblante de Asís—. En este momento hablamos aún de una investigación periodística que, de prosperar, por supuesto que llegará a los dominios de nuestros amigos del uniforme azul marino. Sin embargo, por ahora, el asunto es delicado y requiere de un trabajo discreto.

Me pareció que el militar ponderaba si tenía sentido unirse a una voluntariosa camarilla que, al parecer, pretendía actuar en los márgenes borrosos de la ilegalidad.

—Miren ustedes —resolvió—. No soy de los que le dan vuelta al deber ni tampoco de los que se ponen de perfil ante las iniquidades o abusos, vengan de donde vengan. Pero, con franqueza, no me gusta eso de desentenderse de las autoridades.

—Lo comprendo muy bien, mayor. —Condescendió don Efraín—. Pero entienda usted que no tenemos alternativa. Ya ha escuchado antes lo que la doctora Bowman ha relatado. Existe la posibilidad de que un par de integrantes de alto rango de la policía puedan hallarse involucrados en los hechos. Hasta no dilucidar la verdad, acudir a esa corporación implicaría poner en riesgo toda la investigación y, quién sabe, tal vez algo más.

Tulio Casiano Asís apretó los labios hasta convertirlos en una suave línea.

—Entonces, mayor —volvió a colarse Lara—, ¿querría ayudarnos?

El militar construyó un largo *impasse* en el que hizo gala de su capacidad para la inmovilidad. Después, tomó asiento nuevamente y dijo:

—No lo sé aún.

—Venga, mayor. —Sonrió don Efraín en medio de otra bocanada—. El decoro es nuestra frontera.

—Eso ya lo vamos a ver —gruñó escéptico el militar—. Por lo pronto, doctora Bowman, ¿por qué no repasamos otra vez esa historia que acaba de contarme? Quisiera terminar de entender exactamente en qué suponen ustedes que puedo ayudarlos.

Diecinueve

> **Borrasca**. Fenómeno meteorológico caracterizado por bajas presiones atmosféricas que suele presagiar fuertes vientos, abundantes precipitaciones y, algunas veces, tormentas eléctricas. Augurio del espíritu que crea desasosiego, y que es el mejor ingrediente para alterar el ánimo y llevar al escalador a tomar la decisión equivocada.

Durante un par de horas repasamos la narración a través de la cual nos condujo Lara, quien trataba de responder a las preguntas que a cada momento le planteaba el mayor Tulio Casiano Asís. Al final, dos hechos se me presentaron con claridad. Por una parte, que con aquella exhaustiva sesión habíamos conseguido seducir el interés del militar para que abrazara nuestra causa. Pero, por la otra, que había surgido entre él y don Efraín una animosidad que, casi de inmediato, creció hasta convertirse en la que existe entre los aficionados de dos equipos de fútbol antagónicos ante la inminencia de un clásico.

—Como se habrá dado cuenta, mayor —pontificó don Efraín—, todo apunta a que, si queremos saber lo que les ocurrió a esas mujeres, debemos averiguar algo más sobre el hombre que apareció en esa montaña.

—Pues me parece que ya conocemos una parte de la respuesta a esa pregunta. —Repuso Asís echando el cuerpo hacia atrás hasta descansarlo en el respaldo de bejuco.

—Ah, ¿sí? —Deslizó don Efraín con escepticismo.

—Claro. La historia que la doctora Bowman acaba de contarnos encierra ya lo que le ocurrió a ese hombre.

—¿Y la respuesta es…? —Lo picó el viejo.

—Que alguien lo traicionó.

Don Efraín se revolvió en el asiento.

—Bueno —rezongó al cabo—. Pero ¿no podría haber sido simplemente que algún maleante lo atacó? ¿O que se vio en un enfrentamiento ante el enemigo?

—Ni los ladrones ni los enemigos suben a las montañas para cazar a un hombre. No —reiteró Asís—. A ese oficial lo traicionaron.

—Pero ¿cómo puede estar tan seguro?

—Me lo contó la vida, Haro. La mejor maestra en estas cuestiones.

—¿A qué se refiere, mayor? —Me colé.

—A lo largo de su existencia —contestó como si dictara cátedra en el Colegio Militar—, México ha sido una idea colectiva que, atrapada entre repúblicas, imperios y dictaduras, ha sido moldeada en la contradicción de luchas intestinas y guerras en contra de invasores. Pero, por encima de todas esas cosas, señor Millán, México ha sido una idea infectada por la semilla originaria del quebranto a la lealtad.

—Con el debido respeto, mayor —interrumpió don Efraín torciendo los labios—, no veo qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando.

—Absolutamente todo —respondió Asís—. Nadie muere en un lugar así y en esas circunstancias si no es como resultado de una traición. Cuando por egoísmo o ambición se rompe el pacto de fidelidad hacia otros, la violencia no es sino la consecuencia inevitable. Y eso es así lo mismo en el fragoroso campo de batalla de la historia que en el microcosmos de la vida de los individuos.

—Con franqueza, me parece una explicación, lo menos, ambigua y exagerada —resolvió mi viejo maestro.

—Basta con echar una mirada al pasado. —Repuso Tulio Casiano Asís—. El crisol de México ha sido eso: la villanía, la perfidia, la puñalada por la espalda. En una palabra, la traición. Lo hizo Moctezuma ante sus súbditos al entregar como un pusilánime su reino a Hernán Cortés. Lo hicieron Miguel Hidalgo y José María Morelos ante la Iglesia al abrazar la causa insurgente. Lo hizo Agustín de Iturbide ante la Corona española al tomar las armas para unirse a la conjura independentista, y lo hizo también el virrey O'Donojú al suscribir los Tratados de Córdoba para convalidarla. Lo hizo Santa Anna al firmar los Tratados de Velasco alentando la separación de Texas y abriendo el camino a la ambición expansionista yanqui que acabaría quitándonos la mitad del territorio nacional. Lo hizo Juárez, quien, para derrotar a sus adversarios, no tuvo empacho en ceder a las pretensiones de los liberales estadounidenses. Lo hizo Porfirio Díaz al proclamar el Plan de Tuxtepec que desconocía al gobierno legítimo y prefiguraba la forma para perpetuarse en el poder. Lo hizo Francisco I. Madero al firmar los Tratados de Ciudad Juárez y dar la espalda a las reivindicaciones sociales del Plan de San Luis. Lo hicieron Carranza, Obregón y Calles, buscando no los fines de la Revolución, sino aniquilarse mutuamente para encaramarse en la silla presidencial… En fin, lo han hecho y lo siguen haciendo casi todos los que han estado en la cima del poder o han aspirado a ella. No ha faltado un político en cada etapa de nuestra historia que no haya recurrido a la defección de los principios para alimentar sus intereses, disfrazando su actitud como un acto en defensa de la nación o, peor aún, del pueblo… Duele decirlo —aspiró profundamente—, pero en México la traición lo explica todo.

Cuando eché una nueva ojeada, mi viejo maestro se revolvía en la silla como un gusano al que hubieran bañado con sal, mientras que el mayor Asís inflaba el pecho como gallo de pelea.

—Mire, mi amigo… —Intentó argumentar don Efraín.

—Nada de «mi amigo». —Lo detuvo en seco el militar—. Mayor. Aunque le cueste más trabajo.

El viejo sonrió echando el cuerpo hacia adelante. Parecía que comenzaba a disfrutar de la oposición que le presentaba un enemigo digno de respeto.

—Pues me temo…, mayor —enfatizó—, que acude a la historia como muchos otros lo hacen estos días, desde el ángulo que más le conviene y no desde la óptica de la verdad.

—¿Eso cree?

—No lo creo. —Reviró—. Así es.

—Pues me sostengo en mis palabras. —Porfió el militar con voz clara—. La traición está allí, en el corazón de la patria. Es la *angor pectoris* que la consume y explica nuestras fragilidades como sociedad: la ambición sin medida, la miseria sin límites, la corrupción sin control.

—Nadie niega eso. —Repuso don Efraín—. Lo que no puedo aceptar es que esa traición que usted preconiza como la causa de todos los males en nuestra historia, se identifique justo con quienes se han opuesto al grupo hacia el que usted, evidentemente, tiene una clara afinidad.

—No revuelva las cosas, Haro. Mi única afinidad es hacia la verdad.

—Sí, eso suelen decir quienes pretenden ocultarla.

—Me parece que quiere usted comenzar una pelea.

—Debatir no es pelear, mayor. Es solo esgrima de intelectos.

—Pues, le repito, mi único compromiso es con la verdad.

—¿La verdad…? —Sonrió irónico don Efraín—. Vamos a ver. ¿Hidalgo? ¿Morelos? ¿Juárez? ¿Madero…? ¿Son ellos los infieles de nuestra historia? ¡Eso es absurdo! —clamó dando un manotazo sobre la mesa—. En cualquier caso, los judas son quienes se han opuesto sistemáticamente a que el pueblo reivindique sus causas. Intenta usted hallar la simiente del mal justo en quienes han intentado extirparla.

—«Por sus obras los conoceréis…». —Predicó Asís subiendo el tono —. No hay sino que hacer un balance riguroso para confirmar que terminan siendo más los males que depositaron sobre las espaldas de la patria esos hombres a quienes usted defiende, que las venturas que finalmente le reportaron. Más veces de las que imaginamos, las personas que creen estar haciendo el bien terminan haciendo el mal. ¿O va a negarme ahora las debilidades de sus «próceres»?

—Moralmente superiores a los cangrejos retrógrados que han ido siempre a contracorriente de la historia.

—¿No me diga que es usted uno más de los devotos de esa falsa doctrina?

—Soy un liberal, y a mucha honra. Usted, en cambio, cada vez más me parece un conservador.

—Conque también forma usted parte de la camarilla de pícaros que se esfuerza por colocarnos etiquetas a todos. Claro, esa es la salida fácil cuando se acaban los argumentos.

—¡Es usted un autócrata reaccionario! —soltó don Efraín poniéndose de pie.

—¡Y usted, un izquierdista trasnochado! —respondió Asís haciendo lo propio.

—Pero, al menos, soy un hijo leal a la nación y no un hijo de la…

—¡Basta, señores! —interrumpí levantando los brazos para arrogarme el papel de réferi en aquella pelea.

Los dos viejos no se quitaban la mirada de encima. Eran un par de pesos pesados a quienes la campana obligaba a detenerse justo a la mitad de un intercambio de golpes. Aunque algo de gracia producía verlos. Y es que de esos pleitos y argumentos estériles se había llenado México desde hacía mucho. Eran los mismos de los que uno podía ser testigo todos los días en los programas de debate en la televisión o la radio, en las aulas de las universidades, en los cafés y bares, o en las columnas de los periódicos.

—Por favor —insistí invitándolos a tomar asiento—. Tranquilicémonos todos.

El mayor Asís aceptó el exhorto y, moderando el volumen de su voz, se acomodó en la silla y dijo:

—Como les he ofrecido, señor Millán, por mi parte estoy dispuesto a ayudar. Me han preguntado qué puede haber detrás de ese oficial que hallaron enterrado en el hielo y, a pesar de que eso moleste a algunos, mi respuesta sigue siendo una sola: alguien lo traicionó en la cima de esa montaña.

—Pues, para decirnos eso —masculló don Efraín soltando una bocanada que se cuidó de dirigir al rostro del militar—, bien pudo haberse ahorrado la mala lección de historia política.

—Tomo nota de su intolerancia a la verdad.

—En todo caso, a la calumnia. —Disimuló mi viejo maestro en los movimientos que lo llevaron de nuevo a su asiento.

—Señores —intervine otra vez para evitar que la mecha se encendiera de nueva cuenta.

Los dos ancianos se echaron una última mirada con la que dejaron claro que de ninguna forma habían fumado la pipa de la paz. Aproveché el *impasse* para hacerme con el cartapacio que Lara había dejado sobre la mesa y se lo extendí a Tulio Casiano Asís.

—Con base en su experiencia, mayor, ¿hay en estos papeles algo

que debiera llamar nuestra atención?

El militar tomó el viejo cuaderno y comenzó a ojearlo.

—Son solo mapas topográficos —respondió al cabo—, de los que se usan para planificar el movimiento de tropas. Nada muy diferente a lo que se empleaba todavía hace algunos años. A uno le enseñaban a hacerlos en el Colegio Militar. Aunque ahora, con toda esa porquería de las computadoras, no hay un oficial que sepa cómo dibujar nada.

—¿Le dicen algo? —Inquirió Lara procurando enfocar la atención del militar.

En silencio, el mayor Asís repasó aquellos dibujos.

—Por las ubicaciones que se señalan aquí —murmuró—, diría que tienen que ver con el final de la guerra de Reforma y el inicio de la intervención francesa. Realmente, nada excepcional.

—¿Nada excepcional? —saltó don Efraín haciendo uso de su vieja táctica para revivir pugnas moribundas—. Claro, como los conservadores perdieron esa guerra y a esos apátridas les machacaron a su emperador austriaco, aquello no puede parecerles extraordinario de forma alguna.

—Me refiero a los mapas, Haro —lo fulminó Asís con la mirada—. Del saldo de aquella guerra hablamos otro día. ¿Le parece?

Don Efraín se limitó a responder exhalando una nueva bocanada.

—Estos corresponden al desembarco de la escuadra francesa en Veracruz. —Reanudó el militar señalando los trazos en una de las primeras páginas del cuaderno—. Cuando todavía venían con ellos los españoles e ingleses. Como se sabe, luego ellos se fueron y dejaron solos a los franchutes. Estos otros —añadió adelantando las páginas del cartapacio— indican el desplazamiento de las fuerzas francesas en su ruta de salida de Orizaba para dar inicio a su aproximación hacia la capital.

—Si es así —intervino Lara—, esos mapas podrían datarse en 1862.

El militar oteó la claridad asfáltica en los ojos de Lara.

—Veo que es usted una conocedora del tema, doctora Bowman. En efecto, la primera batalla ocurrió solo días después de su salida de Orizaba, a finales de abril de ese año, en las cumbres de Acultzingo. De hecho, este plano corresponde al movimiento de las columnas para ese enfrentamiento que terminaríamos perdiendo. Nuestro ejército, el de oriente, tuvo que retirarse hacia Puebla —ilustró Asís mostrando una serie de líneas que atravesaban las montañas—. Este otro es el plano del campamento de los franceses en Amozoc —explicó pasando la hoja del cuaderno—; hasta allá llegaron antes de que se les presentara pelea otra vez. Y estos —agregó dando paso a las siguientes hojas— corresponden a la batalla de Puebla en la que el ejército de oriente se impuso a las fuerzas de Lorencez el 5 de mayo.

Tulio Casiano Asís echó una mirada al resto de las páginas del

cuaderno.

—¿Y esos tres planos finales? —Quiso saber Lara.

—No corresponden a ninguna batalla. —Dudó el mayor—. Parecen solo describir diferentes posibilidades de desplazamiento. Este primero, en la parte norte de Veracruz, y los otros dos en la ruta entre la costa y la Ciudad de México… Es curioso —añadió luego de mirarlos detenidamente—. Este último mapa cubre el recorrido desde Puebla hasta la capital cruzando por entre los volcanes. El camino que seguía ese oficial debió de ser alguno de los que se señalan en este mapa, aunque supongo que el sitio en donde hallaron su cuerpo está fuera de cualquiera de estas rutas.

—Lo descubrieron justo aquí —confirmó Lara señalando un punto con el dedo índice—. Casi en la cumbre.

—Ese no es el camino en el que uno pensaría normalmente para aquel recorrido. —Repuso el mayor Asís apretando el ceño—. Lo más apropiado habría sido cruzar por el Paso de Cortés y no ascendiendo la montaña, salvo que la ruta fuera impracticable por alguna razón climática, o que la misión hubiera sido de la suficiente importancia como para no correr riesgos empleando un camino conocido. O bien que…

Tulio Casiano Asís dejó colgadas las palabras.

—¿Qué cosa, mayor? —cuestioné.

—Que estuviera huyendo de alguien.

Se abrió entonces un silencio que fue llenado por el ruido de platos en la cocina de Los Guayacanes.

—Y, en ese caso —susurró Lara—, ¿de quién estaría evadiéndose?

—Es probable que de quien terminó asesinándolo en esa cumbre —respondió Asís imponiendo el volumen de su voz.

—Como el pez que se muerde la cola —intervino don Efraín con sarcasmo—, volvemos al principio. Seguimos sin saber quién era ese hombre y la naturaleza de la misión que cumplía.

—¿Cree que podamos averiguarlo, mayor? —Inquirí.

—Descubrir una traición es una tarea compleja, señor Millán. Quien decide ejecutarla, por fuerza disimula y esconde. Así que desenmarañar la madeja nunca es sencillo. Diría que, si esa información existe, debe de hallarse en los archivos históricos del ejército.

Miré a Lara Bowman. Allí estaba la confirmación de que Beatriz había seguido el camino correcto.

—¿Habría alguna forma de consultar esos archivos? —insistí.

—Supongo que sí. En la biblioteca central de la secretaría de la Defensa.

—¿Y cuándo podremos hacerlo? —Se coló don Efraín.

—Ningún *podremos* —cortó Asís en tono agrio—. En cualquier caso,

lo haré yo solo.

—Pero dos viejos como nosotros no despertaríamos sospechas.

—Me parece que he sido perfectamente claro. —Lo detuvo nuevamente el militar—. No pienso llevarlo conmigo, Haro. Y eso de «viejo», déjelo para usted. Si le queda el saco, pues póngaselo.

—Yo podría acompañarlo, mayor. —Intentó mediar Lara—. Después de todo, soy una investigadora y eso justificaría que usted me llevara allí.

—Prefiero hacerlo solo, doctora —respondió el militar suavizando el tono—. El ejército es una maquinaria peculiar a la que conviene que se acerque solo quien la conoce bien.

—Claro —ironizó don Efraín acariciándose el bigote—, una maquinaria con procedimientos muy bien montados para evitar que cualquier hijo de vecina meta las narices en lo que no le importa.

El mayor Asís se guardó el comentario que seguramente tenía listo para responder a la provocación. En lugar de eso, se ajustó el nudo de la corbata y recuperó la gorra de guarnición abandonada sobre la silla.

—En cuanto tenga noticias me pondré en contacto con ustedes —resolvió poniéndose de pie—. Ahora debo marcharme. Señores, doctora. Con su permiso.

En silencio, vimos cómo Tulio Casiano Asís abandonaba el restaurante a paso marcial.

—¡Pinche Lázaro! —Maldijo don Efraín cuando el militar había desaparecido por la puerta de entrada—. Bonita antigualla vino a conseguirnos.

—El hombre tiene su estilo —repuso Lara—, pero ni duda que sabe de lo que habla.

—¿Llama usted «estilo» a esos modos de retrógrada? ¿Pero es que no lo ha oído…? Además, ¿cuál era la urgencia para salir corriendo así? El que para mear tiene prisa, se acaba de mear en la camisa.

—A mí me ha inspirado confianza.

—Pues a mí no, Alberto. Y acuérdate de que la confianza llega a pie, pero se va a caballo… En fin —se contuvo el viejo—, vamos a esperar para ver si esto ha valido la pena y el soldadito de plomo regresa con algo que nos ponga en movimiento. Por lo pronto, doctora Bowman, sugiero que guarde eso en un sitio seguro —añadió señalando el cartapacio abandonado sobre la mesa.

Resultaba evidente cómo el ambiente se distendía ahora que el mayor Asís se había retirado. La borrasca había pasado. Era una sensación igual a la que se percibe cuando la carga gemela de dos imanes se separa.

—Por cierto. —El semblante del viejo volvió a relajarse—. ¿Han comido ya?

Lara Bowman me miró extrañada.

—Los ejercicios de mayéutica no solo son extenuantes, sino que también abren el apetito —agregó haciendo una seña al mesero que deambulaba entre las mesas—. Aquí sirven un pollo en chilmole y unos tamales de chipilín que no tienen desperdicio. ¿Se animan? Yo invito.

Veinte

Abrigo. Sitio entre las rocas que el escalador identifica para que, llegado el momento, le brinde amparo ante las inclemencias del tiempo. Refugio, físico o del espíritu, que nos resguarda de las amenazas del mundo y, las más de las veces, de nosotros mismos.

Tras los acontecimientos que terminaron con el «Alberto, debo decirte algo…», mi reacción fue la de un animal que ha perdido la confianza y al que el instinto obliga a alejarse de quien lo ha lastimado. Me sentía abrumado por sensaciones hasta entonces desconocidas para mí. Desengaño, tristeza, ira, desesperanza, dolor, odio; un cúmulo de sentimientos para los que necesitaba hallar abrigo. Era una aflicción que se había transformado en una sensación casi física. Así que supuse que solo la distancia, al colocarme fuera del alcance de las armas de *Madame* Maléfica, podría mantenerme a salvo. Con todo, Beatriz me buscó durante los días siguientes. Varias veces me llamó por teléfono a casa. Cuando era yo quien respondía, colgaba de inmediato para evitar caer hechizado por su voz, y cuando eran Emma o mi madre, me inventaba una salida urgente y les pedía que le dijeran que ya la llamaría después. Incluso, un par de veces, al acercarme al Anglo, vi de lejos el Mercury Grand Marquis estacionado frente a la entrada, pero en ambas ocasiones preferí dar media vuelta intercambiando la clase de inglés por una larga caminata.

Así pasaron tres o cuatro larguísimas semanas. Ese fue el lapso que debió transcurrir para que mi fuerza de voluntad comenzara a flaquear. Ya se sabe que la tentación es como la gota de agua que golpea con persistencia la roca hasta vencerla. Poco a poco, empecé a convencerme de que tal vez nada pasaría si la escuchaba, que posiblemente Beatriz tendría una explicación que me devolvería la calma. Incluso, con cierto candor, llegué a imaginar que quizá la mano de Mrs. Evil no era tan larga como yo suponía, y que podría acercarme nuevamente a su hija sin ser objeto de su furia. En esos días, me había tropezado en mi libro de inglés con una expresión curiosa, para la cual Miss Crawford decía no había una traducción literal: *wishful thinking*. La mujer me explicó que era esa tendencia ingenua a creer lo que uno quiere que sea verdad sin importar la evidencia, o a asumir que algo no es verdad sencillamente porque uno no quiere que lo sea. Muy

pronto, la realidad iba a obligarme a descubrir cómo aquellas dos palabras, más que la singular expresión de un idioma que me era ajeno, componían el mensaje con el que el destino me estaba haciendo una advertencia.

Era jueves y esa tarde debía ir a mi clase al Anglo. Como de costumbre, a las 15:15 en punto tomé el camión. No obstante, desde que salí de casa ya había decidido que ese día no me presentaría en la clase de Miss Crawford. Al llegar a la parada frente a la que se levantaba la blanca fachada del instituto, me quedé en el asiento del autobús dispuesto a seguir la ruta que me acercaría, por el Circuito Interior y el Paseo de la Reforma, a las Lomas de Chapultepec. El camión me dejó en la Fuente de Petróleos y, desde allí, caminé hasta la casa de Beatriz. A lo largo de aquellos treinta minutos, fui seleccionando las palabras con las que la enfrentaría. Primero, las que debería ofrecer como disculpa a mi actitud infantil tras aquella llamada telefónica y, después, las que, aunque terminaran de cruzarme el corazón, emplearía para pedirle que me explicara lo que había ocurrido. Intuía que el asunto no iba a resolverse con un «Si todo ha sido una broma, tonto…», pero tal vez habría una explicación o, quizás, una rectificación que devolvería las cosas a como habían sido antes. «*Wishful thinking*», volvió a sonar en mi cabeza la monocorde pronunciación de Miss Crawford.

Cuando llegué a la casa de Monte Cárpatos, Gaspar estaba de pie a un costado del Mercury Grand Marquis cuya portezuela trasera mantenía abierta.

—Hola —le dije.

El hombre me miró con indiferencia y respondió el saludo apretando los labios.

—¿Está Beatriz en casa?

Gaspar iba a abrir la boca para responder, cuando una voz me sorprendió por la espalda:

—Y tú ¿qué haces aquí?

Era Mrs. Evil. Como siempre, lucía espectacular. Vestía un traje sastre en tonos azul marino, el cual adornaba con un largo collar de enormes perlas. Ante su imponente presencia, sentí que comenzaba a faltarme el aire. De haber supuesto que serviría de algo, me habría persignado o sacado un crucifijo para enfrentarla.

—Te hice una pregunta —insistió con frialdad—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería hablar con Beatriz. —Reaccioné finalmente.

—Y qué, ¿no pudiste llamarla por teléfono?

—Pensé que sería mejor hacerlo en persona.

—Pues no será posible. Beatriz está fuera de México. Además —

añadió mientras abordaba el automóvil—, ya sabes que tiene novio y no puede estar hablando con cualquiera que se aparezca en la puerta de la casa.

Tras una indicación de su parte, Gaspar cerró la portezuela antes de ocupar el asiento del conductor. No obstante, apenas había avanzado unos metros, las luces de freno se encendieron y el automóvil se detuvo. Vi entonces que el cristal de la ventanilla trasera descendía y la mano de *Madame* Maléfica asomaba para, con un gesto, pedirme que me acercara.

—Alberto, ¿verdad? —Inquirió con una voz suave cuando me coloqué frente a ella.

Asentí esperanzado.

—Mira, Alberto…

La mujer hizo una pausa tras la cual supuse añadiría algo así como: «No te preocupes. Beatriz regresa el sábado. Puedes venir a eso de las cuatro…». Sin embargo, los lentes oscuros que se había colocado me impidieron descifrar su mirada. Por eso fui incapaz de prepararme para la combinación de palabras con las que iba a golpearme:

—Toma —dijo extendiéndome un billete de quinientos pesos—. Y escúchame bien, mugroso —agregó bufando—: no vuelvas a acercarte a mi hija ni a venir a esta casa. ¿Entendiste?

El automóvil desapareció a lo largo de la calle. Maquinalmente, arrugué el billete en el puño y lo arrojé al piso. Tenía las mandíbulas trabadas e intentaba hallar algo en mi interior que me diera la fuerza necesaria para evitar que me venciera el nudo que se me había formado en la garganta. Recordé las palabras de Kalimán cuando, en los trances más riesgosos, animaba al pequeño Solín diciéndole: «Debes ser fuerte en los momentos difíciles de la vida; debes sonreír ante el infortunio y permanecer altivo ante la desgracia…». Esa fue la última vez que me atreví a invocar la sabiduría del Hombre Increíble. Y es que aquella tarde dejé de sentirme digno de recibir ese conocimiento reservado a los verdaderos iniciados, porque no fui capaz ni de sonreír ni de permanecer altivo, y mucho menos de reprimir las lágrimas que de inmediato me bañaron el rostro.

Pese al ultrajante episodio, estaba decidido y no cejé en mi intento de hablar con Beatriz. Varias veces llamé a su casa, pero lo único que obtuve fueron rotundas negativas de parte de Gloria: «La señorita salió con su mamá», «La señorita está fuera de México», «La señorita fue a su clase de esto», «La señorita está en su curso de lo otro», «La señorita… La señorita… La señorita…». Comprendí que, como a Gaspar y a todos en aquella casa, a la pobre criada la hacía hablar el miedo a su patrona. Caí en la cuenta de que, después de todo, Mrs. Evil no tendría piedad conmigo; que, como las poderosas brujas de los cuentos, no iba a permitir que su enemigo se repusiera después del

golpe que le había propinado, sino que iba a rematarme antes de que intentara ponerme en pie.

Así pasaron las semanas, los meses, y mi voluntad fue hallando una especie de resignación. No es que aceptara olvidar a Beatriz —sabía que eso no ocurriría nunca—, pero comprendí que no tenía sentido seguir intentando acercarme a ella estando de por medio la muralla infranqueable que *Madame* Maléfica había levantado en torno a ella. Debilitado por la inutilidad de mis tentativas, presentí que Beatriz iba a terminar muriendo para mí, igual que Beatriz Portinari había muerto para Dante Alighieri muchos siglos atrás. Al final, quizás eso sería lo mejor, no solo para mí, que corría el riesgo de terminar aniquilado a manos de su madre, sino también para ella, que, tarde o temprano, acabaría lastimada por sus maniobras. No resultó sencillo. Fueron muchas las veces en las que el dolor y el llanto estuvieron a punto de hacerme claudicar y lanzarme otra vez a las garras de Mrs. Evil. Pero, a pesar de todo, lo conseguí. Marcado por una nueva herida en el corazón, decidí seguir adelante sin ella. Solo. Y así habrían de permanecer las cosas durante largo tiempo; el que me tomaría, primero, perseverar en mi intención de olvidar a Beatriz y, después, admirarme cuando el destino decidiera que había llegado otra vez el momento de reunirme con ella.

A lo largo del oscuro período en el que me mantuve alejado de Beatriz, la inmersión en la preparatoria funcionó como un rudo bálsamo. A pesar de que me seguía columpiando en los trapecios de la educación pública, la experiencia en la Preparatoria 6 no tuvo nada que ver con mi vida previa en la «Mártires de Tacubaya». Aquel era un universo distinto. La única regla allí parecía ser que las reglas no existían. Era el caos consumiendo al orden. No había uniformes que vestir, cuadernos o libros que forrar con cubiertas plásticas, o prefectos al acecho vigilando si los alumnos llevaban o no el cinturón. No obstante, aquel nuevo orden que significaba una bocanada de libertad —y al que todos los recién llegados parecían acomodarse a la perfección—, constituyó un desafío difícil de superar para mí. Alguien como yo, laureado tantas veces por su capacidad para amoldarse a las normas que gobiernan al mundo, no podía hallar cómodo un microcosmos en el que cualquier sujeción al orden constituía el germen del pecado original. La transformación interior a la que hube de someterme me tomó un par de semestres académicos y se convirtió en el equivalente del decimotercer trabajo de Hércules. En ese lapso, dejé de ser «Albertito, el Aplicadito» —ese a quien los maestros de la «Mártires de Tacubaya» llenaban de consideraciones y sus compañeros miraban con envidia—, para convertirme en uno más de los anónimos greñudos con una mochila a la espalda que deambulaban por los

patios de la escuela. Además, la preparatoria no solo perturbó mi concepción de la arquitectura del mundo, sino que me alejó también de mis amigos de la infancia. Contra mi decisión de ingresar a la que creía la mejor de las preparatorias de la ciudad, la mayor parte de mi camarilla de la colonia Del Valle prefirió la cómoda cercanía de la Prepa 3, mientras que a Jorge la malevolencia de su padre lo condujo al internamiento en una preparatoria militarizada en la que los principios de honor, disciplina y espíritu de servicio lo llevaran a «enderezar el rumbo». Con ello, los encuentros con mis amigos, que por años fueron cotidianos, prácticamente desaparecieron. En suma, que el final de la adolescencia y el comienzo de la juventud me ayudaron a alcanzar la otra orilla del purgatorio.

Quizá la cuestión más importante de aquella etapa transformacional fue que el virus de la independencia finalmente inoculó en mí, lo que me permitió tomar una decisión cardinal respecto a lo que haría con mi vida. A inicios de mi segundo año en la preparatoria, y contra los deseos de mi madre, deseché el camino que me llevaría a estudiar Derecho, para decidirme por el de las Letras. Lamenté decepcionarla, pero no iba a ser presidente de la República, salvo que un escritor de novelas —que después los hubo— pudiera aspirar a ese altísimo cargo. Junto con aquella decisión que me emancipaba intelectualmente, vino también la de deshacerme de los lastres del pasado. Me armé de valor y, sin detenerme a mirar para minimizar el riesgo de un ataque de nostalgia, metí en una caja de zapatos los pequeños recuerdos que conservaba de Beatriz y los puse en la basura. Y, por último, en el *grand finale* de mi metamorfosis, me hice novio de Raquel Carrascosa, una linda chiapaneca uniformada de vaqueros, blusa de bordados multicolores y sandalias de cuero, que estaba convencida de la inevitabilidad de la revolución socialista, cantaba canciones de Silvio Rodríguez y admiraba al Che Guevara.

Sin embargo, ya se sabe que el destino suele jugarnos malas pasadas, y conmigo siempre se ha llevado fuerte. Así que justo el día en el que supuse había transcurrido el tiempo suficiente como para decir que el recuerdo de Beatriz había quedado atrás y que mi transformación estaba completa, los hados decidieron que era el momento de encontrarme otra vez con ella. No iba a ser el resultado de ningún suceso especial ni de la confabulación de ninguno de los dos para conseguirlo. Una tarde, simplemente, levanté la mirada y la vi.

Veintiuno

Fractura. Falla en partes de una roca originada por esfuerzos tectónicos o por la contracción de masas magmáticas. Quebrantamiento del espíritu que, de ocurrir durante las fases críticas de un ascenso, puede comprometer las posibilidades no solo de alcanzar la cumbre, sino también de conservar la vida.

La calma que sobrevino tras la aparición de Lara Bowman, la atracción del mayor Tulio Casiano Asís a nuestra causa y la puesta en marcha del plan para identificar al hombre bajo el hielo, duró apenas un par de días. Ese fue el tiempo que tomó la reaparición de dos viejos conocidos.

Acababa de regresar de tomar el último café del día en El Espejo Invisible y, como forma de conjurar la inquietud que me rondaba esperando noticias del mayor Asís, me entretenía con la revisión de las cuartillas que formarían mi columna para el día siguiente. Dos sombras aparecieron entonces frente a mi mesa de trabajo. Eran el inspector Hasen Ramírez y, un paso detrás de él, Luciano Fierro, el agente con pinta de menonita.

—Buenas, Millán —se anunció el Holandés.

No había sabido de él desde la noche en la que revisamos el vídeo de Beatriz en la delegación de policía. Y ahora, después de escuchar el testimonio de Lara sobre los policías que irrumpieron en la habitación del hotel buscando el viejo cartapacio, no podía dejar de imaginar al inspector y al menonita como los rostros detrás de aquellas sombras.

—Hace mucho que no tenía noticias suyas —agregó Ramírez mientras él y el agente Fierro tomaban asiento al otro lado de la mesa.

—Pues a mí me ha parecido apenas un parpadeo, inspector.

—Bueno, ya se sabe que el tiempo es relativo.

—¿A eso vino? ¿A darme lecciones de física relativista? —El Holandés sonrió. Su rostro me recordó la máscara de la carita sonriente zapoteca que alguna vez había visto en el Museo Nacional de Antropología—. Porque, si no es así —continué con la provocación —, entonces habrá venido a decirme que ya resolvió el asesinato de Beatriz.

Mi comentario provocó que el hombre se deshiciera de la falsa placidez con la que había llegado.

—En eso estamos, Millán. Resolver crímenes no es hacer

enchiladas.

—Qué bueno que me lo dice, inspector. Así no me crearé falsas expectativas acerca del espectacular trabajo de nuestra policía —ironicé simulando que regresaba a la revisión de mi texto.

—¿Y qué tal si mejor le vamos quitando lo ocurrente al compañero periodista, jefe? —Reaccionó el agente Fierro colocando sus manazas sobre la mesa.

Hasen Ramírez se limitó a sacar su libreta de notas del bolsillo de la chamarra de Chiconcuac antes de continuar:

—Vine a verlo porque hay algo que deseo compartir con usted.

«¿Y desde cuándo la policía anda por ahí buscando periodistas para "compartir" algo con ellos?», pensé.

—¿Se acuerda de la tercera mujer? ¿La que apareció en el vídeo que dejó Beatriz Soler? Pues hemos averiguado que, después de aquel día, estuvo nuevamente en ese hotel. Regresó horas después de que aparecieron muertas su amiga y Diana Abascal.

«Cómo no va a saberlo», me dije reconstruyendo en mi memoria la narración de Lara. «Pedazo de cabrón».

—Una camarera la identificó. Nos confesó que tuvo, digamos, la… debilidad de aceptar algún dinero de su parte para permitirle entrar en la habitación que ocupó la señora Soler. Parece que buscaba algo.

—¿Y ya saben quién es?

—Su rostro no ha aparecido en ninguna de nuestras bases de datos —respondió Ramírez frunciendo el ceño—. De cualquier forma, la ficha de identificación y captura con la imagen que obtuvimos del vídeo ya circula entre las policías del país. Por las dudas, le solicitamos también a la Interpol que hiciera lo propio. Así que es solo cuestión de tiempo.

—Aunque supongo que una cosa es que esa mujer aparezca en el vídeo y otra que sea la responsable de esas muertes —balbucí simulando que me ocupaba de poner en orden mis papeles sobre la mesa.

—Para saberlo, primero tendríamos que hablar con ella.

«Sí, para eso y para conseguir lo que ella no les permitió apañarse», pensé rehuyendo la mirada del Holandés, quien parecía buscar algo en el fondo de mis ojos.

—Y usted, Millán —agregó—. ¿Tiene alguna noticia?

—¿Yo? ¿De esa mujer quiere decir? —pregunté cuidándome de afirmar cualquier cosa.

Ramírez asintió sin dejar de mirarme.

—¿Qué podría saber yo de ella?

—No lo sé. Por eso se lo pregunto.

—¿A qué viene todo esto, inspector? —Me rehíce—. Según recuerdo, fue usted quien me advirtió que no me metiera a hacer el

trabajo de la policía. ¿O me está pidiendo ahora que conduzca mis propias investigaciones?

—Nada de eso. —El Holandés volvió a sonreír—. Es solo que, a veces, aunque no se les busque, las cosas lo encuentran a uno.

El comentario críptico del policía provocó que un frío me bajara por la espalda. Me preguntaba si estaría ya al tanto de la aparición de Lara, o si solamente andaba tirando anzuelos para ver si mordía alguno de ellos.

—Pues no he buscado ni me ha encontrado nadie tampoco —mentí.

El policía hizo una pausa con la que dejó que su silencio me turbara.

—Lo noto inquieto, Millán —dijo al cabo—. ¿Mucha presión en el trabajo?

No respondí. Me costaba ocultar la fractura en mi fingimiento.

—¿Ha probado hacer pilates? —Repuso muy serio—. Dicen que es estupendo para controlar el estrés… Y tú, Fierro, ¿lo has intentado?

—No me hace falta, jefe. Yo no me siento presionado —soltó con socarronería—. Pero me da la impresión de que al compañero periodista sí que le vendría bien algo de ejercicio. A lo mejor más relajado, la lengua le funciona mejor.

Miré alternativamente a los dos policías.

—Le repito —solté finalmente—. No tengo nada que decir.

—No nos malentienda —retomó el Holandés—. Si nadie está dudando de usted. Es solo que al agente Fierro le gusta hacer suposiciones. Pero si no hay nada, mejor para todos. ¿O no, Fierro?

—Claro, jefe. Mejor para todos —repitió el menonita.

Hasen Ramírez se puso de pie, guardó la libreta en el bolsillo de la chamarra y se ajustó el cinturón de estambre alrededor de la cintura.

—En cualquier caso, Millán, conviene estar atentos. Recuerde que la liebre suele saltar por donde menos se espera.

—Como con el asunto de la fotografía y el vídeo. ¿Se acuerda, jefe? —Completó el agente Fierro—. Ese día el compañero periodista tampoco tenía nada que decir, y mire nada más hasta dónde hemos llegado con eso. Lo malo sería que ahora supiera algo importante y no quisiera decírnoslo.

—Pero, como no es el caso —completó el Holandés a modo de *patiño*—, pues todos tranquilos. ¿No es cierto, Fierro?

—Sí, jefe. Todos tranquilos —reiteró este cruzándome con su mirada clarísima.

—En fin… —Exhaló Ramírez dando por terminada la visita—. Ya seguiremos en contacto, Millán.

Enseguida, dio media vuelta para dirigirse rumbo a la salida de la sala de redacción. Lo siguió el menonita quien, de pronto, se detuvo para volverse hacia mí y guiñarme. Fue un *déjà vu* porque, en ese

instante, me vino a la memoria la imagen del «Muela» Zamudio, un pendenciero que cursaba el último año de la secundaria cuando yo ingresé a la «Mártires de Tacubaya». Por semanas, aquel bravucón se dedicó a cazarme, ofendido porque, con el candor de un escolar novicio, tuve la imprudencia de preguntar en su mayestática presencia el porqué de aquel apodo y reí cuando alguien dijo: «Por negro y picado…». En aquellos días de zozobra, cada vez que el «Muela» y yo hacíamos contacto visual en los pasillos o en el patio, él cerraba coquetamente un ojo para hacerme entender que, con psicopática paciencia, estaría a la salida de la escuela esperando la oportunidad para zanjar la afrenta. Me pregunté entonces si aquel gesto del agente Luciano Fierro había sido también una amenaza y si, como ocurrió con el «Muela» Zamudio muchos años atrás, yo terminaría volviendo a casa con un moretón en el ojo.

—Tenemos noticias, Alberto. —Era don Efraín apareciendo frente a mi mesa de trabajo cuando terminaba de ordenar las notas en las que había estado trabajando—. El soldadito de plomo acaba de llamarme por teléfono —explicó arrellanándose en la silla que un rato antes había ocupado el Holandés, para de inmediato dar fuego a un cigarrillo—. Quiere vernos.

—¿El mayor ha conseguido ya la información?

—No entró en detalles. Ya ves que no soy santo de su devoción.

—Pues justo a tiempo, maestro, porque el inspector Ramírez acaba de estar aquí.

—¿El Holandés? ¿Y qué quería?

—Con ese hombre nunca se sabe. Pero tuvo el cuidado de informarme que, aunque todavía no conoce su identidad, ya averiguó que Lara regresó a la habitación de Beatriz después de su muerte.

—Cómo no va a saberlo. —Bufó plagiando mis pensamientos—. El muy cabrón…

—La cuestión es que ya ha comenzado con la búsqueda de Lara. —Abrevié—. Incluso metió en el ajo a la Interpol. Así que debemos darnos prisa. ¿Cuándo veremos al mayor?

—Él está puesto. Así que, si quieres, lo llamo y lo vemos ahora mismo.

Miré la esfera del reloj: 19:42.

—Pues vamos de una vez —resolví poniéndome de pie.

—Solo una cosa. —Me detuvo—. Quiere que la doctora Bowman nos acompañe. ¿Te encargas de eso?

—¿Es necesario?

—Dijo que era indispensable. Ya te digo. Este señor no acaba de ponerse sus moños.

—En ese caso, no podremos verlo hoy. Lara está fuera de la ciudad.

El viejo me miró extrañado.

—¿No me habías dicho que estaba en tu departamento?

—Preferí ocultarla en otro sitio. Por seguridad —añadí repasando la ambigüedad de mi respuesta.

—¿Y a dónde la llevaste?

—No muy lejos, pero deberé ir a buscarla. Así que la reunión con Asís tendrá que esperar hasta mañana.

—¿Qué tan lejos?

—Cerca de Cuernavaca.

—¿La metiste en un hotel?

—No.

—¿Entonces?

Lo miré en silencio.

—Está bien. —Pareció molestarse—. Si el asunto es secreto, tus razones tendrás.

—No hay secretos —corregí—. Está escondida en la casa de fin de semana de un amigo. Es un sitio seguro.

—Bueno. —Repuso don Efraín—. Hablaré entonces con Asís y arreglaré la cita para mañana. ¿Te parece bien en Los Guayacanes antes del mediodía? ¿A eso de las once? Después del desayuno y antes de la comida, aquello está desierto.

Asentí mientras el viejo se levantaba para agregar con ironía:

—¿Conque tienes amigos con casa de fin de semana?

—Solo uno.

Lara había permanecido en mi departamento una sola noche; una larga vigilia cargada con la ambivalente sensación que produce el miedo por la presencia de un felino que ronda y la tentación por mirarlo. Por fortuna, no tuve que repetir esa prueba de fortaleza porque, anticipando que Hasen Ramírez hubiera iniciado la búsqueda de la mujer que aparecía en el vídeo, decidí que lo mejor sería ocultarla en otro sitio.

Recurrí a Jorge. Desde su regreso de Washington, Nueva York o dondequiera que hubiera andado en esos días, me había buscado un par de veces por teléfono para saber cómo estaba. Recordé que alguna vez me había contado que él e Isabella tenían una casa de fin de semana en Tepoztlán. Claro, que aquello de «fin de semana» era un eufemismo porque, como todos los que pueden darse esa clase de lujos, Jorge y *Bella* iban muy de vez en cuando a aquella propiedad hundida a la mitad del sofocante calor morelense. Me pareció que ese sería un buen escondite y le pedí que me permitiera hospedar allí por unos días a una amiga que venía de visita. No era toda la verdad, pero tampoco una completa mentira. Jorge me citó a comer en La Ópera, a unas calles del Banco de México, para entregarme las llaves de la casa

y darme las indicaciones para llegar al lugar. Me sentí culpable al emplear aquella ambigüedad sobre mi relación con Lara mediante la cual me aprovechaba de la amistad de Jorge, pero no quería meterlo en problemas involucrándolo de manera innecesaria en el asunto. Más aún cuando él, interpretando mi solicitud como la búsqueda de un sitio discreto para un lance romántico, se esmeró en compartir conmigo sus viejos consejos en la materia, igual que lo había hecho décadas atrás cuando éramos unos chiquillos y se enteró de la existencia de Beatriz.

Aquella misma tarde conduje a Lara a la «Quinta *Bella*», como rezaba el rótulo sobre el portón de madera en la entrada. Tras cruzarlo en el auto, avanzamos por el sendero empedrado a cuyos lados se desplegaba un andador de adoquines pletórico de jacarandas. La residencia era espléndida. La construcción, de estilo colonial mexicano con blancos muros y techos de tejas bermellón, se hallaba sumida en un valle rodeado por el verdor de la selva subhúmeda. A un costado, la amplia terraza daba a una hermosa piscina a la mitad de un prado, cuyos límites se confundían con el inicio de la rocosa geografía de la que nacía el cerro del Tepozteco. Luego de haber transitado por caminos de terracería con apenas unas cuantas casuchas a los costados, Lara estaba sorprendida de que el refugio al que la había conducido resultara ser aquella mansión a la mitad de la nada. Pensé en ir al pueblo a comprar víveres y evitar así que ella tuviera que salir del escondite, pero en la casa había una despensa perfectamente surtida que habría sido suficiente para alimentar a una familia entera durante semanas. Pasaban de las 21:00 cuando la dejé instalada con la indicación de que mantuviera apagado su celular para evitar riesgos. De ser necesario, yo la llamaría al teléfono fijo de la casa. Así que, luego de recibir las noticias de don Efraín, hablé por teléfono con ella para informarle que iría esa noche y que saldríamos temprano al día siguiente para acudir a la reunión con el mayor Asís.

Cuando llegué a las inmediaciones de San José Tepoztlán, las sombras de la noche cobijaban el valle. Unas mal planeadas obras de reparación sobre el Anillo Periférico y un grupo de encapuchados que se había posesionado de la caseta de cobro de la salida a Cuernavaca exigiendo la liberación de no sé qué presos políticos habían hecho que me retrasara. Además, la parte final del camino implicaba tomar un par de rutas vecinales sin iluminación, lo que hizo todavía más lenta la conclusión del trayecto. Al fin, cuando eran casi las 23:00, adiviné a lo lejos las luces de la «Quinta *Bella*» y conduje a lo largo del sendero de grava que serpenteaba el cerro hasta llegar a la verja. Cuando me disponía a accionar el control remoto para abrir el portón, las luces de la casa se apagaron. Por un instante, en el reflejo del parabrisas del automóvil me pareció ver un par de luces a mi espalda. Era como si

un vehículo hubiera apagado los faros casi al mismo tiempo que se había interrumpido la corriente eléctrica en la casa. Bajé del coche y grité hacia la negrura:

—¡Quién está allí…!

La única respuesta fue el canto de los grillos surgiendo por todas partes. Di un par de pasos más y, ayudado por la luz del celular, traté de confirmar si había algo en el sendero que acababa de transitar que sugiriera que me habían seguido, pero no había nada. Dejé pasar algunos segundos más en los que no hubo un sonido o una luz que me alertaran. Después, empleando las llaves que Jorge me había entregado, abrí el portal de acceso manualmente y caminé en medio de la penumbra hasta la casa. Al llegar a la puerta, quise girar la perilla, pero estaba cerrada. Miré a través del cristal buscando identificar algún movimiento en el interior, pero todo estaba oscuro y en silencio.

—¿Lara…? —Inquirí moderando el volumen de mi voz, como si alguien allí no debiera escucharme—. Soy yo. Alberto.

No hubo respuesta. El ritmo de mi corazón comenzó a acelerarse. Con la ayuda de la luz del celular busqué entre las llaves hasta que di con la que abrió la puerta de entrada. Caminé a lo largo del salón a oscuras. No me atrevía a hablar. La inminencia de un peligro indefinible comenzaba a llenarme el cuerpo. Avancé hacia el corredor que conducía a las habitaciones temiendo que algo malo hubiera ocurrido. De pronto, un suave sonido metálico dirigió mi atención hacia el dormitorio cuya puerta entreabierta se adivinaba al fondo del pasillo. Me acerqué. Mi corazón latía desenfrenado. Cuando estaba a punto de abatir la puerta para descubrir lo que escondía, percibí un movimiento a mi espalda y, de inmediato, sentí cómo el golpe seco de un objeto rígido daba contra el muro a un costado de mi cabeza, haciendo que algunos trozos del sillar de la pared se desprendieran para tocarme el rostro. Al volverme, descubrí en la penumbra a Lara con los ojos inyectados de sangre y con el largo atizador de hierro de la chimenea en las manos dispuesta a ejecutar el siguiente golpe.

Veintidós

> **Sustrato**. Formación geológica que suele ser de mayor antigüedad que otras a las que sirve de base. Aquello que, oculto en una dimensión invisible, está allí para recordarnos que hay un sitio, debajo de la mentira, donde se preserva la verdad.

—¡Soy yo! —exclamé levantando la mano para sujetar el atizador que estaba a punto de golpearme.

—¿Alberto? —murmuró Lara para de inmediato desmadejarse y abrazarme llorando sin control.

—Pero ¿qué tienes? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—No lo sé —respondió ciñéndose a mí.

—Por Dios, cálmate. Dime qué ha pasado.

Lara me miró mientras respiraba agitada. Sus ojos estaban manchados por el miedo. Luego, intentando ganar algo de control, dijo:

—Después de que hablamos hoy, el teléfono de la casa sonó varias veces más. Al principio, supuse que serías tú. Pero en cuanto respondía, solo escuchaba a alguien respirando al otro lado de la línea… Más tarde, empecé a oír ruidos afuera. Ya había comenzado a anochecer y, al menos en un par de ocasiones, creí ver una sombra detrás de los árboles en los límites del jardín. Intenté buscarte, pero el teléfono de la casa estaba muerto. Aunque me advertiste no hacerlo por el celular, estaba a punto de llamarte…

Lara se detuvo. En la penumbra pude ver sus ojos lavados por el llanto. «Eso es lo más aterrador del miedo, que nos devuelve a nuestro estado original de bestias…», recordé haber leído en alguna de las columnas de don Efraín.

—La luz se fue hace un momento. —Reanudó—. Entonces escuché ruidos de alguien entrando a la casa. Supuse que esos hombres finalmente me habían encontrado. Me oculté y busqué con qué defenderme. Al final, ya has visto cómo he terminado. Casi te mato…

La apreté contra mi cuerpo para serenarla y juntos fuimos al salón en donde la luz de la luna que entraba por los cristales creaba una suave penumbra. Probé la línea del teléfono; en efecto, estaba muerta. Desde el celular llamé a la compañía eléctrica. No tenían ningún reporte de fallas en la zona, así que debía tratarse de un problema en

la casa. Sugirieron que confirmara si algún interruptor del tablero de control había saltado y, de no ser así, habría que hacer el reporte para que enviaran al técnico que revisaría la instalación. Dejé a Lara en el salón para ir en busca del tablero de la instalación eléctrica en los muros exteriores de la casa. Con la ayuda de la luz del celular, recorrí la terraza y me dirigí a la parte posterior. Allí lo encontré, disimulado al costado de una columna. Todo parecía en orden. No obstante, al acercar la luz noté que un par de interruptores estaban fuera de su sitio. Era lo mismo que ocurría en mi departamento cuando la instalación eléctrica se sobrecargaba al encender simultáneamente la lavadora y el microondas. Moví los interruptores hasta llevarlos nuevamente a su posición y, como en el Génesis, la luz se hizo. Volví a la casa bordeando la piscina y el jardín, ahora pulcramente iluminados. A través del ventanal pude ver a Lara echa un ovillo en el sillón.

—No eran más que interruptores fuera de su sitio —expliqué para tranquilizarla—. Todo está bien ahora.

Lara se arrellanó en el sofá frente a la mesa de centro sobre la que se exhibían un sinnúmero de figurillas de plata que recreaban miniaturas de leopardos, toros, águilas y mariposas. Encendió un cigarrillo y reclinó la cabeza dejando escapar la tensión que la había acompañado las últimas horas. Fui a la barra y vertí en un par de vasos el oscuro *whisky* que Jorge tenía en una licorera.

—Esto te ayudará —dije extendiéndole uno de ellos.

Me senté a su lado. Aquel lugar había vuelto a convertirse en el oasis que quienes diseñaron la casa quisieron lograr. La ancha puerta de cristal del salón había quedado abierta, permitiendo que una brisa fresca se colara desde el jardín en donde el canto de los grillos había renacido.

—No puedo seguir así, Alberto —suspiró al cabo—. Terminaré volviéndome loca.

—Tranquilízate. Mañana sabremos lo que el mayor Asís ha conseguido averiguar. Estoy seguro de que ese será el principio para poner fin a todo esto. Ya lo verás.

Lara dio un trago al licor antes de volverse a mí haciendo que sus ojos grises me tocaran.

—¿Y la policía? —Inquirió hurgando en el origen de sus miedos—. ¿Has sabido algo de ellos?

Jugueteé por un momento con el licor en el vaso de cristal antes de responderle:

—Los dos policías que investigan el caso me buscaron hoy en el periódico. Fueron a decirme que una camarera del hotel te identificó.

—Entonces ¿saben ya quién soy? —La intranquilidad había vuelto a apoderarse de ella.

—Aún no. Solo le mostraron la imagen del vídeo y esa mujer les dijo que le habías dado dinero para entrar a la habitación de Beatriz. Suponen que buscabas algo.

Lara se llevó el vaso a la boca permitiendo que el *whisky* le tocara los labios. Un ligero temblor intentaba adueñarse de su mano, quizás el miedo renaciendo en el sustrato de sus pensamientos.

—Será solo cuestión de tiempo —murmuró repitiendo involuntariamente las palabras del Holandés—. Terminarán hallándome y entonces…

Una súbita oscuridad la detuvo.

—¿Qué sucede ahora?

—Deben de ser esos interruptores —gruñí—. Habrán saltado otra vez.

Salí por la terraza rumbo al tablero de control. Fui directo al conjunto de interruptores en los que antes había detectado el problema, pero todos permanecían en su sitio. Moví la luz hacia ambos lados del tablero y me percaté de que la pequeña caja de metal que contenía la palanca del interruptor y los fusibles estaba abierta. La sangre se me heló al notar que la palanca estaba abajo y que uno de los tres gruesos cartuchos había desaparecido. No estábamos solos… En ese instante, escuché la detonación. Fue un tronido sordo que creó un largo eco en el valle, al que siguió el ruido de un cristal haciéndose añicos. Cegué la luz del celular y corrí de regreso a la terraza. Al llegar, me acerqué despacio intentando otear en el interior del salón a oscuras. No alcanzaba a ver si Lara seguía allí, pero tampoco me atrevía a gritar su nombre para evitar ponerme a descubierto. Crucé la entrada. El grueso cristal de la puerta estaba hecho añicos. Todo ocurría tan rápido que no terminaba de comprender lo que estaba pasando. ¿Había sido aquel estallido una roca estrellándose contra el cristal? ¿O el estruendo fue el disparo de un arma? ¿Quién lo había hecho? ¿Un ladrón circunstancial que se había topado con nosotros en aquella casa que debía hallarse vacía? ¿O alguien que seguía la pista de Lara y a quien mi visita esa noche había facilitado el trabajo…? Avancé tratando de camuflarme en la oscuridad de la que se impregnaban los muros, mientras miraba en todas direcciones intentando hallarla. De pronto, noté que una de las puertas de la cava que se disimulaba a un costado de la chimenea estaba entreabierta. Allí, un rayo de luz de luna que se colaba por los ventanales me desveló los ojos claros de Lara encendidos por el miedo. Cuando hice contacto con ellos, coloqué el dedo índice en mis labios para indicarle que guardara silencio.

—Creo que ha sido un disparo —musitó en mi oído cuando finalmente me oculté a su lado—. Deben de ser ellos…

Habría querido tranquilizarla con alguna hipótesis en la que

aquello fuera solo una infortunada coincidencia; que nos hallábamos frente a algún maleante que intentaba robar la casa y no ante la aparición de quienes la buscaban para atar un cabo suelto. En todo caso, cualquiera de aquellas conjeturas era igualmente perturbadora. Debíamos salir de allí cuanto antes. En ese momento, un ruido en el salón interrumpió mis pensamientos. El ligero golpeteo de una de las figurillas de plata que descansaban sobre el cristal de la mesa de centro delató a alguien que se acercaba. Escudriñé la oscuridad a través de la rendija de la puerta y, de súbito, en la contraluz del ventanal pude distinguir una silueta. Era un hombre y su perfil delataba que llevaba un arma en la mano. Mientras sentía la respiración entrecortada de Lara a mi lado, vi cómo la sombra se deslizaba a lo largo del salón hasta perderse en el corredor que daba a las habitaciones. Supe que era el momento de actuar si queríamos salir de allí con vida.

—Toma —susurré poniendo en las manos de Lara las llaves de mi automóvil—. El coche está en la verja de la entrada.

—No me iré sin ti.

—Haz lo que te digo. Yo trataré de distraerlo en lo que tú llegas allí. Y toma mi celular —añadí entregándole el dispositivo—. Cuando estés a salvo, llama a la policía del pueblo.

—Pero ¿qué pasará contigo?

—Apenas vea que has salido de aquí, correré hasta el límite del jardín para internarme en el monte. Allí no habrá forma de que me encuentre. Ahora, iré hacia la terraza y haré ruido para que ese hombre me siga hacia la parte trasera de la casa. En cuanto veas que pasa siguiéndome, vete de aquí. No te preocupes, estaré bien —agregué sin saber si mentía.

La luz de la luna brillaba en los ojos de Lara. Podía sentir su aliento muy cerca de mi rostro, jadeando ante la inminencia del peligro.

—¿Estás lista?

Como única respuesta, se acercó y me sorprendió besándome muy cerca de la comisura de los labios. Abrí la puerta tras la que nos ocultábamos y fui directo a la salida del salón. Cuando pasé junto a la entrada de la terraza, pateé con fuerza uno de los trozos de cristal que aún se sostenían en el marco de la puerta. El ruido que produjo el vidrio al hacerse pedazos contra el piso creó una resonancia que consumió el silencio. Sin esperar a confirmar que la sombra del intruso emergiera del pasillo, corrí a lo largo de la terraza rumbo al fondo del jardín. Mientras lo hacía, iba golpeando las sillas que rodeaban la piscina para crear el rastro acústico que llamara la atención del malhechor. Me oculté detrás de una ancha palmera, un sitio desde donde podría anticipar la llegada del hombre que me perseguía y también vigilar la verja de salida. Transcurrieron varios

segundos sin que nada ocurriera. Temí que la treta hubiera fallado y que el maleante se hubiera topado con Lara en su intento de fuga. Estaba a punto de regresar cuando vi cómo las luces de mi coche se encendían para luego alejarse rápidamente por el camino. Respiré tranquilo sabiendo que ella estaba a salvo, aunque esa era también la señal de que el hombre debía hallarse tras de mí. Solo necesitaba llegar al límite del jardín para perderme en la selva de guajes y huizaches hasta que la luz del día me pusiera a salvo. Aspiré profundamente y salí del escondite. Sin embargo, cuando me disponía a iniciar la carrera, un golpe en la espalda me detuvo haciendo que un dolor seco se apoderara de mi cuerpo. Quise reaccionar, pero un segundo impacto me alcanzó en la nuca y me derribó. Mientras la oscuridad me devoraba, en mi mente apareció la imagen de Beatriz acercándose para tomarme de la mano. Resultaba extraño. Era ella, pero al mismo tiempo era Lara colocando sus labios en los míos. Eran el amor y la traición a punto de tocarse. Antes de lograr decidir lo que pasaba, la oscuridad me sumergió en un túnel del que pensé que no volvería a salir nunca.

Veintitrés

> **Vacío**. Abismo que se desdobla desde las altas montañas. Hueco de las rocas que resulta peligroso cuando se afianzan sobre estas los anclajes. Sensación de ausencia en el espíritu que el alpinista reciente durante los ascensos complejos y que tiene cierta similitud con la nostalgia.

Habían pasado más de dos años desde el incidente con el que Mrs. Evil había intentado humillarme, sugiriendo que la dignidad de un adolescente puede comprarse. Me preparaba para comenzar el último semestre de la preparatoria, y había logrado convencerme de que el tiempo —el gran sanador de las almas— había hecho su labor, permitiéndome andar el camino que me conduciría al resto de mi vida apartado del monstruo que vivía al lado de Beatriz, aunque también lejos de ella.

Esa mañana, Raquel Carrascosa y yo habíamos presentado los exámenes de admisión a la universidad; ella para Ciencias Políticas y yo para Letras. A fin de celebrarlo, habíamos acordado reunirnos esa tarde a un costado de la glorieta de la Columna de la Independencia. En el cine París se exhibía una versión remasterizada de *Rosa Blanca*, la película de Roberto Gavaldón basada en la novela homónima de B. Traven que alguna vez fue censurada por el Gobierno. El filme era una vieja joya en blanco y negro que los espíritus rebeldes de la época estábamos redescubriendo. Situada a finales de los años treinta, en vísperas de la expropiación petrolera, la película narra la historia de un campesino veracruzano en cuya propiedad se descubre petróleo. A partir de allí, el elemento que mueve la trama es la codicia de las corporaciones petroleras gringas que conduce al asesinato y al despojo. Un manjar antiimperialista que no podíamos perdernos.

Esperaba a Raquel sentado en uno de los bancos de piedra del camellón arbolado frente a la columna coronada por la victoria alada, mientras releía una de mis novelas favoritas, *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibargüengoitia. Concluía la parte en la que el general José Guadalupe Arroyo arroja a la fosa abierta del panteón a Eulalio Pérez H., la noche previa a que la Cámara de Diputados en sesión plenaria de emergencia nombrara presidente interino al abogadillo, cuando accidentalmente levanté la mirada para quedar —igual que Pérez H. en aquel pasaje de la narración— de una pieza. Al otro lado de la

calle, bajando de un coche que se había detenido frente al restaurante Champs Elysées, estaba Beatriz. Iba acompañada de otra chica y de un par de jóvenes. Vestía pantalones vaqueros, blusa blanca y tenis. A pesar de que era una variante del mismo conjunto que solía llevar Raquel —y la mayor parte de las chicas de entonces—, en Beatriz el atuendo lucía completamente distinto. La mezclilla de los vaqueros era tersa y reflejaba la luz ámbar de las recién instaladas farolas del Paseo de la Reforma, y las zapatillas deportivas eran de color pastel y se amoldaban al piso haciendo parecer que levitaba. Lo que en Raquel solía ser una vestimenta casual, en Beatriz era un atavío de elegancia perfecta. Cuando giró para rodear el automóvil nuestras miradas se tocaron. Fue apenas un instante. Después, reanudó el recorrido para reunirse con sus amigos que ya la esperaban sobre la acera frente al restaurante. No me extrañó que no me reconociera. Ya no era yo el jovencito pulcro de cabello bien recortado que ella había conocido, sino un desgreñado a quien era imposible que identificara. Aun así, volvió a girarse antes de cruzar la puerta. Dudó unos segundos más mientras congelaba su mirada de lobo en mí y, luego, finalmente entró.

Beatriz —como lo hacía siempre— había conseguido sorprenderme. Debía de haber cumplido ya los dieciocho y estaba más bella de lo que recordaba haberla visto nunca. Transcurrieron dos o tres minutos más en los que fui incapaz de volver a concentrarme en las desventuras del general Arroyo. Cada par de líneas levantaba la mirada para dejarla ir detrás de las ventanas del inmueble tratando de localizarla entre los comensales. De pronto, la puerta del restaurante se abrió y Beatriz apareció nuevamente. Esta vez no dudó y cruzó la calle para dirigirse directamente hacia donde me hallaba. Bajé la mirada para refugiarme en las páginas del libro mientras una sensación de vacío me golpeaba el estómago.

—¿Alberto? —La escuché a unos metros de mí.

No respondí. En lugar de eso, contuve la respiración e insistí en concentrarme en las letras frente a mí, como si aquella fuera una forma eficaz de escapar de ella y no el torpe espectáculo del avestruz metiendo la cabeza bajo la tierra. Confiaba en que mi silencio indiferente la convencería de que aquel chico desaliñado no podía ser el jovencito de zapatos boleados, pantalón gris *oxford* y chaleco con ribetes al que había abandonado en el vestíbulo del Palacio de Bellas Artes más de dos años atrás.

—Te estoy hablando —añadió antes de acercarse para sentarse a mi lado y rodearme con los brazos—. ¿Por qué no me saludas, majadero?

Levanté finalmente la vista. Sin opciones, fingí hacerme el despistado y la saludé. Era la escena que había vivido miles de veces en mis sueños y en la que, cada vez que lo hacía, un sentimiento de

plenitud me llenaba. No obstante, en ese momento todo fue diferente. Al sentir las manos de Beatriz oprimiendo suavemente el nacimiento de mi cabello en la nuca, un escalofrío de muerte me recorrió el cuerpo. Había aprendido que la conquista de los imposibles no existe, y que aquel placer inmenso que amenazaba con inundarme tarde o temprano podría convertirse otra vez en su perfecto opuesto. Hablamos durante algunos minutos en los que me dijo que estaba allí con unos amigos para celebrar el cumpleaños de su novio. Conversamos hasta que el interfecto, un figurín de cabello rizado y rostro de bebé Gerber, comenzó a mirarnos con insistencia desde la ventana del restaurante, quizá preguntándose qué diablos hacía Beatriz hablando con un papanatas como yo. De pronto, a lo lejos descubrí a Raquel que se acercaba por la avenida. Supe que debía evitar explicaciones que sería incapaz de dar, así que apresuré a Beatriz para que se reuniera con sus amigos. Prometí llamarla. Ella se fue y yo me di prisa para interceptar a Raquel, justo a tiempo para dirigirnos tomados de la mano rumbo al cine.

A pesar de mi promesa, no la llamé. Era mucho a lo que había debido sobreponerme para superar el último embate de su madre y no me sentía capaz de repetir la hazaña. Aunque la tentación estuvo a punto de vencerme. Más de una vez marqué su número para, al final, colgar antes de que alguien respondiera. No obstante, fue ella quien me buscó con mayor determinación. Varias veces llamó a casa, pero, ante mi silencio, las llamadas fueron espaciándose hasta cesar completamente. Al final, supuse que había logrado esquivar el conjuro y que Beatriz también se habría dado por vencida. Con todo, no fueron días fáciles. Muchas de aquellas noches, tocado por la nostalgia, imaginé heroicos lances para acercarme a ella nuevamente, aunque siempre acababa convenciéndome de que era mejor transitar por aquella inesperada aflicción, en lugar de alimentar una ilusión que podría conducirme a un dolor como el que ya antes me había atravesado el alma.

Resulta difícil describir el extraño espectáculo que se organizó aquella mañana en el patio de sextos de la Prepa 6. Salía de la última de las clases del día cuando me di cuenta de que algo extraño estaba sucediendo. En una de las mesas de cemento, a un costado de la rampa que daba acceso a la biblioteca, una pelirroja con una lata de refresco en la mano esperaba sentada. Como en la teoría de la gravitación universal de Einstein, en el patio de sextos se había producido una especie de deformación en la geometría del espacio-tiempo por efecto de la masa de los cuerpos allí reunidos. Aquel fenómeno físico lo protagonizaba Beatriz. Estaba sentada como una reina a la que el flujo de estudiantes que a esa hora se arremolinaba

en el patio —y que de alguna forma la había identificado como el nuevo centro gravitatorio de aquel microcosmos— rodeaba sin acercarse, imitando así la deformación espaciotemporal postulada por el físico alemán. En cuanto me vio invadiendo el límite que delineaban los adoquines alrededor de la mesa, me dijo:

—No has cambiado nada, Alberto. Sigues siendo un necio.

—¿Qué haces aquí?

—Encargándome de que cumplas tus promesas. Dijiste que ibas a llamarme y no lo has hecho.

—Lo siento. No he tenido tiempo —mentí.

Dio un sorbo al refresco y me tomó de la mano.

—¿Me invitas a comer, Genio?

—No puedo. —Volví a mentir mientras me deshacía del gesto—. He quedado en verme con alguien.

—No me digas. ¿Y con quién, si puede saberse? —Inquirió con fingida ingenuidad mirando hacia todas partes.

—Con mi novia.

—¿Con tu novia? —repitió—. Estupendo. Pues aquí la esperamos. Cuando llegue, me la presentas y nos vamos a comer los tres.

—Debo irme.

—¿En qué quedamos? ¿No íbamos a esperar a tu novia? ¿Piensas dejarla plantada? ¿O prefieres que me quede yo y le dé algún recado de tu parte?

No respondí.

—¿Qué te parece si mejor te dejas de cuentos? —Sonrió—. Siempre has sido malísimo para decir mentiras.

Pasamos esa tarde conversando en un café a un costado de la plaza Hidalgo, en el centro de Coyoacán. En aquellas pocas horas, volvimos a lograr la conexión que había nacido en los días del Plan Dante. Anochecía y las sombras se habían adueñado de la plazoleta, pero las que habían cubierto mi recuerdo de Beatriz a lo largo de los últimos dos años se habían disipado. Me confesó que el asunto de su novio durante aquellas vacaciones en Costa Rica había sido una tontería; una mala idea a la que la había orillado su madre, poniéndole enfrente a un niñato fresa hijo de una amiga suya, pero que lo había mandado a volar un mes más tarde. Que había querido decírmelo entonces, pero que no hubo forma de dar conmigo. Que luego su madre la había enviado a cursar un año de la prepa en Filadelfia. Que aquello había sido el punto decisivo para su emancipación. Que ahora nadie más que ella mandaba en su vida. Que desde que regresó había querido buscarme, pero que no había hallado la forma correcta para hacerlo. Que no quería que, ahora que las circunstancias nos habían reunido otra vez, dejáramos de estar cerca. Que comprendía

perfectamente que yo hubiera «enderezado mi vida sentimental» —ese fue el término que empleó y que yo hallé algo cursi—, ya que no dudaba de que Raquel fuera una chica genial. Que ella estaba también en medio de una relación con Carlos Gustavo —así se llamaba el chico con cara de bebé Gerber—, pero que eso no era razón para que no continuáramos siendo amigos… En fin, eso me dijo y yo le creí.

Llegó el final del último semestre de la preparatoria y, con este, el ansiado verano. Raquel me anunció que pasaría las vacaciones en Tuxtla Gutiérrez, en la casa familiar. Incluso me invitó a acompañarla. Quería que conociera a sus padres a quienes les había hablado mucho de mí, pero yo me zafé inventando una excusa sobre trámites que debía atender. La razón, sobra decirlo, era otra. Desde nuestro reencuentro, Beatriz y yo habíamos hablado continuamente por teléfono, e incluso nos habíamos reunido muchas veces para comer o tomar café. Así que ahora, libre de la presencia de Raquel, me disponía a pasar todo mi tiempo con ella.

En esos días, la llevé a la nueva Cineteca Nacional a ver *La sombra del caudillo*, la recién desenlatada historia de Martín Luis Guzmán dirigida por Julio Bracho, y ella me llevó a mí a ver *Pasaje a la India*, con Judy Davis, a los Multicinemas de Perisur. Asimismo, la introduje a las tramas dramáticas de contenido social con *El extensionista* de Felipe Santander en el Teatro de la Juventud, y ella a mí a la ópera *rock* en la escena de *José, el Soñador* en el Teatro San Rafael. También, aprovechando los descuentos que todavía me daba la credencial de la Prepa 6, fuimos a varios conciertos de la Filarmónica de la Universidad en la Sala Nezahualcóyotl: Mozart, Sibelius, Moncayo, Tchaikovsky y, otra vez, Beethoven. El resultado fue inevitable. Un mes después, nos habíamos convertido finalmente en la pareja que nunca habíamos sido en la realidad. Así que apenas volvimos a la rutina académica —ella en una universidad jesuita para estudiar Historia y yo en la Universidad Nacional para iniciar la carrera de Letras—, ya nos habíamos desembarazado de nuestros respectivos compromisos; yo de la buena de Raquel, quien continuó en el fervor de la militancia de izquierda, y ella del rubicundo Carlos Gustavo, quien habrá seguido sus estudios en una universidad de legionarios preparándose para el día en el que su papá le permitiera administrar la empresa de la familia.

Durante todo ese tiempo, no supe nada de su madre y Beatriz tampoco la sacó a colación. Ni una insinuación ni un atisbo de su presencia. Aunque eso no quería decir que la nueva autonomía de la que se ufanaba la hubiera librado realmente de ella. Como en el Big Brother orwelliano, intuía que *Madame* Maléfica estaba al tanto de todo lo que pasaba y que no iba a transcurrir mucho tiempo antes de que recomenzara su tenaz labor en mi contra. Sabía que la batalla se

reanudaría y que yo tendría que prepararme para ello. Por lo pronto, con aquel reencuentro, el marcador de la vieja partida, ese que había estado congelado por mucho tiempo, volvió a moverse para lograr una nueva igualada: Mrs. Evil, 3; el «Genio» Millán, 3.

Veinticuatro

Rendija. Fisura larga y estrecha originada en las rocas debido a fenómenos naturales. Hendidura entre placas de origen ígneo por donde puede entrar la luz y el aire exteriores, o bien por donde se cuela el miedo cuando el escalador vislumbra el desastre.

Abrí los ojos. El inspector Hasen Ramírez me miraba fijamente. Sobre su hombro, el agente Luciano Fierro hacía lo propio. La cabeza me zumbaba y una resequedad en los ojos me hacía difícil terminar de levantar los párpados.

—¿Cómo se siente? —Inquirió el Holandés.

«Qué clase de pregunta estúpida es esa», pensé. «¿Cómo puede estar uno después de que le han machacado el cogote?».

—Buen golpe ese que tiene en la cabeza —añadió.

—Pues pudo habérselo ahorrado —protesté deshaciéndome de la sospecha y de un sabor amargo en la boca.

—No sea tonto. No he sido yo.

—Entonces ¿a quién le debo el favor? ¿A su amigo el menonita?

—¿El agente Fierro…? —Sonrió Ramírez al escuchar el apodo—. ¡Qué va! Aunque no lo parezca, tiene un corazón de oro y habría sido incapaz de algo así; menos aún a traición, que fue como le dieron ese porrazo.

La voz del inspector Hasen Ramírez era una broca que me taladraba el cerebro. Me hallaba recostado en uno de los sillones en el salón de la casa de Jorge, donde la corriente eléctrica se había restablecido. Miré alrededor tratando de ordenar el caos en el que se habían convertido mis recuerdos.

—¿Qué hora es? —Quise saber.

—Las 00:17 —respondió Ramírez con precisión tras consultar la esfera del reloj.

Había llegado a Tepoztlán a eso de las 23:00, así que no había pasado mucho desde que aquella sombra me atacó.

—Alguien me golpeó cuando estaba en el jardín y perdí el sentido —recordé mientras me incorporaba con torpeza—. ¿Cómo terminé aquí?

—Cuando llegamos hace un rato, no había luz —explicó el Holandés—. Al rodear la casa, Fierro se dio cuenta de que faltaba uno

de los fusibles. Estaba tirado cerca del tablero de la instalación. Al restablecer la energía, lo encontramos allá afuera y lo trajimos aquí.

—Y usted, inspector —lo miré extrañado—, ¿qué hace en esta casa?

—Lo pertinente, Millán, sería saber justo lo contrario: ¿qué es lo que hace usted aquí?

Apreté los párpados tratando de concentrarme en lo que podría decirle al policía.

—Esta es la casa de un amigo.

—¿Y puede saberse quién es ese amigo? —Inquirió el Holandés extrayendo la libreta del bolsillo de la chamarra de Chiconcuac.

—Jorge.

—¿Jorge…? No esperará que busque su apellido en el directorio telefónico, ¿o sí?

—Jorge Moreno Negrete.

—¿Como el «Charro Cantor»? —saltó el agente Fierro con una sonrisa bobalicona.

—¿Es usted amigo de Jorge Negrete? —Se sumó el inspector a la guasa.

—Igual nos lo presenta y nos vamos de serenata los cuatro —añadió el menonita.

—Es un funcionario del Banco de México. —Lo detuve deseando que mi amigo hubiera estado presente para que les diera la medicina que solía recetarles a los compañeros de la «Mártires de Tacubaya» cuando salían con aquella simpleza—. Me prestó la casa para pasar la noche.

—¿A usted solo? —cuestionó Ramírez ocultando el residuo de su sonrisa.

—Sí —mentí.

—¿Y las colillas? —interrogó apuntando al cenicero sobre la mesa de centro—. No sabía que fumara.

—Lo hago de vez en cuando.

—¿Y esos tragos? —añadió señalando los dos vasos con *whisky*—. Se diría que estaba usted acompañado.

Lo miré mientras buscaba una rendija de escape en mi repertorio de mentiras.

—Me serví un par de veces… En vasos distintos.

—¿Sin terminarse ninguno de los dos?

—Bueno, uno tiene sus mañas.

—Y esas mañas —enfatizó Hasen Ramírez— ¿incluyen usar ropa de mujer?

—No lo entiendo.

—En el dormitorio del fondo, la cama estaba desecha y había ropa íntima de dama.

El agente Fierro sacó entonces de la bolsa de la chaqueta unas

bragas rosadas que me mostró divertido.

—Mire, eso de vestirse coqueto no tiene nada de malo —ironizó el Holandés—. Ya sabe que ahora todos debemos ser muy tolerantes con esas cosas. Aunque, francamente, no me da usted el tipo.

Sentía las quijadas contraídas y mis dientes comenzaban a rechinar unos contra otros. Era mi vieja reacción fisiológica, lo mismo a la tensión extrema en el trabajo que a la impertinencia de mis interlocutores.

—Estoy esperando su respuesta, Millán.

—Estaba con alguien. —Rendí la plaza—. ¿Lo prohíbe la ley?

—Por supuesto que no —respondió Ramírez tomando asiento a mi lado—. Lo que sí está prohibido, y ya se lo he dicho varias veces, es decirle mentiras a la policía. Pero se ve que eso a usted le entra por una oreja y le sale por la otra.

—Solo intentaba ser discreto.

—Sí, sí. Ya sé que usted tiene siempre un pretexto para todo —masculló el inspector—. ¿Y el nombre de la dama?

Dudé por un momento.

—No se preocupe, que no pretendo robarle sus conquistas. Solo necesito el nombre.

—Raquel —respondí con el primer recuerdo que se me vino a la cabeza.

—¿Otra vez con lo mismo? El apellido de esa Raquel es…

Miré al Holandés tratando de escarbar en su mirada. Intentaba adivinar hasta qué punto, al meter en el ajo de mis mentiras a aquel viejo amor chiapaneco, cuyo paradero desconocía y a quien confiaba el policía no pudiera ubicar pronto, corría el riesgo de enredarme en un lío más grande.

—¡Me lleva la chingada! —Manoteó el policía sobre la piel del sillón—. ¿Pero a usted solo pueden sacársele las cosas con tirabuzón?

—Carrascosa. —Capitulé—. Raquel Carrascosa.

—Muy bien. Raquel… Carrascosa —repitió mientras escribía el nombre en su libreta negra.

—Estuve con ella un rato esta tarde y después se fue.

—¿A dónde?

—A su casa.

—¿Podría proporcionarme sus datos?

—No los tengo.

Hasen Ramírez frunció el ceño nuevamente.

—Es una vieja amiga de Tuxtla Gutiérrez —expliqué desenhebrando la mentira—. Me llamó porque estaba de visita en la ciudad y quedamos para vernos. Estuvo aquí un rato y luego se fue de regreso a México.

—¿Su número telefónico?

—Me llamó al número fijo del periódico. Sería necesario hablar allá para ver si es posible recuperarlo del conmutador. Aunque tendrá que ser mañana. Ahora no creo que haya nadie que pueda hacerlo.

—Ya veo —resopló el Holandés—. Y luego, ¿qué pasó?

—El resto de la tarde estuve solo. Al anochecer, cuando la corriente eléctrica se interrumpió, escuché romperse el cristal de la puerta de la sala. Salí al jardín para ver qué ocurría y alguien me golpeó.

—¿Logró ver al atacante?

—No. Me pegó por la espalda. Supongo que habrá entrado a robar.

—Lo dudo. —Valoró el inspector—. Salvo por el cristal roto, no parece que haya pasado nada más. Hay muchas cosas de valor que podrían haberse llevado de una casa como esta —añadió señalando un estupendo reloj dorado sobre la chimenea—. Además, eso de cortar primero la luz eléctrica me parece muy sofisticado para un simple ladrón. Les basta con entrar mentando madres y apuntando con una pistola.

—Quizás, al toparse conmigo, el intruso se asustó y se largó sin tocar nada.

—Sí, es posible. —Concedió Ramírez—. Aunque, en estos días, es raro dar con malhechores que se asusten y salgan corriendo nada más por toparse con alguien. En fin… Entonces —volvió a la carga mirando lo que había escrito en la libreta—, me decía que vino aquí para encontrarse con una amiga. La señorita Raquel Carrascosa.

—Así es.

—Y el propósito de la reunión era…

—Pues… social.

—¿Puede ser más específico?

—Vamos, inspector. Use su imaginación.

—Le rogaría que no meta en esto a mi imaginación y que mejor me responda. ¿Sabe?, me cuesta trabajo comprender ciertas cosas.

—Le pedí la casa a mi amigo para…, para estar con ella —dije imprimiendo incomodidad a mis palabras—. ¿Me entiende?

—La verdad, no. Eso de *estar*… Bueno, claro que aquí *estaban*. Eso es obvio. —Hasen Ramírez echó una mirada de complicidad al agente Fierro—. Pero ¿qué era exactamente lo que hacían?

—Lo que se hace en esos casos —mascullé mimetizándome en la mentira.

—¿Y qué es lo que se hace en esos casos, Millán?

—¡Carajo, inspector! Pues besarnos, hacer el amor. ¿Es eso suficientemente claro o quiere que le haga unos dibujos?

El inspector Ramírez sonrió satisfecho. Su semblante era otra vez una apacible carita prehispánica.

—¿Y cómo puedo corroborar lo que me ha dicho?

—Le ruego me disculpe —ironicé—. De haber sabido que

necesitaba pruebas habría conservado el preservativo, pero cometí la estupidez de dejarlo ir en el escusado. Le prometo guardarlos de aquí en adelante.

Como respuesta, el Holandés extrajo su teléfono celular del bolsillo de la chamarra tejida.

—Bastará con que ese amigo suyo que le prestó la casa, el de nombre de artista de cine, me confirme lo que ha dicho —retomó el policía—. Deme su número, hablo con él y lo aclaramos todo.

—¿No es suficiente con lo que le he dicho?

—Por sus antecedentes conmigo, me temo que no. Así que el número, por favor —insistió.

Supuse que no habría peligro en hacerlo. Jorge no haría sino repetir la mentira que yo le había dicho, la cual no difería de la que acababa de contarle al inspector. Me llevé la mano al bolsillo del pantalón, pero entonces recordé que le había dado el celular a Lara.

—¿Ocurre algo? —Inquirió Ramírez.

—Es el celular. Pensé que lo traía conmigo, pero debí olvidarlo en mi departamento en México. No me había dado cuenta.

—¿Hasta ahora?

—Sí, hasta ahora.

—Caramba con usted —añadió con sarcasmo—, pero qué mala suerte la suya.

Hasen Ramírez me miraba con tranquilidad. Era como el pescador que sigue dando línea al pez para que se canse, sabiendo que el anzuelo está bien agarrado de su boca. Se puso de pie mientras guardaba la libreta en el bolsillo de la chamarra de Chiconcuac. Luego, dio un par de pasos antes de enfrentarme:

—A ver, Millán, dígame: ¿qué hace falta para que me tenga usted un poco de confianza?

—¿A qué viene eso? ¿Todo porque olvidé el celular?

—No, todo porque me está mintiendo otra vez —respondió.

Lo miré intentando leer en sus ojos hasta dónde podría estar al tanto de lo que realmente había ocurrido en esa casa.

—¿Sabe cómo dimos con usted hasta aquí? —La voz de Ramírez se había hecho grave—. Pues porque hemos estado rastreando la posición de su celular desde hace varios días.

—¡Óigame! —Salté—. ¡Eso es una arbitrariedad!

—No cuando se hace con la autorización de un juez. ¿Recuerda que le había advertido que no saliera de la ciudad? Pues comprenderá entonces que era una previsión que debía tomar. Así que, si no encuentra el celular, permítanos ayudarlo porque, hasta hace un rato, ese aparato estaba por este rumbo. Vamos a ver. ¿Fierro…? —Inquirió girándose hacia el policía que permanecía inmóvil a su espalda.

—Ordene, jefe.

—Localiza la señal del teléfono de nuestro amigo.

Mientras el menonita accionaba una aplicación en su teléfono, yo cavilaba en lo que tendría que inventar cuando se dieran cuenta de que el bendito celular se alejaba por la carretera Cuautla-México. Al principio, pensé en decir que mi amiga Raquel se lo había llevado, pero no iba a pasar mucho antes de que un autopatrulla interceptara el rastro digital del aparato y acabaran localizando a Lara. Otra opción era decirle que el maleante que me había golpeado se lo había llevado, pero el resultado iba a ser el mismo. Mi margen de maniobra se había terminado y todo indicaba que esa noche no solo tendría que revelarles la existencia de Lara Bowman, sino que también iba a conocer las cómodas celdas de la delegación de policía.

—Aquí está —murmuró el agente Fierro señalando un punto azulado en el dispositivo.

El Holandés se acercó.

—¿Lo ve, Millán? —dijo tras mirar la pantalla—. Su celular está en esta casa.

Temí que Hasen Ramírez hubiera descubierto la sorpresa en mi rostro. Y es que, si el teléfono estaba allí, junto a él estaría Lara.

—Fierro. —Repuso el policía—. Llama al número de nuestro amigo para ver si ese bicho suena por aquí cerca.

El menonita operó su celular y, de pronto, al fondo del pasillo, se escuchó el timbre del teléfono.

—Viene de la habitación donde estaban las braguitas —confirmó Luciano Fierro.

—Venga conmigo —me ordenó Ramírez.

Caminamos a lo largo del corredor mientras el timbre se repetía cada vez con mayor claridad. Entramos al dormitorio en donde el sonido era perfectamente claro. El agente Fierro se acercó a la gran cama, se puso de rodillas y miró debajo. Un momento después, reapareció con mi teléfono en la mano.

—¿Qué le parece? —Sonrió el Holandés—. ¿Sabemos o no hacer nuestro trabajo?

Volteé hacia la puerta del armario temiendo que quizás allí podría haberse ocultado Lara. Sin embargo, la puerta estaba abierta y el espacio vacío.

—Lo siento, supuse que lo había olvidado en México —titubeé—. Debió caerse de mi bolsillo sin darme cuenta. Permítame el teléfono —añadí extendiendo la mano hacia el menonita—. Ahora le doy el número de Jorge.

—No será necesario. —El inspector Ramírez se me adelantó tomando el celular—. Lo haré yo mismo. Y de paso, Fierro, vamos a darle una buena revisada a este bicho. A lo mejor nos hallamos más cosas interesantes.

—Usted no puede hacer eso, inspector —protesté—. Estaría violando mi información personal.

—Le ruego disculpe esta falta de confianza de mi parte —sonrió falsamente apenado—, pero sobra decir que se la ha ganado a pulso.

—¡Pues no! —respondí—. ¡No se lo permito!

—En ese caso —dijo con profesional circunspección—, búsquese un abogado y demándeme.

Veinticinco

Abismo. Sima que se abre en las grietas de las altas montañas. Sensación que se revela en el ánimo del escalador cuando la realidad se vuelve incomprensible.

Hasen Ramírez habló por teléfono con Jorge y este le confirmó, *grosso modo*, lo que ya antes yo le había dicho: que me había prestado la casa en Tepoztlán para estar con una amiga cuya identidad desconocía. La consistencia de ambas versiones —alimentada por las credenciales de mi amigo dentro del banco central— debió de tranquilizar a Ramírez, porque me exentó de una nueva visita a la delegación de policía, limitándose a sugerir a Jorge que presentara la denuncia ante las autoridades municipales por el intento de robo a su casa y, a mí, un poco más enérgicamente, que no me volviera a cruzar por la cabeza la idea de salir otra vez de la ciudad. Además, cumpliendo la amenaza del Holandés, el agente Luciano Fierro hizo una copia de la memoria de mi teléfono celular en la computadora portátil que sacó del autopatrulla.

Regresé a la ciudad en mi coche. Y es que no solo mi teléfono celular había sido hallado debajo de la cama, sino que también el auto apareció al otro lado del portón de entrada, debajo del rótulo de la «Quinta *Bella*», con las llaves puestas en la marcha. Todo aquello me tenía confundido. Intenté explicármelo suponiendo que Lara habría regresado para asegurarse de que me encontraba bien y que, al ver que la policía estaba allí, habría decidido alejarse. Pero ¿cómo había terminado el celular debajo de la cama, y cómo fue que Ramírez y el agente Fierro no se percataron de la llegada del auto?

Apenas se marcharon, salí a buscarla. Recorrí los alrededores de la casa gritando su nombre. Después, me dirigí al pueblo en el coche oteando hacia ambos lados de la vereda mientras intentaba hallar alguna pista. Lo mismo hice en las calles de Tepoztlán y, después, a lo largo de la carretera hasta la Ciudad de México. Al final, quise convencerme de que Lara habría encontrado la manera de huir y hallar un lugar seguro y que pronto se pondría en contacto conmigo.

Estaba a punto de amanecer cuando finalmente llegué a mi departamento. Me sentía molido por el cansancio y por el golpe en la nuca que no dejaba de punzarme. Abrí la puerta. Cuando iba a

accionar el interruptor de la luz, percibí una presencia a mi espalda y, de inmediato, una mano aprisionándome la boca. Quise reaccionar, pero una voz me detuvo:

—¡Chist! Soy yo… —Era Lara—. ¿Y los policías? —Inquirió en un susurro—. ¿Están aquí?

Negué moviendo la cabeza. Tomé su mano para retirarla de mi boca y volverme hacia ella:

—¿Estás bien?

—Sí —murmuró—. ¿Y tú?

—Bien, ahora que te encuentro.

Habíamos quedado muy cerca el uno del otro. En la penumbra del salón, el calor de su cuerpo se me impregnó para recorrerme como una corriente eléctrica. Mi respiración empezó a acelerarse mientras su aliento vibraba muy cerca de mi boca. No pude evitarlo y llevé mi mano a su cintura. Ella me clavó los ojos claros que palpitaban en la oscuridad y yo traté de leer su reacción en aquella mirada.

—¿Estás seguro? —musitó al cabo—. Quizá vayas a entrar en un territorio peligroso.

—¿Arenas movedizas? —sugerí mientras la acercaba un poco más hacia mí.

Negó con la cabeza.

—Pues no puedo pensar en algo más riesgoso que un terreno que te atrapa para engullirte.

—Tal vez uno en el que el suelo simplemente desaparece —susurró cuando nuestros labios casi se tocaban.

Todavía intenté refrenar el instinto pensando en Beatriz, pero fue inútil. La besé y luego sentí cómo su mano comenzó a bajar hacia mi entrepierna. No pude evitarlo y me dejé vencer por la sensación que produce el reencuentro con el deseo al mezclarse con el remordimiento por la traición. Recordé entonces aquel ambiguo aforismo que Lord Emory Hastings había plasmado en su *Manual del moderno alpinista* para la palabra que Lara Bowman acababa de colocar en mi imaginación: abismo.

Cuando estaba por amanecer y el fuego había consumido el deseo, Lara me explicó finalmente lo ocurrido esa noche.

Siguiendo el plan trazado a la mitad del trance en la casa de Jorge, ella había huido en el coche. No obstante, antes de alcanzar el camino hacia Tepoztlán, decidió que debía regresar en mi ayuda. Al llegar, la residencia parecía desierta. Aun así, aguardó algunos minutos hasta confirmar que no había señales del intruso y luego me buscó siguiendo la ruta de escape por el jardín trasero que le había anticipado tomaría. Me halló desmayado. Cuando entró a la casa buscando algo para ayudarme a recobrar el conocimiento, un coche cruzó la verja. Por la

ventana del dormitorio vio que era un autopatrulla del que descendían dos hombres que se ajustaban al recuerdo que tenía de las sombras que habían irrumpido en la habitación de Beatriz. Se escondió debajo de la cama. Fue allí en donde el celular debió caer de su bolsillo. De pronto, la luz se restableció y escuchó el ruido de los hombres llevándome al salón. Apenas lo hicieron, comenzaron a revisar las habitaciones. Tuvo miedo y se escabulló por la ventana. No quiso usar el coche para no ser descubierta, así que caminó hasta el pueblo. Allí esperó un par de horas confiando en que los policías se hubieran marchado y consiguió un taxi que la regresó a la casa de Jorge, pero ya no encontró a nadie allí. Volvió entonces en el taxi a la ciudad. Fue directo a mi departamento y entró con la llave cuyo escondite sobre el vano de la puerta le había revelado desde que había sido mi huésped unos días antes.

Lo demás —lo que había ocurrido al reencontrarnos esa madrugada— había sido solo el triunfo del deseo sobre el sentido común.

Al llegar a Los Guayacanes, don Efraín y el mayor Asís ya nos esperaban. El primero degustando un cocol acompañado de un café con leche, y el otro, quien nuevamente lucía el uniforme de ceremonia del ejército, mirándolo impasible frente a un vaso con agua.

—¿Satisfecho? —exclamó mi viejo maestro como si zanjara un diferendo previo—. Le dije que vendrían.

—Señor Millán, doctora Bowman. —Saludó Tulio Casiano Asís poniéndose de pie.

—Ya estamos completos, mayor —añadió don Efraín sopando el cocol en el café con leche—. ¿Podemos comenzar ahora con su informe?

El militar tomó asiento y metió la mano al bolsillo de la guerrera para extraer un papel doblado que depositó sobre la mesa.

—Lo primero —arrancó— es que, como lo suponía, en el catálogo de documentos históricos de la biblioteca del ejército hallé la ficha resumen relativa al parte de una misión secreta en junio de 1862.

Oprimí con emoción la mano de Lara, la cual sujetaba discretamente debajo de la mesa.

—De acuerdo con esa ficha —continuó Asís—, dos oficiales debían reunir cierta información sensible en la región norte de Veracruz y reportarla a las fuerzas nacionales que se hallaban aún en la Ciudad de México.

—¿Y qué dice ese parte? —Inquirí mirando el documento abandonado sobre la mesa.

—Bueno, hay un problema con eso. —Atajó el militar—. Como he dicho, el parte de la misión estuvo archivado en un expediente en la sección de documentos históricos…

—¿Qué quiere decir con eso de que *estuvo*? —lo interrumpió Lara.

—Que cuando tuve acceso al expediente ayer por la mañana, las hojas del parte de esa misión ya no estaban allí. Según mi contacto, hace unos días la superioridad solicitó el expediente; al regresar a la biblioteca, esos papeles habían desaparecido. Cuando cuestionó el hecho, recibió la orden de no hacer preguntas.

—¿Así nada más, mayor? —interrogué.

—Sí. Así nada más.

—Pues parece que alguien tenía mucho interés por hacerse con ese documento.

—Posiblemente, señor Millán —contestó Asís lacónico.

Supuse que, al acudir a los contactos de la Lombriz para tener acceso con tal premura a aquellos papeles, quizá Beatriz habría despertado la curiosidad de otros. Y si, como ella y Lara suponían, detrás de esa historia había un misterio, entonces era posible que alguien más se hallara interesado en descubrirlo. O bien en ocultarlo.

—Vamos a ver —intervino don Efraín—. Habrá registros de las personas que requirieron ese expediente.

—En efecto, los hay —respondió Tulio Casiano Asís con parsimonia.

—Entonces los registros podrían permitirnos conocer el camino que siguieron esos papeles y, por lo tanto, saber quién pudo haberlos tomado.

—Correcto —confirmó el militar—. Pero…

—Pero ¿qué? —Quiso saber Lara.

—Que eso no quiere decir que yo tenga la intención de hurgar en ello.

—¿Y por qué no querría hacerlo, mayor? —Se coló otra vez don Efraín.

—Porque hablamos de los archivos del ejército y no de los libros de la biblioteca de su pueblo —respondió el militar con aspereza—. Una cosa es pedir favores para escarbar en documentos olvidados de hace más de un siglo, y otra muy distinta sugerir a un compañero de armas que viole una orden directa. En el ejército, las órdenes se cumplen.

—Entonces, ¿no piensa hacer nada para saber quién se apoderó de ese documento? —interrogó Lara con indignación.

—Afirmativo.

—Pero esto es increíble. Este país es…

—Le ruego que no siga por ahí, doctora. —La detuvo Asís—. Esto nada tiene que ver con «este país». Se trata solo de lo que obliga la disciplina militar, y punto… Perdóneme la pregunta —vaciló—. ¿Es usted mexicana o yanqui?

—¿Le parezco extranjera, mayor?

—Lo digo por su apellido. Bowman.

—Mi madre era mexicana y, por lo tanto, lo soy yo también. ¿Y yanqui? —agregó—. Bueno, mi padre era inglés. Así que, de no estar muerto, le aseguro que llamarlo yanqui le habría parecido una ofensa. Pero si su pregunta es si soy ciudadana extranjera, la respuesta es que sí, también lo soy. ¿Importa eso?

—Por supuesto que no. Es solo que, sobre lo que ha pasado con ese expediente, le aseguro que habría ocurrido lo mismo allá, en su otro país… El ejército, doctora Bowman, es el ejército. Aquí, en Inglaterra y en la Cochinchina. Así que no se trata de si en «este país» —enfatizó— las fuerzas armadas son una partida de trogloditas. Como todas, la nuestra es una colectividad sujeta a reglas estrictas que deben cumplirse. Nada más… Y, por eso, no tengo la menor intención de violar ninguna norma disciplinaria para dar con esos papeles.

—Bonita manera de escurrir el bulto —masculló don Efraín.

—Comprenda, mayor —añadí—. Ese documento puede ser la clave para entender lo que ha ocurrido.

—Sin esa información difícilmente nos moveremos de donde estamos. —Se sumó Lara.

El militar dejó pasar el efecto de la marea de quejas, para luego deslizar con elegancia:

—Aunque… siempre hay otra forma de hacer las cosas. Por algo la inteligencia está siempre por encima de la disciplina. Ejercitar una permite no violar la otra.

—Ah, ¿sí? —ironizó mi viejo maestro—. Ilústrenos, por favor.

—Los partes militares —reanudó Asís—, igual los del siglo XIX que los de ahora, tienen un doble efecto. Uno es, claro está, documentar el resultado logístico de las operaciones que les dieron origen. Pero tienen otro también. Y ese es la consecuencia que cada acto militar produce sobre la administración castrense.

—No creo comprenderlo.

—Muy sencillo, señor Millán. A pesar de que el parte con la descripción de la misión ha desaparecido, lo que subsiste en los archivos es el memorándum para la ejecución de los actos administrativos de aquella comisión. Un documento que reporta, si no con el mismo detalle y para propósitos distintos, los hechos esenciales de la misión. Y yo he hallado ese documento —dijo extendiendo la mano hasta tocar el papel que había abandonado sobre la mesa—. Un simple memorándum dirigido al intendente del ejército en el que no reparó quien tenía interés en ese expediente.

—¿Y este es el documento? —La voz de Lara recobró brillantez al señalar el papel sobre la mesa.

Tulio Casiano Asís asintió.

—¿Y qué dice? —Quise saber.

—Que, en junio de 1862, dos oficiales cumplieron una misión

confidencial de reconocimiento entre Veracruz y la capital del país. Y en este documento —golpeó el papel con el dedo índice—, que es donde se solicita la gestión de los haberes necesarios para la realización de esa comisión, aparecen los nombres de quienes participaron en ella.

El militar abrió un compás de espera.

—Venga, mayor —exclamó don Efraín dejando caer el cocol en el café con leche—. Que nos tiene en ascuas.

—Uno de ellos era el capitán Agustín Ruz. —Concedió el militar—. Y, el otro, el teniente coronel Mariano Carvajal.

—Mariano Carvajal —repetí recordando el anagrama en la cubierta del cartapacio—. Eme, ce…

—Correcto —confirmó Asís leyendo mi deducción—. Mariano Carvajal, teniente coronel del ejército de oriente. Por las insignias que portaba, ese es el hombre a quien hallaron en la gruta del Iztaccíhuatl.

Un denso silencio se esparció en la soledad de las mesas de Los Guayacanes, mientras el eco de aquel nombre resonaba en mi cabeza.

—Hay algo más —añadió el militar—. Con esa información, aproveché para indagar si había algo más sobre esos dos hombres en los archivos históricos y me topé con algo interesante… Tras aquella misión, solo hay una nueva mención al sobreviviente, el capitán Agustín Ruz. Es un escueto parte firmado por él, en el que hace constar que el teniente coronel Carvajal murió el 13 de junio de 1862, pero no perdido en una misión en las alturas del Iztaccíhuatl, como ahora sabemos, sino supuestamente en las acciones de la batalla del Cerro del Borrego en contra de los franceses, y que su cuerpo fue sepultado en el antiguo panteón del Arenal, en Orizaba.

—Pero no fue así. —Dudó Lara.

—Por supuesto que no —confirmó Asís—. Ese hombre trataba de ocultar su crimen. Porque el capitán Ruz debió de ser quien le disparó al teniente coronel en la montaña y con ese parte trató de cubrir sus huellas. Ayer por la tarde hablé a la Vigésima Sexta Zona Militar de Veracruz. El responsable del archivo me confirmó que, en efecto, en los expedientes de bajas en combate de la batalla del Cerro del Borrego aparece el nombre del teniente coronel Carvajal, indicando que su cuerpo originalmente fue sepultado en el Arenal y que, tiempo después, se trasladó al panteón Juan de la Luz Enríquez.

—Pero ya quedamos que todo eso es mentira. —Se coló don Efraín hablando con la boca llena—. Así que en aquella tumba puede estar cualquiera.

—Afirmativo —corroboró el militar—. Lo que no sabemos aún es el motivo que tuvo el capitán Ruz para asesinar al teniente coronel y para inventar toda aquella historia del Cerro del Borrego.

—¿El motivo? Pero si está clarísimo. —Dictaminó el viejo dando un

trago al café con leche para ayudarse a pasar el último bocado del cocol—. Que era un maldito canalla.

—Eso no es suficiente, Haro. A los canallas, igual que a los traidores, los mueve un interés concreto —completó Asís—. Y presiento que, al descubrir ese motivo —se volvió para enfrentarme con la mirada—, estaremos acercándonos también a conocer lo que sucedió con esas dos mujeres en la Ciudadela. Si estoy en lo correcto, ellas lo averiguaron y por eso están muertas.

—Pero si el parte de esa misión se ha esfumado, no veo cómo podremos averiguar nada más.

—Tal vez haya una forma de hacerlo, señor Millán. —El mayor Tulio Casiano Asís dejó colgadas las palabras. Después, tomó el documento que estaba sobre la mesa para regresarlo lentamente al bolsillo de la guerrera. En aquellos movimientos, me pareció descubrir un brevísimo signo de nerviosismo—. Como he dicho, el parte de aquella misión ha desaparecido. —Retomó midiendo la expectación que creaba—. Sin embargo, antes de que la superioridad lo requiriera, alguien más lo revisó. Esa persona está al tanto de todo lo que acabo de decirles. Y de mucho más.

—¿De quién se trata, mayor? —cuestioné sorprendido—. ¿Lo sabe usted?

—Sí, lo sé. Los datos estaban en la bitácora del cuaderno de registro de la biblioteca.

—¡Venga, hombre! —Urgió don Efraín—. Deje ya de darle vueltas.

El militar apretó las mandíbulas antes de responder:

—Quizá debiera hacerle esa pregunta a la doctora Bowman.

Don Efraín cruzó a Lara con la mirada. Ella, súbitamente abismada, dudó antes de responder:

—Fue Beatriz…

—¿Beatriz? —repetí—. ¿Cómo lo sabes?

—Sencillo. —Se adelantó el mayor Asís—. Porque la doctora Bowman estuvo con ella.

Veintiséis

> **Declive**. Inclinación del terreno que el alpinista debe considerar en la planificación de su aventura. Condición que enfrenta el escalador cuando, tras una intensa marcha, comienzan a menguar las condiciones que le daban fuerza y valor.

El destino es veleidoso. En buen castellano, que hace lo que se le antoja y cuando se le da la gana. Debo decir que, hasta ese momento, y pese al lapso en el que me había separado de Beatriz empleando como instrumento de sus designios a Mrs. Evil, el hado se había mostrado benévolo conmigo. Así lo acreditaba mi vida familiar, que nunca consideré mala; mis éxitos en la «Mártires de Tacubaya», que habían sido muchos y muy sonados; mis amigos, que eran pocos, pero buenos; mi encuentro con Beatriz y el éxito del Plan Dante, que se recordaría por años en los pasillos del Anglo, y mi inesperado reencuentro con ella, que ocurrió a pesar de las muchas maniobras de su madre. Pero el destino tiene cierta tendencia a hartarse de la afabilidad y, tarde o temprano, se las arregla para tomarse sus revanchas.

Florián Matos —un señor bajito y flaco, a quien apodábamos *El Ajolote*— fue mi maestro de Filosofía en la «Mártires de Tacubaya». En sus clases —excediéndose quizá del currículo oficial— solía valerse de ciertas analogías prácticas para educarnos en las duras normas que rigen la vida. En una de aquellas lecciones, nos habló de la noción del destino y, por extensión, de la suerte. «La buena suerte —decía don Florián— es como las pociones mágicas que lo solucionan todo: sus efectos duran muy poco y solo funcionan en las novelas».

El mandoble que me recordó aquella máxima llegó justo unos días antes de la Navidad, cuando sentía que mi reencuentro con Beatriz había vuelto a abrirme las puertas del futuro, y lo hizo para golpearnos tanto a ella como a mí. Aunque el primero en recibir aquella caricia de la fatalidad iba a ser yo.

Se sabe bien que, en México, por encima de cualquier ciclo económico o social, hay uno que lo determina todo: el político. Dura seis años, que es el lapso en el que los presidentes están en el poder, y sus efectos suelen extenderse a lo largo de muchos más.

Mi padre había pasado su carrera en la Administración pública esquivando aquel dichoso ciclo sexenal. Cada vez que se acercaba el final de ese período, quedaba claro para todos en casa que su vida profesional pendía de un delgado hilo. Semanas después de la elección que nos traería a un nuevo priista a la presidencia de la República, comenzaban los preparativos para la inminente hecatombe, que eran como los arreglos ante un huracán que se acerca a la costa. En busca de un ahorro extra que pudiera aminorar el impacto de aquel potencial desastre, mi madre se convertía en la implacable censora del gasto familiar. Se suspendían las vacaciones y las salidas los fines de semana a comer o a cenar, se reducían al mínimo las idas al cine, e incluso se diferían los regalos navideños. No había espacio para los excesos, por pequeños que fueran. Y la razón era simple. El triunfo —normalmente aplastante— del candidato del partido oficial frente a los siempre desorganizados opositores, significaba la génesis de la peor incertidumbre para los burócratas que, como mis padres, vivían amparados en el partido tricolor cumpliendo rigurosamente con su cuota mensual y asistiendo de manera disciplinada a los eventos a los que eran convocados. El problema era que el nuevo presidente, a pesar de provenir del mismo partido, podía llegar y barrer con todo, como si se tratara del arribo al poder de la más empecinada oposición. Esa era la magia del longevo régimen político mexicano; aquel era el misterio que tantos politólogos alrededor del mundo habían intentado descifrar por décadas: la capacidad del régimen para renovarse en el inmovilismo del triunfo.

En esa magia política, por supuesto, había ganadores y perdedores. Ganaban los que, siendo cercanos al nuevo *tlatoani*, encontraban en su llegada oportunidades de ascenso en su carrera burocrática. Y perdían los que, habiendo apostado por el gallo equivocado, o simplemente por hallarse lejos del círculo cercano al ganador, se encontraban de pronto con que sus nuevos jefes los miraban con desconfianza. En casa se había vivido aquel suplicio varias veces. Mi madre, en su carácter de burócrata de menor rango, era quien menos lo resentía. Para mi padre, en cambio, la renovación sexenal se volvía un asunto de vida o muerte. El martirio duraba semanas y solía resolverse con papá llegando una noche para informar, con una sonrisa iluminándole el semblante, que sus nuevos jefes lo habían ratificado en su puesto. Entonces nos íbamos todos a cenar pizzas y, a partir de allí, *business as usual* —Miss Crawford *dixit*.

Pero en aquella ocasión, por primera vez en su carrera, la situación fue diferente. El nuevo Gobierno llevaba tres semanas en funciones y faltaban unos días para la Navidad, cuando la oscuridad se cernió sobre nuestro hogar. Esa noche, al regresar de la universidad, fui testigo de los efectos de la tormenta que había tocado tierra

arrasándolo todo. Mi madre estaba en la cocina, sentada frente a la mesa del desayunador con los ojos hinchados por el llanto. Emma, ajena a los alcances de la tragedia, se había encerrado en su cuarto con la música de Parchís a todo volumen. Y mi padre, el gran solitario de aquella noche, estaba en la penumbra del salón con un jaibol en la mano. En un principio, pensé que todo aquello era una exageración y que las aguas acabarían tomando su nivel, pero cuando mi madre me explicó lo sucedido, comprendí que se trataba de uno de esos puntos que iban a quedar señalados como definitorios en la vida de mi padre.

Los orígenes de aquel desastre se remontaban varios años atrás. Como he dicho, mi padre había labrado su carrera como abogado en la secretaría de Hacienda. Lo que aún no he dicho es que, a pesar de ello, era un hombre decente. Ambos hechos ofrecían un enorme rango para el conflicto, ya que, en muchas de las determinaciones que debían pasar por su escritorio y requerían de su firma, la «razón de Estado» —o, al menos, la que el político en turno cree que lo es— sugería exceder los márgenes de la ley. Eso le ocurrió más de una vez. Situaciones límite en las que debió ponderar la seguridad de su empleo contra el quebrantamiento de la legalidad y de sus principios. No obstante, se vanagloriaba de siempre haber salido airoso en aquellas encrucijadas sin haber tenido nunca nada de qué arrepentirse. En las sobremesas en las que un jaibol le aflojaba la lengua solía decir que había maneras, dentro de los márgenes legales, para dar forma a aquello que permitía alcanzar los objetivos que los jerarcas buscaban, pero sin comprometer con ello la integridad personal. Bueno, casi siempre… Porque estaban los casos en los que el objetivo era ilegal en sí mismo. Y eso justamente es lo que le había ocurrido años antes con el entonces director de una entidad paraestatal que exigía se le emitiera un cheque para realizar no sé qué inversión que argumentaba le había sido ordenada directamente por el presidente de la República. Mi padre, ante una instrucción verbal y difusa como aquella, se negó a firmar la autorización necesaria para que ese dinero abandonara las arcas públicas. Al final, mandó con cajas destempladas a aquel funcionario a que consiguiera la autorización por escrito que ese tipo de desembolsos millonarios requería, cosa que, por supuesto, nunca ocurrió. «O el presidente cambió de opinión muy pronto», reía cada vez que recordaba la escena, «o aquel pícaro hubo de tragarse un sapo y quedarse con las ganas de meterle mano al erario…». El problema fue que, como resultado del juego de serpientes y escaleras en el que se convertía la política mexicana cada seis años, aquel funcionario resentido acababa de ser nombrado subsecretario de Hacienda. Así que, apenas se enteró de que mi padre aún laboraba en la dorada secretaría, lo puso —con todo y su integridad personal— de patitas en la calle.

Aquel terminó siendo —como dije— un momento definitorio en la vida de mi padre, porque cuando el exilio laboral cumplió su condena de seis años y la rueda de la fortuna dio una nueva vuelta trayendo al poder a otra pandilla de priistas, ya no había quien recordara a papá y su integridad ni quien quisiera darle cabida en el nuevo equipo gobernante. Así que el que pensó iba a ser un trabajo temporal como abogado en un despacho de especialistas fiscales, terminó siendo la última de sus ocupaciones. Los médicos dijeron que no hubo relación entre ambos hechos, pero yo estoy convencido de que el infarto que se lo llevaría unos años después tuvo como único causante aquel desengaño. Solo quienes fueron formados por la Revolución y trabajaron para el Gobierno en esa época serían capaces de comprenderlo. Para la generación de mi padre, la vida —no solo la profesional— tenía sentido únicamente en el servicio público. Quizás era un idealista, o tal vez solo un ingenuo, pero pensaba que desde el Gobierno podía construirse una sociedad mejor, y había optado desde muy joven por hacerlo. Por eso, privarlo de aquel propósito significó arrancarle el sentido a su existencia.

Cuando me desahogué con Beatriz contándole lo que había ocurrido, dijo que no me preocupara. Según ella, la vida no podía agotarse en el gobierno y estaba segura de que un buen abogado como papá, con la experiencia ganada en la secretaría de Hacienda, podría hallar cabida en alguna de las empresas que conformaban el grupo para el que su padre trabajaba. Prometió hablar con él. Pero unos días después, mucho antes siquiera de que hubiera tenido oportunidad de hacerlo, el destino maniobró para recetarle su propia dosis de infortunio.

Me llamó para pedirme que la encontrara en su casa. Al principio dudé si debía presentarme de nuevo allí. Había pasado mucho tiempo desde la última vez y la estrategia de mantenerme alejado de su madre había rendido excelentes resultados. Pero Beatriz insistió. Dijo que se trataba de un asunto muy grave y urgente. Pensé entonces que quizá *Madame* Maléfica se había enterado de mi reaparición en la vida de su hija y que ella necesitaba de mi apoyo para preservar su estatus de joven emancipada. Sin embargo, al llegar a la casa de Monte Cárpatos, me di cuenta de que se trataba de otra cosa, de un lío mayúsculo.

Beatriz me recibió con la alarma pintada en el rostro. En el salón de la casa, su madre —quien apenas se percató de mi llegada— hurgaba al borde de la histeria en un montón de cajas regadas en el piso buscando no sé qué papel. Beatriz me llevó a un costado y me explicó lo que ocurría. Su padre era directivo en una de esas grandes corporaciones financieras internacionales que, siguiendo al pie de la letra las leyes del capitalismo, transcurría de fusión en fusión

devorando a sus competidores. Hasta que un día, como ocurre con la selección natural que preconizaba Darwin, se toparon con un conglomerado más poderoso que ellos y la fusionada fue la empresa para la que él trabajaba. Allí comenzó el declive… Los jefes de su padre —esos que le tenían confianza y en quienes él confiaba— desaparecieron de la escena súbitamente. La renuncia inesperada de uno, el traslado de otro a la sede del grupo en Bruselas y la jubilación anticipada de uno más, fue la manera en la que ocurrió la desbandada de quienes debían estar allí para apoyarse mutuamente. Al final, rodeado de los tiburones que habían llegado para devorar la empresa, quedó él solo. Lo inevitable no tardó en suceder. Ante los obstáculos que el padre de Beatriz opuso al negarse a hacer ciertos movimientos de fondos fiduciarios, aquellos individuos decidieron tomar medidas extremas que se materializaron en una denuncia por fraude en su contra. Según Beatriz, todo aquello era un infundio. La cuestión fue que, aconsejado por los abogados que lo defendían, su padre había huido esa mañana para refugiarse en la finca cafetalera de la familia de su madre en Costa Rica. Como los tentáculos de la transnacional alcanzaban también al venal poder judicial, mientras no contara con un caso bien armado no tendría un juicio justo en México. Además, los abogados los habían prevenido de que las autoridades se habían enterado ya de la fuga y tramitaban una orden para ejecutar un cateo en su casa. El quid del asunto era que el padre de Beatriz, al conocer las intenciones de los abogados contrarios, las había alertado a ella y a su madre de la existencia de un documento muy importante que lo exculpaba y que debía hallarse entre los papeles que ahora inundaban el piso del salón. Debían encontrarlo y ocultarlo para evitar que la policía —coludida con los verdaderos autores de aquel fraude— se lo llevara y, con ello, desaparecieran sus oportunidades de defensa. Se trataba de una ficha contable que comprobaba que los movimientos de dinero de los que se le acusaba habían sido ejecutados por un incondicional del director de la firma y no por él.

Me uní a la búsqueda. Allí estuvimos Mrs. Evil, el gestudo Gaspar, la pobre Gloria, Beatriz y yo revisando por horas las cajas con documentos que el padre de Beatriz había ido llevando a casa previendo una situación como aquella. «¿Es este, mamá?», «¿Será este acaso, señora?», «¿Se parece esto a lo que estamos buscando…?». En fin, que casi habíamos terminado de vaciar las cajas y la dichosa ficha contable no aparecía. Entonces se escuchó el timbre de la calle. Gloria, con el semblante pálido, entró anunciando:

—Es la policía, señora.

Me asomé por la ventana.

—Hay tres autopatrullas estacionados afuera —confirmé.

Los ojos de la madre de Beatriz se rasaron de lágrimas. Tuve pena

por aquella mujer implacable, finalmente doblegada por las circunstancias. El timbre volvió a sonar con insistencia.

—¡Sigan! —ordenó Mrs. Evil inclinándose hacia la caja que tenía frente a ella—. Tenemos que hallar ese papel. Esa gente tendrá que esperar.

Volvimos a los documentos que se agotaban rápidamente. Pero unos minutos después, a lo largo de los cuales el timbre no dejó de sonar, se escuchó un fuerte golpe metálico. La criada se asomó por la ventana.

—¡Virgen santísima! Acaban de tirar la reja de la entrada, señora.

La madre de Beatriz palideció cuando, unos segundos después, escuchó cómo golpeaban con fuerza la puerta de la casa. Se puso de pie y, ganando compostura, se arregló el cabello antes de volverse hacia nosotros para murmurar con dignidad:

—Hicimos lo que se pudo.

Madame Maléfica enfiló hacia la puerta de entrada que parecía iba a ceder en cualquier momento ante los golpes de los agentes judiciales. A pesar de todo lo que aquella mujer me había hecho, me sentí en el deber moral de acompañarla. La alcancé cuando había consumido el pasillo para colocarme a su lado. Un nuevo golpe se escuchó junto con una voz amenazante:

—¡Abran de una buena vez! ¡Es la policía! ¡No nos obliguen a derribar la puerta!

La mujer quitó el cerrojo y abrió. Afuera, un grupo de hombres malencarados la miraba con rabia.

—¡Carajo, señora! —escupió el que parecía comandar aquella partida—. ¿Que no está oyendo?

—Pues a mi casa no entran. —Trató de oponerse la mujer—. Y, además, tendrán que responder por los daños que han causado.

—Si no venimos por gusto, vieja engreída. Tenemos la orden de un juez —espetó el hombre lanzándole un papel lleno de letras, sellos y firmas—. Así que hágase a un lado. ¡Vamos, muchachos! —añadió dirigiéndose a quienes esperaban detrás—. Hay que cargar con toda la documentación que encuentren. No quiero que dejen un puto papel. ¿Entendido?

Los hombres entraron para comenzar a protagonizar uno de los celebérrimos operativos de la policía mexicana. Hurgaron en armarios, abrieron cajones, derrumbaron muebles, rompieron platos y, por supuesto, cargaron con todas las cajas que había en el salón y con cuanto documento hallaron en la casa, lo mismo recibos de pago del agua que notas de la tintorería. Incluso, todos debimos pasar una revisión personal para asegurar que no ocultábamos nada entre nuestras ropas.

El cataclismo duró cerca de cuatro horas. Era casi media noche

cuando los agentes finalmente se fueron dejando la hermosa casa de Monte Cárpatos materialmente destrozada. La madre de Beatriz, abatida, lloraba sentada en uno de los sillones del salón. No lo hacía por los destrozos ni por el oprobio de haber sido cateada por una mujer policía, sino por esa desesperanza de saber que todo se había perdido, porque el papel que podría haber conseguido revertir la infamia en contra de su marido habría desaparecido entre los montones de documentos que la policía acababa de llevarse. Todos creímos que así había sido, salvo por Beatriz que, durante aquellas horas de angustia, permaneció inexplicablemente serena.

Cuando el ruido del último de los vehículos policiales se perdió a lo largo de la calle, Beatriz se acercó a su madre, se sentó a su lado y le acarició el cabello. Después, le dijo algo al oído. Noté de inmediato cómo Mrs. Evil levantaba el rostro. En su semblante descubrí un gesto de pasmo, mientras su mirada se iluminaba oteando el fondo del salón. Se puso de pie y avanzó con Beatriz hacia el piano de cola, cuya caja acústica había sido también objeto de la inspección de los policías. Pero no era eso lo que la mujer miraba, sino la pared desnuda de la que los agentes habían retirado los óleos y acuarelas que la adornaban —y que ahora yacían abandonados sobre el piso— en busca de una inexistente caja fuerte. Luego, Beatriz le dijo algo más y la mujer la besó.

—¿Qué ha pasado? —Quise saber acercándome a ellas.

—Que cuando mamá y tú fueron a abrir la puerta, yo encontré ese papel.

—¿Lo hallaste? ¿Dónde está?

—Dónde crees, Genio. Pues escondido.

—Pero ¿cómo lo has hecho?

—De la manera en la que se oculta lo que nadie debe hallar. —Sonrió—. A la vista de todo el mundo.

Veintisiete

> **Escarcha**. Cristales de hielo en forma de gránulos blancos producidos por la congelación de las gotas de rocío. Sensación en los ojos del escalador que se presenta cuando lo que está adelante se desdibuja por el frío extremo, igual que sucede con el futuro cuando se enturbia por el efecto de una mentira.

—Es cierto. —La voz de Lara era un murmullo que apenas resonaba en el salón semivacío de Los Guayacanes—. Un par de días antes de que la hallaran muerta, estuve con ella y juntas vimos ese expediente.

—¿Y por qué no nos lo dijiste antes?

—Lo siento, Alberto. —Su mano temblaba mientras extraía del bolso un cigarrillo al que acercó la llama del encendedor—. Pero entiende que no te conocía. Me acerqué a ti porque no tenía alternativa y, en las circunstancias en las que me hallaba, no podía confiar en nadie. Pensaba que mientras menos dijera, más segura estaría.

—¿Y ahora? —deslizó don Efraín con intención.

—Ahora es distinto. Hoy mismo se los iba a contar todo. —Su mirada se había enturbiado, como si la humedad en sus ojos se hubiera convertido en una fina escarcha—. Lo juro.

Se abrió un *impasse* que permitió escuchar los ruidos que comenzaban a despertar en la cocina de la fonda.

—Pues entonces —retomó el viejo—, podría comenzar explicándonos qué sentido tenía animarnos a buscar esos documentos si usted ya conocía su contenido.

—Que no era mucho más de lo que el mayor acaba de decirnos. —Acotó ella—. Cierto que después de leer ese parte supimos el nombre de esos dos oficiales, pero poco más. Y es que todo ocurrió apenas unos minutos antes de que cerraran la biblioteca y no nos permitieron copiar el documento. El mayor podrá confirmarles que no está permitido el acceso con cámaras o celulares.

Tulio Casiano Asís asintió imperturbable.

—Así que esperaba poder ver otra vez ese papel —continuó ella—; obtener quizás una copia para revisarlo con cuidado. Confiaba en que allí habría otra pista que no hubiéramos detectado en aquella apresurada lectura.

—Lo cierto, doctora —disparó el militar—, es que usted es la única

de nosotros que tuvo ese expediente en sus manos. Si, como dice, sus dudas se han disipado, sería bueno que compartiera con nosotros lo que sabe… Todo lo que sabe —enfatizó.

—Es una larga historia.

—No tenemos prisa —añadió Asís derramando una gota de escepticismo.

Sitiada por nuestras miradas, Lara se acomodó en el bejuco de la silla y comenzó:

—La muerte de Mariano Carvajal en esa montaña es solo la punta del iceberg. Cuando Beatriz, Diana y yo pusimos juntas las piezas que habíamos logrado reunir, concluimos que todo debió comenzar unos meses antes de la muerte de ese hombre, hacia abril de 1862. En aquel momento, el gobierno de Juárez se hallaba urgido de recursos para enfrentar las demandas de Francia, España e Inglaterra por las deudas que sucesivos gobiernos mexicanos habían contraído con ellas. Así que Manuel Doblado, quien era el ministro de Relaciones Exteriores, firmó con el embajador plenipotenciario de Estados Unidos, Thomas Corwin, un tratado que pondría a disposición del Gobierno de México once millones de pesos contra la hipoteca de terrenos baldíos en la Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa.

—El tratado Corwin-Doblado —observó Tulio Casiano Asís echando una mirada intencionada a don Efraín—. ¿Le suena, Haro? Es uno de los tantos lodos de los que Juárez no logró salir limpio.

—No me venga con eso. —Respingó el viejo—. Sabe tan bien como yo que aquello fue un intento desesperado para hacerse de recursos que sellaran un acuerdo con la Triple Alianza e impidieran la invasión del país.

—La historia no nos juzga solo por los resultados, sino también por nuestras intenciones. Y evidencia de ellas son los instrumentos que se emplean y los riesgos que estos implican.

—Las circunstancias eran de extrema gravedad. Se trataba de salvar a México.

—Bueno —quiso mediar Lara—, la coyuntura de entonces planteaba que…

—Un momento, doctora. —La detuvo el mayor Asís, quien no deseaba dejar pasar la provocación de don Efraín—. Dígame, Haro. ¿Y quién tenía derecho a decidir si el país se hallaba en ese supuesto extremo? ¿Juárez?

—Quién más.

—Claro, el sello de los autócratas. —Sonrió—. Creerse los poseedores de la verdad absoluta.

—Perdóneme, pero no es lo mismo ser un autócrata que, como don Benito, el último defensor de la legalidad.

—Bueno, eso opina usted.

—Sí, eso opino. ¿Y qué con ello?

—Pues que, amparado en una verborrea como esa, Juárez estuvo dispuesto a hipotecar casi la mitad de la nación, lo que pudo haber llevado a que termináramos perdiendo también esos territorios a manos de los yanquis.

—No sude gripas que no le han dado, mayor. Le recuerdo que, a fin de cuentas, el Senado de Estados Unidos se negó a ratificar ese tratado.

—Por fortuna para Juárez. De otra forma, la historia no habría hallado manera de justificar a su santón liberal.

—El Benemérito no necesita que lo exculpen; sus acciones valen por sí mismas.

—Sí, ya las estamos recordando ahora.

—Le suplico, mayor, que no sea ramplón.

—Y yo, señor Haro, que no busque acomodar la historia para presentarla a su conveniencia.

—Es usted un conservador mañoso.

—Y usted un pseudoliberal taimado…

—¡Señores, por favor! —intervine para evitar que llegaran a las manos—. ¿Podrían dejar esas discusiones para otro momento? No estamos para perder el foco ahora.

Los dos viejos se acomodaron en sus asientos sin quitarse la vista de encima. Volví la mirada hacia Lara haciéndole un gesto para que continuara:

—Aunque el propósito inicial era contar con recursos para cubrir los préstamos vencidos con la Triple Alianza, cuando se firmó el convenio ya se había llegado a un acuerdo con España e Inglaterra mediante los Tratados de La Soledad. Solo Francia decidió no pactar con el Gobierno de México.

—Fue entonces cuando los franchutes iniciaron su avance desde Veracruz —intervino otra vez el mayor Asís.

—Claro, les importaba poco recuperar sus créditos —terció don Efraín—. A lo que venían era a apoderarse de México.

—Y lo que seguía era la guerra. —Recuperó Lara el hilo de la narración—. Así que la necesidad del dinero que proveería el tratado se volvió todavía más apremiante. Aunque para el gobierno de Lincoln la presencia francesa en México resultaba peligrosa en muchos sentidos, tampoco deseaba entrar en una confrontación con una potencia europea, ya que eso abriría la puerta a un eventual entendimiento de esta con los confederados del Sur con quienes ya peleaba para evitar la secesión.

—Y fue esa la razón para que el tratado Corwin-Doblado no fuera ratificado por el Senado de Estados Unidos —explicó don Efraín.

—Cierto —apoyó Lara—. Aunque eso planteaba otro problema para

Lincoln: dejar solo a México y correr el riesgo de que su vecino se convirtiera en una nueva colonia francesa, con las implicaciones estratégicas de largo plazo para Estados Unidos.

—Pero Juárez se encargó de solucionar el problema, ¿no es cierto, Haro? —ironizó Asís—. No iba a permitir que se pusiera en riesgo el «destino manifiesto» de sus admirados vecinos.

—Lo que Juárez no iba a permitir —bufó don Efraín— es que México terminara gobernado por una potencia extranjera.

—Siempre que no fueran los Estados Unidos.

—Es usted un ignorante, mayor.

—Y usted un ingenuo…

—¡Serenidad, señores! —Volví a cortar la escaramuza.

Lara sonrió antes de continuar:

—La restauración de la República, a la que finalmente condujo el esfuerzo de los liberales, era un resultado que difícilmente podía anticipar el Gobierno de Estados Unidos. Solo hay que recordar que Juárez estaba a punto de comenzar su peregrinaje por todo México en un carruaje, mientras el ejército francés ya se internaba en el país. Así que Lincoln se hallaba entre la espada y la pared. Sabía que no podría pasar por encima de la inminente determinación del Senado que iba a echar abajo el tratado con México, pero tampoco podía desentenderse de la situación y permitir que los franceses se le instalaran al otro lado de la frontera. Así que, aunque no hay una certeza histórica de lo que sucedió, muchos investigadores coinciden en que el Gobierno de Estados Unidos debió proveer algún tipo de ayuda a México, a pesar de no haberse formalizado el acuerdo entre los dos países. Ya saben: la razón de Estado.

—¡La falta de vergüenza! —resopló Asís—. Porque supongo que Juárez, dócil como era ante los yanquis, no habrá tenido empacho en buscar y aceptar su ayuda, costara lo que costara para el futuro de México.

—No empiece otra vez, mayor. —Reviró don Efraín—. La historia consigna que aquel triunfo ante los franceses fue el resultado del esfuerzo de los muchos mexicanos que dieron su vida por esa causa, y no producto de lo que el Gobierno de Estados Unidos hubiera hecho por nosotros. ¡Faltaba más!

—No sea cándido, Haro. Que las guerras no se ganan con discursos, sino con dinero.

—Los principios y las convicciones son la verdadera sabia de los vencedores.

—Es usted un iluso.

—Y usted un zafio.

—¡Redentor de pacotilla! —bramó el mayor.

—¡Retrógrada decimonónico! —contestó don Efraín.

—¡Señores! —intervine otra vez como el réferi que separa a los boxeadores cuando la campana ha sonado—. Por favor…

Entre refunfuños, los dos viejos cruzaron los brazos y volvieron a descansar el cuerpo en el respaldo de los asientos. Entonces, Lara retomó la narración:

—La verdad es que hasta ahora no se había hallado ninguna evidencia de que ese apoyo se hubiera materializado. No obstante, el hallazgo de ese oficial en el Iztaccíhuatl podría ser la prueba de que la ayuda de parte de los estadounidenses sí existió.

Las palabras de Lara lograron finalmente el prodigio del silencio.

—¿Cómo podría ese cadáver ser la prueba de algo así, doctora? —cuestionó el mayor Asís rompiendo el encantamiento.

—Muchos historiadores han tratado de explicar cómo pudo sostenerse el itinerante gobierno de Juárez en medio de la invasión. Y no solo eso, sino también cómo se las arregló para mantener el financiamiento de la lucha en contra del más profesional de los ejércitos de la época. Entre todo lo que al respecto se ha escrito, sin embargo, hay una hipótesis que se repite: que mientras formalmente el Gobierno de Estados Unidos sostuvo una ambigua neutralidad aceptando como buenas las afirmaciones de la diplomacia francesa, Lincoln buscó la manera de brindar apoyo encubierto a Juárez.

—¡Eso es absurdo, doctora! —gruñó don Efraín—. Está bien documentada la manera en la que el Gobierno de Estados Unidos dio sistemáticamente la espalda a Juárez. En repetidas ocasiones se negaron a autorizar la venta de armas y municiones a las fuerzas defensoras mexicanas, e incluso embargaron el armamento que nuestro gobierno había adquirido en Canadá. Es más, llegaron a vender a los franceses provisiones y bestias de carga que apoyaron sus desplazamientos por México.

—Conozco esos detalles —concedió Lara—. Pero todos esos hechos, por lo demás menores en un conflicto de la dimensión de aquel, buscaban preservar la neutralidad francesa ante la guerra de secesión y eran la forma de disfrazar las verdaderas intenciones del gobierno de Lincoln, las cuales se hallaban muy lejos de tolerar que una potencia europea se instalara en su vecindario.

—Meras especulaciones —insistió el viejo.

—¿Y hay evidencias que respalden esa hipótesis, doctora?

—Las hay, mayor. La primera tiene que ver con ciertas discrepancias en las cuentas públicas del Gobierno de Estados Unidos por varios cientos de miles de dólares en ese año de 1862; diferencias contables que bien podrían corresponder al apoyo que el gobierno de Lincoln hizo llegar a Juárez.

—¡No me joda! —interrumpió nuevamente don Efraín—. Si aquellos infelices estaban a la mitad de una guerra civil. ¡Qué cuentas

iban a cuadrarles! ¡Por Dios!

—No es solo eso —prosiguió Lara dejando pasar la provocación—. Hay algo más… Se trata de un despacho confidencial documentado en una reciente investigación. En este puede inferirse que el gobierno de Lincoln evaluaba la conveniencia de anticiparse a la previsible negativa del Senado a ratificar el tratado con México, para así hacerle llegar al gobierno de Juárez parte de un adelanto que estaba pactado en el acuerdo. Es una pieza de correspondencia personal dirigida al presidente Lincoln por Salmon Portland Chase, secretario del Tesoro. Allí sugiere, de forma críptica, la incursión subrepticia de una fragata del ejército en la costa norte del Golfo de México en mayo de 1862, con el objetivo de llevar ciertos apoyos al Gobierno mexicano.

—¿Podría haberse tratado de ese adelanto del que habla? —Inquirió Asís.

—Es probable —confirmó Lara—. De hecho, la carta de Chase habla de ciertas indicaciones que habrían sido transmitidas a Thomas Corwin, quien, a su vez, las habría entregado al ministro mexicano de Relaciones Exteriores; información que bien podría haber indicado en dónde se hallaba ese apoyo, que no podía ser sino dinero llevado a las costas mexicanas.

—Y el hombre que hallaron en la montaña, ¿qué tiene que ver con todo esto? —Quise saber.

—Quizás el mayor Asís podría ayudarnos a responder esa pregunta —dijo ella volviéndose al militar—. ¿Qué habría hecho el Gobierno de haber recibido una información de esa naturaleza? ¿Cuál sería el protocolo en un caso así?

—Corroborar la información, por supuesto —contestó tajante—. Y, de resultar cierta, tomar las previsiones necesarias para poner a resguardo ese dinero, o lo que sea que se les hubiese enviado. Además, tratándose de una cuestión así de delicada, el operativo se habría encargado a un número muy reducido de efectivos, y la información clave se habría transmitido solo al oficial de mayor rango.

Una idea comenzó a formarse en la mente de todos.

—Entonces aquella podría haber sido la misión de esos dos hombres. —Verbalicé.

—Eso concluimos Beatriz y yo tras leer el expediente. —Concedió Lara—. Aunque no lo decía de forma explícita, resultaba muy posible que la misión buscara verificar el desembarco de ese dinero para proceder a su resguardo.

—Me parece que va usted muy deprisa, doctora —rezongó don Efraín revolviéndose en el asiento—. ¿Entendimientos secretos entre Juárez y Lincoln? ¿Dinero al margen de tratados que nunca fueron ratificados? ¿Fragatas transportando dinero para abandonarlo en el Golfo de México…? Perdóneme, pero esas son suposiciones

francamente fantasiosas.

—Con lo que ahora sabemos, creo que son mucho más que eso. —Lara hizo una pausa para extinguir los restos del cigarrillo en el cenicero—. En el parte que Beatriz y yo leímos —retomó al cabo—, el capitán Agustín Ruz asentó que le era imposible confirmar la veracidad de la información que había sido el propósito de la misión. Sin aclarar más, decía que la misma había quedado bajo el resguardo del fallecido teniente coronel Carvajal, quien nunca la compartió con él.

—Pues a mí me parece que eso se ajusta a lo que ahora ha descubierto el mayor respecto a la muerte de Mariano Carvajal —intervine.

—Así es —corroboró Lara—. ¿Se dan cuenta? Todo apuntaría a que ese dinero fue enviado a México, que las indicaciones para localizarlo fueron transmitidas al Gobierno y que el oficial encargado de confirmarlo fue traicionado por su subordinado.

El mayor Asís unió las palmas de las manos y las colocó frente a sus labios, mientras don Efraín barboteaba:

—Todo esto no tiene sentido.

—Hay que reconocer que algo de sentido sí tiene —intervino el militar—, aun cuando le duela a su veneración juarista. El teniente coronel Carvajal bien pudo haber sido el encargado de corroborar la existencia de esos apoyos y de ponerlos a buen resguardo, y su subordinado, el capitán Ruz, lo habría matado para hacerse con esa información.

—Aunque parece que Carvajal lo habría impedido —corrigió Lara—. Y pensando en que esos datos valiosos no se perdieran, tal vez haya ideado alguna forma de ocultarlos. En ese caso, la clave podría estar en…

—El papel que estaba oculto dentro del cartapacio —murmuré.

Lara asintió.

—Beatriz pensaba lo mismo —agregó—. Creía que el mensaje cifrado que ese hombre llevaba encima debía ser la clave de todo. Por eso habíamos acordado reunirnos esa misma tarde para comenzar el trabajo concentrándonos en el cifrado, pero ni ella ni Diana acudieron a la cita… El resto ya lo saben. Cuando me enteré de su muerte fui a su habitación para rescatar el cartapacio, pero el mensaje cifrado no estaba allí. Estoy segura de que Beatriz lo escondió.

—¿Y no insinuó algo sobre dónde podría haberlo hecho? —insistí.

—Nada —respondió melancólica—. Solo que ella conocía la mejor manera de ocultar las cosas. Se me ocurre que quizás haya…

Lara se detuvo súbitamente. Su mirada se había congelado a mi espalda.

—Señor Millán. —Escuché de inmediato.

Al volverme, a un par de metros y escoltado por el agente Luciano Fierro, estaba el inspector Hasen Ramírez. Detrás de ellos, en la puerta de Los Guayacanes, un par de policías malencarados nos miraban con recelo.

—No sabía que fuera usted aficionado a la comida tabasqueña. Aunque todavía es temprano para chilmoles y pejelagartos.

—Buenos días, inspector —balbucí incómodo.

—Y tú, Efraín —añadió colocando su pequeña mano sobre el hombro del viejo—. ¿No habíamos quedado en que ibas a aconsejar mejor a nuestro amigo?

Por toda respuesta, el aludido se sumió en su asiento.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió el mayor Asís poniéndose de pie.

—Tranquilo, amigo —resopló el Holandés sacando del bolsillo de la chamarra tejida una placa de identificación con la que contuvo los bríos del militar—. Y usted ¿quién es?

—Mayor Tulio Casiano Asís. —Se cuadró frente a Ramírez—. Vigésimo sexto batallón de infantería. En retiro.

—Muy bien, mayor. Por lo pronto, voy a pedirle que tome asiento.

—Pero exijo una explicación a esta…

—¡Siéntese y déjeme hacer mi trabajo! —cortó el policía—. Vamos a ver, Millán…

—¿Qué se supone que he hecho ahora? —protesté interrumpiéndolo—. ¿Reunirse con amigos se ha vuelto un delito?

—¿Cómo ve, jefe? —murmuró el agente Fierro—. Aquí el compañero periodista ya comenzó a hablar de delitos. ¿Cómo dicen…? ¿El que hambre tiene, en pan piensa?

El inspector Ramírez rodeó la mesa hasta colocarse junto a Lara.

—¿No va a presentarme a su amiga?

Miré a Lara quien estaba pálida.

—Raquel Carrascosa —respondí mientras ella me cruzaba con una mirada de extrañeza.

—¿No me diga? —Sonrió el Holandés—. ¿Su amiga de Tuxtla Gutiérrez? ¿La de la encerrona en la casa de su amigo el Charro Cantor?

Asentí cuando el policía ya había sustituido la sonrisa por una mueca.

—Pues fíjese que, aunque no dudo que sea ella la mujer con quien estuvo ayer en Tepoztlán, definitivamente no es la señora Carrascosa. De hecho, hablé con ella esta mañana. Como me dijo usted, vive en Tuxtla Gutiérrez. Casada, dos hijos. Profesora de la Universidad Autónoma de Chiapas. Incluso me envió una foto. Ella lo recuerda muy bien, aunque me dijo que no ha sabido nada de usted en años. Ni hablar de alguna encerrona ayer… En cambio —deslizó con ironía

clavando su mirada en Lara—, me parece que a su amiga sí que la conozco.

No tuve tiempo para pensar en algo más, porque Hasen Ramírez se me anticipó:

—Por lo pronto, ustedes van a acompañarme a la delegación.

—¿Estamos detenidos? —Salté.

—¿Y qué esperaba? ¿Que me los llevara a todos de fiesta?

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué…? —Volvió a sonreír el policía—. ¿Sabe, Millán? Pensará que soy un masoquista, pero creo que comienzo a disfrutar de su retorcido sentido del humor.

Veintiocho

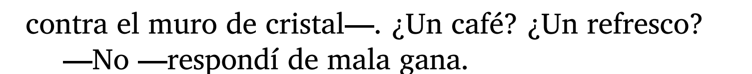
> **Pliegue**. Deformación en las rocas estratificadas que crea ondulaciones y que es originada por esfuerzos compresivos de origen tectónico. Doblez en la manera de obrar que anticipa un engaño.

Era cerca del mediodía cuando, a bordo del autopatrulla al que nos habían escoltado el par de uniformados que vigilaba la salida de Los Guayacanes, Lara y yo fuimos llevados a la delegación de policía en el centro de la ciudad. A unos metros nos seguía otro coche en el que viajaban don Efraín y el mayor Asís. Los viejos venían en la parte trasera del vehículo que conducía el agente Fierro, llevando a su lado al inspector Ramírez, quien, circunspecto, parecía ir valorando el saldo de un fructífero día de trabajo: la detención de una historiadora, un periodista y dos ancianos que juntos sumaban más de un siglo y medio de edad.

Atravesamos la entrada de cristal de una instalación que, a primera vista, aparentaba ser una oficina de país de primer mundo; un edificio de varias plantas con fachada de cristal coronada con un sobrio rótulo en letras de brillante aluminio. No obstante, apenas nos internamos en sus intestinos, aquella instalación se transformó en lo que era cualquiera otra oficina de la policía mexicana: iluminación sombría, muebles desvencijados, alfombras hechas jirones y semblantes tan alegres como los de un condenado a muerte. Nos condujeron por un pasillo en penumbra, a lo largo del cual se repetían puertas identificadas con números consecutivos. Allí nos separaron. Uno de los policías metió a Lara al primero de aquellos habitáculos, mientras que el otro me llevó al cuarto contiguo. Había allí una mesa de metal con dos sillas puestas una frente a otra y un largo espejo a un costado. Siempre me había preguntado cómo sería estar en uno de esos separos preparados para los interrogatorios, en los que no solo se tiene a un policía al frente, sino que otros testigos invisibles miran y escuchan detrás del cristal.

El uniformado me sentó frente a la mesa y salió cerrando la puerta tras de sí. Transcurrió casi una hora antes de que el inspector Hasen Ramírez hiciera su aparición acompañado por el agente Luciano Fierro.

—¿Ya le han ofrecido algo? —disparó el Holandés recargándose


contra el muro de cristal—. ¿Un café? ¿Un refresco?

—No —respondí de mala gana.

—Estupendo. —Sonrió con cinismo.

—Nadie me ha dicho todavía por qué nos han detenido.

—Caramba, jefe —masculló el menonita desde el lugar que había elegido a un costado de la puerta—. Se ve que ya va conociendo bien al compañero periodista. Como dijo, no ha tardado nada en comenzar a ponerse pesado.

—¿No piensa responderme? —insistí.

—Deje ya ese papelito de ciudadano indignado, que no le queda, Millán.

—Esto es una arbitrariedad, inspector.

—Nada de eso. Sabía muy bien que buscábamos a esa mujer y usted la ha estado ocultando, así que no se haga el sorprendido ahora —reprochó tomando asiento frente a mí. Al dejar libre la pared de cristal, esta me regresó el reflejo de mi palidecido semblante. Supuse que, al otro lado, habría alguien celebrando el soplamocos que el policía acababa de colocarme con su respuesta—. Pero, bueno, tiene razón. Es mi obligación informarle las causas para su detención: su amiga lo ha sido bajo sospecha de doble homicidio y usted, de momento, por obstrucción a la justicia.

—Esto es absurdo…

—Podemos hacer que el asunto sea sencillo y rápido —me interrumpió Ramírez—. Tan fácil como que yo hago unas preguntas y usted me las responde.

—Quiero llamar a mi abogado.

—Son solo unas preguntas, Millán.

—¿No me escuchó? Le he dicho que quiero a mi abogado.

El Holandés sonrió.

—Tengo derecho a llamarlo —repetí—. ¿O también piensa saltarse esas formalidades?

—Haga su llamada y después entrégueselo al agente Fierro. —Concedió arrojándome un teléfono celular, el cual resbaló sin problemas sobre la superficie metálica de la mesa. Luego se puso de pie para encaminarse hacia la puerta—. Y dígale a su abogado que tiene media hora para llegar. Después, comenzarán las preguntas. Con o sin él.

—¿Y Lara? —lo detuve.

—¿La doctora Bowman?

—Quiero verla.

—Újule, jefe. —Sonrió Fierro—. Ya se nos puso celoso el enamorado.

—No será posible —contestó Ramírez—. Ahora está ocupada respondiendo a las preguntas que pondremos en la declaración que

firmará.

—¿Alguien la ha asesorado?

El inspector me miró con serena inmovilidad.

—No que yo sepa —respondió al cabo.

—¿La forzará a firmar una declaración sin que antes la haya aconsejado un abogado?

Ramírez se limitó a apretar los labios y levantar los hombros.

—Se lo advierto —amenacé—. No va a salirse con la suya convirtiéndola en chivo expiatorio.

El Holandés no dijo más y abandonó el cuarto dejando al agente Fierro de guardia en la puerta. Tomé el celular. No tenía ningún abogado a quien llamar, así que marqué el número de quien, en ese momento, supuse sería el único que estaría dispuesto a acudir en mi ayuda.

Jorge llegó a la delegación de policía antes de que se cumpliera el ultimátum fijado por el inspector Ramírez. Mi llamada lo había hallado a la mitad de una reunión en la secretaría de Hacienda en el Palacio Nacional, así que solo le tomó unos minutos acudir en mi auxilio. Ante la glauca mirada del agente Fierro, lo puse al tanto de la situación.

—No te preocupes, el abogado está por llegar —me informó revisando sus mensajes en el celular—. ¿Y la mujer de la que me hablaste?

—Lara Bowman… La tienen en el cuarto de al lado. No me han permitido hablar con ella, pero supe que la van a forzar a firmar una declaración.

—¿Sin que antes la haya revisado un abogado?

—Ya sabes cómo se las gastan aquí —respondí mirando de reojo al menonita—. Justicia a la mexicana.

—Déjame ver qué puedo hacer. —Zanjó dirigiéndose a la salida.

Jorge estuvo fuera mucho más tiempo del que supuse le tomaría llegar a la puerta contigua y recibir del policía que hacía guardia allí la orden de que se fuera a dar lata a otra parte. Debió de transcurrir más de media hora antes de que la puerta finalmente se abriera y entraran, en fila india, Jorge, Lara y otro individuo que me pareció vagamente familiar. Deduje que sería el abogado, ya que antes de que la puerta terminara de abrirse y entrara al lado de Hasen Ramírez, vociferaba citando artículos del Código Penal como si para que surtieran efecto jurídico fuera indispensable que se escucharan en todo el edificio. El hombre que llegaba al rescate era flaco como un fideo y largo como la Cuaresma. Su impecable traje gris a rayas creaba el contraste exacto a una corbata en tonos azules que nadaba en la blancura de una camisa almidonada. Ni duda cabía de que aquel no

era un defensor de oficio, sino uno de esos abogados que conocen bien su trabajo. El tipo debía rondar los sesenta años. Los rasgos de su rostro eran afilados, lucía un bigote bien recortado y cubría las canas con un tinte que la luz amarillenta de la habitación transformaba en un tono casi anaranjado. A su lado, el Holandés llevaba las manos metidas en las bolsas de la chamarra tejida, y su semblante de ídolo mazateco estaba torcido como si tuviera diarrea.

—No lo tome como algo personal, inspector —replicó el abogado quien, al hablar, dejaba ver a cada momento la punta de su larga lengua—. Pero la verdad es que ahora sí se les pasó la mano. Esta declaración que han hecho firmar a la doctora Bowman no tiene ninguna validez y se caería en juicio al primer intento de presentarla —añadió agitando las hojas que llevaba en la mano y que luego dobló para colocarlas en el bolsillo del saco—. ¿Este es el otro detenido? —Inquirió echándome una mirada.

—Sí, licenciado —confirmó Jorge—. Él es Alberto Millán.

—Bernabé Orive. —Se presentó colocándose a mi lado—. Soy su abogado.

Estreché su mano. Era huesuda y fría.

—¿Lo han lastimado de alguna forma? —me interrogó.

Negué con la cabeza.

—¿Respondió preguntas?

—Ninguna.

—¿Firmó algo?

—Nada.

—Bien hecho. —Me palmeó la espalda—. En ese caso, me parece que hemos terminado —prosiguió Bernabé Orive mirando al Holandés—. El asunto de la doctora Bowman ha quedado debidamente aclarado. Sin más pruebas, ser amiga de las víctimas no la hace culpable de nada. Y si como parte de la investigación requiere algo más de ella, pues nos envía el citatorio y por aquí estaremos para visitarlo con todo gusto. Y respecto al señor Millán —añadió echándome una mirada cómplice—, por lo que hemos hablado tampoco hay nada que justifique su detención. Así que nos vamos.

Ramírez frunció el morro como si estuviera a punto de estornudar, en tanto que el abogado avanzaba raudo hacia la puerta.

—Un momento. —Lo detuve—. ¿Qué hay de don Efraín y el mayor Asís?

Bernabé Orive miró extrañado a Jorge.

—Las otras dos personas a quienes trajeron con nosotros —expliqué—. No pienso irme sin ellos.

—El señor no me habló de que hubiera más implicados. —Reaccionó el abogado.

«¿El señor?», me dije.

—¿Qué hay contra esas personas? —Revivió Bernabé Orive interrogando al inspector Ramírez mientras modulaba el movimiento de su elástica lengua.

—Nada —respondió este de mala gana—. Estaban con Millán y la doctora Bowman cuando los detuvimos. Solo les pedimos que nos acompañaran aquí.

—¿Y dónde están ahora?

—El militar ese fue más rápido que ustedes —respondió el Holandés revolviendo incómodo sus manitas dentro de los bolsillos de la chamarra de Chiconcuac—. Un abogado del ejército se presentó casi de inmediato y se lo llevó. Argumentó que no estaba sujeto a la jurisdicción civil y que, salvo que hubiera algún cargo en su contra, no podíamos retenerlo.

—¿Y don Efraín? —insistí.

El agente Fierro intervino desde su lugar en la puerta:

—Está allá abajo, en la cafetería, fumándose un cigarrillo.

Bernabé Orive me miró con gesto de «¿Satisfecho?» y yo asentí.

—Pues si todo está en orden, nos retiramos, inspector. Y permítame recordarle que entre gitanos no nos leemos las cartas. —Lo encaró con suficiencia—. Así que le sugiero que no vaya a valerse del viejo truco de seguir incordiando a mis clientes con faltas inexistentes. No quisiera tener que ir más allá abriendo un expediente por abuso policial.

El Holandés se contentó con dedicarle una profesional mirada de desprecio.

—Buena tarde a todos. —Sonrió Bernabé Orive antes de salir delante de nosotros balanceando a su paso el pliegue de la valenciana del pantalón.

Con los años, Jorge había adoptado una personalidad que lo alejó de la imagen que yo tenía de él cuando éramos adolescentes. Ayudado sin duda por su matrimonio con *Bella* Carpio, aquel chico desgarbado que se la pasaba inventando formas para sacar de sus casillas a los profesores y cuyo manifiesto ante la vida era romper las reglas, se había transformado en la imagen del perfecto funcionario financiero: traje oscuro, camisa con iniciales grabadas en los puños, corbata de figuras minimalistas, zapatos bostonianos, lentes de pasta y mancuernas doradas. Como dicen por ahí: si a los veinte años no fuiste un rebelde, es que no tienes corazón; y si a los cuarenta no eres de derecha, es que no tienes cerebro. Pues Jorge había logrado salir airoso de esa transmutación, demostrando que tenía cerebro, y mucho. Lo que no había cambiado nada en él era el impacto que causaba en las mujeres. A diferencia mía, que apenas conseguía arrancar un bostezo de nuestras compañeras de la «Mártires de Tacubaya», él

provocaba una reacción que era electricidad pura. En cuanto se les plantaba enfrente, las pobrecitas comenzaban a hiperventilar y las pupilas se les dilataban hasta encenderles los ojos. Así que —no sin cierta incomodidad— me di cuenta de que justo eso había ocurrido con Lara, quien no conseguía dejar de mirarlo.

—¿Los han presentado ya? —Dejé caer tratando de romper el encantamiento cuando ya avanzábamos hacia la salida de la delegación tras haber rescatado a don Efraín.

—No —respondió ella—. Aunque me he dado cuenta de que fue gracias al abogado que ha traído tu amigo que hemos salido de esta.

—Jorge Moreno. —Sonrió él deteniéndose para estrecharle la mano.

—¿Y tu amigo, el abogado? —agregué buscando reducir al mínimo el contacto entre ambos—. ¿Regresará?

—No creo que sea necesario. Esa es la virtud de los profesionales como el licenciado Orive, que hacen su trabajo con una eficacia definitiva.

—Pues gracias por eso —intervino don Efraín—. Nos ha ahorrado algunas horas más de tormento a manos de esta gente.

—Te debo otra, Jorge. —Me sumé palmeándole la espalda.

—La verdad es que Alberto me ha sorprendido. —Mi viejo maestro comenzó la mecánica para llevarse un cigarrillo a los labios—. Una disculpa por la franqueza, pero no supuse que tuviera esta clase de amigos. —Remató haciendo gala de sus dotes de buen observador al echar una mirada discreta a las mancuernillas y al anillo de sello que Jorge llevaba en el meñique—. Usted debe de ser también el de la casa de Tepoztlán, ¿no es cierto?

Jorge asintió discretamente.

—Pues, otra vez, muchas gracias.

—No hay nada que agradecer.

—Cómo no —insistió el viejo—. Si ese abogado que nos trajo es una verdadera trucha.

—La marca del Banco de México. —Quise bromear—. No por nada nuestros impuestos pagan esa burocracia de terciopelo.

—Me parece que te equivocas, Alberto —corrigió don Efraín con lo que me pareció una fingida candidez—. No creo que Bernabé Orive haya trabajado nunca en nuestro respetado banco central.

Me volví hacia Jorge. Él esquivó mi mirada antes de responder titubeante:

—Los abogados del banco son… Bueno, ellos son expertos en eso de los contratos sobre títulos y operaciones de crédito, pero asesinatos y obstrucción de justicia son problemas que requieren de especialistas en materia penal.

—¿Entonces ese abogado no trabaja contigo?

—¿No lo reconociste, Alberto? —Volvió a la carga don Efraín—. Pero si el licenciado Orive sale a cada rato en la televisión.

En ese momento, aquella sensación de familiaridad que me había producido el abogado al entrar al cuarto de interrogatorios se transformó en un recuerdo nítido. «Pero qué estúpido soy», me dije. Y es que Bernabé Orive era una figura frecuente en las primeras planas de los periódicos y en las pantallas de los noticiarios de la televisión. Solía aparecer al lado de políticos, empresarios o artistas implicados en algún asunto con la justicia, turbio casi siempre.

—¿Y cómo conseguiste que viniera a ayudarnos? —lo interrogué.

—Pues… —Volvió a dudar Jorge—. Pedí ayuda.

—¿A quién? —Reiteré con la invocación al «señor» de parte de Bernabé Orive zumbándome como una mosca detrás de la oreja.

Un silencio incómodo se abrió paso creando una tensión que Lara y don Efraín percibieron de inmediato. Jorge no necesitó responderme porque, cuando se disponía a hacerlo, ya lo había comprendido todo.

—¿Fuiste a pedirle ayuda a ese imbécil? —exploté.

—No te pongas así, Alberto.

—¿Que no me ponga cómo?

—Así, como te pones cuando se trata de Eduardo. Además, aunque no lo creas, fue él quien se ofreció a ayudar.

—¡No me vengas con cuentos!

—A pesar de las cosas entre ustedes, me dijo que Beatriz no le habría perdonado que te abandonara en medio de esta clase de problemas.

—¿Cómo pudiste? —mascullé sintiendo el puñal de la traición en la espalda.

—¿Qué sucede? —intervino Lara.

—Que mi buen amigo —glosé para ella—, no ha tenido una mejor idea que buscar la ayuda del exmarido de Beatriz. ¿En qué diablos estabas pensando, Jorge? —lo machaqué.

—En sacarte de la cárcel.

—No estaba en la cárcel.

—Pues era cuestión de horas.

—¡No digas tonterías! No he hecho nada y este asunto se habría aclarado. Además, hubiera preferido pasar el resto de mis días tras las rejas antes que darle la satisfacción a ese idiota de usar su dinero mal habido en mí.

—Solo quise ayudarte.

—¿Acudiendo a ese cretino? ¡Pues te hubieras ahorrado la ayuda!

Jorge perdió la batalla interior y no pudo contener el estallido:

—¡Entonces no me hubieras llamado…! ¿Crees que me gusta estar poniendo mi cara de pendejo para conseguir a alguien que te saque de tus problemas? ¿Que disfruto con que me busques solo cuando

necesitas que te arregle la vida? ¿Que me ha gustado ser siempre la nana a quien le lloriqueas cuando la cagas y no sabes qué hacer…?

Se detuvo bajando la mirada. Luego, aspiró profundamente.

—Perdóname, Alberto —corrigió en un murmullo—. Es que me sacas de quicio.

No le respondí.

—Lo siento —insistió acercándose para poner su mano sobre mi hombro—. Créeme. Mi única intención ha sido ayudarte.

—No necesito esa clase de ayuda. —Reaccioné zafándome—. Y procuraré no molestarte en adelante con mis problemas.

—Venga, si somos amigos. En cualquier caso, he sido yo quien puso la cara. Para Eduardo, tú no sabes nada de esto.

Le clavé la mirada. Sentí que un fuego me consumía por dentro cuando dejé ir la daga de mi orgullo:

—Lo sé yo. Y con eso basta.

Jorge desapareció a bordo de un automóvil negro que lo esperaba frente a la delegación de policía. A pesar de que me seguía aguijoneando la idea de que la intercesión de la Lombriz nos hubiera sacado de aquel embrollo, me molestaba que siendo tan pocas las veces que mi amigo y yo nos encontrábamos hubiéramos terminado agarrados del chongo.

—Al menos, algo bueno tuvo todo esto —dije intentando romper el *impasse* que se había creado—: la intervención del idiota de Ruiz-Berben nos ha sacado del radar de la policía.

—Me temo que no —corrigió don Efraín dando fuego al enésimo cigarrillo del día—. Aunque Bernabé Orive recuperó la declaración de la doctora Bowman, eso no ha impedido que ahora el Holandés sepa prácticamente lo mismo que nosotros. Además, ¿se te ha ocurrido pensar que Orive compartirá la declaración de la doctora con quien lo envió aquí?

Se me revolvió el estómago al imaginar a la Lombriz con aquellos papeles en las manos husmeando en los últimos días de Beatriz.

—¿Qué fue lo que le dijiste al inspector? —Repuse hacia Lara intentando calcular el alcance de las palabras de don Efraín.

—Quería saber por qué no me había presentado ante las autoridades —respondió contrita—. Le dije que no sabía que me buscaban, pero sugirió que tú estabas al tanto y que me lo habrías dicho.

—Evidencia circunstancial… —Dictaminó don Efraín con su experto juicio jurídico.

—Luego me pidió que le explicara mi relación con Beatriz y Diana. Me mostró el vídeo en el que aparezco, así que no tuve más remedio que hablarle de la historia del hombre bajo el hielo y de la invitación

que me hicieron a colaborar con ellas en el proyecto.

—Bien. —Falló el viejo—. Hechos verificables que explican la razón por la que las tres estuvieron reuniéndose los últimos días.

—Después me preguntó cuál era mi relación contigo.

La miré tratando de anticipar hasta dónde consideraba ella que nosotros dos teníamos una relación.

—Le dije que me había acercado a ti porque eras amigo de Beatriz. Que no tenía nadie más a quien recurrir en esta ciudad.

—Una motivación algo vaga —torció los labios don Efraín—, pero aceptable.

—¿Algo más? —Quise saber.

—Sí… —Se revolvió incómoda—. Le hablé del cartapacio.

—Mala idea —mascculló el viejo cruzando una mirada conmigo.

—No tuve opción —se justificó—. Antes de que llegara el abogado, ese policía revisó mis pertenencias y descubrió el cuaderno en el bolso, así que tuve que contarle la historia. Claro que no dije que lo robé de la habitación de Beatriz, pero debía explicar por qué lo tenía conmigo.

—¿Y qué le dijiste?

—Que Beatriz me pidió que lo guardara.

—¿Le hablaste del mensaje cifrado que estaba en su interior? ¿De lo que podría estar detrás de todo esto?

—Por supuesto que no. Solo repetí lo que ya Beatriz les había dicho en el vídeo: el militar que hallaron en la montaña y el cartapacio que llevaba consigo. Tuve cuidado, créeme —añadió haciendo una pausa —. No me quito de la cabeza que esos policías son quienes estuvieron en la habitación de Beatriz aquella mañana.

—¿Y el cuaderno? —Quise saber—. ¿Se quedó Ramírez con él?

—Pretendió hacerlo —respondió llevando su mano al bolso—, pero el abogado le dijo que no podía retener ninguna de mis pertenencias. Aun así, un policía se lo había llevado por varios minutos y no dudo que hayan hecho una copia.

El sol comenzaba a ocultarse detrás de los edificios en el centro de la ciudad, haciendo que la claridad en la mirada de Lara se mimetizara con la menguante luminosidad de la tarde.

—Pues, ahora que son muchos más los que están al tanto de lo que está pasando —caviló don Efraín mientras machacaba la colilla del cigarrillo contra el piso—, me temo que el asunto se ha complicado.

Aunque el viejo tenía razón, me pareció que aún manteníamos una ventaja. Solo nosotros —al menos eso creía entonces— conocíamos la existencia del cifrado que podría permitirnos avanzar del punto muerto en el que nos hallábamos. Además, durante la larga espera en la sala de interrogatorios, un presentimiento me había estado rondando. Y es que estaba seguro de que, muchos años antes, Beatriz

me había dicho lo que ahora necesitaba saber para encontrar ese papel.

Veintinueve

> **Veleta**. Pieza de rotación libre situada en el extremo superior de un brazo vertical. Instrumento que permite identificar la dirección del viento, la cual puede llegar a ser tan impredecible y cambiante como lo son las manifestaciones de la condición humana.

Esa noche recibí el primero de aquellos mensajes.

Tras abandonar la delegación de policía, don Efraín, Lara y yo habíamos acordado vernos al día siguiente para definir los pasos a seguir. Nos reuniríamos otra vez en Los Guayacanes. «No hay sitio más seguro que aquel en donde acaba de cometerse un crimen», había elucubrado el viejo con algo de chispa. El propio don Efraín se ofreció a buscar al mayor Asís para confirmar si, luego del incidente con el inspector Ramírez, seguíamos contando con él.

Mientras Lara dormitaba en el asiento del taxi camino a mi departamento, me seguía dando vueltas en la cabeza la idea que me había asaltado las últimas horas y que me repetía que quizá ya sabía cuál era el escondite de aquel cifrado. A pesar de ello, no había querido compartirlo ni con Lara ni con don Efraín, no sin antes ver otra vez aquel vídeo con el que Beatriz me había conducido a la tumba de Dante.

Al llegar a casa, Lara fue directo a la regadera para quitarse del cuerpo los olores de la estación de policía, en tanto yo sacaba una cerveza del refrigerador para sentarme frente a la computadora. Entré a la cuenta de correo que aparecía bajo la firma de mi columna del periódico. Quería buscar el mensaje que había recibido con el enlace al vídeo de Beatriz. A diferencia de mi correo personal, revisaba aquella cuenta solo de cuando en cuando para evitarme la incomodidad de pasar por la dispareja colección de mensajes que allí recibía. No es que fueran numerosos, ni tampoco que sufriera de falta de tolerancia ante las lindezas que mis lectores me dedicaban; era solo cierto hartazgo frente a los reproches que me dirigían. Así que, sabedor de lo que podría hallarme en el buzón, no solía sino pasar por encima del asunto de esos correos —que iban desde «Millán: aprende a escribir a favor del pueblo, puto conservador», hasta «A ver si dices la verdad y dejas de recibir dinero del Gobierno, maldito zombi de izquierda»— antes de mandarlos directo al basurero. En fin, ya se sabe

que en esto del periodismo no se queda bien ni con Dios ni con el diablo.

Ejecutando esa rutina, comencé a avanzar desechando uno a uno los mensajes de los últimos días, mientras intentaba localizar el dichoso correo que había recibido con el enlace al vídeo. De pronto, una línea me sacudió: «La verdad sobre la muerte de su amiga». Al principio, dudé creyendo que tal vez algún lector había hecho una accidental referencia que ahora se ajustaba al talante de mis preocupaciones. El correo, que había sido enviado apenas un par de horas antes desde la críptica dirección 83swsphr@instant.com, me atrajo sin remedio. Hice clic y allí estaba el mensaje:

«Señor Millán. Sin que esté en posición de revelar (por ahora) mi identidad, quiero decirle que conozco los detalles de lo sucedido con Beatriz Soler y Diana Abascal. No me refiero a los pormenores de su infortunado desenlace (mayormente recogidos por los medios) ni tampoco a la relación que usted y la señora Soler mantuvieron hace años (los archivos policiales han dejado de ser lo reservados que debieran), sino específicamente a las circunstancias de su muerte. Es más, quizá sea yo la única persona que las conozca con precisión. Entiendo que eso no regresará a la vida a su amiga, pero me doy cuenta también de que muchas veces ese tipo de información ayuda a procesar estos infortunios. Por lo pronto, habiendo evaluado la situación, me ha parecido que podríamos llegar a un entendimiento mutuamente provechoso. Me explico. Supongo que usted deseará saber la verdad sobre lo sucedido con su amiga, y yo podría beneficiarme de su ayuda para conseguir algo que ella dejó atrás. Aunque hablamos de un simple intercambio, se trata de algo que sería necesario acometer en un plazo breve y (evidentemente) al margen de la policía. Así, yo lo pondría al tanto de los detalles del desenlace fatal de su amiga y, a cambio de esa información, usted me entregará algo que ella tenía en su poder. Es un viejo cuaderno y una nota que debe de hallarse en su interior; objetos que, según me he enterado, han caído en sus manos. No se preocupe. Son solo papeles viejos que nadie echará de menos. Anticipo que estará interesado en mi oferta, ya que, de otra forma (y salvo que sea usted el único ciudadano en este país que confíe en la eficacia de nuestra policía), quizá nunca llegue a saber lo que pasó con Beatriz Soler. Aun así, necesitaré recibir una confirmación de su parte; una señal de su aceptación. Como ni a mí me conviene que la policía se entere de que estoy detrás de esos papeles, ni a usted que está en tratos conmigo, he pensado en un método discreto para dar luz verde a nuestro acuerdo. No podría ser la respuesta a este mensaje, puesto que el uso de estos medios termina siendo fácilmente rastreable. De hecho, se habrá percatado de que he empleado una cuenta de correo temporal, cuya efímera vida a estas

alturas ya habrá terminado. Considerando este inconveniente, he pensado en algo más sencillo: tomaré como muestra de su aceptación que titule su próxima columna en el periódico (pasado mañana, si no me equivoco): "Un saludo desde el infierno". ¿Qué le parece? Espero que no le incomode la excentricidad (que personalmente encuentro simpática), ni que haya ideado el título estando al tanto de ciertos antecedentes literarios suyos (le repito, las cosas que quedan en los expedientes policiales se han vuelto carroña a la que cualquiera con los medios necesarios tiene acceso). Una última cuestión. Quizá se pregunte por qué tendría que hacer caso a un mensaje que bien podría provenir de alguien que solo intenta beneficiarse de la situación, sin que realmente pueda aportar nada de lo que le ofrece. Si es así (y así lo interpretaría yo mismo en su lugar), le sugiero que eche una mirada al archivo que adjunto. Son unas fotografías que le confirmarán que poseo la información que pretendo intercambiar con usted. Pero, como dicen en la televisión, tenga cuidado al abrir ese archivo porque se trata de imágenes cuyo contenido explícito puede herir a personas sensibles (como usted). Le ruego perdone la ironía y quedo en espera de sus noticias. Le saluda, Dante».

«Dante», masculléen voz baja. «Un saludo desde el infierno», repetí sintiendo que aquellas sílabas me golpeaban las sienes. Las referencias que, por su cercanía con mi pequeña historia de adolescencia, habrían acotado las posibilidades de la autoría de aquel mensaje a un puñado de personas, se habían convertido en una máscara eficaz ahora que todo aquello formaba parte de algún informe policial. Lo mismo ocurría con la historia del hombre bajo el hielo que, a esas alturas, estaba ya en mil sitios; desde los lugares a los que Beatriz, Lara y Diana Abascal habían acudido en busca de información, pasando por los porosos archivos de la policía de la ciudad y llegando hasta el escritorio de la Lombriz, que era donde seguramente había terminado la declaración de Lara que el abogado Bernabé Orive le había arrebatado al Holandés.

Al abrir el archivo que se adjuntaba al correo, se desplegaron en la pantalla varias fotografías que hicieron que una sensación de vacío me golpeara en la boca del estómago. Las primeras eran imágenes que conocía. Mostraban los cuerpos sin vida de Beatriz y Diana Abascal junto a la reja que rodea al monumento a Morelos en la Plaza de la Ciudadela. Había, sin embargo, algo distinto respecto a la imagen que rondaba mis pesadillas desde aquella madrugada. A diferencia de lo que recordaba, el cuerpo de Diana Abascal no estaba tendido bocarriba sobre el piso, sino recargado al lado del de Beatriz, por lo que esas instantáneas debían haberse tomado antes de que yo me presentara aquella noche, o antes incluso de que la policía llegara al lugar. No obstante, fueron las siguientes imágenes las que me

convencieron de que el remitente de aquel correo realmente podría saber lo que había ocurrido esa noche. Las fotografías, tomadas en ráfaga desde una arboleda cercana, mostraban cómo, en la penumbra del parque, una sombra manipulaba los cuerpos para colocarlos sobre la reja del monumento. Una sombra que bien podría ser la del asesino.

El padre de Beatriz no fue a dar a la cárcel. Aquel documento que ella encontró en el último instante acabó probando su inocencia meses después, aunque no fue suficiente para impedir que llegara a su fin su carrera en el mundo de los corporativos internacionales. Sin embargo, no fue el hecho de que su padre hubiera esquivado la prisión lo que preservaba aquella escena en mi memoria, sino la audacia con la que Beatriz consiguió alejar la valiosa prueba de las garras de los policías corruptos.

Cuando los agentes judiciales se fueron tras catear la casa de Monte Cárpatos y llevarse consigo cuanto papel hallaron, Beatriz nos reveló lo que había sucedido. Nos condujo al muro al otro lado del piano donde los policías, al ver la gran cantidad de pinturas colgadas, imaginaron que tal vez habría una caja fuerte oculta que resguardaría las pruebas con las que sus jefes ladrarían de satisfacción. Recargada contra el muro, junto a las demás pinturas que los agentes habían retirado antes de confirmar que tal caja de seguridad no existía, había una curiosa obra. Era una pieza —Beatriz me lo explicó después— de un tal Joseph Cornell, un artista conocido por sus *collages* surrealistas ensamblados en cajas de madera, por la que su madre había pagado una pequeña fortuna. A pesar de las credenciales del creador, más que una consumada obra plástica, aquella pieza me pareció una simple colección de cachivaches. Dentro de una delgada caja, cuya tapa frontal era un cristal abatible, había una variedad absurda de objetos. Un reloj descompuesto, una tabla rodeada por alambres, una diminuta veleta con la forma de un gallo, una estilográfica rota y trozos de papel amarillento rodeando la silueta de un lobo formada con plumas negras. Quizás aquellos elementos pretendían transmitir la sensación del caos que domina al mundo. No lo sé. La cuestión es que, dentro de la pequeña instalación y como parte de esa colección disparatada, Beatriz había colocado la dichosa ficha contable, mostrando con impudicia su texto insulso. «¿La ven?», nos dijo. «Ahí está. Justo donde nadie iba a encontrarla. A la vista de todos…». Esa era la idea que me había rondado la cabeza desde que Lara recordó que Beatriz había dicho que conocía la mejor manera de ocultar las cosas. Y me preguntaba si ella habría repetido aquella genialidad escondiendo el mensaje cifrado en un lugar en el que lo evidente lo hiciera invisible.

Alejé el anónimo de Dante de mi vista —aunque no de mi mente— y por fin localicé el correo con el vídeo de Beatriz. Al activarlo, di con

la respuesta que estaba buscando. A su espalda colgaba una especie de *collage*. Era un panel de madera cubierto por fragmentos de papel decorados con pintura, tinta y serigrafías de diseños geométricos. En el conjunto predominaba el sepia con patrones negros, mezclado con motas color naranja y, al centro, un bloque de figuras rojas, blancas y verdes. En fin, un cuadro que, por abstracto, invocaba indiferencia; una colección caótica con la que su autor tal vez intentó transmitir una experiencia estética, pero que para los huéspedes de aquellos hoteles de negocios terminaba siendo un bosquejo multicolor carente de significado, lo que garantizaría que cualquier cosa que lo integrara iba a pasar necesariamente inadvertida.

Allí debía de hallarse el cifrado. No obstante, me contuve de gritarlo para que Lara lo escuchara desde el cuarto de baño, y la razón era el anónimo de Dante. Volví a desplegar el correo que prometía la verdad sobre la muerte de Beatriz a cambio de aquel papel. Mientras lo releía, me debatía dudando si debía dejarme vencer ante la posibilidad de conocer la verdad por la vía rápida que el misterioso individuo me ofrecía. En el fondo, por encima de la historia de aquel hombre asesinado en la cima del Iztaccíhuatl, de las posibles debilidades de Juárez ante los yanquis o de la existencia del dinero oculto que pudo haber llegado muchos años atrás a México para enfrentar a los franceses, lo que realmente quería era averiguar lo que había ocurrido con Beatriz, y ese papel podría ser la moneda de cambio para ello.

Treinta

> **Tormenta**. Borrasca intensa asociada a un cúmulo denso con fuertes corrientes de aire ascendente. Perturbación violenta acompañada de lluvia, o bien de llanto cuando es la adversidad la que nos golpea.

A pesar de que Beatriz había evitado que la prueba que exoneraría a su padre se perdiera en los laberintos de la corrupción policial, todavía debieron de transcurrir largos meses antes de que la justicia fallara a su favor y él pudiera pensar en regresar a México. Fue un período en el que Beatriz y su madre se las vieron negras ante la constante intimidación de abogados y policías, así como por las estrecheces económicas que provocó el congelamiento de sus cuentas bancarias. Durante ese lapso, *Madame* Maléfica pareció enarbolar bandera blanca. Era como si el infortunio le hubiera tocado el corazón y las objeciones para que un don nadie como yo estuviera cerca de su hija hubieran desaparecido. Al amparo de aquella tolerancia, pude ver a Beatriz con una normalidad inusitada. Hablábamos durante horas sobre el futuro; ella, sobre los caminos a los que la Historia la conduciría, y yo, sobre la gran novela que habría de escribir. Con su madre habiéndose hecho a un lado, la paz comenzó a rendir sus frutos. Incluso llegamos a cenar varias veces los tres juntos, si no en el exclusivo Champs Elysées del Paseo de la Reforma —como ellas habían acostumbrado por años—, sí en discretos restaurantes en el rumbo de Polanco. Aquel armisticio llegó a hacerme creer que, por paradójico que pareciera, la paz duradera iba a cimentarse en la desgracia común: mi padre, excluido de los círculos gubernamentales y condenado a llevar casos contra el fisco de la mano de contribuyentes que preferían cubrir sus honorarios antes que pagar un peso más de impuestos, y su marido, a salto de mata en las fincas cafetaleras de su familia política, huyendo de los tentáculos de una corporación internacional sin escrúpulos y de una justicia venal.

Pero la *edad dorada* en la relación entre esa mujer y yo iba a llegar a su fin, y la tormenta habría de desatarse nuevamente. El cambio comenzó el día que Mrs. Evil regresó de la audiencia en el juzgado con la sentencia que exoneraba a su marido. Días después, sus cuentas bancarias fueron descongeladas y liberadas las propiedades que les habían sido aseguradas. La situación volvía a ser como antes. El

infortunio abandonaba a la familia Soler Ituarte y, con ello, la tregua de *Madame* Maléfica llegaba a su fin. El monstruo que la habitaba no solo iba a renacer alimentado por la recuperada buena fortuna, sino que habría de hacerlo con nuevas y más poderosas capacidades destructivas, para demostrarme que la perversidad, lo mismo que la ingenuidad, carece de límites. Así que, como si de pronto se hubiera convertido en un peligroso delincuente, el joven Alberto Millán, alumno del séptimo semestre de la carrera de Letras en la Universidad Nacional, fue proscrito de la casa de Monte Cárpatos. Por supuesto que aquella no fue una orden girada por su monstruosa majestad de un día para otro —eso habría sido demasiado obvio, incluso para Beatriz, que seguía creyendo en las fantasías que ella le contaba—, sino resultado de la usual interposición de los inocuos pretextos con los que, día con día, aquella mujer me iba alejando de su hija. Ante los reclamos que yo deslizaba cuando aparecía una nueva excusa puesta allí por Mrs. Evil, Beatriz la justificaba argumentando que estaba nerviosa por los arreglos que debía hacer para lograr que su padre regresara al país. Empleando las palabras que el ogro ponía en su boca, me recordaba que no era suficiente la sentencia que lo alejaba de la cárcel, sino que eran necesarios ciertos acuerdos con sus antiguos empleadores para evitar que, apenas pusiera un pie en México, cayeran sobre él un grupo de agentes judiciales listos para detenerlo con una nueva denuncia penal en la mano. Y todo aquel esfuerzo —me decía— recaía sobre los hombros de su afligida madre.

Con los años he llegado a la conclusión de que el miedo debió de ser el sentimiento primario que movió a *Madame* Maléfica entonces. Tal vez, al ver lo cerca que había estado su mundo de desmoronarse, temió por el porvenir de Beatriz y se propuso dar un golpe definitivo que la alejara de un futuro a mi lado, el cual supuso habría de estar plagado de penurias económicas como las que habían debido enfrentar en esos meses. Así que veló armas. Y no iba a pasar mucho tiempo antes de que ejecutara el siguiente embate, el cual habría de consumar valiéndose de la ciega mano de su hija y haciendo que yo, como en el *Heautontimorumenos*, terminara siendo el verdugo de mí mismo.

A medida que me acercaba al final de la carrera, había comenzado a pensar en la forma de conseguir algo más de independencia, lo que significaba, en pocas palabras, hallar la manera de ganar dinero. Aprovechando una oportunidad que apareció en la bolsa de trabajo de la universidad, conseguí un puesto como ayudante de redactor en el *Diario Centinela*. Me animaba la biografía de tantos novelistas que habían iniciado su carrera en las letras a partir de la disciplina del trabajo periodístico, y aunque aquel no era uno de esos grandes diarios con tiradas de cientos de miles de ejemplares, tenía una línea

editorial balanceada y colaboradores que usaban decentemente el español.

Por aquellos días, Jorge había comenzado a salir con quien terminaría convirtiéndose en su esposa, Isabella Carpio; una chica que se apegaba a la perfección al decálogo que él se había construido desde que éramos adolescentes y que se resumía en dos atributos: ser guapa y rica. Un día, mi amigo llamó para decirme que Isabella estaba empecinada por saber todo alrededor de su galante novio, así que insistía en conocer al famoso Alberto Millán, el camarada a quien Jorge no paraba de referirse con cualquier excusa. Para dar forma al encuentro, *Bella* organizaría una cena en su casa. «Así podemos conocernos los cuatro», me dijo él incluyendo de esa forma a Beatriz. Me pareció bien y la invité. Ella no tuvo problema para que su madre le permitiera asistir. Primero, porque la anfitriona sería Isabella Carpio, la hija del director de la casa de bolsa favorita del régimen y, segundo, porque no le dijo que iría conmigo. Así que Mrs. Evil debió de imaginar que aquella era una magnífica oportunidad para que su hija volviera al redil de las amistades a las que convenía frecuentar, y comenzara a olvidarse de pobretones sin futuro como yo.

Llegó la noche de la dichosa cena. Isabella nos recibió en la puerta del caserón donde vivía en las Lomas de Vista Hermosa. A su lado estaba Jorge, con un combinado de saco *sport*, camisa clara y pantalón de lana. Me sentí incómodo. A esas alturas de mi vida había adoptado ya el artificio de la vestimenta informal de los reporteros —chaqueta de pana con parches en los codos y pantalones de mezclilla—, la cual desentonaba con la ropa de marca que *Bella* y Jorge lucían como si estuvieran saliendo de la sesión fotográfica para un catálogo de tienda departamental. No obstante, tras los primeros minutos, el ambiente se fue distendiendo, no porque surgiera una empatía compartida entre los cuatro, sino porque ocurrió una curiosa identificación que creó el balance para que las cosas transcurrieran en calma. Para *Bella*, yo era un espécimen muy distinto a quienes ella frecuentaba y que, además, tenía una ingeniosidad para cada uno de sus comentarios banales; mientras que, a mí, ella me atraía no por su belleza —un tanto artificial—, sino porque sus ocurrencias salpicadas de superficialidad me parecían involuntariamente simpáticas. Y para Beatriz, para quien *Bella* Carpio no era sino otra más de las idénticas integrantes de la liga Las Lomas-Bosques-Vista Hermosa, lo único interesante de aquella pareja era Jorge, que era el poseedor de una porción significativa de mis secretos; mientras que, para él, ella representaba el enigma de la chica que había caído rendida ante quien él supuso terminaría la vida solo y célibe. Gracias a esa alineación de los astros, empecé a sentirme cómodo y dispuesto a dejar pasar las dos o tres horas de aquel encuentro. Incluso, animado por una copa de vino que *Bella* colocó en

mis manos, comencé a hablar del proyecto para la novela que esperaba escribir pronto, desoyendo el apotegma de que «las novelas no se cuentan, se escriben».

Cuando uno hace un balance de su vida, no es difícil hallar uno o dos momentos definitorios. Son esos en los que uno se pregunta: «¿Y qué habría ocurrido si en lugar de *esto* hubiera pasado *aquello*?». Pues bien, uno de esos trances se presentó aquella noche cuando, luego de casi una hora de cháchara, la criada entró al salón escoltando a otro invitado. El recién llegado era un joven, delgado y no muy alto, enfundado en un conjunto casi igual al de Jorge. Me volví hacia mi amigo, quien me pareció esquivaba mi mirada, mientras Isabella se aproximaba a él para recibirlo con un beso en la mejilla. Se llamaba Eduardo Ruiz-Berben, era condiscípulo de Jorge y amigo de ella «de-to-da-la-vi-da». La llegada de aquel tipo, flaco como un gusano, cambió el balance de las cosas. A partir de ese momento, la reunión se transformó en diálogos en los que el excluido fui siempre yo. O eran Beatriz y *Bella* hablando de superficialidades, y Jorge y Lalo Ruiz-Berben discutiendo de política; o este e Isabella hablando de un par de estupendos nuevos restaurantes en el sur de la ciudad, y Beatriz y Jorge recreando anécdotas de mi infancia; o bien ella y Lalo Ruiz-Berben tratando de ubicar a conocidos comunes, y Jorge y su novia haciéndose arrumacos.

En fin, que cuando salimos de aquella casa cuatro horas más tarde, yo iba con un sabor amargo en la boca y Beatriz con varias copas de más encima. Lo que llegué a suponer iba a terminar siendo una velada intrascendente, se había transformado en un encuentro que me envenenó la sangre. El tal Lalo Ruiz-Berben no ocultó ni un minuto su interés por Beatriz, preocupándose por rellenar imprudentemente su copa a cada momento y por estar siempre lo más cerca posible de ella. Pasaba ya de la media noche cuando subimos al auto de Beatriz. Durante el trayecto de regreso, animada por los humores del alcohol, se la pasó parloteando sobre lo que el flacucho Lalo Ruiz-Berben era o no era, sobre lo que Lalo haría o no haría en el futuro, sobre lo que Lalo había o no había dicho. «Lalo…, Lalo…, Lalo…, ¡La-lom-briz!», mascullé mientras sentía al demonio metiéndoseme debajo de la piel para hacerme ver lo estúpido que había sido al caer en aquella emboscada. Para colmo, cuando llegamos a Monte Cárpatos, su madre nos estaba esperando en la puerta. Al percatarse de que era yo quien conducía el coche de su hija y del estado en el que ella se encontraba, la mujer se dio gusto acusándome de ser un irresponsable y de no saber cuidar a su hija. Intenté explicarle, pero no me escuchó. Solo la tomó del brazo para meterla en la casa y azotarme la puerta en las narices.

Después de aquello, pasaron varias semanas en las que, otra vez, la vigilancia de Mrs. Evil sobre Beatriz se volvió estrecha, provocando que la comunicación entre nosotros se redujera al mínimo. Se reanudaron las salidas de fin de semana a la casa de Valle de Bravo, así como los viajes para esquiar en Vail o de compras a Houston con los que su madre neutralizó los espacios que me dejaban libres los deberes del final del semestre en la universidad y el trabajo en el periódico. Cuando la llamaba por teléfono, Gloria —la buena mujer a quien la convivencia durante la *era del infortunio* había logrado unirme — me decía compungida: «Ay, joven Alberto. Ya sabe lo que tengo que responderle. Pero no se preocupe», añadía bajando la voz hasta volverla un murmullo, «cuando no esté la doña le aviso a la señorita para que le llame».

Por fin, aprobé el último de los exámenes en la universidad y, con ello, se abrió el receso navideño que precedía al que iba a ser el semestre final de la carrera. Decidí que era el momento de componer las cosas con Beatriz y, si había que enfrentar a su madre, pues hacerlo de una buena vez. La llamé varias veces esa semana, pero no hubo suerte; la pobre Gloria solo repetía la obligatoria cantaleta de siempre. Resolví entonces que, si de veras quería estar a su lado, debía actuar no como un jovencito asustadizo, sino como un hombre. Estaba claro que mi viejo duelo con *Madame* Maléfica se había reiniciado, y que la mejor opción para vencerla sería tomar la iniciativa.

Quienes somos aficionados al fútbol conocemos bien la analogía que sería aplicable en este caso. Es típico de los equipos noveles, que de forma circunstancial van igualando en el marcador con alguno de los grandes campeones de la liga, sentirse de pronto con la confianza como para intentar vencer al poderoso rival en los minutos finales del partido. Entonces, desafiando la suerte que mantiene el frágil equilibrio en el encuentro, se lanzan con alegría al ataque y, con ello, se dirigen solos a la inevitable derrota. Pues algo así ocurrió conmigo. En los siguientes días, mi arrojo me llevó en varias ocasiones a plantarme frente a la casa de Monte Cárpatos. No obstante, cada vez que llamaba a la puerta, me topaba con pared. Unas veces era Gloria, con las mejillas encendidas y los ojos abiertos como platos sintiendo la invisible mirada de su patrona sobre ella, la encargada del monótono: «La señorita no está…». Y otras era el gestudo Gaspar quien, luego de entrar a la casa para recibir instrucciones, regresaba para despacharme y continuar lavando el Mercury Grand Marquis.

En una de esas ocasiones, decidí aparecerme allí muy temprano y me encontré a Gloria con una escoba barriendo la acera frente a la casa.

—Hola.

—Buenos días, joven Alberto.

—¿Está Beatriz en casa?

La mujer se encogió de hombros y avanzó en silencio para continuar levantando polvo a lo largo de la acera, sintiendo quizá que la patrona la vigilaba desde alguna ventana. La seguí hasta que las enredaderas que crecían sobre la reja nos ocultaron de la casa.

—Ándale, Gloria —insistí—. No seas así. Dile a Beatriz que estoy aquí. A lo mejor puede bajar un momento.

—No me comprometa, joven. Ya ve cómo es la doña. Y yo, pues necesito el trabajo.

—Nadie se va a enterar.

—¡Ah! Eso cree usted. No sé cómo le hace, pero esa mujer lo sabe todo…

En ese momento, el mantra pareció surtir efecto y una voz a lo lejos la interrumpió:

—¡Gloria!

—¡Virgen santísima! —Reaccionó la criada persignándose.

La voz de ultratumba de Mrs. Evil parecía provenir del jardín, justo al otro lado de la reja cubierta de enredaderas. Sin más, Gloria dio media vuelta y regresó para cruzar la puerta de la entrada. Desde mi improvisado escondite, alcancé a escuchar a la madre de Beatriz diciéndole:

—Pero, mujer, ¿dónde te metes?

—Estaba barriendo la calle, señora.

—Pues deja eso ya, porque necesito que me ayudes.

—Como usted mande, señora.

—Sube conmigo. Vamos a arreglar mi equipaje porque salgo de viaje esta tarde. Beatriz se queda en casa, así que te encargo que tenga lo que necesite.

—Sí, señora.

Escuché cómo las mujeres caminaban rumbo a la entrada, para luego oír el golpe de la puerta cerrándose detrás de ellas. Sonreí. Supuse que los hados acababan de darme la información que mi plan necesitaba. «Dicen que vale más tener suerte que dinero», pensé.

Estaba equivocado.

Acababa de recibir mi pago en el periódico, el cual, junto con mis ahorros, se había transformado en un anillo de plata con una perla diminuta que iba a regalarle a Beatriz. Era la señal de lo que quería que, algún día, ella significara para mí. Llegué a su casa después de las 20:00 calculando que a esa hora Mrs. Evil ya se habría marchado. No obstante, para mi sorpresa, las luces de la casa estaban encendidas y varios automóviles se hallaban estacionados afuera. Gaspar hacía guardia en la entrada.

—¿No se iba de viaje tu patrona? —Inquirí a manera de saludo.

El hombretón frunció el ceño al responder:

—Eso dijo esta mañana, pero después ya no hubo nada.

—Y en lugar de eso, ¿hay fiesta? —insistí mirando hacia las ventanas iluminadas.

Gaspar asintió.

—¿Y Beatriz?

El chofer me miró mientras se pasaba la lengua sobre los dientes.

—Mire, joven —dijo al cabo—. Mejor váyase y regrese otro día. Yo sé lo que le digo.

Algo me puso en guardia. No fue la aspereza en el tono de su voz —con el que cumplía la orden de su ama—, sino el dejo de condescendencia que creí detectar y que era como el que se usa con los niños cuando se quiere evitar que la crudeza de la realidad los lastime.

«Yo sé lo que le digo…», volvió a resonar la voz de Gaspar en mi cabeza.

Simulé aceptar el consejo y di media vuelta para desandar la calle haciéndole creer que me marchaba. Sin embargo, al llegar a la esquina me detuve. Necesitaba entender lo que el hombre había querido ocultar detrás de sus palabras. Me dirigí a un costado de la barda desde donde Gaspar no podía verme y salté la reja para colarme al jardín. Rodeé la casa hasta llegar a la ventana que daba al salón y confirmé que en el interior había una animada reunión. Allí estaba la madre de Beatriz y, a su lado, la sorpresa de la noche: su marido. Hacía mucho tiempo que no lo veía. De hecho, hasta ese momento había supuesto que el hombre seguía metido en el corte del café en las planicies de Tarrazú. De eso se trataba. Era una fiesta de bienvenida. *Madame* Maléfica habría logrado finalmente negociar con los abogados que porfiaban en atrapar a su esposo y él había regresado del exilio. Una baba amarga me llenó la boca. Después de lo que había pasado al lado de Beatriz y de su madre a lo largo de esos meses, sentía haberme ganado el derecho a estar con ellas en ese momento. Pero entendía cada vez mejor la forma de ver las cosas de Mrs. Evil y concluí que quizás ese reencuentro era mejor así, solo ellos en familia. Seguí moviéndome a lo largo del jardín buscando completar la perspectiva de lo que ocurría dentro del salón. Y, entonces, me topé con la segunda sorpresa de la noche. Frente a ellos, estaban Isabella Carpio y mi amigo Jorge.

«Yo sé lo que le digo…».

Intentaba comprender cómo se las habría ingeniado aquella arpía juvenil para hallarse en esa reunión y para haber arrastrado a mi amigo con ella cuando, a un costado de Mrs. Evil y su esposo, descubrí a Beatriz. Como siempre, la hallé más hermosa de lo que había supuesto estaría la siguiente vez que la viera. Metí la mano en el

bolsillo de la chaqueta para sentir el tacto de la pequeña caja con el anillo que ya no podría darle esa noche. De pronto, al seguir avanzando para ganar perspectiva, me di cuenta de que, a su lado, dándome la espalda, había otro hombre.

«Yo sé lo que le digo…».

No podía distinguirlo, pero notaba cómo por momentos se acercaba a ella hasta rozarle el brazo. De repente, ante algo dicho por el padre de Beatriz, el tipo movió el torso descubriendo finalmente su identidad. Era el flaco con cuerpo de lombriz a quien había conocido semanas antes en la casa de *Bella* Carpio, el tal Eduardo Ruiz-Berben. Sentí que la sangre se me agolpaba en los ojos haciendo que mi visión se redujera a un largo túnel rojizo, al final del cual solo estaba el rostro de aquel idiota. Mis puños se crisparon inyectados de una ira ciega, igual a la que debió sentir Otelo ante las insinuaciones de Yago. Fue imposible controlarme. Rodeé el jardín hasta llegar a la puerta de entrada. La golpeé un par de veces y apareció Gloria quien, al verme, solo murmuró: «Ay, joven. Mejor váyase…». Sin escuchar más, avancé el pasillo hasta presentarme como un espectro en el salón. El silencio lo atrapó todo. Nadie dijo nada cuando me acerqué hasta colocarme frente a la Lombriz. Esperé a que aquel petimetre se pusiera de pie para, sin el prolegómeno de una invectiva, propinarle un puñetazo que lo lanzó al suelo con la nariz llena de sangre. De inmediato, Jorge y el padre de Beatriz me sujetaron suponiendo quizá que me lanzaría en contra de aquel imbécil para seguir golpeándolo. Entre jaloneos, logré ver a *Madame* Maléfica. Detenía a Beatriz, quien me miraba con el semblante pálido, impidiéndole acercarse a mí. La mujer sonreía. Comprendí que no solo había caído en la celada que me había preparado, sino que había excedido sus expectativas. «Ahora sí, idiota», leí en su mirada. «Hasta nunca».

Como dije, igual que esos equipos noveles que se lanzan despreocupadamente al ataque en los minutos finales del encuentro y que, por un instante, parece que serán capaces de vencer al campeón, terminé recibiendo el gol de último minuto que iba a sentenciar definitivamente aquel partido: Mrs. Evil, 4; el «Genio» Millán, 3.

Treinta y uno

> **Hendidura**. Grieta sobre la superficie de una roca que forma una fractura, pero que no llega a dividirla. Fisura en la confianza capaz de atentar en contra del éxito del ascenso y que conduce al escalador al amenazante terreno de la duda.

Pretextando que debía escribir mi columna de esa semana, en lugar de ir a la cama, donde Lara me esperaba, decidí pasar la noche dormitando en el sofá de la sala. En la duermevela, el mensaje del tal Dante palpitaba en mi cabeza. Mis ideas iban de la excitante sensación de creer que había descubierto el lugar en donde Beatriz había escondido aquel cifrado, al oscuro sentimiento que había producido en mí la invitación a la traición que ofrecía la verdad a cambio de aquel pedazo de papel.

Cuando conseguí que el sueño finalmente me venciera, mi quijotesca predisposición de toda la vida ya me había llevado a la conclusión de que no podría actuar a espaldas de quienes habían sido leales conmigo. Nunca había sido de los que toman una decisión importante pensando solo en sí mismo, y no iba a estrenarme en el mal hábito de la ingratitud. Me convencí de que sería precisamente con la ayuda de Lara, don Efraín y el mayor Asís como lograría que ambos hechos se convirtieran en la respuesta a la incógnita que había nacido la noche que vi muerta a Beatriz.

Así que cuando Lara apareció la mañana siguiente en la sala con una taza de café en las manos, ya me había sobrepuesto a la seducción de la deslealtad y solté con convicción:

—Ya sé en dónde escondió Beatriz el cifrado.

En el trayecto rumbo al hotel sobre el Paseo de la Reforma en el que Beatriz se había hospedado, volví con Lara varias veces a los detalles de las dos historias que se habían instalado en mi presente. De una parte, la que rememoraba el escondite de la ficha contable dentro del *collage* de Joseph Cornell y que auguraba el sitio en donde Beatriz podría haber ocultado el cifrado, y, de otra, la que encerraba la aparición del misterioso Dante, las perturbadoras fotografías y la oferta de la verdad a cambio del papel que quizás estaría al alcance de nuestras manos. Las dudas de Lara se apilaban sobre las mías. Unas apuntaban hacia si aquel cifrado conduciría a algo realmente valioso

y, otras, a si podría alguien más que no fuera el asesino conocer los detalles de las muertes de Beatriz y Diana Abascal. Pero, sobre todas ellas, estaba una nueva incógnita: ¿quién se escondía detrás de la máscara de Dante?

Abandonamos el ascensor y nos dirigimos a la habitación 1403. Descartada la opción de presentarnos cándidamente en la recepción del hotel para explicar las razones por las que deseábamos revisar aquel cuarto, ya que eso terminaría convocando a la policía, habíamos planeado presentarnos directamente ante el huésped en cuestión como personal del hotel que revisaba los cuadros de las habitaciones para confirmar que se hallaran en buen estado. Yo me encargaría de distraerlo, mientras Lara —la única que podría identificar el cifrado— se acercaría al cuadro para buscarlo. No tomaría sino unos segundos y, con suerte, nadie fuera del propio huésped lo sabría nunca. Llegamos a la habitación y llamamos varias veces a la puerta, pero nadie respondió. El plan fallaba antes incluso de comenzar. Estábamos a punto de bajar al vestíbulo para averiguar si el cuarto estaba ocupado, cuando una voz nos sorprendió por la espalda:

—¿Son familiares de la señora mayor del 1403?

Era una camarera, una sexagenaria canosa y de mirada bovina, enfundada en una bata gris de manga corta, que empujaba un carro de limpieza equipado con sábanas, cubrecamas, jabón de baño, toallas faciales y papel higiénico.

—Ya bajó a desayunar —agregó sin esperar nuestra contestación—. ¿Necesitaban algo? Ah, ya sé. —Volvió a responderse—. Las medicinas. No me digan que se le volvieron a olvidar.

Lara asintió mecánicamente.

—¿No traen la llave?

Ahora fui yo quien negó en silencio.

—Igual que ayer —continuó la camarera—. También mandó a alguien a recogerlas, pero tampoco le dio la llave. No se preocupen. Eso pasa con las personas mayores. Si lo sabré yo, que me la vivo en estos pasillos.

La mujer se acercó a la puerta y colocó frente a la cerradura la tarjeta electrónica que llevaba colgada de la cintura, despertando un sonido metálico acompañado por el parpadeo de una luz verde.

—Gracias —balbucí abatiendo la puerta para permitir que Lara entrara en la habitación.

—Estoy a sus órdenes, señor —respondió la mujer—. Solo que debo esperarlos aquí con la puerta abierta hasta que salgan —se disculpó—. Ya saben. Normas del hotel.

Desde mi posición en la puerta podía ver a Lara de pie frente al cuadro. Su silueta se recortaba contra la larga ventana que ofrecía una vista del bosque de Chapultepec con la monumental bandera tricolor

ondeando en el Campo Marte.

—¿Mucho trabajo por aquí? —interrogué tratando de distraer a la camarera—. Digo, por la cantidad de habitaciones que habrá en cada piso.

—Uy, veintidós en cada uno, señor. Y luego hay cada huésped, que ni se imagina. Hay algunos que dejan los cuartos como si hubiera pasado un huracán, y otros peor que eso. Mejor ni le cuento. Pero, bueno, una necesita el trabajo y es lo que hay.

Transcurrieron varios segundos más. Volví a mirar hacia el interior de la habitación en donde Lara seguía con la nariz pegada al cuadro.

—Y la señorita, ¿ya habrá hallado las medicinas? —Sonrió nerviosa la camarera intentando husmear dentro del cuarto—. Es que tengo todavía mucho quehacer.

En ese momento, Lara apareció en la puerta:

—Listo. Ha sido usted muy amable.

—A sus órdenes, señorita —dijo la mujer mientras cerraba la puerta —. Que tengan un buen día. —Completó mirándome fijamente como si hubiera algo que yo estuviera omitiendo. Saqué un billete y se lo extendí—. Muchas gracias, señor. —Sonrió para luego comenzar a empujar nuevamente el carro de limpieza a lo largo del pasillo.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Inquirió Lara dándole alcance.

—Claro, señorita. Dígame.

—Esos cuadros con los que adornan las habitaciones…

—¡Ah, sí! —exclamó la mujer—. Qué feos, ¿no? Son como una verruga en la nariz.

—Es que mi esposo y yo —explicó Lara incluyéndome en la mentira — estuvimos justo en esa habitación hace algunas semanas y tengo la impresión de que el cuadro que tienen colgado allí ya no es el mismo. ¿O me equivoco?

—Tiene buen ojo, señorita —respondió la camarera—. Los cambiaron la semana pasada. Lo hacen una vez al año, dizque para darle variedad a las habitaciones. Los jefes dicen que conviene que los huéspedes no se sientan siempre en el mismo lugar. ¿Usted cree que a la gente le importa eso? Yo, la verdad, no —se respondió.

—Entonces ¿los cambiaron? —insistí comprendiendo que Lara no había hallado lo que buscábamos.

—Sí, pero solo para sustituirlos por esos otros garabatos sin chiste —confirmó la mujer—. A ver, dígame: ¿qué necesidad hay de colgar adefesios como esos habiendo pinturas tan bonitas?

—¿Y qué hacen con los cuadros que retiran de aquí? —evadió Lara —. ¿Los venden?

—¡Qué va! ¡Quién va a querer esos espantajos! Dicen que nada más los cambian de lugar —agregó bajando la voz—. Por decir, los de aquí los mandan a San Luis Potosí, los de San Luis Potosí a Guadalajara, los

de Guadalajara a Saltillo, y así los traen por todas partes.

—Y los que estaban aquí —porfió Lara—, ¿a dónde los habrán enviado?

—Pues la verdad que no sé —murmuró la mujer rascándose la coronilla—. Eso habría que preguntárselo al gerente.

Una hora después, íbamos ya rumbo a Los Guayacanes a cumplir la cita pactada con don Efraín. Ese había sido el tiempo que requirió investigar quién era el gerente del hotel, localizar su despacho, esperar a que se apareciera por allí y, finalmente, que tuviera un par de minutos para recibirnos camuflados como los representantes de una empresa interesada en presentar una oferta para la decoración de las habitaciones del hotel. El hombre, presa de la hiperactividad de quien dirige no un hotel, sino un escuadrón a la mitad de una batalla, nos explicó que aquella cadena hotelera global tenía contratada a una firma de decoración de interiores para ese propósito y que, sin importar lo atractiva que pudiera ser la oferta que hiciéramos, no podrían ir por encima de ese acuerdo corporativo. No obstante, de lo que el individuo nos dijo surgió la información que habíamos ido a buscar, la cual confirmaba lo que la camarera nos había anticipado: los cuadros retirados esa semana habían sido trasladados a los hoteles que la cadena tenía en Querétaro y en León.

Al entrar a Los Guayacanes, don Efraín no había llegado aún. Quien, contra lo que yo había supuesto, ya se encontraba allí era Tulio Casiano Asís. El mayor estaba sentado en la mesa del fondo, la misma en la que nos habíamos conocido y la misma también en la que habíamos sido sorprendidos por el Holandés unos días más tarde. Vestía de paisano, con un pantalón sastre, camisa blanca y chaleco de pluma color olivo. Al vernos, se puso de pie y nos extendió la mano con la misma marcialidad con la que nos había saludado el primer día.

—Me alegra verlo, mayor. Cuando salimos ayer de la delegación de policía, ya se había usted marchado —añadí tomando asiento.

—Lamento haberme retirado antes de que ustedes hubieran resuelto su problema, pero el abogado del ejército que enviaron para auxiliarme me transmitió la orden de que me fuera de allí de inmediato. A la corporación le incomoda verse envuelta en escándalos y ya saben que, en mi línea de trabajo, órdenes son órdenes. Así que hube de retirarme con la sugerencia del abogado de que me mantuviera alejado de ustedes.

—Y, aun así, aquí está.

—Bueno, señor Millán. —Sonrió—. Esto último fue lo que sugirió el abogado. Pero, salvo que se trate de órdenes directas de mis superiores, no acostumbro a hacer caso a recomendaciones que van en contra de mi sentido del honor, sobre todo cuando vienen de un

leguleyo.

Miré a aquel hombre que me contemplaba con sosiego. Imaginé que esos arranques de integridad habrían producido más de una hendidura en la confianza de sus superiores, y explicarían el rango de mayor que ostentaba y no el de coronel o general que su porte habría sugerido.

—Aunque, por lo que me contó Haro cuando llamó ayer —retomó el militar—, ustedes tampoco estuvieron allí mucho más tiempo.

—Un par de horas solamente.

—Me lo imaginé. —Rumió Asís con recelo—. Cuando salía de la delegación vi que llegaba Bernabé Orive. No pensé que pudiera usted pagarse esos lujos.

—Lo consiguió un amigo —respondí rehuyendo la mirada del militar—. Se cobró un favor que alguien le debía.

—Pues parece que tiene usted buenos amigos, señor Millán.

Las palabras de Tulio Casiano Asís comenzaban a flotar electrizando el ambiente en el salón de Los Guayacanes cuando don Efraín hizo su aparición.

—¡Vamos a ver, camarada! —gritó el viejo mientras se acercaba haciendo señas al mesero—. Ponnos por aquí una botana de queso de poro y una jarra de agua de pitahaya, pero que venga bien fría. Señores —añadió exaltado mientras tomaba asiento—, les traigo un notición.

Lara acercó su silla a la mía. Sentí su mano oprimiendo suavemente mi antebrazo.

—Yo tengo también cosas importantes que contarles, maestro.

Me disponía a comenzar a hablar sobre el sitio en donde podría hallarse el mensaje cifrado, así como sobre el correo del misterioso Dante, pero don Efraín se me adelantó:

—Pues lo que yo traigo es una nota de «paren las prensas».

—¿Y ahora qué bicho le picó, Haro? —Inquirió Asís.

—Acabo de dar con lo que podría explicar este misterio.

Lara me miró extrañada.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Que he averiguado por qué alguien estaría interesado en mantener enterrada la historia de ese oficial que hallaron en el Iztaccíhuatl.

—¿Un móvil?

—No solo eso, mayor. —Sonrió el viejo mientras se colgaba un cigarrillo en los labios—. También un nombre.

Treinta y dos

Nervio. Línea de máxima elevación de un relieve montañoso. Cresta que se presenta entre los accidentes del terreno y que, como el estado agitado y tenso que el alpinista desarrolla antes de coronar la cumbre, puede conducir al error al ocultar el peligro que se halla más adelante.

—Comencemos con una pregunta sencilla, Alberto —exclamó don Efraín lanzando la primera bocanada—. ¿Sabes quiénes fueron tus abuelos?

Arrugué el entrecejo mientras lo miraba sin comprender.

—¡Venga! —Urgió—. Supongo que conocerás sus nombres.

—Bueno —balbucí tratando de ordenar los recuerdos—. Mi abuelo paterno falleció antes de que yo naciera. Se llamaba Pedro Millán. A doña Carmela Bolaños, su mujer, sí que la sufrí mucho tiempo. Por el lado de mi madre —retomé—, el abuelo murió cuando era yo un niño y es poco lo que sé de él; solo su nombre: Rodolfo Villanueva. Y de la abuela —dudé—, pues francamente nada. Murió cuando mi madre era apenas una criatura. Creo que se llamaba Asunción.

—¿Los segundos apellidos? ¿Sus ocupaciones? —insistió el viejo.

—No lo sé. Tendría que buscar por allí.

—¿Y tus bisabuelos? ¿Qué sabes de ellos?

Apreté los labios y negué con la cabeza, incómodo por el rumbo de aquella disquisición. Don Efraín, en cambio, correspondió a mi mueca con una sonrisa de satisfacción.

—¿Se dan cuenta? —Zanjó exhalando el humo del cigarrillo—. Nuestras líneas genealógicas suelen ser bastante imprecisas. Quizá no ocurra lo mismo con usted, doctora Bowman, al menos en lo que a su línea paterna se refiere. Pero a diferencia de lo que pasará en las islas británicas, donde supongo parte del orgullo familiar radicará en conocer esas raíces, nosotros en México huimos de nuestro pasado. Hay quienes, muy sesudos en eso de la psicología social, sostienen que la explicación se halla en la necesidad de olvidar nuestro origen bastardo como nación. No sé, puede ser.

Volví a preguntarme a dónde intentaba llegar don Efraín con aquel juego dialéctico.

—La cuestión es que, cada vez que uno de nosotros comienza a tratar de poner en claro sus orígenes —reanudó mi viejo maestro—,

resulta inevitable que acabe tropezándose con la más absoluta oscuridad a la vuelta de apenas un par de generaciones. Y si no somos capaces de trazar una línea clara en ese breve lapso, ¿creen ustedes que podríamos rastrear a un ancestro en el pasado lejano? ¿A alguien, por ejemplo, en 1862?

En ese momento, apareció el mesero para colocar en el centro de la mesa la jarra de densa agua blancuzca y el plato con queso cortado en largas rebanadas.

—Permítanme contarles una historia —retomó don Efraín mientras masticaba un trozo de queso de poro—. Huimanguillo ha sido el asiento de mi familia por generaciones. Sin embargo, igual que Alberto, tampoco conozco mis antecedentes más remotos. Claro que en la familia hay quien se acuerda de los abuelos y, algunos, de uno que otro bisabuelo. Pero poco más. Salvo por un caso —la luz en sus ojos se encendió—: Diego Haro y Alvear, mi tatarabuelo. A ese cabrón no hay un Haro decente que no lo recuerde… El famoso don Diego era el dueño de La Valvanera, la montería de caoba con la que hizo una fortuna, y que fue el único propósito para la vida que vino a inventarse cuando dejó La Rioja siendo poco más que un miserable que no tenía dónde caer muerto.

—Conque un pasado oligarca. —Deslizó Tulio Casiano Asís con intención—. Bien guardado se lo tenía. Pero dígame, Haro, ¿de dónde le vienen entonces esas ínfulas juaristas de redentor social?

—Voy a aclararle algo, mayor. —Atajó el viejo—. No es el rastro de aquella empresa maderera lo que ha hecho que el recuerdo de mi tatarabuelo perdure, sino algo muy distinto… Todo ocurrió allá por 1874, cuando don Diego era ya un hombre muy rico y poderoso. Sin embargo, por aquellos días las cosas comenzaron a descomponerse para él. Ocurre que el pobre diablo era un jugador empedernido y empezó a perder dinero más rápidamente de lo que podían reponerlo las ganancias por la venta de la caoba. Para intentar cubrir sus deudas, necesitaba de beneficios que La Valvanera simplemente no podía darle. Aun así, ordenó que se forzara a la peonada a jornadas cada vez más agotadoras y a peores condiciones en la tienda de raya. Los capataces azotaban a los peones con un fuete hasta que la piel se les abría y se formaban verdugones. Si llegaban a perder el conocimiento, les echaban agua para que lo recobraran y pudieran continuar hasta que, al final, morían… —El viejo hizo una pausa en la que aspiró el humo del tabaco—. Como era inevitable, la situación en La Valvanera se volvió insostenible. Ante las condiciones infrahumanas de vida y trabajo a las que era sometida, la peonada se rebeló. Hombres, mujeres y niños se plantaron a las afueras del casco de la casa grande, donde vivían don Diego y su familia, exigiendo que las cosas cambiaran. Pero mi ilustre antepasado, soberbio y arrogante como era,

no tuvo mejor idea que ordenar que se disparara en contra de los rebeldes y que los muertos, como ejemplo para los demás, fueran colgados en las ramas de los árboles de caoba en la entrada de la montería —dijo aquello con amargura, como si se refiriera a los hechos que formarían parte de su siguiente nota para el periódico, y no a sucesos que habían acontecido un siglo y medio atrás—. Pasaron meses con esos cuerpos colgados hasta que los animales de rapiña acabaron con ellos. —Reanudó—. Y aunque don Diego era hombre de prestigio, de esos a los que la justicia no tocaba, su verdadero castigo no tardó en llegar. Con las deudas hasta el cuello y la conciencia repitiéndole que era un canalla, el nervio se le quebró… Una madrugada, ahogado en alcohol, el muy cobarde se quitó la vida con un pistoletazo en la cabeza, dejando a los Haro que le sobrevivieron en las mismas condiciones de pobreza de quienes antes habían sido explotados por ellos. —Don Efraín hizo una nueva pausa, tras la cual resumió con desencanto—: Diego Haro y Alvear es una mancha viva para cualquier Haro que se precie de serlo. Precisamente por eso lo recuerdo con esta claridad, por haber sido un malnacido hijo de puta. De otra forma, seguramente habría quedado enterrado en el pasado como todos los demás… ¿Lo entienden ahora? En este país maldecido por sus orígenes, solo recordamos a quienes preferiríamos olvidar, y lo hacemos porque nos producen vergüenza.

Miré a los contertulios. Aunque don Efraín nos había sorprendido a todos al narrar aquella oscura página de su historia familiar, seguíamos sin comprender a dónde quería llegar al compartirla con nosotros.

—Pues bien —retomó —. La historia del teniente coronel Carvajal y lo que pasó en la cima del Iztaccíhuatl me hicieron recordar a Diego Haro y Alvear. En el caso del cabrón de mi tatarabuelo, la culpabilidad fue, si no legal, porque nadie lo acusó ni juzgó nunca, sí pública. Es un estigma que quienes llevamos su apellido seguimos cargando a pesar de los años; la razón por la que quienes conocen la historia que me liga a ese malparido pueden verme, con razón o sin ella, como la extensión de un ser despreciable… Así que pensé que quizás algo así pudo haber ocurrido con el capitán Agustín Ruz —prosiguió haciéndose de un nuevo trozo de queso de poro—. Seguramente que aquel canalla no bajó de la cima de esa montaña gritando a los cuatro vientos que se había cargado a su superior por ambición. Pero la consciencia es implacable y acaba exigiéndonos formas para mantener la culpa a raya. Así es la naturaleza humana.

Comencé a ver cómo una luz de inteligencia se encendía en los ojos del mayor Asís, quien parecía empezar a vislumbrar lo que don Efraín se traía entre manos.

—Me planteé la posibilidad de que aquel hombre hubiera

compartido su secreto con alguien —prosiguió el viejo—. Su esposa. Su padre. Un cura lengua floja. Qué sé yo… Y si fue así, aquella historia negra habría sembrado su semilla y podría haber sobrevivido a lo largo de todos estos años, igual que lo ha hecho la leyenda negra de Diego Haro y Alvear. Y entonces quizás habría alguien por allí que sabría que su antepasado fue un traidor de la peor ralea; alguien que buscaría mantener aquella historia acotada al imaginario familiar, cuidando muy bien que nadie más la conociera… Y es aquí donde comienza lo que he descubierto.

Don Efraín dio una larga chupada al cigarrillo antes de extinguirlo en el cenicero. Por un momento, no pude contenerme y traté de identificar en sus gestos los rasgos que seguramente compartía con su tatarabuelo, esa condena genética que todos purgamos.

—Hace unas semanas —continuó—, Olguita me ayudó a hacer una investigación sobre el árbol genealógico de «El Tísico» Cidoncha.

—Olguita es la chica que se encarga de las computadoras en el periódico —expliqué en beneficio de los demás—. Pero ¿quién es «El Tísico» Cidoncha? —Me volví para interrogar a don Efraín.

—El delincuente ese a quien la policía atrapó hace unos meses. ¿No te acuerdas?

Negué poniendo en evidencia mi pobre cultura en materia de nota roja.

—Jacinto Cidoncha, alias «El Tísico» —resumió el viejo—. Un fulano que se encargaba de la distribución de metanfetaminas en el oriente de la ciudad y que, además, resultó responsable de matar a dos integrantes de una banda criminal contraria y a todos los miembros de sus familias. Un verdadero patán. Sin embargo, el apellido es bastante inusual y me recordó a un general del siglo pasado, un tal Aureliano Cidoncha Rojo.

—¡Cómo no! —Saltó Tulio Casiano Asís—. ¿Qué no fue uno de los que se levantaron en armas al lado de Saturnino Cedillo en contra del Gobierno en 1938?

—Así es, mayor —confirmó don Efraín.

—Aunque poco le duró el gusto, porque el infeliz murió al lado del infidente en la sierra de la Ventana unos meses después.

—Pues la coincidencia onomástica me produjo curiosidad. —Volvió a la carga el viejo—. Y ya ven que eso es como la comezón, que no se satisface sino rascando. Pensé entonces que podría tratarse de una simple casualidad, aunque no perdía nada con investigar. La ventaja es que ahora hay maneras de rastrear en internet el origen de las personas a partir de los registros de actas de nacimiento, de defunción o de la fe de bautismo. Fue allí donde se sumergió Olguita hasta dar con el origen de ese individuo. ¿Y qué creen…? Pues que tenía yo razón. «El Tísico» resultó ser bisnieto del mismísimo general Cidoncha

Rojo, lo que confirma que, muchas veces, la vileza se transmite de generación en generación.

«El gen maldito de los Bolaños», pensé recordando a mi abuela Carmela.

—Pero no comprendo —intervino Lara—. ¿Qué tienen que ver «El Tísico» y ese general Cidoncha con el capitán Ruz y el asesinato del teniente coronel Carvajal?

—Absolutamente nada, doctora. Lo que pasa —explicó don Efraín— es que le pedí a Olguita que ejecutara el mismo ejercicio que habíamos hecho con «El Tísico», pero ahora con el capitán Agustín Ruz. Solo que aquí no se trataba de irnos para atrás buscando padres, tíos, abuelos y bisabuelos para ver a quién nos encontrábamos en el camino, sino al revés. Debíamos localizar directamente algún registro de vida del capitán y reconstruir, a partir de ese punto, su historia hacia adelante… Y esta mañana, Olguita fue a verme con los resultados.

Nuestra expectación tuvo que esperar a que el viejo engullera una nueva dotación de queso de poro y le diera un trago al agua de pitahaya.

—Hasta hace unos días —continuó limpiándose la boca con la servilleta—, ninguno de nosotros sabía nada del capitán Ruz porque aquel cobarde no representó nada en la historia de este país, ni como héroe, ni como villano, ni como nada. Pero resulta que sí significa algo, y mucho, en el presente. Porque, igual que Diego Haro y Alvear para mí, ese canalla es la vergüenza de alguien más en nuestros días; alguien que entiende muy bien que, si la traición no puede disfrazarse de lo que no es, entonces debe permanecer enterrada.

Contuve involuntariamente la respiración.

—Olguita dio con el acta de bautismo de Agustín Ruz —prosiguió revisando las notas en la desgastada libreta que extrajo de la chaqueta—. Templo de San Diego de Alcalá —leyó—, en Guanajuato, 8 de abril de 1837. Después encontró su acta de matrimonio con Mercedes Escalada San Martín, en la Parroquia de San Miguel de Arcángel, el 17 de marzo de 1860. Un dato curioso. —Sonrió—. ¿Adivinen quién fue el padrino en la boda? Pues Mariano Carvajal —se respondió—. ¿Se dan cuenta? No eran solo compañeros de armas, eran amigos.

—Esa es la naturaleza de la traición —murmuró Tulio Casiano Asís—, que proviene no de los enemigos, sino de aquellos en quienes se deposita la confianza.

—Pues a partir de la constancia de ese matrimonio —reanudó don Efraín— la búsqueda se volvió más sencilla. Ahora había más hilos que jalar. Olguita dio a continuación con la fe de bautismo del único hijo de ambos, que tuvo lugar en la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto el 3 de diciembre de 1863, apenas unas semanas después de

que el capitán Ruz, quien había cambiado de chaqueta pasándose al bando conservador, muriera en una escaramuza contra las fuerzas leales a Juárez a las afueras de San Luis Potosí; dato que está en el registro del sepelio del capitán, al que Olguita también tuvo acceso… Pero aquí llega lo interesante —anunció el viejo mientras encendía un nuevo cigarrillo—. Aquel niño quedó registrado como Ricardo Ruiz Escalada. Y aquí les pido que reparen en un par de detalles interesantes. El primero es que doña Mercedes no nombró a su hijo igual que su difunto marido, tradición casi inquebrantable tratándose del primogénito. Y, el segundo, que no usó tampoco el apellido que le correspondía. No fue Ruz, sino Ruiz. ¿Un error? De ninguna forma. Los registros bautismales se hacían con cuidado y en presencia de los padres, en especial tratándose de gente de bien como ellos.

—¿Entonces? —Inquirió el militar.

—¿No lo adivinan aún? Lo que se esconde en ese matiz es el intento por borrar la mancha de la vergüenza.

—Su esposa lo sabía. —Colegí.

—Claro que lo sabía —confirmó don Efraín.

—Pero sigo sin comprender a dónde quiere llegar —murmuró Lara entrecerrando los ojos.

—Un poco de paciencia, doctora Bowman, que voy para allá —respondió el viejo—. A partir de aquel dato crucial, Olguita fue siguiendo el camino de los descendientes del tal Ricardo Ruiz Escalada, hasta que se topó con el matrimonio de uno de sus nietos. Templo de la Profesa, 11 de julio de 1936 —añadió leyendo sus notas en la libreta—. Contrayentes: el joven Alfonso Ruiz Martínez y la señorita Amalia Berben Del Campo.

—¿Y ellos son? —sugerí en un murmullo.

—Los abuelos de Eduardo Ruiz-Berben. —Salivó el viejo victorioso —. Así es, el capitán Agustín Ruz es el origen de la dinastía de nuestro amigo, el senador. Para un político como él, se trata de algo que, sin duda, preferiría mantener bien oculto; un tramo turbio del pasado que tiene el poder de enturbiar todavía más el futuro. Así que me pregunto si tu amiga Beatriz pudo haber descubierto esa relación al investigar al hombre que hallaron bajo el hielo. Un historiador inquieto bien habría podido hacer el mismo ejercicio que yo he hecho con la ayuda de Olguita. Y si lo hizo, ¿pudo ese hallazgo haberla llevado a confrontar a Ruiz-Berben haciéndolo partícipe de la canallada que aquel traidor ejecutó en las alturas del Iztaccíhuatl? Creo que es algo perfectamente posible —se respondió—. De haber sido así, ¿habría el senador conocido ya la historia de su antepasado? ¿O la habría escuchado por primera vez de labios de su exesposa? Eso no lo sabemos. Pero, en cualquier caso —agregó haciendo más grave el tono de su voz—, al recibir aquella información que levantaba una lápida que no debía

tocarse, ¿habría Ruiz-Berben decidido que era necesario cortar por lo sano y evitar el riesgo de que esa oscura leyenda se difundiera?

Un largo silencio se extendió permitiendo que los ruidos de los platos en la cocina de Los Guayacanes emergieran como un coro.

—Quizá muy pronto podamos averiguarlo —dije cortando el mutismo—. Porque yo también tengo algo que decirles.

Treinta y tres

Anclaje. Fijación que sirve para colocar las cuerdas durante la escalada. Puntal para asegurar el ascenso que evita que el alpinista, como ocurre cuando se aferra a una idea equivocada, corra el riesgo de caer al vacío.

Estuvimos un par de horas más en Los Guayacanes. En ese lapso, les hablé sobre la vieja historia de Beatriz, la ficha contable que exculpaba a su padre y el escondite dentro del *collage*, así como sobre las peripecias de esa mañana en el hotel en el Paseo de la Reforma de las que habíamos obtenido la información sobre dónde podría hallarse aquel cuadro y, con este, el cifrado. Tuve que detener a don Efraín, quien ya formulaba planes para iniciar el viaje rumbo al Bajío, para poder hablarles sobre el mensaje del tal Dante. Cuando les mostré el correo electrónico y las fotografías con las que el espectro lo había acompañado, se creó un anticlímax entre los conjurados.

—¡Vaya, vaya con el amigo Ruiz-Berben! —bramó don Efraín—. Conque ahora el muy cobarde se oculta detrás de anónimos.

—No tan rápido, Haro. —Lo detuvo el mayor Asís—. Lo que tenemos aún es poco como para estar seguros de que sea él quien está detrás de todo esto.

—¿Se le ocurre alguien con un mejor motivo y con más medios?

—No en este momento, pero tampoco vayamos a sacarnos cabezas de turco de la manga.

—Sería así si no tuviéramos pruebas, y aquí la evidencia está frente a nuestras narices.

—No siempre lo evidente es la verdad. —El militar echó el cuerpo hacia atrás hasta descansarlo en el respaldo de bejuco—. Es más, casi nunca lo es.

—Deje de jugar al cauteloso, mayor. La cuestión aquí está clarísima: Ruiz-Berben se ha enterado de que el asunto de su antepasado corre el riesgo de salir a la luz y ha comenzado a maniobrar.

—Me parecen pruebas más bien circunstanciales.

—¡Qué circunstanciales ni qué nada! Aquí hay motivo y oportunidad…

A partir de allí, dio inició una larga discusión con relación a si la Lombriz podría ser o no el misterioso Dante, y respecto a si debíamos

acudir en ese momento a la policía. Lara se mostraba escéptica («No sé si ese hombre es quien está detrás de todo, pero sigo creyendo que los dos policías que nos detuvieron ayer eran los mismos que entraron en la habitación de Beatriz aquel día…»), don Efraín seguro («Pues yo estoy convencido de que el senador es la mano que mueve la cuna y, aunque no me parece que el Holandés esté embarrado en el asunto, estos días se ha portado muy raro y a lo mejor es que Ruiz-Berben halló la manera de agarrarlo de los huevos…»), y el mayor Asís cauteloso («Antes de señalar culpables debemos confirmar los hechos y luego dar parte a las autoridades; si no confiamos en la policía, ¿en quién chingados vamos a confiar…?»). Yo no acababa de situarme en ninguno de aquellos bandos. Por una parte, aunque ansiaba confirmar que era la Lombriz quien se ocultaba detrás de la máscara de Dante, como el mayor, pensaba que convenía avanzar con prudencia. Y, por otra, como Lara y mi viejo maestro, guardaba mis reservas sobre el inspector Hasen Ramírez y su amigo el menonita, aunque también estaba seguro de que esta historia no podría acabar con nosotros apresando a los culpables sin ayuda de nadie más.

Tras la extensa deliberación, nos pusimos de acuerdo en tres cosas. La primera, que habría que ir a Querétaro y a León tras la pista del mensaje cifrado; aquel papel era una moneda de cambio que nos sería de utilidad sin importar la decisión que finalmente adoptáramos. La segunda, que para mantener vivo el vínculo con el tal Dante, yo publicaría al día siguiente en el periódico la columna que me había exigido. Y, la tercera, que le pediría a Encarnita Machado —nuestra reportera en la fuente del Senado— que le hiciera marcaje personal a la Lombriz; aquel cabrón bien podría dar un paso en falso que nos confirmara que era él la sombra tras la que íbamos. Ya después, con todos los elementos en la mano, valoraríamos qué tan pronto y cómo convendría acercarse a las autoridades.

—No puedes ir tú sola —me opuse cuando Lara planteó que ella viajaría en busca del mensaje cifrado.

—Pues no hay alternativa. Soy la única que puede identificar ese documento.

—Entonces yo la acompañaré, doctora. —Se sumó don Efraín.

—Entiendan que esto puede ser peligroso —objeté.

—Lo sería si fuéramos contigo —argumentó el viejo—. Es a ti a quien le tiene echado el ojo el autor de ese anónimo. Además, recuerda que Ramírez te advirtió que no salieras de la ciudad. De nosotros, en cambio, nadie se ocupa.

—Pero…

—¡Nada de peros, Alberto! —Zanjó—. Que tampoco es para tanto. Si esto va a ser turismo de un par de días. Ya lo verás.

—Yo iré con ellos, Millán —intervino el mayor Asís como si de esa

forma solventara mis objeciones—. Hará falta alguien que sepa cómo manejar un acercamiento táctico.

Don Efraín adornó su ignorancia levantando la ceja.

—No hacer movimientos sin antes estar seguros de que nadie nos ha seguido —explicó el militar.

—¿Y usted sabe hacer eso? —Receló el viejo.

—Pues ya lo ve —respondió Asís—. Cosas del entrenamiento.

Frente a la entrada de Los Guayacanes, le entregué a Lara las llaves de mi coche.

—No tomen riesgos innecesarios.

—Vivir es peligroso, Alberto. No tiene remedio —murmuró don Efraín mientras abordaba el automóvil.

Cuando el mayor Asís hubo entrado al vehículo y se instaló en el asiento del copiloto con la seriedad de una esfinge, Lara subió y cerró la portezuela.

—No dejen de avisarme en cuanto sepan algo —insistí inclinándome en la ventanilla.

—Deja ya, que pareces madre llevando al niño al primer día de escuela —me respondió don Efraín desde el asiento trasero—. Mejor vete a escribir esa columna y a seguirle los pasos a Ruiz-Berben, y déjanos el resto a nosotros. Ya verás que todo será distinto a partir de ahora.

Lara accionó el encendido y el coche enfiló rumbo a la calzada México-Tacuba, mientras las palabras de don Efraín resonaban en mi cabeza. No podría haberlo sabido en ese momento, pero mi viejo maestro tenía razón. Las circunstancias estaban a punto de dar un brusco giro.

Un saludo desde el infierno, por Alberto Millán.

A… E. Ruz

Bajo los auspicios del Gobierno de la ciudad, se ha reestrenado en estos días El gesticulador, *la pieza teatral de 1938 de Rodolfo Usigli. Una puesta en escena que habíamos esperado con la expectativa de admirar una de las grandes obras de la dramaturgia nacional, aunque con la íntima certeza de que solo lograría confirmarnos lo poco que ha cambiado México en casi un siglo.*

César Rubio, un profesor de Historia hastiado de la mentira y corrupción que rodean a la posrevolución, decide abandonar la capital y regresar a su pueblo natal en el desierto. Oliver Bolton, un historiador de la Universidad de Harvard cuyo coche se ha averiado, toca a la puerta de la casa de los Rubio para pedir ayuda. Bolton busca información sobre un olvidado héroe de los inicios de la

Revolución Mexicana cuyos ideales fueron abandonados; un prohombre oriundo de aquella región y cuyo nombre era también César Rubio. Poco a poco, aprovechando la homonimia y su profundo conocimiento de la historia de México, César va creando la impresión de que aquel desaparecido general podría ser él mismo; uno de los iniciadores de la Revolución que, cansado de ver cómo los ideales originales del movimiento se pervertían, habría decidido pasar al anonimato. Pronto todo México se entera por un artículo publicado en Estados Unidos por Bolton de la reaparición del héroe quien, según el investigador, se oculta ahora bajo la identidad de un sencillo maestro de Historia. Las oportunidades para César se abren de inmediato: los reconocimientos públicos, la candidatura para ser gobernador y, por qué no, la posibilidad en el futuro de convertirse en presidente de México y hacer realidad los cambios que el país necesita. Surge entonces el general Navarro, quien se perfilaba como gobernador de aquel estado desértico y que, además, fue quien (lo sabe César) traicionó y mató al verdadero héroe y que, por tanto, se da cuenta de que el profesor Rubio es un impostor. En el clímax de la obra, César y Navarro se reúnen en privado el día de las elecciones en las que ambos competirán. Navarro le dice que tiene las pruebas de que el general Rubio murió hace años y que él es un impostor. César contraataca señalando que su oponente lo sabe porque él es el asesino del verdadero César Rubio. Así que Navarro no puede decir la verdad porque eso lo condenaría, y el profesor Rubio no la dirá si su oponente acepta que él gane las elecciones y pueda realizar los ideales del traicionado líder. El desenlace ocurre cuando Navarro, acorralado, decide mandar matar a César cuando este se dirige a las votaciones. Hace pasar la muerte como un asesinato a manos de un fanático religioso a quien sus secuaces liquidan en cuanto ha cometido el magnicidio. Al final, Navarro no revela la mentira, sino que se aprovecha de ella. Frente al pueblo enardecido miente diciendo que ese día se había reunido con su contrincante para declinar la candidatura en su favor, pero que ahora será gobernador y dedicará su vida a hacer realidad los ideales de César Rubio.

Luego de un éxito atronador en su estreno, aquella pieza fue acallada por el Gobierno. Lo que ocurría sobre el escenario resultaba demasiado parecido a lo que acontecía fuera de él. Los hombres retratados en la catarsis eran los mismos que la miraban desde las butacas del teatro. Han pasado más de ochenta años desde entonces, pero poco ha cambiado en México. Los que medran en el escenario, lo siguen haciendo fuera de él. Y es que, con el concepto de la gesticulación, Usigli halló la noción para describir el alma de la política mexicana. Quien gesticula, esconde; quien oculta, engaña. No se trata de quién se es realmente, sino de quién se dice ser. Y eso

siguen siendo los políticos de hoy: farsantes dispuestos a usurpar las ideas que ilusionan a la masa, sin comprenderlas y sin estar tampoco dispuestos a hacerlas realidad; individuos sin escrúpulos que se han moldeado en la artificiosa idea de que del engaño se puede pasar a la acción, porque «el fin justifica los medios». Antes, con algún disimulo, y ahora, con absoluto cinismo, estos personajes hacen gala de su ignorancia, sectarismo, necedad e incompetencia. Y el pueblo, sumido en el entumecimiento que provoca la repetición ad nauseam *de las mismas mentiras, es incapaz de ver la realidad que se esconde en las tinieblas a las que estos líderes perversos lo han condenado.*

Nuestros políticos siguen siendo amos de la gesticulación, actores de la falacia. Esos que un día aparecen de la nada para dirigir las grandes empresas del Gobierno, y otro emergen del analfabetismo funcional para crear, como diputados o senadores, las leyes que norman nuestra convivencia. Son el anclaje al pasado que nos impide vislumbrar el futuro. Así que, hoy día, subsisten preguntas que la salud de la República demanda responder. ¿Qué hay detrás de los prohombres que vemos todos los días en las planas de los periódicos o en las pantallas de los televisores? ¿Quiénes se ocultan detrás de las máscaras con las que gesticulan? ¿De dónde vienen? ¿Qué quieren? Y, sobre todo, ¿qué están dispuestos a hacer para conseguirlo?

«El político es el eje de la rueda», nos dijo Usigli en voz de César Rubio, «cuando se rompe o se corrompe, la rueda, que es el pueblo, se hace pedazos…». Los políticos de hoy son el eje desecho de la rueda que ha quebrantado la confianza de los ciudadanos; individuos que no son lo que aparentan, porque su verdadera esencia es la de seres impresentables. A eso nos ha llevado la política en México: al descenso a la sima, al abismo del infierno.

Esa tarde, apenas dejé mi texto en la redacción para que fuera puesto en la maqueta de la edición del día siguiente, recibí la llamada de Lara.

—¿Buenas noticias?

—Nada todavía —me respondió manchando con desencanto la línea telefónica.

Entre los cuadros que habían llegado del hotel en la Ciudad de México para sustituir los que tenían en Querétaro, no encontraron aquel *collage* que aparecía en el vídeo dejado por Beatriz. Don Efraín se había presentado al lado de Lara como reportero de viajes y, tras prometer al gerente una crónica en el *Diario Centinela* sobre las comodidades que ofrecían aquellas instalaciones a la mitad de la moderna zona de expansión de la ciudad, había conseguido que les

permitieran recorrer las habitaciones recientemente remodeladas.

—Entramos incluso en las que estaban ocupadas —me explicó Lara trasluciendo una sonrisa a través de la línea—. Don Efraín le dijo al gerente que solo así lograría tener una imagen integral del concepto de hospedaje de negocios que el hotel ofrece.

—¿Y el mayor?

—Muy en su papel. Siempre separado de nosotros y atento a cualquier movimiento sospechoso durante el «acercamiento táctico». Y, la verdad —agregó—, mejor así a tener que aguantarlos en los pleitos que comienzan él o don Efraín a la menor provocación. Aunque, fuera de eso, debo aceptar que tu maestro es una verdadera joya.

Lara me explicó que la actuación de don Efraín había sido tan convincente que el gerente les ofreció un descuento para que se hospedaran allí esa noche, así como la llamada con la que los recomendó con el responsable del hotel en León quien los estaría esperando la mañana siguiente.

—El mayor dijo que es mejor que nos mantengamos separados —añadió Lara—, así que él se fue a dormir a otro sitio.

—¿A dónde?

—No lo sé. Ya ves que a veces es un poco misterioso.

—Bueno, quizá tenga razón y sea más seguro así.

—Saldremos para León temprano. Deberemos estar llegando a eso de las diez de la mañana. Si todo sale bien, podríamos regresar a la ciudad por la tarde con buenas noticias.

—¿Crees que estemos cerca del final de todo esto? —le pregunté tras una pausa.

—Más cerca que nunca —respondió convencida.

A la mañana siguiente, al llegar al periódico, Lázaro Urbina esperaba sentado frente a mi mesa de trabajo con el ejemplar del día del *Diario Centinela* en las manos.

—¿Un saludo desde el infierno? —disparó con sorna—. Según recuerdo, la asignación que te di en este periódico era sobre cultura. Vamos a ver, Alberto. ¿Cuándo te pedí que entraras al quite como corifeo de la política nacional?

No respondí. No tenía sentido hacerlo cuando Lázaro venía de mal humor.

—Hace tiempo que dejé de revisar tus textos antes de imprimirlos en el periódico —insistió—. ¿Con esto quieres decirme que debo comenzar a hacerlo otra vez?

—Es solo la reseña de una obra de teatro. —Reaccioné finalmente —. Aquella que anunciaron en la recepción de la que me sacaste la noche que hallaron el cuerpo de Beatriz Soler. No veo qué de político

hay en eso.

—¡No te hagas el que la virgen te habla! —Bufó golpeando la plana del periódico contra la mesa—. En lo que va de la mañana, he recibido la llamada de un funcionario de la secretaría de Gobernación, tres directores de empresas del Gobierno, cuatro diputados y dos senadores, todos queriendo saber si el periódico tiene algo en contra suya.

—Si a alguien le quedó el saco, pues que se lo ponga. Ni modo que en cada reseña que redacte me esté fijando si algún escritor difunto incomoda a esos hampones.

—Cuando se mete uno con esta gente se juega con fuego, en especial con peces gordos como al que le dedicaste tu filípica.

—No te entiendo.

—Deja de hacerte el loco. ¿«A… E. Ruz»? —Leyó las letras impresas de mi texto en el periódico—. ¿Así le dices ahora a tu amigo Eduardo Ruiz-Berben?

—Ese tipo me tiene sin cuidado.

—Ah, ¿sí? ¿Y por eso enviaste ayer a Encarnita y a su fotógrafo para que no le quitaran el ojo de encima todo el santo día? ¡No me chingues! ¿Supones que no me entero cuando mandas a trabajar a mis reporteros?

—¿A qué viene todo esto? —Intenté rehacerme—. ¿Se quejó ese imbécil contigo?

—Todavía no. Un *big shot*, como él, procura aguantar hasta que se presenta la ocasión para contestar los golpes como es debido. Y, entonces, el desquite suele ser un guantazo que no solo te va a doler a ti, sino también a todos los que trabajamos en esta casa. Así que déjame darte un consejo, que es también una orden: no vuelvas a mezclar tus desavenencias personales con el trabajo. ¿Está claro?

Lázaro Urbina se puso de pie para encaminarse a la salida de la sala de redacción.

—Por cierto —se detuvo volviéndose—, ¿no has visto a Efraín? Lo he estado buscando toda la santa mañana. Me pidió que le consiguiera un contacto en el ejército para una nota que estaba preparando, pero no me ha dado nada todavía. Además, hace dos días que nadie lo ha visto por aquí.

—Andará en eso. —Eludí.

—Nada. Lo que pasa es que en este bendito periódico cada uno hace lo que se le pega la gana… Ah, otra cosa —añadió fingiendo recordar algo intrascendente—. Cuando salía anoche, me topé con el inspector ese y el tipo grande de ojitos soñadores que estuvieron aquí el otro día. Estaban recargados en un autopatrulla frente a la puerta del edificio.

—¿Y qué querían?

—Dímelo tú. Era a ti a quien buscaban.

Levanté los hombros.

—¿Hay algo que deba saber, Alberto? No quiero problemas con la policía.

Negué con la cabeza.

—Pues, de cualquier manera, ten cuidado —gruñó—. A pesar de que les dije que ya te habías marchado, se quedaron esperando como novios cachondos afuera de la prepa. No sé si no me creyeron, o si solamente deseaban que quedara claro el mensaje que querían hacerte llegar.

—¿Qué mensaje?

—Ya sabes, hostigar es la forma en la que los policías te dicen que están pensando en ti.

Treinta y cuatro

Desplome. Tramo de una pared de escalada que presenta un ángulo de menos de noventa grados respecto a la horizontal. Reacción anímica del alpinista que, ante un obstáculo inesperado, intuye la inminencia del peligro que amenaza al ascenso y a la propia vida.

Aunque siempre he estado convencido de que detrás de los eventos que me alejaron de Beatriz estuvo la mano de su madre, muchas veces me he preguntado también hasta dónde el culpable de todo lo que pasó fui yo mismo. ¿Qué habría ocurrido si no me hubiera quedado a la mitad del río de mis indecisiones y, en lugar de replegarme harto de los golpes de Mrs. Evil, hubiera perseverado hasta conseguir que Beatriz permaneciera a mi lado? ¿Era esa la fórmula para que ella y yo fuéramos felices? ¿O tal vez fue al contrario y la necia insistencia de mi parte fue la que terminó ayudando a *Madame* Maléfica a empujar a Beatriz a los brazos del idiota de Ruiz-Berben? Si yo hubiera aceptado mi derrota antes y no hubiera intentado mantenerme cerca de ella, ¿habría su madre sido menos persistente en buscar alguien que me sustituyera en la mente de su hija? De haber aplicado aquella suerte de psicología inversa, ¿habría vencido la resistencia de esa mujer y hecho que Beatriz terminara a mi lado?

Nunca he dado con la respuesta a esas preguntas. De lo que sí estoy seguro es de que partirle la nariz a Eduardo Ruiz-Berben aquella noche no ayudó en nada a ese propósito y, en cambio, se convirtió en un lastre que no supe cómo llevar. En aquellos días de oscuridad, cada vez que repasaba lo ocurrido, me torturaba recordando la luz de decepción que cruzó la mirada de Beatriz cuando su padre y Jorge me sacaron a tropezones de la casa de Monte Cárpatos, luego de dejar a la Lombriz tumbado en el piso con la sangre brotándole de la nariz como una fuente. Los siguientes días, abrumado por la culpa, no me atreví a acercarme a ella. Mi pueril justificación era que, al mantenerme alejado, permitía que el tiempo lavara mi estupidez. La verdad era que no encontraba la manera de lidiar con la vergüenza de mí mismo.

Ante mi falta de coraje, fue otra vez Beatriz quien se propuso buscarme. Lo hizo primero en la universidad, en donde me escabullí al verla caminar por los pasillos de la facultad, y luego en mi departamento en Copilco, en donde al verla por la mirilla contuve la

respiración detrás de la puerta hasta que se marchó. Incluso, días después se apareció en la sala de redacción del *Diario Centinela* en donde, a punto de tomarme desprevenido, logré escapar como un cobarde para acabar sentado junto al escusado en uno de los baños como un adolescente incapaz de responder por sus actos.

Quien, conociéndome mejor que nadie, no solo fue más insistente, sino también más eficaz, fue Jorge. Tras lo ocurrido «la noche de las narices rotas» —y creyéndolo cómplice en aquella mascarada—, me había alejado de él proponiéndome desterrarlo de mi vida. Sin embargo, él no lo permitió. Una tarde me interceptó a la salida del periódico para obligarme a cruzar la calle y sentarnos en una de las mesas de El Espejo Invisible para aclarar las cosas. Insistió en que todo había sido un gran malentendido del que Beatriz era la menos culpable y en el que él había sido también un involuntario partícipe. La explicación que me dio fue que Isabella había recibido la invitación directamente de la madre de Beatriz para acudir a aquella reunión con motivo del regreso de su marido. Ella le pidió que la acompañara y Jorge simplemente aceptó. Y, sobre la Lombriz, no dudaba que quizá *Bella* hubiera sugerido a la madre de Beatriz que lo invitara, ya que su noviecita creía que Eduardo Ruiz-Berben tenía un futuro del que él podría beneficiarse, pero me aseguró que lo supo solo al llegar allí y que, aunque aquel chico era su condiscípulo, yo era su amigo.

En el fondo, supe que Jorge tenía razón. Aquella actitud de hombre despechado que me había esforzado en desplegar tenía una explicación que en nada se relacionaba con que Beatriz hubiera estado acompañada por otro. Era la turbación del ánimo en mi conciencia al saberme autor de una acción torpe e indigna; la vergüenza que me causaba darme cuenta de la poca confianza que tenía en ella y de lo poco que hacía falta para que la inseguridad me venciera. Por eso no podía verla; no me sentía merecedor de ello. No podía soportar que mi falta de entereza —ayudada o no por la mente truculenta de Mrs. Evil — se hubiera puesto en evidencia aquella noche en la que me sentí injustamente marginado. Quería ver otra vez a Beatriz, por supuesto, pero le pedí a Jorge que no le dijera que había hablado conmigo. No deseaba aparecer como el niño voluble con quien se debe condescender para que entre en razón. Debía ser yo mismo quien diera la cara. Pero requería de algo que me hiciera sentirme nuevamente digno ante sus ojos; algo que compensara la inferioridad que me dominaba y me hiciera merecedor de estar a su lado otra vez.

La que supuse era la respuesta que necesitaba iba a llegar. No obstante, como todas las soluciones que uno espera que caigan del cielo, lo haría de la forma equivocada y demasiado tarde.

Vista con la objetividad que da el tiempo, mi estrategia para regresar

al lado de Beatriz era otra estupidez. Comencé yendo a su casa, pero solo para mirar desde lejos la entrada, esperando que de pronto ella saliera al jardín al intuir mi presencia. Al final, regresaba a casa apesadumbrado preguntándome cuándo iba a reunir el valor necesario para plantarme frente a ella y pedirle perdón.

La ansiada llamada del destino ocurrió cuando se aproximaba el final del último semestre de la carrera y me avisaron que recibiría la medalla al mérito académico de la facultad. Al saberlo, respiré profundo sintiendo el efecto sanador que producen esos placebos sobre la confianza. Por fin, volvían los días de gloria para regresarme la dignidad perdida. Y es que no se trataba de una cuestión menor. Solo un puñado de alumnos de entre los cientos de miles que se formaban en la universidad de masas recibía aquella argentada presea con la imagen de un ilustre positivista del siglo XIX, y uno de los elegidos ese año había sido yo. Supe que aquella medalla era la excusa y aquel el momento para volver a Beatriz. De inmediato valoré varias posibilidades para hacer uso de esa mano ganadora que el destino me ponía enfrente. Desde la convencional llamada por teléfono para concertar una cita en la que pudiéramos aclarar las cosas y en la que yo le entregaría aquella medalla como muestra de mi arrepentimiento, hasta la teatral aparición en los pasillos de su universidad jesuita para postrarme frente a ella y ofrendarle la presea que suponía me colocaba otra vez a su altura, igual que dicen el apasionado Manuel Acuña —en las postrimerías del siglo antepasado— colocó a los pies de su Rosario la corona de laureles tras la puesta en escena triunfal de *El pasado* en el Teatro Nacional, para luego irse a su cuarto de pensión a beber una copa con cianuro.

Tras recibir la noticia, salí de la universidad y fui directo a la casa de mis padres para llevarles la buena nueva. Luego del interregno de mi oscuro paso por la escuela preparatoria, la universidad volvía a colocarme en las alturas académicas que ellos añoraban de mis días en la «Mártires de Tacubaya». Iba a darles una alegría que les debía desde que, contra sus deseos, había desdeñado el Derecho por las Letras. Sin embargo, el destino batió las alas y, al llegar a casa, me recibió la cara descompuesta de Emma.

—Es papá… —Alcanzó a decir antes de que la dominara el llanto y se abrazara a mí como una posesa.

Aquella mañana, como de costumbre, mi padre había salido temprano rumbo a su despacho en la colonia Nápoles, luego de leer el periódico mientras tomaba el desayuno al lado de mamá. Así suelen ser los días fatídicos en la vida, exactamente iguales en sus prolegómenos a los anodinos en los que la existencia simplemente continúa. Cerca del mediodía, su secretaria llamó para dar la noticia. A eso de las 11:00, no se había sentido bien. Dijo que le faltaba el

aire, así que llamaron a un médico para que lo revisara. Cuando llegó el galeno, mi padre estaba tumbado en el sofá con un dolor que se le expandía en el pecho. El médico pidió de inmediato una ambulancia, pero fue inútil. Al llegar al hospital, había muerto.

Emma me dijo que intentaron localizarme en mi departamento y en el periódico. Como no pudieron dar conmigo, mi madre había salido a hacer los arreglos necesarios y ella se había quedado en casa para seguir buscándome. Fuimos juntos a alcanzar a mamá para ayudarla con los trámites burocráticos que, en esos casos, tienen todavía menos sentido. Cuando caía la tarde, estábamos ya en la oscura capilla que mi madre había conseguido con la ayuda de sus compañeros del instituto de seguridad social. Poco a poco, a medida que se transmitía la noticia entre los más cercanos, comenzaron a llegar los viejos camaradas de mi padre de la secretaría de Hacienda, la mayor parte —como lo fue él— marginados no solo de la Administración pública por los vaivenes de la política, sino también del sueño de transformar a México. Emma no paraba de llorar, mientras que mamá se mantenía firme, con ese estoicismo que fue su firma de siempre. Yo estaba tranquilo, aunque por dentro sentía una oquedad para la que no lograba hallar un nombre. Miraba el ataúd rodeado de flores y pensaba en lo que había sido mi padre, en lo injusta que puede llegar a ser la vida y en lo efímero de nuestros esfuerzos. Pero, por encima de todo aquello, pensaba en su ausencia; en ese vacío que ya no podría llenarse. En todo aquello que pude haber sabido de él y que ya no conocería jamás, porque nunca tuve la paciencia de sentarme para simplemente hablar con él como lo hacen dos hombres, para conocerlo y saber lo que sentía.

A lo largo de aquellas horas, egoístamente llegué a pensar que Beatriz cruzaría la puerta de la capilla de un momento a otro; que la noticia habría llegado a sus oídos y que no dudaría en acudir para estar a mi lado. Pero no ocurrió así. Quien sí llegó cerca de la medianoche fue Jorge. Se acercó a mi madre y a Emma, y las abrazó. Luego fue a donde yo estaba y se sentó a mi lado.

—¿Cómo estás? —murmuró palmeándome en el antebrazo.

—Pues ya lo ves. Lo único que nos faltaba.

—Lo siento mucho.

Estuvimos sentados en silencio un rato largo mientras la capilla comenzaba a vaciarse.

—¿Has sabido algo de Beatriz? —Me atreví a preguntar aprovechándome de la conmiseración que se tiene hacia quien pasa por esos trances.

—¿No hablaste con ella?

—No.

—Supuse que lo habrías hecho.

—Estaba esperando algo.

—Quizá no debiste aguardar tanto.

Lo miré confundido.

—Está fuera de México —explicó.

—¿Su madre no se cansa de organizarle viajes para mantenerla alejada de mí?

—Hace tres semanas que se fue a Estados Unidos. Va a estudiar un par de semestres en Simmons College, en Boston.

No me sorprendió que Jorge conociera aquellos detalles. Después de todo, esa era la clase de información de la que *Bella* solía estar al tanto.

—Boston —murmuré con desencanto—. ¿No es allí a donde querías ir a estudiar la maestría?

—A Harvard —confirmó—. Pero no hubo suerte. Solo dieron una beca este año.

—¿Y no te la dieron a ti? Vaya, pues mal andan las cosas cuando no eligen al mejor.

—Más eficaces que las notas académicas son los contactos de los políticos. Y de eso, ando corto.

Una campana sonó en mi cabeza. Comprendí que, con aquellas palabras, Jorge me estaba diciendo algo importante.

—¿Y a quién le dieron esa beca entonces?

—Eso no importa ahora. —Sonrió intentando restarle trascendencia a lo que ya la tenía.

—A él —resolví—. Se la dieron a ese idiota, ¿no es cierto?

Jorge asintió dándose cuenta de mi desplome. Mientras una voz interior me repetía que la Lombriz estaba con ella, el sabor amargo de la impotencia comenzó a llenarme la garganta. No supe si aquello fue resultado de la noticia que mi amigo acababa de darme, o si el desconsuelo de aquellos últimos instantes que compartiría con el cuerpo de mi padre había logrado vencerme finalmente.

Unos segundos después, el llanto había aparecido para comenzar a lavarme los ojos.

Treinta y cinco

> **Pináculo**. Cima rocosa que corona un macizo. Remate superior de una montaña cuya verticalidad, lo mismo que la verdad, ofrece dificultades singulares para llegar a ella.

Salvo por el sermón de Lázaro Urbina a raíz de mi columna de ese día en el periódico, el resto de la mañana había transcurrido en una aparente tranquilidad. Todo se resumía en la ansiedad por la espera de noticias de parte de Lara y en las constantes miradas a mi cuenta de correo electrónico aguardando la reacción del misterioso Dante.

A eso de las dos, la calma fue rota por Encarnita Machado, quien se apareció en la sala de redacción para darme dos noticias. La primera fue algo que había esperado ocurriera de un momento a otro: Lázaro le había ordenado dejar en paz a Ruiz-Berben. Como forma de cerrar su fugaz colaboración conmigo, Encarnita me entregó el mazo de fotografías que habían hecho el día anterior siguiendo a aquel idiota. No había nada especial en ellas. Era solo una serie de instantáneas en las que ese inútil aparecía con la sonrisa caballuna de siempre —como si la patria estuviera alcanzando las costas de la utopía y no a la mitad de las calamidades de costumbre—, en la colección de actos fútiles que solía protagonizar. Así que fue la segunda noticia que Encarnita me trajo la que me pasmó.

—Cuando salíamos del Palacio Nacional luego de cubrir una cena con los nuevos embajadores —me dijo con su vocecita de hada madrina—, uno de los ayudantes del senador me detuvo para llevarme en presencia de su jefe que ya se retiraba en su camioneta. Quería que te diera un recado.

«¿Qué pasó, pedazo de mierda?», pensé. «¿No te gustó enterarte por mi columna que ya hemos descubierto tu inmundo secreto?».

—Dice que quiere hablar contigo.

—¿Y qué más?

—Solo eso, Alberto. Que lo buscaras. Y, si no, pues…

—Pues ¿qué?

—Que él lo haría.

Luego de que Encarnita abandonara la sala de redacción, volví a las fotografías de la Lombriz dispersas sobre mi mesa de trabajo. Mientras lo hacía, trataba de decidir si debía ceder a la tentación que aquel idiota me ponía delante para enfrentarlo de una buena vez, o si debía

esperar hasta terminar de unir las piezas de aquel rompecabezas y lanzarle entonces toda la caballería. Al final decidí que convenía ser prudente. Tratándose de quien se trataba, la mejor posibilidad de éxito pasaba por aguardar hasta que la evidencia fuera lo suficientemente sólida como para que la justicia no tuviera otra alternativa que caerle encima.

Guardaba las fotografías en el cajón de la mesa cuando mi celular vibró anunciando una videollamada. Era Lara.

—Ya estamos aquí, Alberto —dijo en un murmullo. Hablaba mientras recorría el pasillo de una bodega semioscura.

—¿Está don Efraín contigo?

—¡A la orden! —Escuché que respondía el viejo fuera del alcance de la cámara.

—Según nos dijo el gerente —reanudó ella—, los cuadros que les llegaron de la Ciudad de México, y que colocarán en las habitaciones que están terminando de remodelar, se hallan almacenados aquí.

—Mire, doctora. —Se coló la voz de don Efraín—. Estos deben ser.

Lara enfocó al viejo cuando se situaba frente a una larga hilera de cuadros formados contra un muro, todos envueltos en gruesas bolsas plásticas.

—Pues manos a la obra —agregó mi viejo maestro—. Que esto nos va a llevar un rato.

—¿Y el mayor Asís? —Quise saber.

—Estará afuera, vigilando la entrada —respondió Lara mientras colocaba el teléfono celular en un sitio desde el cual yo pudiera captar sus movimientos.

—Al soldadito de plomo le gusta jugar al policía chino —terció don Efraín—. Debe de andar por allí, de un lado a otro como pollo sin cabeza, esperando a que aparezca el enemigo.

Los siguientes minutos contemplé la forma en la que ambos iban moviendo uno a uno aquellos cuadros para mirar a través de la cubierta plástica y dictaminar si alguno era el que aparecía detrás de Beatriz en el vídeo. De pronto, Lara se detuvo ante uno de ellos al que dedicó algo más de tiempo.

—¿Es ese…?

—Creo que sí —me respondió—. Voy a quitar la cámara un momento para compararlo con la foto que hice del que aparece en el vídeo de Beatriz.

Durante los segundos en los que la imagen desapareció, solo escuché a Lara y a don Efraín intercambiar comentarios mientras cotejaban el cuadro que tenían frente a ellos contra el *collage* que recuperaron de la pantalla del dispositivo. La imagen de la videollamada regresó:

—Sí, este es. —Era el rostro de Lara en la pantalla—. Míralo —

agregó girando la cámara para que yo pudiera verlo.

No había duda, aquel era el panel de fragmentos geométricos que buscábamos. Lara volvió a colocar el celular en el emplazamiento fijo de antes para, con la ayuda de don Efraín, comenzar a remover la cubierta plástica. Con el cuadro libre de la funda, los colores brillaron con fuerza frente a la luz del celular.

—Es su turno, doctora. —Dictaminó don Efraín haciéndose a un lado—. ¿Está aquí el papel que estamos buscando?

En cuclillas, Lara comenzó a revisar las diferentes secciones del cuadro. El silencio se había apoderado de la conversación y mis ojos, como los de don Efraín, seguían los de Lara inspeccionando las piezas del *collage*. De súbito, se detuvo en la sección central del cuadro. La contempló varios segundos más con la atención que habría requerido descubrir la existencia de un cosmos diminuto a través del microscopio.

—Aquí está —murmuró finalmente—. ¿Lo ven? —añadió mientras don Efraín se colocaba en cuclillas a su lado—. El tamaño y tipo de papel son los mismos del cartapacio. Además, es el único que no tiene ningún color.

—¿Puedes quitarlo de allí? —Inquirí.

Vi entonces cómo Lara recorría con el dedo índice los contornos del pequeño trozo tratando de identificar la forma en la que se hallaba sujeto al cuadro.

—Parece que solo hay un punto de pegamento en cada extremo —resolvió—. Suficiente para que no se desprenda con facilidad, pero muy poco como para que el papel se dañe al intentar retirarlo.

Lara fue pasando con cuidado el filo de la uña sobre cada uno de los extremos hasta que el trozo de papel se desprendió. Lo sostuvo frente a sus ojos, mientras don Efraín aparecía nuevamente a cuadro para mirarlo junto a ella.

—¿Qué dice? —Quise saber.

—Son solo líneas y garabatos —gruñó don Efraín.

—¿Lara? —cuestioné buscando una opinión más objetiva.

—No lo sé —respondió colocándolo frente a la cámara—. Míralo tú mismo.

En efecto, en el pequeño papel había dibujadas líneas junto a figuras concéntricas y algunos números, así como pequeños triángulos, unos con un punto en su interior, y círculos plagados de marcas y rayas de diferente factura.

—¿Será algún tipo de criptograma? —aventuró el viejo.

—O quizá se trate de un…

—Pero ¡qué diablos! —la interrumpió don Efraín levantando la mirada por detrás de la cámara del celular—. ¡Cuidado! —chilló el viejo.

En ese momento, la imagen se tambaleó hasta fijarse en una larga sombra que la engulló en un segundo.

—¿Maestro…? —Inquirí tratando de despertar el vídeo en el dispositivo—. ¿Lara…?

La comunicación se había interrumpido. Marqué tratando de restablecerla, pero fue inútil. Lo hice varias veces más mientras una sospecha comenzaba a instalarse en mi cabeza: Dante había aparecido finalmente. Quizá me habría estado siguiendo todo ese tiempo y, al darse cuenta de que mis amigos salían de la ciudad, intuyó que se trataba del mensaje que estaba buscando y habría decidido olvidarse de tratos insulsos para ir directamente tras lo que quería. Debía acudir en su ayuda. Rápidamente verifiqué en el celular las opciones para ir a León. El último vuelo del día había salido una hora antes, así que tendría que ir por carretera. Calculé que me tomaría un poco más de cuatro horas llegar. Le solicité a Olguita que consiguiera el número telefónico del hotel y que me comunicara con el gerente. También, por si acaso, le pedí que obtuviera el número de la policía municipal leonesa, que iba a ser la única manera de hacerles llegar ayuda de inmediato. Bajé por la escalera anticipando que a esa hora los ascensores estarían repletos y que desperdiciaría minutos valiosos para llegar a abajo a buscar un taxi que me llevara a la terminal de autobuses. Cuando descendía, el celular me alertó registrando la entrada de una nueva llamada. La carátula del dispositivo indicaba un número desconocido. Un frío me recorrió la espalda al pensar que quizás aquel malhechor se comunicaba luego de haberse hecho con el mensaje y que ahora tendría a su merced a mis amigos.

—¿Señor Millán? —Escuché al activar la comunicación.

Contuve la respiración sintiendo una sospecha atrapada en la garganta.

—¿Alberto Millán? —insistió la voz que ahora me pareció conocida.

—Él habla —balbucí.

—Vaya, hasta que logro dar con usted. —Era el inspector Hasen Ramírez—. Espero que su jefe le haya dicho que fui a buscarlo anoche.

—Sí, ya me contó que estuvo de visita por aquí. —Solté con impaciencia mientras reanudaba el camino por la escalera—. Supongo que quiere decirme algo.

—Si no tuviera nada que decirle, ¿para qué habría de llamarlo?

—Pues hágalo de una buena vez.

—¿Qué le pasa, Millán? —respondió el Holandés—. ¿Comió gallo?

—Solo quiero saber qué diablos quiere.

—Interesarme por usted. —Jugueteó—. Saber cómo se encuentra.

—Estoy bien. —Apresuré mientras seguía consumiendo los escalones—. Y si eso es todo, ahora va a tener que disculparme. Es un

mal momento y tengo cosas importantes que hacer.

—¿Más importantes que hablar conmigo?

—Déjese de juegos, inspector.

Hasen Ramírez abrió un breve *impasse* antes de proseguir:

—Anoche que estuve por allí aproveché para buscar a Efraín, pero me dijeron que los últimos días casi no se había aparecido en el periódico. ¿Sabe algo de él?

La pregunta del Holandés volvió a ensombrecerme el ánimo. «¿Qué quiere Ramírez con el viejo?», pensé. «¿Y por qué lo busca justo ahora?».

—Si no lo sabe usted que es policía —reaccioné deteniendo mi descenso—, cómo iba a saberlo yo.

Escuché cómo Ramírez aspiraba profundamente al otro lado de la línea.

—No sé en qué ande metido ahora, Millán —repuso—, pero espero que no haya vuelto a las andadas jugando al investigador privado.

—No sé de qué habla…

—Y confío también —me interrumpió— en que no haya metido otra vez a ese viejo en sus juegos. Le recuerdo que ese es mi trabajo.

—En ese caso, procure hacerlo bien.

—¿Le parece que no lo hago como debiera?

—La verdad es que no. Sobre todo cuando, en lugar de estarme acosando sin motivo, podría levantar las asentaderas de su silla y ponerse a resolver el caso. Buenas tardes.

Corté la comunicación antes de que Ramírez tuviera tiempo de seguir con el elíptico interrogatorio. Pero apenas había logrado descender unos cuantos escalones más, el tono del celular volvió a alertarme. Miré la carátula. Era otra vez una llamada desde un número desconocido.

—Si tiene algo en contra mía, consiga una orden y venga a arrestarme. —Bufé al activar la comunicación—. Y si no es así, perdóneme, pero deje ya de estar molestando…

—¿Alberto? ¿Eres tú?

Era la voz carrasposa de don Efraín. Me detuve dejando escapar el aire que se había almacenado en mis pulmones.

—¿Maestro? ¿Están bien?

—Todo bien por aquí. Pero ¿y tú? ¿Qué maneras de contestar el teléfono son esas?

—Pensé que era alguien más.

—El Holandés, me imagino.

—Sí, el muy cabrón no deja de joderme —confirmé—. Pero, dígame, ¿qué ocurrió? La señal se cortó como si alguien los hubiera atacado.

—Pues casi.

—¿Casi? —Me alarmé.

—Fue nuestro amigo, el mayor.

—Le repito que no soy su amigo… —Era, en el fondo, el vozarrón de Tulio Casiano Asís.

—Cuando hablábamos contigo —explicó don Efraín— se nos apareció en la bodega con su «acercamiento táctico» y se llevó de corbata el celular de la doctora Bowman.

—¡Me carga con usted, Haro! —Volví a escuchar el reclamo del militar—. No lo haga más grande, que fue solo un accidente.

—Como haya sido. La cuestión es que el aparato de la doctora ha quedado inservible. Por lo pronto, tuvimos que venir a la recepción del hotel a buscar este teléfono para llamarte.

—¿Y Lara?

—Fue a preguntar si por aquí podía comprar otro celular para sustituir el que el mayor tuvo a bien desbaratarle.

—¿No entiende, Haro? —Era otra vez la voz ronca de Asís colándose en la línea—. Cuántas veces hay que explicarle las cosas para que las comprenda. Todo fue un accidente.

—Por aquí llega la doctora. —Eludió el viejo—. Te la paso…

Un par de segundos después, escuché la voz de Lara.

—¿Estás bien? —Quise saber.

—Ya te lo habrá contado don Efraín. —Sonrió a través de la línea —. Un pequeño accidente que ha servido para que estos dos señores empiecen a discutir de nuevo.

—¿Y el cifrado?

—Lo tengo conmigo. Salimos ahora mismo para allá. Calculo que llegaremos a eso de las cinco de la tarde.

—Muy bien. Los espero en el departamento.

Un breve silencio recorrió la línea antes de que Lara volviera a llenarla con su voz. Esta vez su tono sonó cauteloso:

—Don Efraín nos mostró tu columna de hoy en el periódico. ¿Alguna noticia de ese hombre?

—Ninguna todavía.

—Bueno, pero ten cuidado, Alberto.

Guardé el celular y confirmé la hora. Me sentía fortificado por el vigor de la confianza, así que decidí que cruzaría la calle para almorzar en El Espejo Invisible y comenzar así a acortar la espera. No obstante, al llegar al descanso en la segunda planta, un inusual movimiento en las puertas del periódico llamó mi atención. Me detuve para observar lo que ocurría. A través del ventanal vi cómo, escoltadas por tres motopatrullas, un par de camionetas negras con los cristales polarizados se detenían frente a la entrada del edificio. De la primera de ellas descendió Eduardo Ruiz-Berben, mientras que del vehículo que se había estacionado detrás se apeaban los dos guardaespaldas a

quienes había conocido la mañana del sepelio de Beatriz.

«Vaya, vaya», pensé. «Así que lo del recado con Encarnita iba en serio y ese idiota está realmente ansioso por hablar conmigo».

Esperé a que la Lombriz entrara al edificio custodiado por sus dos gorilas y calculé luego el tiempo que le tomaría abordar el ascensor. Después bajé lo que restaba de la escalera y salí a la calle.

—Soy Alberto Millán, periodista del *Diario Centinela* —dije presentándome ante un hombrecito que esperaba al lado de la camioneta de la que había bajado la Lombriz—. ¿Trabaja usted con Ruiz-Berben?

—Loreto Mendoza, servidor —me respondió—. Soy el secretario particular del senador.

—Mucho gusto. —Repuse—. Él acaba de entrar, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Caramba, es una lástima que no haya logrado coincidir con él. Oiga, ¿sería mucha molestia que le diera un mensaje de mi parte? ¿Sabe? Somos viejos amigos.

El tal Loreto Mendoza me miró con escepticismo, quizá por saber que los políticos como Eduardo Ruiz-Berben no tienen amigos, ni nuevos ni viejos.

—¿Millán, me dijo? —respondió.

—Así es. Alberto Millán —confirmé con claridad para que no lo olvidara—. Dígale que le agradezco que me haya hecho ver que no hay nada más difícil de esconder que los secretos del pasado.

—¿Secretos del pasado? —titubeó.

—Eso mismo. Y no se preocupe, él sabe perfectamente a lo que me refiero.

Eran casi las 19:00 cuando Lara, don Efraín y el mayor Asís entraron finalmente en el departamento.

—¡Victoria! —exclamó don Efraín en el pináculo del optimismo—. ¡Aquí llega el batallón!

—No diga tonterías, Haro. —Bufó Tulio Casiano Asís entrando detrás de él—. Un batallón son dos compañías, trescientos hombres al menos. Esto, cuando mucho, ha sido una patrulla de reconocimiento.

—Lo que sea —desdeñó el viejo—. La cosa es que aquí estamos. ¡Misión cumplida!

Lara fue la última en entrar y, ante la extrañeza de los dos septuagenarios —don Efraín le guiñó al mayor y este respondió levantando las cejas—, me besó en los labios. Explicó entonces que el retraso se había debido a la insistencia de don Efraín para detenerse en Celaya a comer algo.

—Mi Palenque Querido —corroboró el viejo—. Es la fonda de un paisano mío donde se come como los dioses.

—Donde perdimos dos horas y ganamos tres kilos —añadió Lara cuando ya se dirigía al dormitorio.

—Y donde nos llenaron la vejiga con un agua de guanábana más espesa que la pintura con cal. —Completó el mayor Asís—. ¿Me permite usar su baño, señor Millán?

Aprovechando que quedamos solos, don Efraín se me acercó mientras encendía un cigarrillo:

—Leí tu columna de hoy en el periódico. Eso de la dedicatoria habrá enfurecido a Ruiz-Berben.

—Supongo que sí. Me mandó a decir con Encarnita que quería hablar conmigo.

—Pues si acusó recibo del golpe es porque lo entendió. Ya se habrá dado cuenta de que el tiro le salió por la culata con eso de su careta de Dante. Ahora ese pillo estará inquieto al imaginar que lo descubriste, y que no solo sabes ya lo del capitán Ruz, sino también que eso lo coloca con la oportunidad y motivo para los crímenes.

—Esta tarde se apareció en el periódico con toda la parafernalia.

—Ah, ¿sí? —Se alarmó mi viejo maestro—. ¿Y hablaste con él?

—Claro que no. Y será mejor no hacerlo por ahora. En cuanto terminemos de armar todo esto, un buen artículo del *Diario Centinela* lo mandará derechito a la cárcel…

—¿Y del tal Dante? —interrumpió Tulio Casiano Asís saliendo del baño—. ¿Alguna noticia?

—Pero qué de vueltas le da usted a las cosas, mayor. —Saltó don Efraín—. Si ya sabemos que se trata de Ruiz-Berben.

—Ya se lo dije. —Reaccionó el militar—. Prefiero buscar culpables y no construir chivos expiatorios.

—Nada todavía, mayor —respondí para zanjar la discusión.

—Pues tenga cuidado —aconsejó Asís—. Esta situación puede ser más peligrosa de lo que parece, sin importar quién esté detrás de esa máscara.

—Aquí viene otra vez el gran jefe Mal Agüero.

—Aunque se burle, Haro —prosiguió el militar dejando pasar la provocación—. Ahora tenemos el papel por el que ese hombre ha matado ya a dos personas, así que lo más conveniente sería ir a la policía.

—Al contrario. Seguirle el juego nos permitirá confirmar con quién tratamos. —Repuso don Efraín en una bocanada.

—Lo único que vamos a lograr es colocarnos en una posición desventajosa y tal vez perder la oportunidad de atrapar al culpable.

—No me diga que le ha entrado miedo, mayor. —Porfió el viejo.

—No es miedo, solo cordura —respondió Asís—. Pocas cosas hay más riesgosas que conocer a un enemigo embozado, sobre todo cuando ha demostrado que es capaz de cruzar cualquier límite para

conseguir lo que quiere. Recuerde que en una extorsión en la que quien la ejecuta da la cara, el extorsionado está muerto por necesidad, entregue o no lo que se le pide…

El regreso de Lara al salón cortó las palabras de Tulio Casiano Asís.

—Pues aquí está —dijo ella colocando el recuperado mensaje sobre la superficie de la mesa.

Al verlo, no me atreví a tocar el pequeño papel plagado de líneas y signos sin sentido aparente. El mayor Asís, en cambio, lo tomó para mirarlo con detenimiento.

—Vamos, mayor —lo animó Lara—. Cuéntele a Alberto lo que nos venía diciendo en el camino.

—Es solo una hipótesis —vaciló el militar.

—Pero es lo mejor que tenemos. —Se sumó don Efraín—. Así que suelte ya.

El mayor Asís le echó una mirada más al papel y dijo:

—Creo que son símbolos topográficos.

—¿Un mapa? —interrogué.

—Así es… Estos, por ejemplo, son el tipo de señales que ilustran puntos de intersección —explicó el militar señalando un círculo con un punto al centro—, y estos otros son vértices geodésicos —agregó mostrando una serie de triángulos esparcidos en el papel—. Las líneas punteadas representarían un camino de tierra o una vereda. Estas son las curvas de nivel que son necesarias para identificar el relieve de un terreno, y estos otros son símbolos que indicarían la presencia de fosos naturales.

—¿Y estas líneas paralelas con números? —Inquirí.

—Niveles de masas sólidas de diferentes materiales —respondió el militar—. Rocas o hielo, por ejemplo.

—Bueno, si esto es un mapa —cuestioné—, ¿qué es lo que indica?

Tulio Casiano Asís echó una mirada a Lara y a don Efraín mientras sus labios se torcían de forma casi imperceptible.

—Es imposible saberlo —respondió al cabo—. Ya se los he explicado cuando veníamos para acá. Esto es un relieve topográfico, pero le faltan indicaciones para ubicar el sitio preciso.

—No entiendo. —Dudé—. ¿Qué sentido tiene un mapa así si es imposible determinar la ubicación exacta de lo que indica?

—Esconder algo. —Se coló don Efraín aspirando el humo del cigarrillo.

—En eso, Haro tiene razón. —El mayor Asís se removió en el asiento—. Si yo deseara dejar constancia de la ubicación de algo muy importante que, por una parte, requiriera de indicaciones precisas, pero que al mismo tiempo no cualquiera pudiera comprender, quizás habría hecho lo que ese oficial hizo con este papel.

—Sigo sin entender cómo podría saberse la ubicación de lo que este

mapa señala si faltan indicaciones para hacerlo.

—¡Abracadabra! —intervino otra vez don Efraín en medio de una nueva bocanada mientras extendía la mano hacia Lara, igual que lo habría hecho un prestidigitador hacia su bella ayudante.

—Colocando este mapa junto a otro —respondió ella sacando de su bolso el viejo cartapacio—. De esa forma, al complementarse ambos, el conjunto ofrecería un nuevo mapa con indicaciones precisas.

—Si entiendo correctamente —dije—, uno de los planos en el cuaderno ofrece la ubicación general y este papel los detalles concretos del sitio. Y juntos…

—Son el verdadero mapa. —Completó Lara—. ¿Lo ves ahora? Es un cifrado de dos llaves.

—¿Y cuál de los planos cumpliría esa función, mayor? —Inquirí señalando el cartapacio.

—Ese es precisamente el punto —contestó Asís—. La escala de todos los mapas en el cuaderno que el oficial llevaba consigo es exactamente la misma, así que al sobreponer este papel en cada uno de ellos se obtiene un mapa diferente en cada caso.

—¿Y cuál es el correcto?

—Para saberlo, habría que cotejar cada uno de ellos contra mapas cartográficos militares de la época hasta dar con el que sea consistente respecto a los detalles topográficos que ofrece este papel. Si alguno de ellos cumple esa condición, entonces podríamos decir que la hipótesis de la doctora Bowman es correcta. De otra forma, esta seguiría siendo una clave que habría que descifrar.

—¿Y podremos llegar a saberlo? —Volví a la carga sintiendo que nos aproximábamos al final del camino.

—Mañana, a primera hora, iré al departamento de cartografía del ejército. El trabajo de cotejo será lento y quizá requiera de la opinión de algún especialista. Dependiendo de lo que encuentre allí, el asunto puede tomar días o semanas.

—Si hay que esperar, esperaremos. —Transigió don Efraín—. A lo que ese mapa va a conducirnos, bien lo vale.

Los tres se miraron. En sus ojos brillaba algo más que la luz que desprendía la lámpara que colgaba sobre nosotros.

—¿Y qué podría ser eso? —Quise saber.

—Ese es el otro descubrimiento de la doctora Bowman —respondió mi viejo maestro—. Porque, si aún no lo has notado, en ese papel hay algo más que símbolos topográficos. Hay también un detalle que revela lo que podría hallarse oculto detrás de este misterio.

Treinta y seis

Avalancha. Masa de nieve de gran dimensión que, por efectos naturales o intervención humana, se desprende del macizo del que forma parte para deslizarse violentamente por la pendiente de una montaña. Alud que, igual que los eventos inesperados, golpea produciendo un estrépito capaz de destruirlo todo.

—Imaginemos la escena.

La voz del reportero que había narrado cientos de cruentas historias en las páginas de la nota roja del *Diario Centinela* comenzó a colorear el argumento de lo que habría ocurrido aquellos lejanos días de 1862; una crónica que supuse don Efraín habría venido confeccionando en las horas de trayecto en el coche desde León al lado de Lara y de Tulio Casiano Asís.

—Son dos camaradas de armas, dos amigos —subrayó mi viejo maestro dando fuego a un cigarrillo—. Cabalgan juntos luego de haber completado una parte importante de su encomienda. Y es que han recorrido muchos kilómetros desde la costa norte del Golfo de México, andando siempre por veredas apartadas de los caminos principales. Lo han hecho así porque no pueden correr el riesgo de ser vistos, especialmente por las patrullas francesas que, a medida que se acercan al valle de México, podrían cortarles el paso en cualquier momento. Hasta ese instante, la misión ha sido un éxito. El teniente coronel Carvajal ha podido corroborar la información que el ministro de Relaciones Exteriores había recibido del embajador Corwin respecto al apoyo que el gobierno de Lincoln había enviado a Juárez de manera absolutamente incondicional…

—¿Absolutamente incondicional? —interrumpió el mayor Asís con ironía—. No empiece a componer la historia nacional, Haro. No se le olvide que nadie suelta nada sin esperar algo a cambio.

—La amistad del gobierno legítimo de un país vecino es siempre un valioso activo.

—En política, la amistad es solo ficción —insistió el militar—. Lo único real son los intereses.

—¿Y qué hay de la expectativa de una fructífera cooperación mutua?

—¿Cuándo ha tenido eso algún valor?

—Vamos a ver, mayor —protestó finalmente don Efraín—. Me va a

dejar continuar con la historia o vamos a ponernos a discutir ahora sobre los valores de la política exterior.

—Siga pues. —Concedió el militar cruzando los brazos mientras se acomodaba en el respaldo de la silla—. Pero no le ponga tanto de su cosecha.

—Decía —retomó el viejo torciendo los labios— que el teniente coronel Carvajal ha logrado confirmar que el apoyo de Lincoln a la causa de la República llegó a México. No obstante, solo él posee todos los datos al respecto. Como nos ilustró el mayor Asís hace unos días, en una misión confidencial como aquella, la información crítica debió ser conocida solo por el militar de mayor rango. Y, aunque Carvajal y Ruz eran amigos, en esas cuestiones delicadas la ordenanza militar habrá estado por encima del afecto personal. ¿Estoy en lo cierto, mayor?

Tulio Casiano Asís se limitó a confirmar con sobriedad.

—Si fue así —retomó el viejo—, entonces el teniente coronel debió de ser también quien puso a salvo en una nueva ubicación lo que halló en ese lugar.

—Esa ya es una suposición suya. —Era otra vez Asís.

—Bueno, mayor —reprochó don Efraín—. ¿Me va a permitir seguir? O, de plano, mejor cuente usted la historia.

—Solo le pido que no se valga de especulaciones.

—Me valgo del sentido común.

—Pues lo que debe primar aquí es la lógica militar y no las cosas que usted cree entender…

—Señores, por favor —intervine—. Escuchemos y luego discutimos. ¿Les parece?

El mayor asintió de mala gana.

—Como decía —volvió a la carga don Efraín—, el teniente coronel Carvajal habría sido el responsable de poner a salvo en una nueva ubicación la ayuda recibida. Lo que es lógico —enfatizó echando una mirada intencionada a Asís—, ya que, a esas alturas, las indicaciones originales que los habían llevado hasta aquel sitio se hallarían en manos de muchas personas. Y resulta igualmente sensato asumir que fuera Carvajal quien, tras haberlo hecho, preparara el plano con las nuevas indicaciones.

—¿Y no habría sido más sencillo simplemente llevarse lo que sea que hubieran hallado allí? —Quise saber.

Tulio Casiano Asís extendió la palma de la mano hacia don Efraín como diciendo: «A ver. ¿Y qué dice el *sentido común*?».

—Habría sido una imprudencia. —Fue Lara quien se adelantó a responder—. La carga era muy valiosa. Sin una protección adecuada, fácilmente podrían haber sido interceptados, si no por los franceses que ya copaban la zona, por alguna de las muchas gavillas de

asaltantes que florecían entonces en la región.

—¿Pues qué era exactamente eso que habrían hallado? —pregunté acodándome sobre la mesa.

—Como lo hemos sospechado desde el principio: dinero —contestó Lara—. Mucho dinero.

—Enfrentar a los franceses conllevaba la necesidad de adquirir una gran variedad de elementos para la guerra. —Abundó don Efraín—. Armas, municiones, suministros e, incluso, conciencias…

—Pero vamos a ver. —Volvió a intervenir el militar echando el cuerpo hacia adelante—. Con eso de comprar conciencias, Haro, supongo que se refiere a quienes estuvieron dispuestos a recibir ese dinero de los yanquis aunque con ello pusieran en riesgo la soberanía de México.

—¿Ahora va a decirnos que el dinero no sirve para ganar guerras, mayor?

—Lo que digo —respondió Asís— es que, en eso de comprar el sentido moral de algunos individuos, quiero pensar que habla por Juárez y los suyos. Le recuerdo que en este país ha habido gente que ha sostenido que no es necesario hacer uso de esas artimañas para vencer a sus adversarios, y sus santones liberales no están entre ellos.

—Con todo respeto, mayor, peca de ingenuo.

—Y usted de cínico, Haro.

—Si Juárez y las fuerzas de la República llegaron a esos extremos, fue porque a eso los condujeron los conservadores. Que no se le olvide que fueron ellos quienes trajeron a los franceses y al usurpador austriaco.

—Caramba… Pensé que la moral de un hombre era un acto personal de conciencia y no que dependía de lo que otros hicieran. ¿Ahora resulta que las debilidades éticas de los liberales se justifican por los actos que, errados o no, llevaron a cabo otros mexicanos leales y honestos?

—¿Leales y honestos? No me salga con esas sandeces, mayor. En todo caso, una partida de oligarcas expoliadores.

—¿Y lo dice quien defiende al autor de las leyes de desamortización que arrebataron sus tierras a los indios para terminar de sumirlos en la miseria?

—Pero ¡qué desvergüenza!

—¿Le molesta oír la verdad?

—Lo que me indigna es la mentira…

—Señores —intervine otra vez para amainar la contienda—. ¿De veras hay que discutir esto ahora?

Los dos hombres se miraron, don Efraín dando la enésima calada al cigarrillo y el mayor Asís ajustando la cremallera del chaleco de pluma.

—Pues, volviendo al punto —medió Lara—, digamos que en esa época la flexibilidad que se necesitaba para actuar en la guerra requería de un medio de pago completamente eficaz. Así que el apoyo enviado por el gobierno de Lincoln debió de haberse hecho en metálico. No hay otra opción posible. Mira esto —me indicó tomando el cifrado—. ¿Ves estos símbolos aquí?

En una esquina del plano había un pequeño círculo con un número veinte en su interior, seguido por una diagonal, un número diez y una letra eme.

—¿Más simbología topográfica? —pregunté.

—Negativo. —Rumió Asís.

—Creemos que es la señal de lo que halló el teniente coronel Carvajal —explicó Lara.

—¿Y qué significa?

—Monedas —resolvió don Efraín traduciendo aquellos símbolos—. De veinte dólares. Diez mil de ellas.

—¿Doscientos mil dólares? —calculé—. ¿Y los gringos pensaron que eso era suficiente para que Juárez se deshiciera del ejército francés?

—Ese es precisamente el punto —retomó don Efraín dejando salir el humo del cigarrillo por la nariz—. Creemos que ese dinero era la señal de complicidad hacia el bando al que Lincoln quería adscribirse en esa lucha. Pero tienes razón. Ese monto apenas alcanzaría para financiar unos meses de lucha. No obstante, constituía una enorme fortuna en manos de un par de hombres.

—Vamos a ver. —Lo detuve—. ¿Y en qué se basan para concluir que estos símbolos significan que ese hombre halló esa cantidad de dinero?

—En una vívida imaginación. —Se apresuró a intervenir Asís.

—El mayor tiene razón —coincidí—. Esos símbolos podrían significar cualquier otra cosa. Qué se yo. Veinte pasos a diez metros. Veinte piedras en diez mojones.

Mi viejo maestro sonrió mientras cruzaba una nueva mirada cómplice con Lara.

—Hay algo más —dijo ella—. Un detalle sobre el cadáver hallado en el Iztaccíhuatl al que creo haberme referido el día que nos conocimos. En el bolsillo del abrigo de ese hombre —explicó—, además del cartapacio, había un par de objetos más.

Lara sacó su celular y me mostró varias fotografías. Las imágenes formaban parte de una secuencia en la que, junto al viejo cuaderno y las insignias del teniente coronel Carvajal, había dos objetos más: un guardapelo y una moneda.

—El guardapelo tenía el retrato de una mujer —explicó ampliando la imagen en la pantalla del celular—, quizás haya sido su esposa.

Pero lo importante es esto otro —añadió dando paso a la siguiente imagen—. Esta moneda. Es de oro. En el anverso, rodeada por trece estrellas que representan a las trece colonias originales, aparece el perfil de la mujer simbolizando la idealizada libertad y un año, 1861. Y, en el reverso —agregó mostrándome la siguiente fotografía—, está el Gran Sello de los Estados Unidos con el lema «*E Pluribus Unum*».

—De muchos, uno. —Tradujo don Efraín.

—Es un *Double Eagle* —explicó Lara—, una moneda de oro de veinte dólares. Lo que coincidiría con la indicación dejada en el mapa por Carvajal.

—¿Lo ves, Alberto? —Completó mi viejo maestro—. Todo encaja.

Mientras el mayor Asís se revolvía inquieto en el asiento, don Efraín dio una larga calada al cigarrillo para retomar la narración:

—El capitán Ruz debió darse cuenta de lo que pasaba. Quizá sospechó que algo se ocultaba detrás de las órdenes que había recibido para dejar solo a su superior en cuanto llegaran a las costas del Golfo de México. O tal vez, en la soledad del trayecto de regreso, el propio Carvajal, confiado en la fidelidad de su amigo y subordinado, transgredió la ordenanza y le habló de aquellas monedas que ayudarían a la causa en contra de los invasores. Incluso pudo haberle mostrado la que llevaba consigo para presentarla como prueba a sus superiores. Al comprenderlo todo —retomó el viejo—, la ambición debió de cegar al capitán Ruz. Es difícil saberlo, pero quizá, cansado por la lucha sin tregua desde el inicio de la guerra de Reforma y abrumado por la dimensión de la empresa que aún tenían por delante y que implicaría años de penurias para sacar de México al ejército más poderoso del mundo y al emperador de pacotilla, el capitán haya cedido a la tentación de la codicia. Quizás, al ponderar los beneficios que podrían derivarse de aquella oportunidad que el destino les ponía enfrente, hubiera decidido que era el momento de quebrantar sus principios. Tal vez, suponiendo que a la patria ya se la estaba cargando la chingada y que no valía la pena que se los llevara con ella, habría sugerido a su amigo que lo mejor era tomar aquel dinero y pasarse al bando de los que anticipaba serían los ganadores…

—Mucho *quizás* y mucho *tal vez*, ¿no le parece, Haro? —Lo detuvo el mayor Asís—. Bájele una rayita a su novela de especulaciones.

—¡Qué novela ni qué ocho cuartos! —Se engalló el viejo—. Allí está la historia para confirmarlo.

—Será la que le contaron sus correligionarios fanáticos, que no tiene nada que ver con la verdadera.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—Pues usted y su historia amañada pueden irse derechito a la…

—No volvamos a eso, por favor —los interrumpió Lara colocando

cada una de sus manos en las de los viejos, quienes no tuvieron más remedio que ceder al efecto pacificador de su mirada—. ¿Les molesta que sea yo quien continúe?

El militar y don Efraín se contentaron con cruzar sendas miradas mortíferas.

—En la hipótesis que acaba de dibujar don Efraín —se cuidó de aclarar Lara—, lo lógico es suponer que haya sobrevenido la negativa de Carvajal a la propuesta del capitán Ruz. Después, ante la insistencia de este, habría surgido la desconfianza y, finalmente, la convicción de que su subordinado estaba listo para la traición. Y entonces Carvajal habría decidido huir ante el riesgo de que el capitán Ruz pudiera intentar algo más para hacerse con las indicaciones que llevaban a ese dinero.

—Eso explicaría el porqué de aquella ruta sin sentido para llegar a la Ciudad de México —volvió don Efraín a la carga—, primero por el Paso de Cortés y luego por la cumbre del Iztaccíhuatl. No era solo un camino alejado de los enemigos, sino la impredecible ruta de quien huye. Supongo que, sobre eso, no tendrá usted objeciones, mayor.

Asís se limitó a negar suavemente con la cabeza.

—El capitán Ruz lo habría seguido —retomó Lara—, sabedor como era de que había sido descubierto en intenciones que le costarían una corte marcial. Luego de días de persecución, le habría dado alcance en aquella parte del glaciar, muy cerca de la cumbre. Allí debió intimarlo con su arma para que le entregara el mapa, pero Carvajal se habría negado y el traidor trató de matarlo, comprendiendo que era la vida de su amigo o la suya. Herido, el teniente coronel habría caído en la gruta que entonces formaba el glaciar.

—A lo mejor, el capitán Ruz —volvió a colarse don Efraín—, con ese tono dulce que solo la traición sabe modular, se habría ofrecido a ayudarlo a salir de allí y salvar su vida a cambio de que le entregara el mapa. Pero Carvajal se habría mantenido firme. Tal vez haya sobrevivido algunas horas más soportando la culpa de llevarse a la tumba el secreto de aquel dinero que ahora sería un recurso inútil para la causa. Incluso, quizás haya temido que el capitán pudiera regresar con una soga que lo ayudara a bajar y hubiera dedicado sus últimas fuerzas a deslizarse a lo largo de la gruta para evitar que el traidor lo hallara. Y así, solo, Mariano Carvajal habría muerto resguardando el secreto y salvaguardando su honor.

Don Efraín se detuvo. Allí estaba aquella narración que pintaba la escena que podría haber ocurrido y que, además, explicaría lo que había pasado hasta entonces. El hallazgo del cuerpo, la posibilidad de que alguien más hubiera descifrado lo mismo que ellos habían desentrañado, el intento por llegar al dinero, la muerte de Beatriz y Diana Abascal tratando de proteger las pistas, y la aparición del

misterioso Dante que, buscando cumplir el destino del capitán Ruz, pretendía ahora hacerse con ese mapa.

—¿Y a usted qué le parece, mayor?

Asís me miró.

—No niego que todo lo que la doctora y Haro han argumentado sea posible —contestó al cabo—. Aunque ya lo he dicho antes, señor Millán: esto seguirá siendo un juego de conjeturas hasta que hayamos revisado las diferentes posibilidades de esos mapas contra el cifrado.

—Es usted un salado. —Soltó don Efraín.

—Prefiero eso a ser un simple fantasioso.

—Pues ya veremos quién tiene razón —retó el viejo.

—Pues ya lo veremos. —Aceptó el militar.

Los dos hombres volvieron a removerse en sus asientos sin quitarse la mirada de encima.

—Doscientos mil dólares es mucho dinero —dije rasgando el silencio—. Pero ¿cuánto pueden valer esas monedas hoy día?

Don Efraín dio una nueva calada al cigarrillo antes de responder:

—En la búsqueda que la doctora Bowman hizo en su celular cuando veníamos para acá, averiguó que cada una de esas monedas, en buen estado, puede venderse hasta en unos veinte mil dólares. Eso quiere decir que, si estamos en lo correcto y el teniente coronel Carvajal halló diez mil de ellas, hablamos de un caudal que podría ascender a unos doscientos millones de dólares. Nada mal, ¿no te parece?

En ese momento pensé en la naturaleza de la traición. Pensé en la codicia, que es siempre su principal motivación. Pensé en lo inesperado del momento de su ejecución y en lo insospechado de su origen. Pensé en la reaparición de aquel secreto más de un siglo y medio después, de la mano de un cadáver congelado en una gruta. Pensé en lo excitante y desmoralizador del hecho; en lo brillante y oscuro del hallazgo. Pensé en todo ello y, por alguna razón, tuve miedo.

La esfera de mi reloj marcaba las 23:11 cuando don Efraín y Tulio Casiano Asís salieron del departamento. Los acompañé a la calle y estuve con ellos hasta que cada uno subió a un taxi. Con la evidencia reunida, habíamos acordado que don Efraín y yo iríamos por la mañana a poner al corriente a Lázaro Urbina de lo que realmente había pasado a lo largo de esas semanas. La idea era que, con sus contactos en el Gobierno, nos acercara a algún funcionario policial, muy por encima del inspector Hasen Ramírez, a quien pudiéramos contarle toda esta historia y evitar así el riesgo de que el asunto se descompusiera si el Holandés —llevado de la mano de Ruiz-Berben— estaba en el ajo. De cualquier forma, como una especie de seguro de vida, el viejo y yo escribiríamos un reportaje especial que le

pediríamos a Lázaro se publicara en el *Diario Centinela* para, una vez hecho público lo que sabíamos, ninguno de nosotros corriera peligro en tanto el mayor Asís concluía sus pesquisas topográficas con las fotografías del cartapacio y del cifrado que habíamos impreso para él.

—Después de esto —suspiré—, el asunto estará en manos de las más altas autoridades, y estoy seguro de que pronto llegaremos a conocer la verdad de lo que sucedió con Beatriz. Así que ya podemos olvidarnos del idiota de Ruiz-Berben, o quienquiera que sea el que se oculta detrás de la máscara de Dante. Con esto habremos dado al traste con su plan.

Lara y yo estábamos sentados en el borde de la cama.

—Y todo gracias a tu ayuda —añadí.

—Nada de eso.

—Por supuesto que sí. Una cosa es el entusiasmo que nosotros ponemos y otra muy distinta tu conocimiento de estas cosas. Sin eso, andaríamos más perdidos que un turco en la neblina.

—Quien realmente ha sido de gran ayuda es el mayor Asís. —Deslizó ella rodeándome la cintura—. Sin su colaboración con el asunto de los símbolos topográficos, no habríamos descubierto que se trataba de un cifrado de dos mapas.

Lara se recostó y se echó la manta encima. Apagué la luz y me acurruqué a su lado.

—Aunque, a decir verdad —murmuró luego de un momento—, desde que dimos con el cifrado lo he encontrado un poco raro. No sé, algo distante.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo notaste? Para cada cosa que don Efraín daba como una posible explicación, él tenía un reparo.

—Bueno, desde que esos dos se conocieron no se han dedicado a otra cosa que no sea a pelear por cualquier tontería.

—¿Y si el mayor tuviera agenda propia? —Sentí su mano oprimiendo suavemente mi brazo—. Date cuenta de que lo hemos conocido apenas hace unos días.

—¿A qué viene eso?

—Pensaba que ahora él es el único que tiene en sus manos lo necesario para dar con ese dinero. —Su voz se había colado como una serpiente en la oscuridad.

«Eso es cierto…», me dije.

—Pero no me hagas caso —resolvió besándome—. Olvido que así son los militares, y más cuando están viejos como él. Perdóname. Estoy cansada y creo que he comenzado a decir tonterías.

Unos minutos después, su respiración pausada me reveló que había caído en el pozo del sueño. Yo, en cambio, tardé mucho más en conciliarlo; lo que le tomó a la semilla de la duda germinar en mis

pensamientos.

Antes de acostarme, había echado una última mirada al buzón del correo electrónico en el celular. No hallé ninguna novedad. En cierta forma, me desconcertaba que el tal Dante no hubiera dado señales de vida luego de mi mensaje a través del periódico. A pesar de ello, tenía la sensación de que su silencio no era indiferencia, sino la clase de quietud de quien está al tanto de todo; el sosiego de quien mira en silencio a través de un catalejo y sabe a la perfección lo que está ocurriendo.

Desperté. Lara había encendido la luz del cuarto de baño, la cual, colándose por el filo de la puerta, me había tocado los ojos. Miré el reloj que descansaba sobre la mesa de noche; su luz me deslumbró con la hora: 6:19. Me restregué los ojos incorporándome. Estiré la mano y tomé el celular para aprovechar la súbita vigilia. Lo primero que vi fue la señal de un par de llamadas. Eran del número que don Efraín me había dado del mayor Asís y habían ocurrido a las 6:03 y 6:05. Me inquieté y marqué de inmediato el número, pero nadie respondió. Renegué por no haber tenido la precaución de activar el timbre del celular que por regla general mantenía en silencio. Aún no decidía lo que iba a hacer cuando la aplicación del correo llamó mi atención. La pequeña señal roja en la pantalla indicaba que había varios mensajes sin revisar. Fui a ellos. Como los que había mirado a lo largo del día, se trataba de los variados insultos que mis lectores me dedicaban por mi saludo desde el infierno. Como un autómata fui pasando rápidamente sobre el asunto de cada uno de ellos hasta que apareció el que logró paralizarme: «Soy yo, su amigo Dante».

No pude evitarlo. Mientras leía el mensaje del espectro, pensaba en Beatriz, pero también en el Holandés, en Eduardo Ruiz-Berben, en don Efraín y en el mayor Asís. Pensaba en la incertidumbre que, como sentenciaba el viejo breviario de Lord Emory Hastings, se me venía encima como una avalancha.

Treinta y siete

> **Precipicio**. Abismo o declive profundo que suele presentarse en un terreno escarpado planteando el riesgo de una caída violenta que, como la ruina espiritual, suele abrirse paso a través del desengaño.

Hay quien supone que la Ciudad de México es un pañuelo y que no es difícil toparse con cualquiera en prácticamente cualquier sitio. Claro que, en una megaurbe como esta, eso solo pueden decirlo quienes se mueven en un círculo tan reducido que hace que las personas «dignas de encontrarse» y los eventos «dignos de presenciarse» sean apenas un puñado. Y pocos cumplen mejor con esa definición que la camarilla que se mueve bajo los reflectores de la cultura nacional.

Una de las recurrentes asignaciones que recibía en mis primeros años en el *Diario Centinela*, y gracias a la cual terminaría encasillado en esa especie torcida que es el periodismo cultural, era la de reportear los eventos que aquel grupo selecto organizaba. Exposiciones de pintura en las que se confunde el arte primitivista con las técnicas pictóricas del kindergarten, lecturas poéticas indescifrables —incluso para el poeta mismo—, obras de teatro dirigidas por dipsómanos enquistados en los paraninfos universitarios, presentaciones de novelas acreedoras a premios tristemente célebres por tener ganador antes de que el borrador de la obra esté siquiera completado, etcétera. En fin, que fue en uno de esos acontecimientos en donde el destino decidió que me encontrara otra vez con Beatriz.

Era la presentación de un libro de gran formato sobre una difunta pintora coahuilense —una tal Claudia Barberena—, que concitó a los medios por haber sido lujosamente publicado por la secretaría de Cultura. Esa tarde, el auditorio del Museo Nacional de Arte se hallaba a reventar en espera del autor, mientras yo bostezaba ansiando el final de aquel suplicio. De pronto, descendiendo por el pasillo de la sala, apareció Eduardo Ruiz-Berben. Me sorprendió verlo allí porque lo suponía en Harvard, gozando aún de la beca que mi amigo Jorge debió haber recibido. Pero eso no era todo, porque la Lombriz no estaba solo; el estómago me dio un vuelco al ver que a su lado venía Beatriz. Había transcurrido casi un año desde la muerte de mi padre y la creía aún fuera de México, así que su presencia me tomó desprevenido. Ambos se situaron en la primera fila, en tanto que yo,

mimetizado en la jauría de reporteros y fotógrafos, los miraba detrás de una cinta a un costado del estrado. Beatriz estaba, otra vez, más hermosa que nunca. Se había recortado el cabello y vestía un traje sastre que la hacía lucir algo mayor. A su lado había un par de sitios libres y se me ocurrió que bien podría saltar la cinta plástica que nos separaba para sorprenderla sentándome a su lado; la cara que pondría Ruiz-Berben al verme bien valdría el riesgo de la audacia. Fantaseaba con aquella posibilidad, cuando aparecieron Mrs. Evil y su marido para ocupar los asientos vacíos. Allí, se entretuvieron saludando a otra pareja que, por la mecánica entre ellos, deduje eran los padres de la Lombriz. En ese momento, Beatriz giró la cabeza justo hacia el sitio en donde me encontraba. Fue igual que aquella tarde varios años atrás en el Paseo de la Reforma, cuando ella llegaba a ese restaurante con sus amigos y yo esperaba a Raquel Carrascosa leyendo a Ibargüengoitia. Tuve la sensación de que, como entonces, luego de la duda inicial, ella se levantaría para ir hasta el lugar en donde me encontraba y decirme: «¿Por qué no me saludas, majadero…?». Pero no lo hizo. Como si solo hubiera extraviado la mirada por un instante, simplemente regresó la cabeza para quedarse mirando fijamente hacia el estrado. El resto de la tarde no volvió a girar el rostro hacia donde yo estaba, ni yo me atreví tampoco a acercarme a ella.

Al día siguiente, la crónica sobre la presentación del dichoso libro apareció bajo mi firma en la sección de cultura del *Diario Centinela*. En el texto que finalmente mandé a la rotativa, aprovechando la impunidad de la que a veces gozamos los periodistas, saqué lo peor de mí. En referencia al nombre del libro —*Claudia Barberena: la pintura del desierto*—, con muy mala leche titulé mi columna: «Claudia Barberena: el desierto de la pintura». Con aquel encabezado no solo pretendí censurar al escritor por el insulso resultado de su crónica sobre la obra de la pintora, sino que también aproveché la oportunidad para deslizar un guantazo con dedicatoria. Y es que, en el barroco discurso que el autor leyó, salió a relucir que la difunta pintora coahuilense estaba emparentada con un viejo conocido. «La artista a quien hoy celebramos fue la tía abuela de mi amigo y antiguo condiscípulo Eduardo Ruiz-Berben, quien hoy nos acompaña», dijo el tipo. «Carroña para los buitres», pensé yo frotándome las manos. El resultado fue una crónica de cuya manufactura ni lejanamente me sentí orgulloso, pero sí íntimamente satisfecho.

Esa mañana, un pequeño sobre con mi nombre escrito al frente esperaba sobre mi mesa de trabajo. Pregunté quién lo había dejado allí, pero nadie supo responderme. En su interior, encontré una tarjeta con un lacónico mensaje: «¿A esto te dedicas ahora? ¿A golpear desde las páginas de un periódico? ¿Dónde está la novela que ibas a escribir? Estoy en el café de enfrente. B.». En lugar de sentirme dolido por

aquellas palabras, el cuerpo se me llenó de esa emoción que produce una inesperada descarga de adrenalina. Bajé la escalera a tropezones y crucé la calle. Al entrar a El Espejo Invisible, escudriñé en todas direcciones hasta que la descubrí sentada en una mesa al fondo.

—Hola, Genio. —Sonrió Beatriz cuando me detuve frente a ella.

Estuvimos allí más de dos horas en las que sentí que el cielo volvía a abrirse para mí. Ante su primer amago sobre mi aviesa crónica de ese día, intenté responder sacando a colación el que ella se hubiera aparecido la tarde anterior al lado de la Lombriz.

—Cosas de mi madre. —Zanjó con desenfado—. Tiene un par de cuadros de esa señora y Eduardo la invitó. Nada más.

Pero cuando pretendí insistir en el tema cuestionándola sobre el porqué de su decisión de ir a estudiar a Boston, lo mismo que aquel idiota, simplemente me tomó de la mano y dijo:

—¿Estás seguro de que prefieres que pasemos este rato hablando de eso?

Beatriz tenía razón. La recriminación era un páramo muy vasto en el que lo mismo cabían mis dudas sobre ella, que una nunca ofrecida explicación a mi estúpido arranque la noche que le partí la nariz a Ruiz-Berben. Así que accedí. En lo que ella no claudicó fue en censurarme por mi anodina columna de ese día y en recordarme que merecía algo mejor que terminar mis días escribiendo aquella basura.

—Primero van a ser desquites personales como este —me dijo—. Y luego, quién sabe, tal vez acabes cobrando al mejor postor por hacerlo.

Volvió a recordarme la novela que me había —le había— prometido escribir, la cual fue el propósito germinal que me alejó de los deseos de mi madre para desvelarme los propios. Durante todo el tiempo que hablamos, no dejé de mirarla. Así, recorrí su cabello rojizo, los detalles de sus manos, la profundidad clara de sus ojos y las facciones de su rostro, igual que lo había hecho tantas veces desde que el destino me la descubrió en aquellas clases en el Anglo. En un instante en el que el silencio nos atrapó, me acerqué y nos besamos. Fue una sensación que creí que no volvería a repetirse; un contacto que pareció conseguir el teórico doblez en el espacio-tiempo y que, con ello, nos devolvió a lo que habíamos sido antes.

Salimos de El Espejo Invisible y fuimos a mi departamento. Allí estuvimos juntos hasta que la noche se apoderó de la ciudad y ella me anunció que debía marcharse. Le pedí que se quedara, pero me dijo que salía temprano de regreso a Boston. Cuando vio que mis labios se apretaban, me abrazó y dijo que serían solo un par de meses más en los que debía terminar el semestre escolar para luego volver a México.

—Además, Otelo —susurró en mi oído—, no tienes de qué preocuparte. Eduardo regresó para aceptar un trabajo en el Gobierno y

aquí se va a quedar.

Tampoco quiso que la llevara a su casa, así que solo pude acompañarla hasta que subió al taxi. Cuando se disponía a partir, bajó la ventanilla y me dijo:

—Démonos este tiempo para pensar lo que sigue. Yo tengo ya mi respuesta, Genio. Vamos a ver cuál es la tuya.

Nos besamos y se fue.

Mientras el taxi se perdía en la oscuridad de la calle para devolver a Beatriz a los dominios de su madre, supe que iba a contar cada minuto hasta volver a verla. A pesar de la nostalgia que comenzaba a recorrerme los brazos, ya había decidido lo que haría para darle la respuesta que me había pedido. Ella misma me lo había dicho: la novela. Cuando regresara a México, Beatriz iba a encontrarse con una sorpresa.

Subí al departamento, hice a un lado las notas que había preparado para la crónica que debía escribir esa noche, tomé mi cuaderno y comencé a garabatear el argumento que, como una calígine, dormía en mi cabeza desde hacía años. Durante las siguientes semanas, reduje al mínimo el tiempo que le dedicaba a mi trabajo en el periódico para aprovechar al máximo cada día en mi proyecto. Comencé a leer todo lo que me había propuesto como necesario para documentar la trama, e inicié las notas para delinear el perfil y biografía de los personajes. Un ánimo renovado me recorría el cuerpo ahora que tenía nuevamente un propósito. Allí estaba otra vez la mano de Beatriz consiguiendo sacar lo mejor de mí. Finalmente, una noche sentí que todo estaba listo. Saqué de su estuche la vieja Underwood Standard Portable que había comprado en el mercado de La Lagunilla con uno de mis primeros salarios —y que era igual a la que Ernest Hemingway había empleado para escribir muchas de sus novelas—, coloqué una hoja en blanco en el rodillo y tecleé el título de la que iba a ser mi ópera prima: *El susurro de Dante*. Dejé la hoja sobre la mesa e introduje un nuevo folio en cuyo centro, sin pensarlo, escribí: «A Beatriz». Apilé la hoja sobre la anterior y fui a la que sería la primera página de la novela. «Uno», tecleé arriba al centro, y comencé a escribir.

Las siguientes semanas fueron de actividad febril. Llegaba tarde al periódico y salía lo antes que me era posible dejando sobre la mesa del jefe de redacción mis apresuradas crónicas. En cuanto regresaba a casa, me sentaba frente a la Underwood y tecleaba hasta bien entrada la madrugada, viendo cómo las hojas del borrador iban apilándose. Así transcurrieron los días hasta que logré completar las páginas que daban forma al primer borrador de la novela. Satisfecho, las coloqué en una carpeta atada con un listón. Esa iba a ser la ofrenda que rompería el maleficio; la respuesta para Beatriz con la que le diría que

quería pasar el resto de mi vida a su lado. Me sentía eufórico e ilusionado. Allí estaba yo de nuevo. Era otra vez el «Genio» Millán y la carpeta del Plan Dante bajo el brazo, el joven Millán y la medalla al mérito académico de la facultad de Letras…, Manuel Acuña y la corona de laureles listo para postrarse ante Rosario de la Peña.

Llegó un nuevo viernes. Como cada uno de los que habían transcurrido desde su partida, confiaba en que fuera ese el que pusiera fin a la separación. Aquella mañana amanecí contagiado de un ánimo optimista. Me dirigí al periódico dispuesto a escribir una crónica que deslumbrara al jefe de redacción y le mostrara que tenía allí un talento desperdiciado. En la entrada del edificio bromeé un momento con el portero y luego con las secretarias en la sala de redacción. Trabajé toda la mañana y, al mediodía, crucé la calle para almorzar en El Espejo Invisible.

Al regresar, un objeto sobre la mesa de trabajo me tomó por sorpresa. Era nuevamente un sobre blanco. Al principio presentí que se trataba del esperado mensaje de Beatriz. Pero había algo en aquel objeto que me hizo recelar. No era un sobre discreto, como el que envolvió el mensaje que había recibido semanas antes, sino uno exageradamente grande, sin remitente ni destinatario. Lo abrí mientras una sensación de vacío comenzaba a oprimirme el pecho. En su interior, con una tipografía de largos trazos curvilíneos, una gruesa tarjeta anunciaba: «Rodrigo Soler Besa, Eva Victoria Ituarte Lazo, Sebastián Ruiz-Berben Pérez y María de los Ángeles Lobo Barberena tienen el placer de participarle el matrimonio de sus hijos…». Abajo se indicaba que la ceremonia se celebraría a las 20:00 de ese mismo día en la Parroquia de la Santa Cruz del Pedregal. Arrojé la tarjeta contra la mesa y cerré los ojos tratando de identificar los signos que hacen diferente a la realidad de las pesadillas. De pronto, en un instante de lo que me pareció una certera iluminación, pensé que aquello debía ser una broma. Eso lo explicaría todo. Solo había que poner juntas las piezas. La audacia de enviar aquel aviso justo en la fecha señalada y, sobre todo, la absurda idea de que ella hubiera elegido a la Lombriz para compartir su vida, eran la mejor prueba de que aquella noticia era falsa. Se trataba, sin duda, de la forma en la que Beatriz me avisaba de su regreso y, al mismo tiempo, se cobraba todas las que le debía.

Estuve pensando en ello el resto de la tarde, pero no me atreví a corroborar nada. Una simple llamada telefónica a su casa, aunque solo hubiera conseguido hablar con la buena de Gloria, me habría devuelto la verdad. Pero preferí confiar en mi intuición, a pesar de que una montaña estaba a punto de venírseme encima. Así que decidí aguardar con la paciencia y paz de un condenado a muerte mientras escucha

cómo se construye el patíbulo afuera de la celda.

A la hora señalada, me aparecí en la célebre parroquia de los ricos y famosos del Pedregal. Allí, de lujosos automóviles que hacían fila a lo largo de la avenida salían hombres con esmoquin y pajarita, y mujeres enfundadas en vestidos de fiesta. Todavía en ese momento quise convencerme de que aquello no quería decir nada. Cada viernes había una ceremonia como esa en aquel templo y ese día no tenía por qué ser la excepción. Así que me mantuve atento mirándolo todo a buena distancia. Quizá, cuando aquel ajetreo cesara, Beatriz aparecería y ambos nos reiríamos de su ocurrencia. No obstante, el autoengaño se disipó cuando una limusina negra se detuvo frente a la entrada de la iglesia. Contuve la respiración. La puerta del conductor se abrió. El hombre rodeó el vehículo y abrió la portezuela trasera para permitir la salida de una bellísima novia. Era Beatriz.

Esperé en la calle con las mandíbulas trabadas por la furia. Quería largarme de allí, pero al mismo tiempo no deseaba hacerlo sin antes verla una vez más. Cuando calculé que la ceremonia estaría por terminar, decidí entrar y me situé en uno de los corredores laterales del templo. Comencé a avanzar hacia el frente. De súbito, sentí que alguien me tocaba en el hombro. Era Jorge que, al lado de *Bella* Carpio, me decía que no con la cabeza. Lo ignoré y seguí avanzando hasta una distancia desde la que pude contemplar con claridad el púlpito. Allí estaban Beatriz y Eduardo Ruiz-Berben, escoltados por Mrs. Evil y su reivindicado marido, y por don Sebas y su mujer. Entonces fui testigo de cómo el cura les daba la bendición declarándolos marido y mujer. Antes de recorrer el pasillo central rumbo a la salida, Beatriz se dirigió hacia el corredor lateral en el que yo me encontraba para depositar su ramo de novia frente a una imagen de la Virgen de Guadalupe. Al pasar frente a mí, nuestras miradas se tocaron. Me di cuenta de su sorpresa al verme. Yo, en cambio, con la mirada rasada de lágrimas, solo fui capaz de transmitirle la rabia de mi asombro. Me pareció que intentaba mover los labios para decir algo, pero no esperé más. Di media vuelta y abandoné la iglesia. Habría debido de ir nuevamente, como cuando sentí que me abandonó la primera vez siendo todavía un adolescente, a la capilla de San Lorenzo Mártir, para desplomarme en uno de sus bancos de madera y tratar de expiar ese nuevo desengaño. En lugar de eso, tomé un taxi que me dejó a las puertas del primer bar que el chofer halló sobre Insurgentes.

Llegué a mi departamento de madrugada. Estaba ebrio. Azoté la puerta y me dirigí a la mesa en donde descansaba la carpeta con el borrador de la novela. Iba dispuesto a ejecutar la venganza que había concebido luego de beberme el enésimo caballito de tequila. Abrí la

carpeta y, una a una, fui rompiendo las páginas del que en ese momento me pareció el peor adefesio jamás escrito. Después, tomé los trozos y los coloqué en la papelera para prenderles fuego y asegurarme de que no sobreviviera nada que volviera a recordarme que alguna vez había amado a aquella mujer. De pronto, noté que uno de aquellos pedazos de papel se mantenía intacto danzando entre las llamas. Metí la mano para tomarlo. «A Beatriz», repetía la dispareja tipografía de la vieja Underwood. Miré como un alucinado aquel juego simple de letras intentando descifrar si algún día podría también borrar su significado de mi mente. Un momento después, lo dejé caer en la papelera ardiente para asegurarme de que aquella promesa fuera también pasto de las llamas.

El destino se ensaña con aquellos a quienes ve tocados por la fatalidad. Es un ave rapaz que identifica a la presa herida y espera el momento en el que las fuerzas la abandonan para ejecutar el ataque final.

En la madrugada, el timbre del teléfono me despertó. Abrí los ojos paladeando el sabor a trapo sucio de la resaca en mi boca. La cabeza me punzaba y sentía los párpados hinchados. Al levantar el auricular, surgió la voz de Emma. Eran palabras trozadas e incomprensibles. Entre ellas, se colaba algo sobre que no sabía qué había pasado, que anoche estaba bien, que no era posible… Hasta que, al fin, transida por el llanto, dijo:

—Alberto, mamá está muerta.

Lancé el aparato contra el muro y comencé a sollozar. Fue un llanto abrasador, absoluto. Un llanto que me lastimó los ojos porque encerraba todas las penas capaces de golpear a un ser humano. Habría deseado tener alguna fe de la cual sostenerme, pero no había nada en mi interior. Era solo yo… Maldije a Beatriz y a su madre, a la Lombriz y al cura comemierda que los había unido. Maldije a Dios y al diablo, a la noche y al día, a la vida y al destino. Maldije a cada ser vivo y muerto en el mundo, para luego ir en contra mía. «Maldito seas, Alberto Millán. Maldito seas…». Lo hice una y otra vez, como si cada una de aquellas anatemas sirviera para flagelarme el alma.

Al final, cuando el llanto cedió, fui hasta la ventana. El tacto del aire frío que envolvía a una ciudad ajena al dolor me rasguñó el rostro. Así, absorto ante el precipicio, estuve largo rato con las manos apoyadas en el marco, hechizado en las alturas por la duda que produce la atracción del vacío.

Treinta y ocho

> **Umbral**. Relieve transversal a la dirección de desplazamiento de la masa de hielo que se acumula en las cordilleras por encima del límite de las nieves perpetuas. Parámetro a partir del cual se produce un efecto determinado, como el darse cuenta de que todo lo que antes se concebía como cierto es falso, o viceversa.

«Me alegra que haya accedido a mi propuesta».

Así comenzaba el nuevo mensaje de Dante, enviado un par de horas antes desde d27nlqvt@instant.com, otra efímera cuenta de correo electrónico.

«Aunque solo haya sido el pretexto para cerrar nuestro acuerdo, permítame decirle que (de muchas formas) me ha divertido la lectura de su columna. La he encontrado, digamos, cándida. Aunque, tal vez, la palabra justa no sea esa. No sé… Quizá debiera decir ingenua, inocente. No, tampoco. Ah, ya sé. Me ha parecido… estúpida. Sí, eso es. Una verdadera imbecilidad. Déjeme aclararle que, aunque solo intenté jugar un poco al proponerle el título, me ha sorprendido que haya querido sacar partido de eso. Permítame adivinar. ¿Intentaba señalar la culpabilidad de alguien? Lo digo por esa "indescifrable" dedicatoria que tuvo la ocurrencia de incluir. ¿O esperaba hacerlo tácitamente con su disertación *usiglista*? Y no me refiero al asunto de la putrefacción en la política, la cual, a diferencia suya, yo estimo absolutamente consustancial al tema. Cualquiera con dos dedos de frente sabe que la política no es *el arte de lo posible*, sino un simple ejercicio de cinismo público. Hablo de esas invectivas de las que llenó su texto que parecían sugerir que deseaba revelar algo. ¿Qué pretendía? ¿Denunciar al culpable de la muerte de su amiga? ¿O intentaba decirme que sospecha (o sabe) quién soy? ¿O ambas cosas…? Ingeniosa tentativa, aunque inútil (como ya dije, ha sido una imbecilidad de su parte). Por lo demás, su texto es solo una colección de sandeces. Disculpe la ordinariez, pero creo que con su columna (no solo esta, sino todas las que vomita en ese periódico de segunda) hace usted honor a la fama de los periodistas que escriben y escriben, pero nunca tienen la más puta idea de lo que realmente sucede. En fin. Otra vez, una disculpa por la vulgaridad, pero la franqueza es uno de mis defectos. Por lo pronto, dejemos la crítica literaria y vayamos a

nuestro negocio… Ya me he enterado de que tiene usted en su poder los objetos de los que le hablé la última vez. ¿Cómo lo sé? Nada muy complejo. La verdad es que no es difícil estar al tanto de lo que hace ni muy complicado tampoco seguirlos a usted y a quienes ha reclutado para su equipo de investigación: ese par de carcamales y su nueva noviecita (por cierto, veo que no ha sido tan difícil olvidar a la difunta; ¿un clavo saca otro clavo?). No soy ningún moderno agente secreto (se lo aseguro), pero me considero alguien con las habilidades y recursos necesarios como para hacer ese tipo de cosas con discreción y eficacia. Así que, ahora que tiene en su poder lo que intercambiaremos, lo que procede es fijar una cita para llevarlo a cabo… Preste atención. Irá hoy a las 7:00 a la Capilla de las Ánimas (el viejo templo que está a espaldas de la catedral metropolitana). Buscará en el extremo izquierdo del segundo banco frente al altar. Allí encontrará las indicaciones precisas de lo que debe hacer. Y para que todo marche bien, voy a hacerle un par de útiles recomendaciones (que son realmente advertencias). Primero, que no deje de llevar los papeles que ambos sabemos tiene en su poder (no perdamos el tiempo pretendiendo que no es así). Y le aclaro: quiero los originales. Así que nada de copias ni de trucos… Y, segundo, que no vaya a tener la mala idea de avisar a la policía. Además de que es de pésimo gusto molestar a la autoridad a deshoras, los vehículos policiales estropearían la estética de una fachada virreinal como la de ese bonito templo, ¿no le parece…? Una última cuestión. Quizás ahora esté dudando y se pregunte: “Bueno, ¿y para qué diablos debo hacerle caso a este tipo que no se atreve siquiera a dar la cara? Ya tengo en mi poder los papeles que tal vez me lleven a saber lo que ocurrió con mi amiga sin necesidad de entrar en tratos con nadie. Así que lo mejor sería aprovechar el tiempo para coger un rato más con mi nueva novia, desayunar tranquilamente y olvidarme de este pendejo…”. Lo está pensando, ¿verdad? Sí, me lo imagino. Por eso, y a pesar de que tengo el presentimiento de que su enorme capacidad para sobreponerse a la ingratitud lo hará seguir el camino que hemos convenido, he decidido tomar una precaución adicional para que comprenda con absoluta claridad que no estoy jugando. Perdone, pero su errático comportamiento de los últimos días no me ha dejado alternativa… Verá que he adjuntado a este correo otra fotografía. No es una *naturaleza muerta* como la que le envié antes, sino otra que podría llegar a serlo muy pronto si no sigue mis indicaciones al pie de la letra. Tengo la impresión de que eso será suficiente para que ahuyente los malos pensamientos y haga exactamente lo que le he pedido. Así que manos a la obra. A tomarse un café para espabilar y, después, directo al coche porque hay trabajo por hacer. Le saluda, Dante».

Una náusea me nació en la garganta al mirar la fotografía que

aquel maldito había adjuntado al correo. Era don Efraín. El viejo estaba atado de brazos y piernas a una silla metálica. Amplié la imagen en la pantalla del celular. El pelo cano estaba despeinado y sus ojos miraban desorbitados a la cámara. Una mancha lívida se extendía en la base de sus párpados, y las arrugas en su rostro se habían ensanchado creando un mapa de ríos caudalosos por los que corría la sangre que descendía desde una de sus cejas. Intentando sobreponerme, me concentré en los detalles de la imagen. Quería hallar algo que me diera una pista del sitio en donde estaba cautivo, pero no había nada. Era solo la instantánea, capturada con la luz de un *flash*, en la que mi viejo maestro aparecía en un primer plano contra un muro ruinoso. Pensé otra vez en las llamadas del mayor Asís esa mañana y temí que el canalla de Dante hubiera intentado también algo en contra suya. Marqué su número varias veces más, pero lo único que la línea me devolvió, una y otra vez, fue el timbre sonando. Solté una maldición justo en el momento en el que Lara salía del cuarto de baño.

—¿Ocurre algo? —Quiso saber.

Le mostré el mensaje y la fotografía, mientras comenzaba a vestirme para cumplir con la cita en la que me enfrentaría finalmente con Dante. Al hacerlo, no pude evitar que volvieran a mi memoria, como si con ello se cumpliera una profecía, las palabras que esa tarde había pronunciado Tulio Casiano Asís: «Pocas cosas hay más riesgosas que conocer a un enemigo embozado, sobre todo cuando ha demostrado que es capaz de cruzar cualquier límite para conseguir lo que quiere…».

Unos minutos después, íbamos ya en el coche rumbo al centro histórico. A pesar de mi oposición, Lara se había empeñado en acompañarme. Su argumento fue que necesitaríamos que alguien estuviera atento para pedir ayuda si algo iba mal. Como el tiempo apremiaba, cedí a pesar de los riesgos. El plan que fuimos confeccionando a lo largo de los veinte minutos que nos tomó llegar desde Coyoacán hasta el templo del siglo XVIII en el corazón de la ciudad, terminó siendo elemental por necesidad: yo entraría a la capilla siguiendo las instrucciones del maldito Dante, y ella esperaría afuera preparada para pedir ayuda.

Estacionamos el coche frente a la entrada del Museo del Templo Mayor, sobre la calle de República de Guatemala, que a esa hora se hallaba desierta. Guiados por la luz amarillenta de las farolas, caminamos por la acera hasta llegar frente a la Capilla de las Ánimas. Miré la esfera del reloj: 6:57. Apreté la mano de Lara y ella correspondió con un beso en la comisura de mis labios. No dijimos nada. Solo asentí con la cabeza mientras ella ponía en mis manos el viejo cartapacio con el mensaje cifrado colocado de nuevo en su

escondite en la guarda anterior.

Crucé el atrio del edificio barroco. Frente a mí se levantó el portal del templo enmarcado por el alto muro pintado de un bermellón intenso, el recordatorio del fuego eterno que consume a las almas en el purgatorio en espera de ser rescatadas para ascender al cielo. A mi memoria volvió la imagen de don Efraín, herido y maniatado, y mi estómago se revolvió presa de la incertidumbre. Como nunca en esos días, me sabía responsable de lo que pudiera ocurrirle a mi viejo maestro. Me acerqué a la entrada procurando mimetizarme en la penumbra. El portón de la capilla estaba entreabierto, sugiriéndome que Dante lo habría cruzado ya. Colándose por aquella grieta de madera, sentí una corriente gélida que lo mismo podría haber sido el fresco aliento del cielo que el hálito sucio del infierno. Me colmó de pronto el presentimiento de que, al abatir aquel zaguán, el cañón de un arma estaría contemplándome fijamente. Me giré para mirar una vez más a Lara quien permanecía al otro lado de la calle atenta con el celular en la mano. Finalmente, empujé la hoja del portón y atravesé el umbral.

Nunca había estado en la Capilla de las Ánimas, pero me pareció más pequeña de lo que anticipaba la mole de la Catedral a la que se halla adosada. De hecho, sus dimensiones habrían permitido abarcarla con una rápida mirada, pero el esfuerzo se dificultaba porque todo en su interior estaba impregnado todavía por las sombras de la madrugada. De a poco, mis pupilas comenzaron a ajustarse a la débil luminosidad. Aquella penumbra, que anunciaba el amanecer, creaba la sensación de estar entrando a una enorme cripta escoltada por imágenes petrificadas que vigilaban desde los nichos en los muros. El templo era austero. Apenas una alargada nave de diseño medieval, con altos muros y un par de filas de rudos bancos de madera que creaban un pasillo central convergiendo en un altar enmarcado por un arco de piedra. En el muro detrás del ara había un retablo flanqueado por un Cristo crucificado y una imagen de la Virgen de Guadalupe. Las campanas del reloj de la catedral comenzaron a sonar anunciando la hora. Siete veces el eco fortísimo del metal hizo vibrar el aire. Cuando el silencio se reinstaló en el interior del templo, proseguí mi avance con sigilo mientras procuraba que mis ojos terminaran de adaptarse a las tinieblas. Lo hacía despacio, intentando ubicar el sitio indicado por Dante al frente de la nave, mientras la claridad del día comenzaba a cruzar a través de los vitrales. La sangre se me heló de pronto. Justo en el extremo izquierdo del segundo banco al frente, una sombra delataba la presencia de un hombre. Me detuve conteniendo la respiración. El espectro permanecía inmóvil, como si aún no se hubiera percatado de mi llegada. Esperé unos segundos antes de comenzar a moverme hacia el altar, buscando situarme a una altura

en la que pudiera descubrir la identidad de aquel canalla. Repentinamente, como si en ese instante hubiera adivinado mi presencia, el fantasma se giró descubriendo su rostro.

—¡Qué diablos! —mascullé—. ¿Usted…?

Treinta y nueve

> **Sima**. Cavidad profunda de desarrollo vertical abierta sobre la superficie de la tierra, la cual puede alcanzar las honduras donde se forman los escudos de la corteza terrestre. Profundidad abisal del espíritu que se manifiesta en el escalador cuando, tras el fracaso por su proceder equivocado, se descubre hundido en lo más sórdido de su naturaleza.

Sentado en el extremo del banco, protegido por una gruesa cazadora verde olivo, estaba el mayor Tulio Casiano Asís. En la menguante penumbra, el militar me contemplaba fijamente. A pesar de su inopinada presencia en ese lugar, aquella no me pareció la mirada de la mente maestra detrás de un plan perverso revelándose finalmente ante una de sus víctimas.

—¿Qué hace aquí? —interrogué.

—Esa es la misma explicación que querría de su parte, señor Millán —respondió el militar poniéndose de pie.

—¿Es usted Dante?

—No diga tonterías, y mejor comience a explicarme qué está haciendo aquí.

Le respondí contándole sobre el mensaje que había recibido esa madrugada. Él, por su parte, me narró que la noche anterior, tras salir de mi departamento, en lugar de ir a su casa decidió visitar la división de cartografía del ejército para, como lo habíamos acordado, comenzar a examinar los mapas de la época.

—Tengo un viejo conocido en el batallón a cargo del archivo cartográfico. Él me permitió revisarlo a esas horas. Me pareció que era mejor así; prefería que nadie me molestara con preguntas incómodas. Estuve allí trabajando toda la noche. Al regresar a casa en la madrugada, alguien había deslizado un sobre por debajo de mi puerta. Adentro venía esto.

Extrajo un par de papeles de la cazadora. Era una fotografía, la misma que ya conocía del cautiverio de don Efraín, y un mensaje impreso: «Le dejo este bonito retrato de estudio. Como verá, el anciano periodista no pasa por su mejor momento (así ocurre con los vejestorios cuando son tercos y se les trata con un poco de brusquedad). Si no desea que su salud empeore, deberá estar hoy a las 7:00 en la Capilla de las Ánimas (ya sabe, la que está atrás de la

catedral). Extremo izquierdo del segundo banco frente al altar. Sea puntual. Dante».

—Intenté llamarlo por teléfono —agregó el militar—, pero usted no me respondió. Llegué a pensar que quizás ese maleante habría intentado también algo en contra suya. En cualquier caso, decidí presentarme aquí. Aunque el amigo Haro es una joya, tampoco me iba a meter en la cama como si nada.

Eché una mirada a la nave desierta antes de decir:

—Pues parece, mayor, que usted y yo nos hemos convertido en piezas del plan que ha fraguado ese maldito.

Asís me miró frunciendo el ceño.

—¿Se da cuenta, señor Millán? Los caminos hacia adelante comienzan a estrecharse. Señal de que este asunto se aproxima a su final. De hecho, la única incógnita que aún persiste es saber quién está detrás de todo esto. Lo demás, se ha resuelto ya.

—¿Incluso lo de ese mapa?

—Afirmativo —respondió el mayor—. Haro y la doctora Bowman tenían razón. Uno de los mapas en el cartapacio encaja a la perfección con las indicaciones del cifrado. Así que ya tenemos también esa respuesta…

Un zumbido lo interrumpió. Era como un bicho atrapado en una caja de madera que intentara escapar con desesperación. El mayor hizo un gesto indicando que el ruido provenía del respaldo del banco frente a nosotros. Al mirar en el interior del pequeño estante para biblias, un celular vibraba iluminándose de forma irregular. Lo tomé cuando la carátula comenzaba a llenarse con una sucesión de mensajes SMS.

«Buenos días», leímos Asís y yo a un tiempo.

«¿Cómo están mis amiguitos del club de los madrugadores?».

«Antes que nada, les advierto que no es necesario que respondan a estos mensajes».

«No estamos para perder el tiempo conversando, sino para que se enteren de lo que deben hacer».

Desobedeciendo las instrucciones que se multiplicaban en la pantalla del dispositivo, tecleé: «Tengo lo que quiere. Dígame dónde está don Efraín y déjese de juegos».

El celular quedó en silencio varios segundos antes de que reapareciera una nueva cadena de mensajes:

«Supongo que es usted, Millán».

«Quién más, sino el impertinente reportero que disfruta desafiando las normas».

«Mire, todo puede ser muy sencillo y nadie más tiene por qué resultar lastimado».

«Solo siga mis instrucciones».

«Al pie de la letra».

«Primero. Le dará al mayor los papeles que tiene en su poder. Ya que lo desmañanamos, vamos a pedirle que sea él quien me los entregue».

Al leer la exigencia, volví a teclear en el dispositivo: «No lo meta en esto. Yo le daré lo que quiere».

La respuesta de Dante no tardó en aparecer:

«Eso no está a discusión».

«Si no viene él, no hay trato».

«Y si no hay trato, despídase de su amigo, el vejete reportero».

El celular revivió luego de un instante:

«Segundo. Frente a la capilla debe de hallarse ahora un coche. El mayor debe subir a él».

«Y no empiecen a especular. No se trata de ningún cómplice. Es solo un taxi contratado con una aplicación móvil».

«Lo único que el conductor sabe es que debe llevar al mayor al sitio que le he indicado».

«Tercero. El mayor debe llevar consigo este celular».

«Cuando el viaje en el coche termine, por aquí le daré las instrucciones finales para llegar al sitio en donde me entregará los papeles».

«Por último (y esto va especialmente para usted, Millán), olvídense de la policía».

«Me enteraría de inmediato. Créanme. Y, en ese caso, adiós a nuestro trato y adiós a sus amigos».

«Lo invito a que piense bien en las consecuencias de sus actos. Hágalo por una vez en su vida».

«Este juego puede ser muy sencillo. Siga las reglas y todo acabará bien. No lo haga y le garantizo que recordará este asunto como su peor pesadilla».

«No vaya a provocar que las armas nacionales y la prensa libre se cubran de luto».

«Muy bien, señores. ¡Corre tiempo!».

La pantalla del teléfono se apagó. Todavía insistí escribiendo algo más, pero Dante ya no respondió.

—Iré yo, mayor —decidí al cabo—. No voy a permitir que nadie más salga lastimado por mi culpa.

—De ninguna manera —negó el militar arrebatándome el celular—. Ya ha visto las exigencias de ese canalla. Soy yo quien debe ir o Haro pagará las consecuencias. Además, señor Millán, creo que eso me toca decidirlo a mí, no a usted.

—Pero entienda. Es peligroso y…

—Deje ya de preocuparse, que soy militar —cortó—. Además, estaré viejo, pero no manco. Voy a darle a ese hombre lo que quiere y

traeré a Haro de regreso. Usted haga lo suyo manteniéndose alerta, que yo sabré hacer lo mío.

Supe que no iba a convencerlo. Le entregué el cartapacio y nos dimos un abrazo con el que aproveché para deslizar, sin que se percatara, mi celular en uno de los bolsillos de su cazadora.

—Vamos de una buena vez —resolvió el mayor deshaciendo el abrazo—. Ese coche ya estará esperando afuera.

Avanzamos hasta el portón entreabierto. Desde allí, vi cómo Lara, disimulada en un portal al otro lado de la calle, se sorprendía al ver a Tulio Casiano Asís a mi lado, para luego señalarme el automóvil negro que se había detenido frente a la reja de hierro. Asentí para que supiera que todo estaba en orden. Después, el militar se volvió hacia mí y extendió su mano para estrechar la mía.

—No se preocupe —dijo—. Haro va a estar bien. Tiene usted mi palabra.

Sin más, cruzó el atrio y subió al coche que, luego de unos segundos, arrancó perdiéndose rumbo a la calle de Tacuba.

—¡Dame tu celular! —exclamé apenas crucé la calle.

—¿Qué está pasando? —Inquirió Lara extendiéndome el dispositivo —. ¿Qué hacía el mayor aquí?

De forma entrecortada le resumí lo que acababa de ocurrir, al tiempo que intentaba acceder a la aplicación que me permitiría localizar la posición de mi teléfono celular que ahora se hallaba en el bolsillo de la cazadora de Asís. Luego de introducir las claves, un punto azul apareció parpadeando en el mapa.

—Allí está. —Exhalé aliviado—. Se dirige al poniente.

Caminamos hasta el coche estacionado y lo abordamos.

—Se mantiene en la misma dirección —agregué mirando la pantalla del celular—. Ahora acaba de girar en el Eje Central y va hacia el norte. —Todavía esperé unos segundos más que me parecieron eternos para permitir que aquel auto ganara distancia—. Vamos tras él. —Decidí entregando el celular a Lara—. Tú me irás guiando con esto.

—¿Estás seguro? —Me detuvo—. ¿No pondrás en peligro a don Efraín y al mayor si ese hombre se da cuenta de que sigues el auto?

—Tal vez, pero no hay alternativa —sostuve arrancando el motor del coche—. Muy bien. Dime dónde va ahora.

Lara miró el dispositivo.

—Acaba de pasar por Garibaldi.

—Avísame si cambia de dirección.

Apreté el acelerador y avanzamos hasta llegar a la intersección con el Eje Central que ya se hallaba atestado de coches y autobuses.

—Giró otra vez —alertó Lara—. Va de nuevo hacia el poniente,

ahora por la avenida Manuel González.

«Adelante de la Plaza de las Tres Culturas», ubiqué mentalmente. El tráfico se hacía más denso, así que empecé a esquivar autos y a saltar luces amarillas para evitar que aquel coche se nos separara demasiado.

—Cruzó Insurgentes —continuó Lara con la mirada clavada en el punto azul que navegaba en el mapa.

La luz roja de un semáforo me detuvo.

—¿Sigue en la misma dirección? —mascullé inquieto.

—Sí. Acaba de pasar Río Consulado.

Mientras transcurrían los segundos que iba a tomar que la luz del semáforo volviera a verde, comencé a pensar en lo poco que podría hacer cuando finalmente diéramos alcance a aquella señal luminosa. Quizás era el momento de pedir ayuda. Pensé en Jorge, en Lázaro Urbina, incluso en Hasen Ramírez y el menonita, y en lo que cada uno de ellos podría hacer en los pocos minutos que quedarían antes de que fuera inevitable actuar. La luz verde me sacó de la cavilación y avancé tan rápido como el tráfico lo permitía.

—Ha girado otra vez —me previno Lara—. Ahora va por la calzada de Camarones.

«¿A dónde diablos se dirigen?», me pregunté trazando en mi cabeza la ruta que seguían desde el centro hacia el poniente. No parecía que fueran a abandonar la ciudad. Si el destino era Pachuca, el chofer había dejado pasar ya varias oportunidades para tomar la ruta correcta, y si el trayecto era hacia Querétaro, aquel camino habría sido innecesariamente largo.

—¡Se ha detenido! —exclamó Lara tomándome del brazo—. No —corrigió de inmediato—. Volvió a girar a la izquierda y va otra vez hacia el poniente. La calle es… —dudó— Heliópolis.

«Eso es Clavería, en Azcapotzalco», recordé. No conocía bien aquella zona, pero lo que sí sabía es que, a medida que ese chofer se internaba hacia el poniente, iba dejando atrás lo que cualquier ciudadano medianamente informado habría considerado las áreas seguras de la metrópoli.

—Por ahora sigue en la misma dirección —retomó Lara—. Las calles van cambiando de nombre, pero la ruta es la misma.

Rememoré mentalmente aquel sector en medio del cual alguna vez floreció la primera refinería de petróleo de la Ciudad de México, la que en los años cuarenta se bautizó como *18 de marzo*, en recordatorio de la fecha en la que el gobierno se la expropió a la compañía inglesa El Águila. Desde hacía décadas, se había transformado en un contaminado jardín público, en el que los niños de la zona podían jugar con la misma seguridad que les habría ofrecido un parque de diversiones en Chernóbil.

—Tomó a la izquierda. —Saltó Lara—. Parece una bifurcación rumbo al Camino a Santa Lucía.

—¿Es una calle pequeña?

—No. Es una avenida amplia que adelante se convierte en una vía de dos sentidos. Se llama… Salvador Sánchez Colín.

«Eso ya es el Estado de México», inferí al escuchar el nombre del viejo agrónomo exgobernador de los años cincuenta. Ahora estaba claro. Se dirigían a la abandonada zona industrial en los límites con la Ciudad de México. Mi sospecha se confirmó cuando Lara añadió que, en la siguiente glorieta, aquel auto había tomado por la calle Gustavo Baz Prada, sucesor de Sánchez Colín no solo en la toponimia de aquel trazo urbano, sino también en el Gobierno del Estado de México muchas décadas atrás.

—Ahora sí parece que se ha detenido.

—¿En dónde?

—Déjame ver… Es la esquina con la Calle 2.

Esperamos un par de minutos hasta confirmar que aquella parada no se debía a algún semáforo o al tráfico de la zona.

—Ahora el punto ha vuelto a moverse —reanudó Lara—, pero lo hace lentamente. Avanza por una calle pequeña. Victoria, se llama.

Supuse que el coche habría dejado al mayor Asís y que ahora el militar caminaba siguiendo las instrucciones que aquel maleante le estaría dando a través del celular.

—Ha dejado de moverse.

Todavía nos tomó unos minutos más llegar al punto que la aplicación señalaba como la ubicación del mayor, que eran los intestinos de la zona de bodegas y plantas industriales abandonadas dentro de la zona metropolitana de la ciudad. La calle tenía un aspecto ruinoso. Estaba llena de baches, y la falta de iluminación seguramente la transformaría en una cueva de delincuentes apenas declinara la luz del día. Reduje la velocidad cuando pasamos por enfrente del punto que brillaba en el mapa del celular. Era una vieja nave que ocupaba casi toda la manzana, y cuya alta fachada de ladrillo estaba herida por una sucesión de grafitis y por un letrero que prevenía que la propiedad se hallaba embargada judicialmente. Había una hilera de ventanas en la parte superior, cuyos cristales, la mayor parte rotos, estaban opacados por la suciedad de años. Noté que al centro del portón de herrería manchada por el óxido había una pequeña puerta apenas entreabierta. Supuse que aquel habría sido el camino seguido por el mayor. Dejamos atrás el edificio y giramos en la esquina para estacionar el coche lejos de la entrada.

—¿A dónde crees que vas? —Detuve a Lara cuando se disponía a bajar del auto.

—Voy contigo.

—Claro que no. Esto puede ser peligroso.

—Pues, por eso mismo, no pienso dejarte solo.

Intenté argumentar, pero fue inútil. Le pedí entonces el celular y marqué un número.

—¿A quién llamas?

—Voy a pedir ayuda… Buenos días —dije tras escuchar a la encargada del conmutador—. Quiero hablar con el inspector Hasen Ramírez. Lo busca Alberto Millán. Es muy urgente.

—¿Qué haces? —susurró Lara tomándome del brazo—. ¿Ya lo olvidaste? Ese es el hombre que entró en la habitación de Beatriz para tratar de robar el cartapacio. ¿Te das cuenta de que al llamarlo podrías estar poniendo sobre aviso a quien está allí dentro?

Corté la comunicación. Renegué entonces de no haber pedido la ayuda correcta a tiempo. Habría debido acudir antes a Lázaro Urbina y escalar el asunto por encima del Holandés. Pero ya era tarde. Sin terminar de decidir lo que haríamos cuando finalmente nos topáramos con el maldito Dante, caminamos hasta la esquina y luego avanzamos a lo largo de la fachada de la bodega. Aceptando la silenciosa invitación que nos hacía la pequeña puerta entreabierta, la empujé y esta cedió dejando salir un suave chirrido que se me coló por debajo de la piel. Entramos a una especie de garaje cubierto. Al fondo, se veía una puerta abierta que parecía conducir al interior de la instalación. Avanzamos con cautela hasta cruzarla. Las ventanas superiores eran incapaces de iluminar aquel espacio, creando una penumbra que nos bañó de inmediato. Estábamos en una barraca que albergaba maquinaria envejecida y cables regados en el piso. Oteamos en todas direcciones, pero la nave estaba vacía. Miré a Lara quien, sin pronunciar palabra, me señaló un vano al fondo que parecía conducir a un barracón posterior. Nos dirigimos hacia aquel hueco en el muro. A medida que nos acercábamos, comenzamos a escuchar voces distorsionadas en su interior. Me llevé el dedo a los labios para prevenir a Lara de que debíamos movernos con sigilo. El espacio al que ingresamos era mucho más pequeño. Un cuarto de máquinas atestado de equipos inservibles. Del centro de aquella maraña de aparatos deteriorados emanaba una tenue luz, así como las voces cuyos murmullos habíamos escuchado antes. Seguimos avanzando. Intentábamos ocultarnos detrás de las máquinas cuando, por una rendija que se abrió frente a nosotros, descubrimos a don Efraín. El viejo se hallaba atado a una silla metálica alumbrada por la luz de un foco que colgaba sobre ella. A su espalda, el mayor Asís intentaba soltar las cuerdas que le aprisionaban las manos y piernas. Estaba a punto de llamarlos y acercarme, cuando una voz proveniente de algún punto frente a ellos me paralizó:

—¡Vamos! ¡Dese prisa!

Un hombre se dirigía al mayor Asís con aspereza. Aquella debía ser la voz de Dante. Tulio Casiano Asís acabó de liberar a don Efraín, y este se frotó los brazos y tobillos tratando de restablecer el flujo sanguíneo. Me volví hacia Lara. En la penumbra, sus ojos claros me miraban muy abiertos.

—Ya les he demostrado mi buena voluntad, así que ahora no intenten alguna estupidez y hagan lo que les toca. —La voz de Dante se escuchaba tamizada, como si hablara a través de algo que le cubriera la boca—. Primero, mayor, entrégueme los papeles.

Asís extrajo el cartapacio del bolsillo de la cazadora para que lo viera quien debía hallarse a unos pasos frente a él.

—¿Qué espera? —Era otra vez la voz del hombre—. No se quede allí parado. Deme eso.

El militar se adelantó hasta desaparecer de mi campo visual, para regresar a él unos segundos después.

—¿Y el cifrado? —Se escuchó la voz de Dante.

—Allí adentro —respondió el mayor Asís—. En la guarda del cuaderno.

—Muy bien —confirmó la voz luego de un momento—. Ahora, mayor, para terminar con este asunto, va a decirme cuál es el mapa correcto.

—¿Y después? —interrogó el militar—. ¿Permitirá que nos marchemos?

—Ya lo veremos —respondió Dante—. Por lo pronto, dígame lo que quiero saber.

Asís dejó que el silencio se extendiera.

—Estoy esperando; no tengo todo el día —insistió la voz—. El mapa. ¿Cuál es?

—No estoy seguro aún. —Evadió el militar.

—No juegue conmigo. Sé que lo sabe.

Tulio Casiano Asís dudó.

—No le diga nada, mayor —intervino mi viejo maestro, quien contemplaba la escena desde la silla, incapaz aún de ponerse en pie.

—¡Usted no se meta, viejo idiota! —Fue la voz de Dante nuevamente—. Está agotando mi paciencia, mayor. No querrá que hagamos esto de la forma difícil, ¿o sí?

—Es sencillo intimidar a otros escondido detrás de esa pistola —lo provocó Asís.

La mención del arma me puso en guardia.

—Muy distintas serían las cosas si me enfrentara como un hombre —añadió el militar.

—Deje ya esa actitud de perdonavidas —insistió la voz de Dante—. Créame, no vale la pena.

—Por supuesto que la vale —masculló don Efraín—. Sobre todo, si

con eso se resguarda algo a lo que usted no tiene derecho.

—¿Vale su vida? —lo retó la voz—. ¿La vida de ambos?

Un grueso silencio infectó el ambiente. Fue un momento en el que ni Lara ni yo nos atrevimos a respirar.

—¿Cree que tengo miedo de morir? —Lo encaró don Efraín poniéndose de pie con dificultad.

—Con los años que lleva encima, imagino que no —respondió Dante—. Y tampoco me importa. A quien necesito es al mayor. Usted está aquí solo para asegurar que su amigo me diga lo que necesito saber.

La sombra de Dante comenzó a avanzar hacia los dos viejos. No obstante, lo que la pobre iluminación cenital me permitió percibir fue solo la silueta de un hombre con el rostro embozado en un pasamontañas y con un arma en la mano apuntando a don Efraín.

—Entonces ¿qué dice, mayor? —Lo enfrentó el maleante—. ¿Va a decirme lo que quiero saber o prefiere que lo anime metiéndole una bala en la cabeza a su amigo?

Supe que había llegado el momento. Debía intervenir para ayudar a los dos ancianos a quienes mi estúpida pesquisa había conducido a esa situación. Lara debió de intuirlo, porque sentí su mano sujetándome el brazo, pero no había alternativa. Debía plantarme frente a ese canalla y convencer al mayor de que le dijera lo que quería saber. Luego, ya pasaría lo que tuviera que pasar. Sin embargo, cuando iba a dar el paso que le permitiría a ese maldito darse cuenta de mi presencia, noté un cambio en la actitud de don Efraín. No fue la reacción de quien al sentir amenazada su vida tiene la necesidad de pedir clemencia o de transmitir miedo con un gesto, sino la de quien, dueño de la verdad, se juega el todo por el todo.

—Lo he estado escuchando por horas —murmuró el viejo dando un par de pasos que lo colocaron frente a la sombra de Dante—. Ahora, finalmente, lo he reconocido.

—¡No diga tonterías, viejo imbécil!

El hombre golpeó a don Efraín con el cañón del arma, haciendo que el hilo de sangre reviviera en su ceja, mientras Tulio Casiano Asís se acercaba para sostenerlo.

—Y usted, mayor, decida de una vez. ¿Va a decirme cuál es el maldito mapa o quiere que su amigo pague el pato?

—Está bien. —Transigió Asís midiendo el alcance del peligro—. Tranquilícese. Usted gana. Permítame esos papeles para indicarle cuál es el…

—¡No le diga nada! —Lo detuvo don Efraín asiéndolo del brazo—. Claro que lo he reconocido —retomó dirigiéndose nuevamente a Dante.

—¡Cierre la boca!

—¿Qué pasa? —Sonrió el viejo dueño de una tranquilidad pasmosa —. ¿Ahora es usted quien tiene miedo? No me extraña. Conozco muy bien esa actitud. Son muchos años los que tengo de perseguir desde el periódico a basuras como usted.

—Deje ya, Haro —intervino Asís—. No lo provoque.

—¿Cree que no tengo valor para matarlo? —Desafió la sombra—. No sería el primero.

—Por supuesto que no, ya lo hizo antes con esas dos mujeres — respondió el viejo encarándolo—. Lo que demuestra que no es otra cosa que un maldito cobarde…

El sonido ensordecedor de un trueno me paralizó. Mi cerebro aún trataba de hallar sentido a aquel estruendo, cuando la voz de Dante volvió a imponerse:

—¡Le dije que se calle! El siguiente disparo irá directamente a usted.

—Pues tendrá que hacerlo —lo enfrentó don Efraín como un torero suicida ante las astas del toro—, porque de otra forma me encargaré de revelar la clase de porquería que es usted.

—Última advertencia, viejo estúpido.

El mayor Asís tomó a don Efraín del hombro para intentar detenerlo. Mientras lo hacía, el militar no dejaba de mirar al espectro frente a ellos.

—Conque todo el tiempo fue usted —insistió don Efraín dando un nuevo paso hacia adelante.

—¡Cierre el pico!

—Lo que lamento —se dolió el viejo— es que nadie antes lo haya visto realmente como es y que, gracias a eso, haya conseguido que otros confiaran en usted. Pedazo de mierda…

La sombra ya no respondió, solo levantó el arma para dirigirla al cuerpo de don Efraín. Lo que sucedió después ocurrió en apenas un instante. El mayor Asís, quien ni por un momento había dejado de mirar los ojos del maleante, ejecutó un rápido movimiento para interponerse entre la pistola y el viejo, justo cuando el disparo estalló haciendo que el cuerpo del militar se desplomara como un muñeco.

—¡Maldito cobarde! —gritó don Efraín intentando abalanzarse sobre Dante.

Me zafé de la mano de Lara y salté dispuesto a caerle encima a aquel desdichado. La escuché gritar mi nombre queriendo detenerme, cuando un segundo disparo derrumbó a don Efraín haciendo que una mancha roja comenzara a crecerle en el pecho. Dudé un momento y me detuve para mirar hacia donde Dante apuntaba ahora su arma en contra mía. Deseé haber contado con los segundos que me habrían permitido saltar sobre ese canalla para arrancarle la careta y descubrir lo que mi viejo maestro había logrado comprender un instante antes,

pero un nuevo disparo me detuvo. Fue el golpe seco de un pedrusco desgarrando mi piel y haciéndome perder el equilibrio; una cuchillada ardiente que, de inmediato, empezó a quemarme por dentro. Un momento después, mientras caía en una profunda sima, la oscuridad comenzó a apoderarse de todo.

De todo.

Cuarenta

> **Salto**. Precipicio escarpado de gran profundidad, ideal para que el alpinista se ejercite en la práctica del rapel. Palpitación violenta del corazón que el escalador percibe cuando asoma el peligro.

De niño, muchas veces me pregunté qué se sentiría estar muerto. Me intrigaba saber si alguna sensación acompañaría aquella abstracción, o si la muerte sería sencillamente el vacío absoluto, la nada. A veces, recostado en la cama, cerraba los ojos y contenía la respiración al límite de mis fuerzas para ver si de esa manera lograba asomarme a la respuesta. La pregunta me obsesionaba. Quizás era porque la educación jacobina que recibí en casa había impedido que llegara a interiorizar la ausencia de vida como la puerta hacia un estado de gracia en el que, en lugar de que el mundo simplemente se desvaneciera, comenzaría algo nuevo pero desconocido. Al final, lo único a lo que la experiencia empírica me permitió llegar fue a equiparar a la muerte con un profundo sueño que sobreviene de pronto y del que, a diferencia de aquel que nos vence cuando el cansancio del cuerpo es ingobernable, no regresamos jamás.

Cuando abrí los ojos, una luz me horadó el cerebro. Volví a cerrarlos tratando de racionalizar lo que ocurría. Estaba seguro de que no se trataba de la señal lumínica que, según los místicos, guía al estado que sobreviene a la existencia terrenal. Al abrirlos nuevamente, confirmé que el resplandor que me lastimaba provenía de una lámpara que latía por encima de la cabecera de la cama en la que me hallaba.

—¿Cómo se siente? —Escuché.

Una enfermera regordeta enfundada en una bata blanca, cabello recogido en una cofia y una mascarilla que solo dejaba ver unos grandes ojos negros, maniobraba el catéter en mi brazo. Intenté responderle que me sentía de los mil diablos, pero no logré articular palabra. Tenía la garganta reseca y adolorida, como si hubiera hecho buches con ácido.

—Está saliendo de la anestesia —añadió leyendo mi mirada—. Es normal que se sienta un poquito somnoliento.

Traté de acomodarme en la cama, pero un dolor intenso que comenzó a palpitarme en el hombro me detuvo.

—Procure no moverse mucho —aconsejó la mujer confirmando mis

signos vitales en el monitor al lado de la cama—. Tiene inmovilizado el hombro derecho, que es donde está la herida, y necesitamos que el otro brazo tampoco se mueva porque allí está el catéter por el que le estamos pasando sus medicamentos. A lo mejor llega a sentir náuseas. Es normal. Si es así, me avisa. Aquí está el timbre —indicó mostrándome un mando atado a la barandilla de la cama—. Por lo demás —suspiró colocando su mano cálida sobre mi brazo—, todo ha salido bien. Esperemos que los médicos lo manden pronto a casita.

La enfermera salió luego de recorrer el biombo tras el que se disimulaba la cama. Solo entonces comencé a percibir los sonidos que me rodeaban. Las ruedas de las camas transitando los pasillos, el rasgado del velcro en el brazalete de los manómetros, el golpe plástico de los casilleros de medicinas, el chirrido del látex de los guantes, el golpeteo metálico del instrumental médico. Cerré los ojos para tratar de serenarme. Entonces, la imagen de aquella oscura nave industrial volvió a mi memoria, junto con la sensación de un escalofrío arañándome la espalda. Allí estaba la sombra de Dante, el arma en su mano, el mayor Asís desmadejándose tras el disparo, la flor de la muerte creciendo en el pecho de don Efraín, mi intento por atacar al asesino y la bala incrustándose en mi cuerpo.

—Alberto…

Una leve presión en la mano me hizo abrir los ojos. Era Lara. El cabello negro le descendía sobre la cabeza echada hacia adelante.

—La enfermera me avisó que habías despertado —agregó colocándome un beso en la mejilla—. Los médicos dicen que estás fuera de peligro. Por fortuna, la bala no alcanzó a dañar ningún órgano, aunque sí te fracturó una costilla. Dicen que en unas semanas estarás bien.

—¿Y el mayor Asís? —balbucí sintiendo que la garganta se me desgarraba al articular—. ¿Y don Efraín…?

Lara arrastró una silla metálica para sentarse junto a la barandilla de la cama.

—El mayor murió —respondió apretando mi mano.

El corazón me dio un salto. Contraje las mandíbulas sintiendo la frustración como una barrena que se hundía en mi conciencia.

—A don Efraín, la bala alcanzó a perforarle uno de los pulmones —continuó—. Cuando llegó la ambulancia había perdido mucha sangre. La cirugía duró varias horas. Aún está en coma.

Cerré los ojos para evitar que Lara me viera llorar, pero no lo conseguí. Con un pañuelo secó las lágrimas que comenzaron a resbalar por mi rostro.

—Los médicos creen que aún hay esperanza —retomó—. A pesar de los cigarrillos que ha fumado en su vida, es un hombre fuerte. Confiemos en que lo logrará.

Respiré profundamente mientras un estremecimiento, que no pude determinar si era el residuo de la culpa o parte de los efectos secundarios de la anestesia, me recorría el cuerpo.

—¿Y al asesino? ¿Lo detuvieron?

—Hablemos de eso después, Alberto. Ahora debes descansar.

—Por favor —insistí—. Ese hombre. ¿Qué pasó con él?

Lara bajó la mirada al responder:

—Logró escapar… Me avergüenza decirlo, pero cuando vi que caías al suelo, me oculté. Tuve mucho miedo. Ese hombre caminaba buscándome por entre aquellas máquinas. Sabía que estaba allí, porque me escuchó gritar cuando quise detenerte. Fueron apenas unos segundos, porque luego se marchó. Supongo que él mismo sentía la urgencia de huir después de lo que había pasado.

—¿Lograste verlo?

Negó con la cabeza y prosiguió:

—Al acercarme, comprobé que estabas vivo, lo mismo que don Efraín, aunque él respiraba con mucha dificultad. Quise llamar a emergencias, pero en aquel sitio no había señal…

Lara se detuvo de pronto. Me pareció que algo de lo que iba a decir la inquietaba. Pensó dos veces sus palabras antes de retomar:

—Cuando iba a salir para pedir ayuda, llegó ese inspector.

—¿Quién? ¿Ramírez?

Ella asintió.

—Apareció de pronto. De la nada.

Una nueva sacudida me recorrió el cuerpo.

—¿Cómo supo que estábamos allí? —Quise saber.

—Por tu llamada a la delegación de policía. Dijiste que era urgente y, como la habías hecho desde un número que no tenían registrado como tuyo, pensaron que algo había ocurrido y lo rastrearon hasta ese lugar.

Las palabras de Lara tuvieron el efecto de ponerme a trabajar de nuevo la cabeza. Pensé en la sombra de Dante dentro de la vieja bodega y en los muchos rostros que podrían ocultarse detrás de aquel pasamontañas.

—¿Dijo algo más ese policía? —Traté de husmear en sus recuerdos.

—Ya te imaginarás. Todo aquello de que debimos pedir ayuda, que en estas cosas los ciudadanos no podemos actuar por nuestra cuenta, que aquellas eran las consecuencias… En fin. —Se contuvo para no seguir evocando mis pecados—. Luego quiso saber lo que había ocurrido. Tuve que hablarle del cifrado que hallamos, así como de los mensajes que recibiste de ese hombre y de cómo fue que acabamos en esa bodega esta mañana. Fue especialmente insistente en que le dijera si había reconocido al agresor. Le respondí que no pude verlo. Lo único que no quise contarle —añadió bajando la voz— fue que me

pareció que, justo antes de que le disparara, don Efraín lo había reconocido. Fue así, ¿no es cierto?

Los recuerdos pasaron con velocidad de vértigo por mi cabeza.

—Sí, eso creo.

—Mira, Alberto, no sé si ese policía está o no involucrado en todo esto, pero si don Efraín reconoció a ese hombre, su vida aún corre peligro.

Me removí en la cama al comprender el riesgo al que aún seguía expuesto mi viejo maestro por mi culpa.

—Quería contarte todo esto para que estés prevenido, porque ese inspector no tardará en llegar. Estuvo aquí toda la mañana y dio instrucciones para que le avisaran apenas despertaras.

Escuché entonces un ruido al pie de la cama. Era la enfermera regresando con una charola en las manos en la que lucía un solitario vaso con agua y un popote.

—En la medida en la que se vaya sintiendo mejor —dijo como si se dirigiera a un infante—, puede comenzar a beber un poquito de agua. Primero, tragos chiquitos. ¿De acuerdo? Aquí se la voy a poner —añadió colocando la bandeja en la mesa lateral—. Y lo dejo, porque ya llegaron sus visitas.

Al mover el biombo frente a la cama, la enfermera dio paso al agente Luciano Fierro con su pinta de menonita. Unos segundos después, precedido por algunas palabras intercambiadas con un médico que desapareció a su espalda, surgió la figura del Holandés enfundado en la chamarra tejida con grecas geométricas.

—Me dice el doctor que tuvo mucha suerte, Millán. —Soltó a modo de saludo—. No cualquiera la tiene cuando le disparan a quemarropa. Se lo digo yo que he visto a varios compañeros acabar así sus días. Quien se las está viendo negras todavía es Efraín —agregó adoptando un gesto acusador—. Si libra esta, va a ser un milagro que tendrá que agradecer a alguno de esos santos en los que nadie cree en Tabasco.

El inspector me recorrió con la mirada antes de decidirse a extraer del bolsillo de la chamarra la pequeña libreta de notas. Mientras la abría distraídamente, disparó:

—¿Ya le dijeron que tuvo una visita esta mañana?

Miré a Lara, quien solo levantó las cejas y apretó los labios en señal de que no sabía de lo que hablaba.

—Aquí estuvo su amigo, el senador Ruiz-Berben —explicó el Holandés.

No sé si fue el movimiento que hice al tratar de acomodarme en la cama o la simple invocación de aquel nombre, pero el dolor de la herida despertó en mi hombro.

—¿No lo sabía?

Negué con la cabeza.

—Supongo que habrá venido a ver cómo estaba.

«O a averiguar si será necesario rematarme», pensé.

Hasen Ramírez volvió a la libreta de notas:

—Debo hacerle unas preguntas.

—¿No puede esperar a que se recupere? —protestó Lara.

—Me temo que no, doctora. Es ahora cuando los recuerdos están frescos.

—Pero si ya le he dicho lo que pasó.

—No es suficiente. Cada uno conserva en la memoria cosas distintas respecto a un momento de máxima tensión. Por eso, las diferentes perspectivas de los testigos ayudan a formar una mejor imagen de un hecho. Así que dígame, Millán, ¿qué fue lo que ocurrió?

—No es mucho lo que podría añadir a lo que Lara le habrá dicho ya —balbucí finalmente remojándome los labios.

—No importa. Lo escucho.

—Bueno —comencé de mala gana—, ese hombre quería que le diéramos unos documentos que habíamos conseguido. El cartapacio y el cifrado de los que ya le ha hablado Lara. El mayor debía entregárselos. Él, a cambio, iba a liberar a don Efraín.

—¿Y usted le creyó?

Asentí.

—¿Cómo ve, jefe? —Escuché susurrar al agente Fierro—. ¿El compañero periodista pensará que somos así de ingenuos?

—Esa es la verdad —insistí.

—¿Y cómo llegaron hasta él? —Zanjó Ramírez.

—Fue él quien nos contactó —respondí—. Como ya le habrá contado Lara, ese hombre me envió varios mensajes en los últimos días, y esta mañana nos citó al mayor Asís y a mí en una iglesia en el centro. Exigió que fuera el mayor quien le llevara los documentos e hiciera el intercambio. Nos dio las instrucciones para llegar al lugar a través de un teléfono que abandonó en el templo y que después el mayor se llevó consigo.

—Sí, lo recuperamos —confirmó el Holandés—. Pero allí no hay nada.

—El clásico. —Completó el menonita—. Un teléfono prepagado que recibía mensajes desde otro igual.

—¿Qué más? —insistió Ramírez.

—El maleante envió un taxi para que se llevara al mayor y yo usé mi teléfono para seguirlo. Al llegar a esa bodega, Lara y yo nos ocultamos detrás de unas máquinas. Desde allí los vimos. Eran el mayor y don Efraín encañonados por ese hombre. Estábamos lejos, así que no sé exactamente lo que se dijeron. El mayor le entregó los documentos. Después, me parece que don Efraín lo provocó con sus palabras. Ya sabe cómo es él. Luego, el hombre les disparó, primero al

mayor y luego al maestro. Intenté intervenir, pero no pude alcanzarlo antes de que disparara también contra mí… Eso es todo.

—Y a ese hombre —volvió a la carga el Holandés—, ¿pudo identificarlo?

—Todo estaba en penumbra. Como le explicó Lara…

—¡Con un carajo, Millán! —cortó molesto—. Olvídese de una buena vez de lo que me dijo la doctora Bowman. Lo que me interesa es lo que usted vio. Piense bien. Identificó a ese hombre, ¿sí o no?

—No —respondí categórico.

—¿Algo en el tono de su voz?

—Llevaba un pasamontañas. Su voz sonaba atenuada; era como un murmullo.

—¿Algún otro detalle? —insistió Hasen Ramírez—. La forma en la que iba vestido, su postura, la manera en la que caminaba. Piense…

—Ya se lo dije. Estaba oscuro y no logré verlo bien.

El Holandés me miró largamente antes de regresar la pequeña libreta de notas al bolsillo de la chamarra y rodear la cama. Tomó asiento en la silla junto a la barandilla, cruzó los brazos y dijo muy suavemente, como lo habría hecho un padre a su hijo enfermo:

—Mire, Millán, no voy a reprenderlo otra vez por su actitud de estos días. Y es que no me voy a cansar de repetírselo: es usted un cabrón necio e irresponsable. Quizá sus propósitos hayan sido honestos, pero de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno. El hecho es que me ha ocultado información, se ha reunido con delincuentes, un hombre ha muerto y otro está a un paso de la tumba. Así que tal vez ya haya hecho usted todo lo necesario para que nunca seamos capaces de resolver este caso. Bueno —sonrió con ironía—, no iba a reprenderlo, pero ya lo hice… El tema es que la situación va a cambiar, y eso ocurrirá ahora mismo. Entiendo que hemos tenido nuestras diferencias y que usted no me tiene confianza. No voy a decir que lo justifico, pero lo entiendo. Quién en este pinche país confía en la policía, ¿verdad? —continuó agriando la voz—. La cuestión es que, por las razones que sean, usted se encuentra ahora en una posición extremadamente delicada. No hablo de su herida. Eso, créame, es lo de menos. Se halla en una situación en la que, o decide hacer lo que es correcto y colaborar plenamente conmigo, o finalmente va a sufrir las consecuencias de sus actos. Por lo pronto, no tengo más alternativa que tomar ciertas previsiones con usted. ¿Fierro? —exclamó mirando al menonita.

—Diga, jefe.

—Dame acá las *gemelitas*.

—Újule, se me hace que estas pulseras le van a quedar muy chulas al compañero periodista. —Repuso llevando la mano a la parte trasera del cinturón para extraer un par de esposas de acero.

Tras recibirlas, Hasen Ramírez sujetó una de ellas a la muñeca de mi brazo pinchado por la sonda, mientras que la otra quedaba firmemente afianzada a la barandilla de la cama.

—¿De qué se trata esto? —protestó Lara.

—Su amigo queda detenido.

—Pero ¿está loco, inspector? —reclamé—. Dígame, ¿por qué va a arrestarme?

—Ay, Millán —respondió sarcástico—. Usted siempre con una gracia lista en la punta de la lengua. ¿Cómo que por qué? —El tono de su voz se había endurecido.

—¿No me dirá ahora que supone que soy yo el asesino? ¿Que me disparé yo mismo?

—No. Pero la cárcel es un sitio reservado no solo para los homicidas, sino también para pendejos como usted que no quieren entender que las leyes, por absurdas que parezcan, están para cumplirse. En su caso, Millán, podemos empezar con delitos contra la procuración y administración de la justicia, falsedad de declaraciones ante autoridades y encubrimiento. Ya luego, con más calma, el ministerio público, que para esas cosas es una fiera, se encargará de sumarle otras conductas que lo mantendrán un tiempecito tras las rejas.

—Entonces ¿piensa encerrarme?

—Bueno, a menos que… —El Holandés dejó colgadas las palabras y se aproximó hasta descansar su cabecita de ídolo prehispánico en el filo de la barandilla—. A menos —repitió reponiendo el tono paternal — que se sacuda de una buena vez las sandeces que tiene metidas en esa cabezota y comience a contarme, con detalle, todo lo que me ha estado ocultando. Y no me refiero solo a lo que pasó esta mañana en esa bodega, porque lo que me ha dicho no alcanza ni para rellenar una página en una historieta ilustrada, sino a lo que ha sucedido desde la noche en la que tuve la mala suerte de conocerlo en la Ciudadela. Supongo que, en medio de sus chaquetas mentales —añadió poniéndose de pie—, usted se habrá fabricado alguna retorcida explicación que le dice que quizá yo tuve algo que ver con la muerte de su amiga. O tal vez se imagina que trabajo para alguien que lo está. La verdad es que me importa un pito lo que se imagine; eso ya será trabajo de su psiquiatra. Así que, si no confía en mí, pues lo siento mucho, ya me buscaré en otra parte amigos para jugar al dominó los jueves. Lo que sí debe quedarle bien claro es que tendrá que decidirse ahora mismo: o me cuenta todo lo que sabe, hasta la más insignificante y ridícula minucia, o en cuanto los médicos me digan que no se nos va a morir si lo ponemos en pie, me lo llevo derechito a la cárcel. Usted decide.

—Esto es una arbitrariedad —protestó Lara nuevamente.

Como respuesta, Hasen Ramírez dictaminó en tono enérgico:

—Terminó la hora de visitas, doctora. —Tras lo cual hizo una señal al agente Fierro para que la sacara de la habitación.

—No puede hacer esto —reclamé mientras el menonita arrastraba a Lara sujetándola de la muñeca.

—Claro que puedo —me contestó el Holandés—. Le repito: está usted detenido.

—Quiero a mi abogado.

—Hasta que no estemos en la delegación, nada de abogados.

—Pero yo…

—Mire, Millán. —Se acercó hasta colocarse muy cerca de mi cara —. Después podrá acusarme, reportarme, demandarme o hacer lo que le venga en gana. Por lo pronto, o me lo cuenta todo o va derechito a chirona. ¿Me ha entendido?

Por primera vez desde que lo conocí, me di cuenta de que las palabras de Hasen Ramírez eran mucho más que la simple bravata de quien intenta infundir miedo a un comedido ciudadano. A pesar de su actitud hostil, sin embargo, en algo tenía razón: por la forma en la que se habían encadenado los acontecimientos, tal vez ya no habría manera de saber lo que había pasado con Beatriz. Y, en buena medida, eso se debía a mí. El asesino había huido con el cifrado y los planos y, tarde o temprano, desentrañaría el secreto que esperaba que el mayor Asís le revelara. Sin más hilos que jalar para desenmascararlo, la única carta que quedaba era don Efraín, quien, sumido en el sueño de los fármacos, quizá ya no despertaría nunca.

Así que, acorralado, decidí comenzar a narrarle al policía la que, hasta ese momento, creí que era la historia detrás del hombre bajo el hielo.

Cuarenta y uno

> **Solo**. Estilo de ascenso en el que el alpinista progresa sin que nadie lo asista para dar seguro. Tipo de escalada de alto riesgo en la que, como ocurre con frecuencia en la vida, no hay forma de que alguien más comparta las dudas y aflicciones del escalador.

Antes dije que la última vez que vi a Beatriz fue aquella noche en la Parroquia de la Santa Cruz del Pedregal; la noche en la que, mientras maldecía al mundo al verla unir su vida a la de Eduardo Ruiz-Berben, ignoraba que mi madre vivía las horas finales de la suya. Esa fue, en efecto, la última vez que estuve frente a ella y que nuestras miradas se cruzaron, aunque poco tiempo después hubiéramos estado a punto de encontrarnos nuevamente.

Aquello ocurrió unos pocos meses después de la dichosa boda. Esa mañana, en cuanto entré a la sala de redacción del periódico, una secretaria —a quien consideraba una mujer culta y comedida, pero que esa mañana lucía molesta— se acercó con un papel en la mano.

—Tome —escupió poniendo una nota en mis manos—. Lo llamó una de sus novias. Estaba llorando.

La miré sin comprender de lo que me hablaba.

—Ya me imagino lo que les hará para que le digan estas cosas —ironizó fulminándome con la mirada, para luego alejarse como si fuera yo víctima de una enfermedad contagiosa.

Al leer el mensaje que la mujer había resumido en aquel trozo de papel, comprendí lo que ocurría. «7:19. Llamó Beatriz Soler. Hospital de Santa María Magdalena. Habitación 622. Que, si ya la perdonó, vaya a verla». Y, abajo, de la cosecha de la indignada secretaria, se hallaba un solidario: «Perdóneme, Alberto, pero es usted un cabrón».

Lo primero que se me vino a la cabeza fue que alguien, enterado de mis reveses amorosos, había tenido la peregrina idea de jugarme una inocentada que lo único que iba a conseguir sería ganarme una reputación de «machista-hijo-de-perra» entre el contingente femenino del *Diario Centinela*. Aunque luego pensé que no conocía a nadie allí con un sentido del humor así de retorcido, y que tal vez Beatriz se hallaba efectivamente enferma o había sufrido un accidente. Así que, a pesar de que me había jurado desaparecerla de mi vida luego de su engaño, hice de tripas corazón, tomé el teléfono y marqué el número

del hospital.

—Central de enfermeras. —Escuché al otro lado de la línea.

—Con la habitación 622.

—¿Quién habla? —Inquirió una voz de gendarme que me recordó la de mi abuela Carmela cuando respondía el teléfono.

—Soy Alberto Millán. Quiero hablar con la señora Beatriz Soler.

—¿Es usted familiar?

—Un amigo.

—Pues no puedo comunicarlo. Hay instrucciones de los médicos y de la familia para que no se moleste a la señora.

—Ella fue quien me buscó —expliqué—. Solamente me estoy reportando.

—Lo siento. No puedo pasarle llamadas, salvo que se trate de su médico o de familiares.

—Le repito que fue ella quien me llamó. A lo mejor debiera usted consultarla.

—Las instrucciones dicen que solo podemos pasar llamadas si se trata de su…

—Ya la entendí —resolví ante la evidente inutilidad de mis argumentos—. Gracias de todos modos.

—Que tenga buenos días…

—Solo una pregunta. —La detuve antes de que cortara la comunicación—. ¿Qué área del hospital es esa?

—Urgencias obstétricas.

Me quedé pensando en lo que podría haber ocurrido. Si los médicos no querían que nadie la importunara, debía haber alguna razón de peso. Molesto por la forma en la que Beatriz volvía a irrumpir en mi vida cuando me hallaba todavía muy lejos de haber superado la noche de la bendita boda, bajé a la segunda planta para consultar el asunto con el doctor Donato Galante, el encargado de la sección médica del periódico, quien de facultativo nada más tenía el título —en su vida había ejercido—, y de galante, solo el apellido. Él me indicó que las áreas de urgencias obstétricas estaban dedicadas a atender apendicitis o pancreatitis agudas, enfermedades litiásicas biliares, perforaciones gastrointestinales, tromboembolias pulmonares, embarazos ectópicos rotos o eventos cerebrovasculares. Tras recibir del doctor Galante la traducción de aquellos trabalenguas, me pregunté si Beatriz podría hallarse a la mitad de una situación delicada como esa. Quise tranquilizarme pensando que el trance no podía ser tan grave si ella misma había tomado el teléfono para buscarme. Además, cierta gente, en especial cuando el dinero no es obstáculo, suele tomarse todas las precauciones —incluyendo el internarse en un hospital— ante afecciones menores como una gripa o un simple dolor de estómago. De ser así, entonces a lo mejor era a ella a quien la conciencia no

dejaba tranquila por la forma en la que me había traicionado, y hallarse en un hospital —aunque solo fuera para atender una nimiedad— le había parecido un buen pretexto para atraerme y ofrecer una disculpa.

En esas estaba cuando reparé en la primera plana del periódico del día anterior que aún descansaba sobre mi mesa. El ejemplar del *Diario Centinela* consignaba el inicio de la gira del presidente de la República por Asia. En la fotografía que ilustraba la nota, destacaba la imagen del primer mandatario en el hangar presidencial, acompañado por quienes formaban la numerosa comitiva. En la cuarta fila de aquella colección de impresentables estaba la Lombriz, quien en ese entonces se estrenaba en la burocracia de angora. Me hirvió la sangre. Conque el muy cabrón se había largado a Tokio mientras Beatriz estaba en el hospital. «Valiente idiota», pensé creyendo comprender finalmente lo que sucedía. Sin importar la razón que la tuviera en ese nosocomio, lo que ocurría era que Beatriz estaba sola. No lo pensé más y salí rumbo al hospital. «¡Qué diablos!», me dije. «Si todo esto se trata de ofrecer una disculpa, pues ya veré si la acepto. Y si no es así, al menos aprovecharé para que Beatriz me escuche un par de cosas».

La clínica que se levantaba al sur de la ciudad era uno de esos grandes centros médicos a los que la gente de dinero acude para evitarse las incomodidades del sistema público de salud. En su interior todo era perfecto: amplios ventanales que capturaban a lo lejos el verdor del bosque de Tlalpan, brillantes pisos con baldosas de mármol, cálidas alfombras de gruesos nudos, jarrones con flores frescas, y estilizadas esculturas incrustadas en vestíbulos creados con el juego de cristales y dobles alturas. Subí por el elevador al sexto piso. Pasé al lado de la central de enfermeras, cuidándome de no dar alguna señal que me delatara ante la matrona que imitaba la voz de mi abuela. Después, comencé a internarme por el largo corredor que albergaba la entrada a las habitaciones buscando el número 622. Entonces, de una puerta al fondo del pasillo, emergió una figura que, en la contraluz que producía el ventanal, me pareció familiar.

—¿Y tú? —Inquirí cuando tuve a Jorge frente a mí—. ¿Qué haces aquí?

—Mira dónde venimos a encontrarnos. —Evadió dándome una palmada en la espalda. Luego, me cruzó con la mirada mientras yo intentaba adivinar las razones de su presencia en aquel lugar—. Supongo que has venido a…

—Vine a ver a Beatriz. —Me adelanté a responder—. Dejó un recado en el periódico pidiéndome que viniera.

Jorge me tomó del brazo.

—Acompáñame. Debo hablar contigo —dijo conduciéndome de

regreso por el corredor hasta una sala de espera a un costado de la central de enfermeras—. Anoche, Beatriz perdió al bebé que estaba esperando. —Soltó cuando nos sentamos. Hizo luego una larga pausa en la que me pareció esperaba alguna reacción de mi parte—. El asunto fue complicado —añadió finalmente—. De hecho, corrió un riesgo importante.

—Espero que esté bien.

—Sí, estará bien.

Los ojos de Jorge seguían escrutando mis reacciones.

—Pero no me has respondido aún —insistí todavía confundido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Acompaño a Isabella. Ella y Beatriz se han hecho muy amigas y vino a visitarla.

Me puse de pie.

—¿A dónde crees que vas? —Me detuvo levantándose.

—Ya te lo dije. He venido a verla.

—No puedes hacerlo. Los médicos han restringido las visitas.

—¿También las de tu novia? ¿O únicamente las mías? —disparé dando media vuelta para dirigirme a la habitación de Beatriz, mientras comenzaba a presentir que algo no estaba bien.

—Entiende. —Volvió a la carga alcanzándome para sujetarme del brazo—. La pobre ha pasado por momentos difíciles. Ahora está muy confundida. Quizá por eso te ha buscado.

—Y porque el huevón de su marido se largó de gira en lugar de quedarse a su lado. —Completé.

—No empieces con eso. Ya te imaginarás que para Eduardo ha sido muy difícil enterarse de lo que ha ocurrido. Sobre todo, estando tan lejos y después de todo lo que ha hecho por ella.

«¿Todo lo que ha hecho por ella?», resonaron aquellas palabras en mi cabeza. «Ese imbécil no será nunca capaz de hacer nada por ella», me respondí.

—No tienes por qué darme explicaciones. —Repuse agitado—. Mucho menos para justificar las acciones de ese idiota.

Me zafé y retomé el camino por el corredor sintiendo los pasos de Jorge detrás de mí. Estaba a punto de alcanzar la puerta por la que antes había aparecido mi amigo, cuando esta se abrió dando paso a la madre de Beatriz. Nuestras miradas se enfrentaron. La mujer tenía la misma expresión severa con la que me había tasado como un pobre diablo el día que la conocí en la casa de Monte Cárpatos.

—No seas necio, Alberto. En nada va a ayudar a Beatriz que protagonices una escena ahora. —La voz de Jorge era un susurro a mis espaldas—. Será mejor que te vayas. Ya habrá oportunidad después para que hablen.

—Es ahora cuando me necesita —murmuré sin dejar de vigilar a la

mujer que parecía una bestia de mirada hipnótica que estuviera a punto de lanzarse sobre mí.

—Antes que a ti, Beatriz necesita a su familia. ¿No lo has comprendido aún? A pesar de lo tuyo con ella, las cosas han cambiado.

Una punzada comenzó a palpitarme en las sienes, mientras los ojos fríos de Mrs. Evil, quien se mantenía plantada en la puerta con la convicción de un guardia suizo, me decían que aquella mujer haría lo necesario para impedir que yo entrara en esa habitación.

—Acéptalo, Alberto —insistió Jorge—. Ahora ella ha salido por completo de tu vida.

Me volví para mirarlo con algo que yo mismo fui incapaz de determinar si era frustración o cólera. Sabía que, en el fondo, mi amigo tenía razón. Lancé una última mirada a aquella mujer que me fulminaba con su presencia implacable, apreté las mandíbulas y me marché.

Al regresar al periódico me sentía invadido por una extraña incomodidad. No eran los cuchicheos de las secretarias en la sala de redacción que, habiéndose apropiado de la distorsionada versión de radio pasillo, me miraban como a un ser despreciable capaz de abandonar a su suerte a una pobre mujer. Era más bien la imagen que se me había formado en la cabeza, en la que aparecía Beatriz postrada en una cama de hospital esperando mi llegada. Más que imaginar la aflicción física que estaría sufriendo, me agobiaba el dolor espiritual de la soledad que debía estarla asfixiando como para, después de todo lo ocurrido entre nosotros, haberse atrevido a buscarme. Yo sabía lo que es estar solo, y comprendía también cómo esa melancolía puede convertirse en un pesar agobiante.

Después del mediodía, luego de que mi conciencia hiciera de las suyas, había decidido que regresaría. Al diablo con los consejos de Jorge, y al diablo también con *Madame* Maléfica. No iba a permitir que Beatriz se consumiera sola. Si después de verla quería mandarme a paseo otra vez, pues ni hablar, ya me tenía acostumbrado.

Llegué al hospital preparado para toparme con Jorge, con su antipática novia, con la madre de Beatriz o con Satanás en persona. Subí al sexto piso, avancé de prisa a lo largo del pasillo y abrí la puerta de la habitación 622. Las cortinas del ventanal estaban descorridas y la luz mostraba que el cuarto estaba vacío.

—¿Puedo ayudarlo?

Al volverme, una joven enfermera con bata blanca, chaleco y cofia azul marino me miraba.

—Busco a la paciente que estaba en esta habitación.

—¿La señora de Ruiz-Berben? —respondió con aquella fórmula

social que en ese momento hallé insultante.

—¿Ha ocurrido algo con ella?

—Nada. Solo se ha ido.

—¿De alta?

—No. La trasladaron a otro hospital.

—¿Sabe a cuál?

—No podemos dar esa información.

—Por favor, señorita. Debo verla. Se lo suplico…

La chica frunció los labios mientras volvía la vista a lo largo del corredor que terminaba en la central de enfermeras. Luego, suavizando la voz, dijo:

—Mire, la verdad es que no lo sé. Hace como dos horas descendió una ambulancia aérea en el helipuerto del hospital que se llevó a la señora y a su mamá. Dicen que fueron al aeropuerto porque la iban a trasladar a Houston.

—¿Empeoró su estado?

—No lo creo. A pesar de lo agresivo del procedimiento que le practicaron ayer, salió perfectamente. Más bien parecía que la madre quería una atención distinta para su hija. Si le sirve mi opinión, todo fue una exageración. Aunque esa clase de cosas ocurren aquí con más frecuencia de la que se imagina. Ya sabe. —Sonrió la joven con desencanto—. La gente de dinero es así.

Aunque habría sido imposible adivinar lo que Beatriz quiso decirme aquel día, de alguna forma sentí haber cometido un error al no recorrer el resto de ese pasillo para verla. Sentí que fallé a la hora de ser como los príncipes que no abandonan a las princesas cautivas, a pesar de los hechiceros crueles, a pesar de los dragones furiosos, a pesar de los conjuros perversos, y a pesar de las lombrices y las madres malignas. Eso es lo que debí haber hecho para demostrar el amor que todavía sentía por ella. Pero no lo hice.

Uno da por sentado que siempre habrá otra oportunidad de encontrarse con alguien, pero nunca pondera que la que se nos presenta en un momento dado puede ser la última. Por eso, muchas veces me he preguntado qué habría ocurrido si, en lugar de haber dado media vuelta, hubiera plantado cara frente a esa puerta a pesar de la presencia de *Madame* Maléfica; qué habría pasado si hubiera entrado para tomar a Beatriz de la mano y permitirle que me dijera lo que fuera que quería decirme. Y la respuesta que me doy cada vez que la pregunta revive en mi memoria es que quizá todo habría sido diferente; que, al andar aquellos últimos pasos, como el revoloteo de la mariposa que produce una tempestad al otro lado del mundo, habría construido un futuro distinto.

Cuarenta y dos

> **Rumbo**. Curso que el escalador traza en el plano del horizonte con referencia angular al norte magnético y hacia cualquiera de las direcciones de la rosa náutica. Senda que se pierde, no solo cuando se confunden las referencias geográficas, sino también cuando el espíritu se extravía.

El interrogatorio al que me sometió Hasen Ramírez en la cama del hospital me obligó a repasar aquella historia de forma íntegra y a reflexionar, quizá por primera vez, sobre todo lo que había ocurrido. Pero no fue solo eso. La respuesta a sus preguntas funcionó como una confesión que, en cierta forma, pareció liberarme de una pesada carga. Comprendí entonces por qué los creyentes hacen fila cada domingo en las iglesias para arrodillarse frente a un desconocido y revelarle sus más íntimos secretos. Así que cuando terminé de hablar con el policía, igual que ocurre con el pecador y con quien en nombre de Dios lo perdona, sentí que se había creado un cierto lazo entre ambos. No terminé de decidir, empero, si en mi caso aquello fue algo parecido a la conexión que surge de la confianza, o si sencillamente había nacido el torcido trastorno psicológico que suele existir entre el rehén y su captor.

Tras escucharme, el Holandés tomó dos determinaciones. Una fue poner en marcha un protocolo de protección para don Efraín. Si el viejo le había dicho al asesino, fuera cierto o no, que lo había reconocido, su vida —o lo que quedaba de ella— estaba en peligro. Y la otra fue ponernos a Lara y a mí bajo una rigurosa vigilancia. En nuestro caso, su razonamiento —por extensión del primero— fue que si aquel malhechor creía que don Efraín lo había identificado, no habría ninguna razón para que no imaginara que nosotros podríamos haberlo hecho también. Fue así como un par de uniformados —los agentes Velasco y Zamorano— pasaron a formar parte del reducido grupo que merodeaba mi cama en el hospital, en tanto que Lara comenzó a ser custodiada, día y noche, por el agente Luciano Fierro.

A pesar de que el Holandés instó al director del hospital para que me mantuviera ingresado durante el mayor tiempo posible, cierta relajación en la disciplina hospitalaria —Velasco y Zamorano comenzaron a organizar partidas de póquer con las enfermeras y la guardia de residentes— provocó que, una semana más tarde, me

dieran de alta. Lara y el agente Fierro fueron por mí y, a bordo de un vehículo policial, nos dirigimos a mi departamento. A partir de ese instante, el menonita se transformó en una sombra omnipresente que exigía que Lara y yo permaneciéramos enclaustrados. Cuando por cualquier motivo llegaba a abrir la puerta, allí estaba Fierro para tocarme con su mirada clarísima. Y cuando debíamos salir a algún asunto impostergable, el hombre exigía hacerla de chofer para abrirnos la portezuela del vehículo mientras descansaba discretamente la mano en la cacha de su arma de cargo. Al regresar al departamento, era siempre el agente Fierro quien primero entraba para revisarlo todo y pedirnos después que permaneciéramos allí dentro bajo llave. Quiero suponer que alguien lo relevaba por las noches, porque a la mañana siguiente el menonita estaba otra vez listo para reiniciar la vigilancia. Cada noche, sin embargo, alcanzaba a escuchar al otro lado de la puerta a Hasen Ramírez, quien llegaba a recibir del agente Fierro el parte del día. El Holandés nunca intentaba hablar con nosotros. Solo escuchaba el informe del menonita y se marchaba. En medio de mi ambivalente percepción respecto al policía, no podía evitar preguntarme si lo que estaba haciendo era realmente protegernos de un asesino, o si solo nos aislaba en una burbuja que le facilitara acabar con nosotros cuando él —o quienquiera que estuviera dándole instrucciones— lo considerara conveniente.

Como resultado de ese marcaje personal, Lara y yo comenzamos a habituarnos a la presencia de Luciano Fierro y terminamos por descubrir algunas cosas interesantes acerca de él. Supimos que, en efecto, era oriundo de Ciudad Cuauhtémoc, la sede histórica de los anabaptistas protestantes en México. No obstante, aunque a veces sus actitudes sugerían su pertenencia a la congregación menonita, otras indicaban que no era más que uno de esos güeros de rancho, grandotes y bien plantados, tan comunes en Chihuahua. Una parte de aquella ambigüedad fue la imagen de una paloma con una rama de olivo en el pico —símbolo de la iglesia menonita— dibujada en una pequeña tarjeta plastificada que me obsequió al salir del hospital, sugiriéndome que la guardara en mi billetera como una forma de tener presente «nuestra debilidad y dependencia de un ser superior»; mientras que la otra, que lo alejaba de la filosofía de aquella secta, era su apego a la lustrosa Glock 9 milímetros que, contra las enseñanzas esenciales de ese dogma, Fierro llevaba en una sobaquera y a la que acariciaba a cada momento como si se tratara del mismísimo Espíritu Santo. Nos enteramos también de su singular gusto por las redovas con acordeón, bajo sexto y tololoche, una de las cuales —*La coyota*— sonaba como estruendoso tono de llamada cada vez que lo buscaban en el teléfono celular.

Pero quizá lo más inquietante de esos días fue el silencio de la

Lombriz. A pesar de su visita al hospital el día del incidente, no había vuelto a tener noticias suyas. Cada noche, sin embargo, cuando escuchaba a Ramírez cuchichear con el agente Fierro detrás de la puerta del departamento, no podía dejar de imaginar que el Holandés salía de allí directo al despacho de aquel idiota para ponerlo al tanto de nuestros movimientos y preparar así la forma en la que ataría los cabos que aún estaban sueltos.

Varias veces a lo largo de las semanas que siguieron a mi salida del hospital, Lara me había recordado que pronto tendría que regresar a Inglaterra. Tenía claro que ella no iba a renunciar a su carrera académica en Essex, y yo hacía mucho que me había resignado a permanecer en el periódico hasta que llegara el día de mi jubilación. Así que la circunstancial aventura que había surgido entre ambos durante aquella pesquisa estaba por llegar a su fin.

El plazo se cumplió la mañana en la que recibió el correo que le fijaba un ultimátum para volver a su puesto en la universidad. Lara lo consultó con el inspector Ramírez, quien no planteó ninguna objeción, en la medida en la que la distancia sería una protección tan efectiva como la que tenía aquí. Unos días después, el agente Fierro y yo la acompañamos al aeropuerto, y no nos fuimos de allí sino hasta que los tableros de información confirmaron la partida del vuelo de British Airways con destino a Londres. Al despedirnos, prometió que intentaría volver en el siguiente descanso entre trimestres o durante el verano. Por mi parte, le aseguré que la mantendría informada de lo que ocurriera aquí y que iría a visitarla en cuanto me hubiera recuperado. Ambos, lo sabíamos, intercambiábamos mentiras piadosas.

Unos días después, Jorge me llamó. Desde el momento en el que se enteró de que me hallaba en la mesa de operaciones con una bala en el cuerpo, se mantuvo al tanto de mi salud y de la de don Efraín. Su llamada de ese día fue para invitarme a comer. Mi amigo se había ofrecido a interceder ante los funcionarios de la aseguradora para que pagaran sin más dilaciones la indemnización por el seguro de vida que el mayor Asís tenía como jubilado del ejército, y ese día iba a entregarme los papeles que yo haría llegar a la familia del militar para que concluyeran el penoso trámite. Además, habíamos quedado en que después iríamos juntos al hospital para visitar a don Efraín, quien seguía en coma.

Mientras almorzábamos en los comedores ejecutivos del Banco de México en el centro histórico, me di cuenta de que aquella era la primera vez en muchos años que Jorge y yo hablábamos a solas; quizá la primera desde nuestras escapadas adolescentes para comer las hamburguesas del Tom Boy que la vieja *partida secreta* permitía

financiar de cuando en cuando. Animado por el Ribera del Duero que la generosidad del banco central proveyó durante la comida, repetí ante él el ejercicio de retrospección al que días antes me había obligado el interrogatorio de Hasen Ramírez. De cabo a rabo, y con detalles que luego de la primera vez me pareció sencillo mejorar, repetí la historia que él conocía solo a retazos; la crónica de lo que había ocurrido desde la madrugada en la que Beatriz y Diana Abascal aparecieron muertas, hasta mi encuentro con aquel desdichado que se ocultaba tras el disfraz de Dante. Le relaté también lo que sabía respecto al rumbo que habían tomado las investigaciones. La policía había corroborado que el arma que mató al mayor Asís, y que nos hirió a don Efraín y a mí, había sido la misma que se disparó en contra de los cuerpos de Beatriz y Diana Abascal. Además, aprovechando una indiscreción que el agente Fierro había cometido en mi presencia, le conté que en una sección de la nave industrial abandonada habían hallado restos de sangre, los cuales fueron enviados al laboratorio de la policía para ver si coincidía con la de ellas, lo que confirmaría que aquel habría sido el sitio en el que fueron asesinadas. Sin embargo, de quién podría hallarse detrás de la máscara de Dante, le dije que no había nada aún; al menos, nada que yo supiera. Lo único que no hice fue hablarle de mi fugaz relación con Lara, aunque algo debió intuir porque, cada vez que su nombre aparecía en mi relato, Jorge sonreía como el hombre de suerte con las mujeres que había sido siempre.

Tras el almuerzo, fuimos a su despacho para recoger los papeles del seguro del mayor Asís. Era una oficina espléndida, con un gran escritorio de caoba al lado de una ventana que daba hacia la calle de 5 de Mayo, una mesa de juntas, un terno de sala y un largo librero que se extendía sobre uno de los muros. Cuando mi amigo se disponía a accionar el timbre del intercomunicador para pedir a su asistente que le llevara los documentos, un teléfono rojo que descansaba en el mueble detrás del escritorio comenzó a sonar.

—A tus órdenes —respondió Jorge para luego permanecer en silencio escuchando—. Voy para allá —añadió colgando el auricular —. Debo ver al gobernador en su despacho —me dijo—. Ahora regreso.

—¿Estás seguro? —Inquirí cohibido al ser testigo de aquel breve intercambio en las grandes ligas de las finanzas públicas—. Si estás ocupado, podemos dejar la visita al hospital para otro día.

—Nada de eso —insistió mirando la esfera del reloj en su muñeca —. El jefe vuela a Washington esta tarde y no tiene más de diez minutos si quiere llegar a tiempo al aeropuerto. No tardo. En un momento nos vamos.

Salió tomando una carpeta de piel que descansaba sobre la mesa y

el silencio se apoderó del despacho. Iba a sentarme para esperarlo, cuando reparé en las muchas fotografías que decoraban los muros y muebles de la oficina. Me acerqué a una de ellas que colgaba detrás del escritorio y que destacaba de entre las demás. Allí aparecía Jorge al lado del gobernador del banco, ambos luciendo los impecables ternos oscuros que, desde los días de don Rodrigo Gómez, parecían haberse convertido en el uniforme de los banqueros centrales en México. Seguí mirando las otras fotografías que estaban a su lado. En una de ellas, mi amigo se hallaba en medio de un corrillo en el que pude reconocer al menos a tres exsecretarios de Hacienda, y en otra posaba junto a un grupo de funcionarios financieros internacionales en una enorme sala de reuniones. Seguí husmeando por el despacho. En su mesa de trabajo, descansaba un portarretratos con la imagen de su mujer. Era una fotografía de estudio en la que una *Bella* Carpio más madura de lo que recordaba posaba luciendo un vestido claro sin mangas. El cabello rubio le bajaba por los hombros y un largo pendiente con un brillante descansaba en la entrada de los abultados senos. Sus ojos miraban penetrantes a la cámara creando una imagen que, de haberla tenido día a día en mi propia mesa de trabajo, no me habría dicho otra cosa que no fuera: «Te estoy vigilando…». Avancé a lo largo del librero en cuyos estantes otros marcos conservaban diversas instantáneas. En cada una se había colocado una pequeña tarjeta indicando la fecha, lugar y motivo del encuentro. Una de ellas, datada en octubre de 2017, mostraba a mi amigo entre los participantes de un curso sobre riesgo de liquidez en el Banco de Pagos Internacionales, en Basilea. En otra, estaban los miembros de la delegación mexicana —Jorge entre ellos— en las reuniones de primavera del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial de 2015, en Washington. Aquella colección evidenciaba cierta egolatría, pero debía aceptar que los méritos de Jorge por el mundo de la banca central internacional lo justificaban, sobre todo sabiendo que aquel brillante economista, quien no tardaría en eclipsar a sus jefes, había sido alguna vez un incontrolable adolescente que apuntaba a convertirse en una verdadera amenaza pública.

Me arrellané en uno de los sillones de piel para dejar pasar los minutos. Llamó entonces mi atención uno más de aquellos portarretratos que descansaba sobre la mesa lateral. Era una fotografía grupal que refería la firma del convenio de financiamiento entre el Banco de México y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional. La fecha era el 21 de agosto de 2019. Como lo había hecho con cada una de las imágenes anteriores, me propuse identificar a Jorge entre quienes allí aparecían. De súbito, sentí una punzada detrás de la órbita de los ojos. Al principio fue solo la sensación de que algo no estaba bien y, unos segundos después, la

sorpresa de toparme con alguien que no debía hallarse en esa imagen. En la tercera fila de aquel nutrido grupo aparecía una mujer. Tomé el portarretrato para mirar la fotografía de cerca. Aunque las facciones no eran muy precisas, me pareció que tenía una enorme semejanza con Lara. Intuí que aquel no debía ser sino un golpe de nostalgia. Cualquier otra posibilidad resultaba absurda. Yo mismo los había presentado apenas unos días antes, cuando Hasen Ramírez nos llevó a la delegación de policía y Jorge acudió con el abogado Bernabé Orive para salvar la tarde. Inspeccioné otra vez la instantánea tratando de confirmar que no se trataba sino de alguien con el suficiente parecido como para que mi mente me hubiera jugado una broma. Me concentré en los detalles. El cabello de la mujer era más claro y corto que el de Lara, pero eran los difusos rasgos de su rostro los que seguían atrayéndome como un imán.

«Claro que no es posible», me repetí.

Dispuesto a jugar un poco más con aquella aparición, introduje en el buscador del celular la secuencia de palabras que aportaba el retrato —convenio, financiamiento, Banco de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2019— y el dispositivo me devolvió otra fotografía de aquel evento. En ella, Jorge aparecía en un primer plano al lado de otro hombre y, junto a este, sonriendo encantadora, estaba otra vez esa mujer. Esta vez la sensación fue la de un golpe en la nuca. Los rasgos del rostro de la mujer eran nítidos y, aunque llevaba el cabello claro cortado apenas por debajo de las orejas, no había duda de que era Lara. Noté que llevaba un collar con cruces engarzadas que de inmediato me recordó al que había visto en el cuello de Diana Abascal aquella noche en la plaza de la Ciudadela. Busqué en el celular las fotografías que el maldito Dante me había enviado en su primer mensaje y, en efecto, allí estaba. Era el mismo medallón en el cuello del cadáver. Volví a la imagen en el buscador. Noté entonces un pie de foto que indicaba: «El doctor Jorge Moreno Negrete, director de Administración y Fomento a la Investigación del Banco de México; el doctor Luis de la Perla, director general del Instituto de Investigaciones Históricas; y la maestra Diana Abascal Robles, investigadora del propio Instituto». Una sospecha comenzó a crecerme como un tumor en la cabeza. Llamé al periódico para pedir el celular del jefe del Servicio Médico Forense. Lo marqué mientras vigilaba con insistencia a la puerta del despacho.

—¿Oigo…? —Una voz emergió al otro lado de la línea revuelta con las síncopas de un son cubano.

«Mamá yo quiero saber, de dónde son los cantantes, que lo’ encuentro muy galantes…».

—¿El doctor Cañizares?

—Sí. ¿Quién habla?

—Alberto Millán, del *Diario Centinela*. Nos presentó Efraín Haro hace unas semanas.

«… y los quiero conocer, con su trova fascinante, yo me la quiero aprender…».

—Ah, sí. Ya me acuerdo. Oiga —reaccionó de inmediato manchando su voz con un tono de consternación—, ya yo me he enterado de que el compañero Efraín está muy grave. Dígame, ¿qué le ha pasado? He intentado averiguar, pero los de la policía no sueltan nada, así que debe de tratarse de algo gordo.

—Le dispararon y está en coma —resumí.

—¡*Ño*, pero qué barbaridad! ¿Cómo fue que…?

—Discúlpeme, pero no hay tiempo ahora —lo interrumpí—. Necesito preguntarle algo. Es muy urgente.

«¿De dónde serán? Ay, mamá. ¿Serán de La Habana…?».

—Lo escucho, compañero.

—Es sobre el asunto de la esposa del senador Ruiz-Berben —dije echando una nueva mirada a la puerta del despacho.

—¿Qué hay con eso?

—La otra mujer, Diana Abascal. ¿Alguien fue a disponer del cuerpo?

«¿Serán de Santiago? Tierra soberana…».

—Y bien que sí —respondió Cañizares—. La mismita tarde del día que nos vimos por aquí.

—¿Quién fue?

—Vamos a ver. Por aquí debe estar el expediente. Deme un segundico… Mmm… ¡Aquí está! Sí, claro. Fue el hermano.

«Son de la loma, cantan el llano. Sí señor, cómo no…».

—¿Está seguro?

—Si yo mismo lo atendí, chico. Me mostró una identificación e hicimos el papeleo.

—¿Y ese hombre reconoció a la mujer?

—Como recordará, compañero, el estado del rostro del cadáver era lamentable. Pero el hermano nos habló de un medallón que llevaba ella; una joya muy particular con unas cruces azuladas brillantes. Al revisar las pertenencias de la difunta dimos con él. Con eso se confirmó la identidad. Una hora después, el hombre ya había dispuesto lo necesario para que se llevaran el cuerpo a un crematorio.

«Mamá, ellos son de la loma. Mamá, ellos cantan el llano…».

—¿Y no habría sido necesaria una evidencia más contundente? Qué sé yo. ¿Una prueba de ADN o algo así?

—Pero si ya vio usted cómo tengo el servicio, compañero —rezongó el forense—. Cuando se puede, con alguna documentación oficial y una identificación positiva nos ahorramos ese tipo de pruebas. Son caras y nunca tenemos presupuesto. Al final, acaban

siendo una vaina y meses de retraso en el trabajo.

—Permítame un momento. —Tomé el portarretratos e hice una fotografía del rostro de Jorge que mandé al celular de Cañizares—. Acabo de enviarle una foto a su celular. Mírela y dígame si es ese el hombre que identificó a Diana Abascal.

Cañizares dejó pasar unos segundos.

«Mamá, ellos son de la loma. Mira, mamá, ellos cantan el llano. Mamá, ellos son de la loma…».

—Él mismito —resolvió al cabo—. Ese fue el tipo que…

Al escuchar la voz de Jorge afuera del despacho corté la comunicación. Sabiendo que tenía apenas unos cuantos segundos, traté de teclear un mensaje para el inspector Ramírez. Una combinación de rabia y miedo hacía que las manos me temblaran. Moví los dedos con rapidez sobre la pantalla con la idea fija en mi cabeza de escribir: «Descubrí a Dante. Estoy con él. Es Jorge Moreno, mi amigo». Sin embargo, el texto predictivo del teléfono, ayudado por la torpeza de mi mano que apenas asomaba del cabestrillo, hizo de las suyas plasmando un mensaje incomprensible: «Describí andante estoy o el esborge mirano amo amigo…». Intentaba corregirlo cuando Jorge entró al despacho blandiendo una carpeta.

—Aquí están los papeles del seguro —exclamó—. Con esto la aseguradora ya no…

Se detuvo al leer algo extraño en mi mirada.

—¿Todo bien? —Inquirió.

Ante mi silencio, se acercó. No pude evitar que se percatara del portarretrato abandonado en el asiento junto a mí. Lo tomó para contemplarlo. Al hacerlo, su expresión se deformó. Fue como si una máscara cayera de su rostro. Sus ojos se ensancharon, revelando una mezcla de incredulidad y desprecio, mientras sus labios se tensaban en una mueca con la que construyó la expresión de arrogancia de quien se da cuenta de que el juego de la verdad y la mentira ha terminado.

—Así que, finalmente, lo has averiguado —dijo—. Fui un estúpido al conservar esto, ¿verdad?

Asentí.

—Y tú, Alberto, nunca dejarás de ser un entrometido —masculló lanzándome el pequeño marco, el cual me golpeó en la mejilla antes de acabar en el piso.

Jorge se inclinó entonces hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos. Después, oprimió con fuerza mi hombro herido, para de inmediato tomar el teléfono celular que el pinchazo de dolor hizo que resbalara de mis manos. Miró el incoherente mensaje para el inspector Ramírez que había garabateado sin éxito, para luego guardar el dispositivo en el bolsillo de su chaqueta. Se dirigió a la mesa de trabajo mientras yo lo miraba en silencio. De una anilla metálica tomó

una llave, abrió el cajón superior y extrajo una pistola con la que me apuntó mientras oprimía el timbre del intercomunicador:

—Ya puede retirarse, Maite —indicó con tranquilidad dirigiéndose a la secretaria que despachaba afuera de la oficina—. Nos vemos mañana. Y que Jacinto se vaya también. Yo conduciré esta tarde.

Cortó la comunicación y se acercó sin dejar de apuntarme con el arma.

—Esto debía acabar ya y nadie más tendría por qué salir lastimado —articuló. Su semblante no delataba emoción alguna—. Pero contigo, Alberto, las cosas nunca pueden ser sencillas. Siempre te las ingenias para complicarlo todo. Y ahora, ya lo ves, la curiosidad está a punto de matar al maldito gato.

Cuarenta y tres

Reverso. Dispositivo que facilita al alpinista las maniobras de aseguramiento y cordada durante las escaladas en roca o hielo. Parte opuesta al frente de una montaña. Lo que, detrás de su inmaterial artificio, oculta el alma humana.

A lo largo de la siguiente hora, Jorge permaneció sentado frente a mí. Nunca dejó de apuntarme con la pistola. Lucía sereno. Un par de veces intenté hablar con él para que me explicara lo que sucedía, pero en ambas ocasiones me detuvo colocando el cañón del arma frente a sus labios. La forma en la que los ruidos al otro lado de la puerta del despacho iban muriendo me hizo comprender que esperaba a que la mayor parte de los empleados del banco se hubiera ido para poder sacarme de allí. Entonces pude haber intentado algo. Tal vez gritar pidiendo ayuda, o tratar de alcanzar la puerta calculando que no se atrevería a dispararme a riesgo de ser descubierto. Pero no lo hice. Quería conocer la verdad.

Durante ese lapso, Jorge apenas se movió. En algún momento se acomodó los lentes y, un par de veces, se mojó los labios, pero nada más. Calculaba los siguientes pasos. Hacía gala de la frialdad intelectual que habría requerido extraer una conclusión importante para alguno de los informes económicos que, bajo su firma, iban a parar a manos de los hombres más poderosos del país. Todo ese tiempo no dejé de mirarlo. Jorge parecía otro; el reverso de sí mismo. Era como si un alma sin emociones hubiera tomado posesión de su cuerpo o, peor aún, como si un oscuro espíritu que hubiera estado oculto durante mucho tiempo emergiera finalmente del interior del hombre a quien creí haber conocido toda mi vida.

De pronto, tras mirar la esfera del reloj, rompió la inmovilidad. Se puso de pie y resolvió en un tono neutro:

—Es hora de irnos.

—¿A dónde me llevas?

—Imagino que quieres saber el porqué de todo esto.

Asentí en silencio.

—Pues entonces camina sin hacer alboroto. Cuando hayamos salido de aquí, hablaremos.

Hizo una señal para que me colocara un paso adelante de él, mientras me amenazaba con el arma disimulada en el bolsillo de la

chaqueta. Al salir del despacho, del escritorio de la secretaria tomó un par de bridas de plástico para cerrar bolsas de correspondencia y enfilamos hacia los ascensores de los que habían desaparecido las chicas que conducían a los funcionarios entre los pisos del edificio. Las puertas del elevador se abrieron y salimos al vestíbulo desierto en la planta baja. La luz de las lámparas octagonales que colgaban de gruesas cadenas iluminaba nuestro paso. Yo iba con la cabeza gacha, dejando que mi mirada se perdiera en los patrones quebradizos de las baldosas. Pasamos frente a la puerta circular de la bóveda de acero y avanzamos rumbo a la entrada principal. Jorge había pensado bien las cosas. Al salir por allí, evitábamos ser detectados por el agente Luciano Fierro quien me esperaba con el coche estacionado a un costado del edificio —en el callejón de Condesa—, en el sitio reservado a los invitados de los funcionarios del banco. Así que, cuando cruzamos la puerta de bronce que da a 5 de Mayo, el menonita no se había dado cuenta de nada.

Al salir a la calle, Jorge me atenazó del brazo para cruzar el arroyo. Antes de entrar por la rampa al estacionamiento subterráneo del edificio Guardiola —la mole de estilo funcionalista que era la sede alterna del banco—, se detuvo para dejar caer dentro de una alcantarilla abierta a un costado de la acera el celular que me había quitado. Caminamos unos segundos por el aparcamiento semivacío hasta llegar a un automóvil negro; era el mismo al que lo había visto subir el día que fue a rescatarnos a la delegación de policía. Recuperó las bridas de plástico que llevaba en el bolsillo y me ató las manos con ellas. Me indicó entonces que tomara el asiento del copiloto, mientras él, sin dejar de apuntarme, daba la vuelta por el frente hasta ocupar el del conductor. Luego, colocó la pistola en la bandeja del panel de la puerta junto a él y oprimió el botón de encendido. Al salir por la rampa, volteé para mirar hacia el callejón. Allí, el agente Fierro seguía conversando con uno de los guardias en la entrada lateral del banco, ajeno a lo que ocurría. Giramos en la calle Simón Bolívar y nuevamente en 16 de Septiembre hasta llegar al Eje Central. Cuando tomamos la calle de Tacuba y perdimos de vista el edificio del banco, Jorge marcó un número desde los controles del volante. Un tono de llamada comenzó a sonar en las bocinas del automóvil.

—¿Jorge…?

Era la voz de quien, durante esas semanas, yo había conocido como Lara Bowman.

—Las cosas se han complicado —dijo él.

—¿Hablaste con Alberto? ¿Sospecha algo?

—Lo sabe todo —respondió lanzándome una mirada inexpresiva.

—¿Se lo dijiste?

—¡No seas tonta! —masculló Jorge—. Claro que no. Lo que pasa es

que vio una fotografía tuya en mi despacho y se dio cuenta de lo que pasaba.

—Te lo dije. No debiste buscarlo…

—No empieces con tu cantaleta otra vez —cortó molesto.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Por lo pronto, lo tengo conmigo y vamos para allá.

—No puedes traerlo aquí.

—Claro que puedo —espetó.

—Por favor, Jorge. No compliques más las cosas.

—Demasiado tarde para sutilezas, querida. Así que cállate y baja al estacionamiento en quince minutos. Vendrás con nosotros.

—¿Qué vas a…?

Jorge no quiso escuchar más e interrumpió la comunicación.

—Un policía me estaba esperando afuera del banco. —Intenté intimidarlo—. Se inquietará cuando no me vea salir, si no es que lo ha hecho ya. Sabrá que me has llevado contigo.

—Ese hombre sabrá solo lo que yo le diga. Y eso será que, tras la comida juntos, teníamos planeado ir a visitar a tu amigo al hospital, pero recibí una llamada importante y no pude acompañarte. Que te fuiste y, después de eso, no supe nada más de ti… Eso es lo que le diré, y eso será lo que ese hombre acepte.

—No me vio salir del banco y sabrá que mientes.

—Los hombres como yo no mienten, solo dan explicaciones que convencen a otros. —Sonrió—. Le diré que quizá te desorientaste. Que, tal vez, abandonaste el banco por la puerta principal y que, al rodear el edificio para llegar al callejón en donde te esperaba, alguien te habrá interceptado. Y ya está. Ni ese hombre ni nadie tendrá ninguna razón para dudar de mi palabra.

—¿Crees que la policía se chupa el dedo? Revisarán las grabaciones de las cámaras de seguridad y se darán cuenta de que…

—Un área del banco que está a mi cargo controla esas cámaras —me interrumpió—. Es más, tengo acceso a ellas desde mi computadora. Esta misma noche me encargaré de borrarlas. No quedará más rastro que el de un proceso automático que funcionó erróneamente. Tampoco será la primera vez. Lo he hecho antes para eliminar la evidencia de la visita de algunas personas con las que el gobernador prefiere no verse relacionado. Lo mismo que las cámaras exteriores, las cuales, por seguridad, están permanentemente apagadas. También soy yo quien controla eso. ¿Lo ves? Un banco central que se precie no solo guarda dinero, sino también las apariencias.

Jorge pareció relajarse. Oprimió entonces un par de botones en el volante y la suave melodía de un piano emergió de las bocinas.

—Veo que has mejorado tus gustos —ironicé mientras el auto

enfilaba por el Paseo de la Reforma.

—Chopin —dijo esmerándose en la pronunciación francesa del nombre.

—¿Y ese refinamiento? —lo provoqué recordando que por muchos años lo suyo habían sido The Cure, Deep Purple y The Rolling Stones —. ¿Es tuyo o es otra de las imposiciones de tu mujer?

Noté que el comentario le agriaba el semblante.

—Cuando te lo propones, Alberto, puedes ser un verdadero imbécil. No tienes idea de lo que es vivir con alguien como ella.

—Es el premio que siempre quisiste: una mujer rica y bonita.

Como si de esa forma respondiera a mi pulla, volvió a maniobrar con los botones del volante hasta despertar en las bocinas del coche la guitarra de Keith Richards y, unos segundos después, la voz de su satánica majestad:

«*I can't get no satisfaction, I can't get no satisfaction, 'Cause I try and I try and I try and I try, I can't get no, I can't get no…*».

—Isabella me engaña —retomó apretando las mandíbulas—. Lo hizo casi desde el principio.

—¿Los patos disparándole a las escopetas?

—Pues ya lo ves. La buena educación no es vacuna contra eso. Mi linda mujercita resultó ser una puta.

—Pudiste dejarla.

—Había otras cosas de por medio.

—Habrás encontrado fácil acostumbrarte al dinero y difícil renunciar a él.

—Qué sabes tú del dinero.

—Entiendo la naturaleza humana.

—No entiendes nada —cortó con aspereza. Luego, dejó pasar un momento antes de reponer—: la gente rica no es como nosotros. Ellos no solo tienen dinero, sino que piensan en él cada segundo. Viven, sueñan, comen, cogen y cagan pensando en el maldito dinero. Para ellos, el dinero lo es todo y todas las cosas giran en torno al dinero. ¿Crees que ella iba a darme algo si la dejaba? ¡Claro que no! No iba a ver un puto peso. Lo único realmente mío es lo que llega en el cheque de pago cada mes. Las inversiones, las casas, el avión, el yate, los autos. Todo eso es de ella y yo puedo tocarlo solo gracias a que estamos juntos. Y estamos juntos porque la tolero…

«*When I'm driving in my car, And that man comes on the radio, And he's telling me more and more, About some useless information, Supposed to fire my imagination… I can't get no satisfaction, I can't get no satisfaction, 'Cause I try, and I try, and I try, and I try, I can't get no, I can't get*».

—Alguna vez convencí al avaro de su padre para que me dejara manejar una parte de las inversiones de Isabella. Pensé en aprovechar

que mi trabajo en el banco me había puesto en contacto con gente de la que podría obtener ciertos beneficios. No fue fácil convencerlo, pero finalmente el viejo me confió una parte de los fondos; una porción pequeña que, de cualquier manera, era mucha plata. —Sonrió—. Cada semana me comunicaba con los jefes de las mesas de dinero de varios bancos comerciales que, con base en cierta información que yo les proporcionaba, manipulaban las tasas en las subastas de bonos del Gobierno. Así, ellos y sus bancos se agenciaban una buena ganancia a costa de los demás inversionistas y de las arcas públicas, y yo obtenía la mía invirtiendo los fondos de Isabella en esas operaciones. Todo fue bien al principio y los buenos resultados hicieron que el viejo tacaño me diera algo más de libertad en las decisiones. Con ese jueguito les di a ganar mucho dinero. Muchísimo… Pero ¿sirvió de algo? ¿Me lo agradecieron? ¿Me dieron una tajada de lo que les había conseguido? Por supuesto que no. Para ellos, yo era un simple empleado que cumplía con el deber de hacerlos más ricos. Nada más… No me pareció justo dejar las cosas así y decidí ir enviando a mis cuentas una pequeñísima parte del beneficio de aquellas operaciones. Era un dinero que yo había conseguido y me lo merecía. Pero esa gente tiene antenas. Es como si la piel les escociera cada vez que alguien toca algo que les pertenece… El viejo roñoso se dio cuenta y me puso un hasta aquí. Con las pruebas en la mano de lo que había hecho, me amenazó con refundirme en la cárcel si volvía a tocar un centavo suyo sin su autorización. —En sus ojos reconocí el brillo del odio—. ¿Lo comprendes? Si quería algún día mandar al diablo a Isabella y a su familia, iba a tener que hacer algo por mi cuenta; algo suficientemente grande como para no extrañar su maldito dinero. Estuve mucho tiempo intentando aquí y allá, hasta que la solución me vino de donde menos esperaba. Sí, de Diana Abascal.

«*When I'm watching my TV, And a man comes on and tells me, How white my shirts can be, Well he can't be a man 'cause he doesn't smoke, The same cigarettes as me…*».

—Nos conocimos hace algún tiempo y empezamos una relación —prosiguió cuando ya pasábamos la glorieta del monumento a Cuauhtémoc—. Le conté cosas de mí, y ella algo de las suyas. Nada muy serio. Bueno, ya la conoces. Diana es una vieja buena con la que se coge a gusto —espetó con la vulgaridad de un púber—. Después, se fue a trabajar a Puebla y perdimos el contacto… Pero hace unos meses, me buscó. Dijo que tenía algo muy importante que contarme. Nos vimos. Me relató que trabajaba en ese centro de investigaciones históricas y que acababan de hallar el cadáver de un oficial del siglo XIX entre las nieves de la cima del Iztaccíhuatl. Y Diana, que es cualquier cosa menos una tonta, entendió muy pronto que detrás del soldado muerto había muchísimo dinero. No cualquiera lo habría

deducido, pero ella sí. Me narró aquella historia estrambótica, que era una de esas de las que solo están al tanto los investigadores que leen las notas de pie de página en ensayos y libros que a nadie le importan, y me convenció de que, si nos movíamos con rapidez, íbamos a ser muy ricos. ¿Te das cuenta? Se presentaba la oportunidad por la que había estado esperando para mandar al diablo el dinero de Isabella… Pero Diana me alertó de un pequeño problema. Otra investigadora del centro intentaba inmiscuirse. Aunque no era algo que le correspondiera, puesto que Diana era la especialista en el tema, aquella mujer era una ricachona que había llegado allí por palancas y nada más andaba buscando algo en qué entretenerse. A pesar de la descripción exacta, aún no sabía que se trataba de Beatriz.

—Maldito —mascullé al escuchar su nombre.

—Tranquilo, Romeo. —Me intimidó tomando nuevamente el arma—. Te repito que entonces no sabía aún de quién se trataba. De hecho, le había perdido la pista desde su divorcio… Diana temía que, aunque esa mujer aún no ataba los cabos sueltos, podría llegar a averiguarlo y entonces la gran oportunidad se habría perdido. Así que cuando se enteró de que tu amiga había conseguido que la pusieran al frente del proyecto y que una experta en historia mexicana del siglo XIX de la Universidad de Essex, la tal Lara Bowman, vendría a México a colaborar con ella, las alarmas se encendieron y decidimos actuar de inmediato.

«*I can't get no satisfaction, I can't get no satisfaction, 'Cause I try, and I try, and I try, and I try, I can't get no, I can't get no*».

—¿Y no tuvieron una mejor idea que matarlas?

—No seas estúpido. Eso no era lo que queríamos. El plan era que Diana terminara de ubicar el sitio en donde podría hallarse ese dinero y yo me encargaría de conseguir lo necesario para ir a buscarlo antes de que alguien del Gobierno lo hiciera. Eso era todo… Fue entonces cuando Beatriz descubrió el cifrado oculto dentro del cuaderno de mapas; era la pieza que parecía ser la clave para identificar el lugar en donde se encontraba el dinero. Le habló de eso a Diana, pero apenas le permitió verlo. Y es que, tal vez intuyendo que tenía agenda propia, tu amiguita comenzó a desconfiar de ella. Por eso decidió esconderlo. Solo hasta que Diana volvió a contactarme para darme todos estos detalles y urgirme para obtener ese papel cuanto antes, me enteré de que quien obstaculizaba el plan era Beatriz, tu viejo amor platónico.

—¿Y Ruiz-Berben? ¿Qué tuvo que ver él en todo esto?

—¿Ese idiota? —se extrañó Jorge—. Nada. ¿Qué pitos podría haber tocado en el asunto?

—Un antepasado suyo fue quien mató a ese oficial en la montaña.

—Ah, sí. —Sonrió—. Diana me lo contó. Aunque no estoy seguro de que Eduardo se haya enterado de eso entonces, o incluso de que lo

sepa hoy. En cualquier caso, no deja de ser curioso cómo ese tipo de alimañas se perpetúa.

—Llegué a pensar que fue él quien…

—¿Eduardo? —Me detuvo—. Ese no habría tenido ni cabeza ni huevos para esto, como no los ha tenido nunca para nada.

«*When I'm riding round the world, And I'm doing this and I'm signing that, And I'm trying to make some girl, Who tells me baby, better come back, maybe next week, 'Cause you see, I'm on a losing streak, I can't get no, oh no, no, no…*».

—Diana y yo ideamos un plan —retomó mientras enfilábamos hacia la zona de Anzures—. Lo importante era movernos con rapidez para impedir que aquel hallazgo terminara reducido a un bonito artículo que Lara Bowman y Beatriz presumieran entre sus amistades, y que ese dinero acabara en las arcas del Gobierno para que pillos como Eduardo siguieran medrando. Diana tenía ya una copia del cartapacio, pero…

—Necesitaba el cifrado. —Me anticipé.

—Así es… Ella era quien mejor conocía esos mapas y se le había ocurrido que la solución al enigma podría estar en una clave que se tejiera a partir de los diferentes planos; una clave cuyo código debía hallarse en ese cifrado. Se los dijo a Beatriz y a Bowman para recuperar su confianza, y les inventó que había contactado a un experto en topografía castrense que podría ayudarlas a dar con la solución. La cuestión, las previno, era que el supuesto experto era un militar en activo y exigía que se vieran en un sitio alejado y discreto.

—La nave industrial abandonada —susurré sintiendo que revivía la punzada de la herida en el hombro.

—Conozco esa zona al dedillo —murmuró ensimismado—. Por años, fue ese el rumbo del que mi padre salía después de su jornada para ir a emborracharse antes de regresar a casa y hacernos víctimas a mamá y a mí de sus impertinencias… En fin —se rehízo—, que era el sitio perfecto para lo que nos proponíamos hacer. Así que, esa tarde, Diana las llevó y yo me presenté embozado y con la pistola. La idea era amenazarlas y conseguir el papel que Beatriz tenía en su poder. Luego las abandonaría allí y asunto terminado. Diana hizo su parte mostrándose sorprendida al verme aparecer. Les hizo creer que el supuesto militar las habría traicionado y le rogó a Beatriz que me entregara lo que les exigía para evitar que salieran lastimadas. Sin embargo, ella salió con que no llevaba el papel consigo, sino que lo había dejado oculto en su habitación del hotel. Mientras dudaba sobre qué hacer, Bowman sacó de su bolso un atomizador de gas pimienta y me lo lanzó a los ojos. La golpeé con la pistola en el rostro y al caer su cabeza dio contra el borde de una de las máquinas. Cuando me acerqué, ya estaba muerta… El problema fue que, al sentir el fuego en

los ojos, me arranqué el pasamontañas y Beatriz me reconoció. Después de eso, ya no había alternativa.

—Cómo pudiste hacerlo —lo interrumpí sin alcanzar a comprender de dónde había salido el hombre que podía decirme aquello con esa calma—. Lo de la muerte de la otra mujer había sido un accidente y Beatriz pudo haberte ayudado a explicarlo.

—¡No seas imbécil! —espetó con acritud mientras giraba el auto hacia la avenida Campos Elíseos—. Nadie iba a tragarse lo de un accidente en una circunstancia así. Además, no estaba dispuesto a terminar en un juicio que, sin importar el resultado, me alejaría para siempre de todo lo que había logrado en la vida. Pero lo más importante es que, de haberlo hecho, habría tenido que olvidarme del dinero, y eso era lo último que pensaba hacer.

«*Hey, hey, hey! That's what I'll say!, I can't get no, I can't get no, I can't get no, I can't get no satisfaction, No satisfaction, no satisfaction, no satisfaction, I can't get no…*».

—Al reconocerme —continuó Jorge—, Beatriz se puso frenética. Gritaba pidiendo ayuda mientras miraba cómo Diana se colocaba a mi lado. No tardó en darse cuenta de que ambos habíamos planeado aquello y se abalanzó sobre mí. Le di un puñetazo y cayó al piso. Intenté controlarla en tanto pensaba qué hacer y le puse la rodilla en el cuello. Poco a poco —murmuró haciendo que su voz perdiera intensidad—, empecé a ver cómo la fuerza la abandonaba y sus ojos se humedecían. Fueron segundos en los que, por alguna razón, no pude detenerme. Solo dejé la rodilla allí, hasta que cesó de luchar y su cuerpo se desmadejó.

—¡Maldito psicópata! —grité lanzando las manos atadas hasta hacerlas estallar en el rostro de Jorge. Mientras el automóvil zigzagueaba, él respondió haciendo que el cañón del arma se estrellara contra mi ojo.

—¡Idiota! —increpó mientras recobraba el control del coche—. ¿Intentas matarnos? —añadió dándome un nuevo golpe en la cabeza que me dobló en el asiento.

Por el rabillo del ojo alcancé a ver cómo Jorge maldecía mientras revisaba en el retrovisor la herida en su pómulo de la que manaba un fino hilo de sangre.

—¡Me lleva la chingada contigo, Alberto! ¡Eres un pendejo!

En medio de la bruma en la que me sumieron los golpes, sentí que el auto se detenía. Escuché el ruido de un portón eléctrico levantándose y, enseguida, la sensación del coche descendiendo por una rampa. Cuando logré alzar la mirada, entre la niebla enrojecida por la sangre que descendía desde mi ceja, vi a la mujer a quien yo no podía identificar sino como Lara Bowman. Me observaba incrédula al otro lado de la ventanilla. Ya no llevaba el pelo negro largo y suelto,

sino que se lo había recortado y teñido de rubio, con lo que había vuelto a parecerse a la mujer en la fotografía que había descubierto en el despacho de Jorge. Traté de incorporarme un poco más, pero un nuevo golpe en la nuca me detuvo. La imagen de Lara comenzó a deformarse. Era como cuando la lluvia desciende sobre un cristal para convertir en espectros lo que está del otro lado.

Un instante después, junto con la luz en mis ojos, aquel rostro se había desvanecido.

Cuarenta y cuatro

Refugio. Emplazamiento en donde el escalador puede resguardarse de la severidad del clima en medio del ascenso. Espacio inmaterial que guarnece al espíritu del rigor del que se encuentra hecha la existencia.

No supe con exactitud cuánto tiempo transcurrió antes de volver en mí. Cuando lo hice, la sangre que había escurrido sobre mi ojo se había coagulado y resultaba difícil ver con él. La cabeza me zumbaba. Bridas de plástico sujetaban mis piernas a las patas metálicas de una silla, mientras que mis manos estaban atadas por detrás del respaldo, haciendo que el dolor de la herida en el hombro se convirtiera en un pinchazo que se extendía como un espasmo por todo mi cuerpo.

A poco, caí en la cuenta de que sabía en dónde me hallaba. Era la sala de máquinas de la vieja nave industrial. En la penumbra que se abría más allá del redondel producido por la luz que se balanceaba sobre mi cabeza, escuché voces y, luego, el movimiento de siluetas acercándose. Eran Jorge y la recién resucitada Diana Abascal.

—¿Estás seguro? —Alcancé a escucharla—. ¿De veras es necesario?

—No hay otra salida —respondió él—. ¿O tienes alguna idea mejor?

—No. Aunque, en ese caso, prefiero esperarte en el coche.

—¿Qué diablos pasa contigo?

—Es solo que no deseo estar aquí cuando…

—¡Escúchame bien! —espetó tomándola con fuerza del brazo cuando la luz había terminado de descubrirlos ante mí—. No me salgas ahora con pruritos. Una cosa es que haya sido yo quien terminó ensuciándose las manos, y otra muy distinta que pienses que no eres responsable de nada de lo que ha sucedido.

—Pero tal vez aún podamos hallar…

—¡Nada! —cortó él acremente—. No hay vuelta atrás. Los dos estamos metidos en esto. Y hasta el cuello.

—No lo escuches —susurré haciendo que Diana se volviera hacia mí. Sus ojos ya no eran los dos espejos en los que días antes me vi reflejado; la luz en su mirada se había transformado en un enigma insondable.

—Vaya… —Se volvió Jorge hacia mí—. Llegué a pensar que te había golpeado demasiado fuerte y que ya no despertarías.

—Para ti todavía hay una salida —insistí dirigiéndome a ella. La garganta se me rasgaba con cada palabra—. Es Jorge quien tendrá que enfrentar a la justicia. No permitas que te arrastre con él.

—Veo que sigues en el negocio de redimir almas. —Sonrió irónico—. Pues me temo que aquí no encontrarás clientes, así que cállate… Y tú —masculló volviendo a asir el brazo de la mujer—. Controla los malditos nervios. Vete de una vez y ten el coche listo. Ahora te alcanzo.

Diana se zafó de la mano que la aprisionaba y evitó mirarme mientras desaparecía por el fondo de la nave. Jorge, quien estaba en mangas de camisa, se aproximó a una de las cajas que llenaban el lugar, sobre la que noté descansaba la pistola junto a su chaqueta.

—No vas a salirte con la tuya.

—Por supuesto que lo haré —respondió comenzando a deshacer el remango en la camisa. Mientras lo hacía, me miraba con tranquilidad—. En estas semanas me he dado cuenta de que hacer estas cosas no es tan difícil como parece. Basta con planificarlo todo y ser medianamente concienzudo. Cada vez me convenzo más de que a los ladrones y asesinos los atrapan, no porque la policía sea especialmente perspicaz, sino porque ellos son declaradamente estúpidos.

—No faltará quien termine uniendo las piezas.

—¿Quién? ¿El policía inútil que te ha estado vigilando y que debe seguir comiendo camote afuera del banco? ¿O el inspector ese con facha de maestro rural que…?

—Lo hizo don Efraín —lo interrumpí.

—¡Ese viejo imbécil! —Bufó—. Por su culpa terminé matando al mayor antes de tiempo. Pero no te preocupes, que a él estará por cargárselo la chingada en cualquier momento, con lo que se atará el último cabo suelto. Y si por un milagro no fuera así, ya encontraré la manera de callarlo también.

La impotencia se me revolvió con la sensación de dolor que comenzaba a entumecerme el cuerpo.

—No debiste aparecerte aquí el otro día siguiendo a ese militar —continuó Jorge mientras se ajustaba el nudo de la corbata—. Si tan solo hubieras obedecido mis instrucciones, no estarías aquí ahora, ni me habrías colocado a mí en esta situación tampoco. Pero has sido siempre un necio, Alberto. Aunque, debo aceptar que, con tu inoportuna intervención, esta vez me has ayudado a dar con la forma de terminar con el asunto. ¿Cómo era el dicho ese? —dijo tomando la pistola—. Por algo pasan las cosas. Sí, eso es: siempre pasan por algo.

Miré cómo Jorge jugaba con el arma, pasándola de una mano a la otra. Luego se colocó frente a mí:

—Para empezar, pienso mandar a los policías a un callejón sin salida que los aleje de Diana y de mí. Para eso necesitaba un buen

distractor que, sin proponértelo, tú has puesto a mi alcance… ¿Sabes a quién voy a obsequiarle esta belleza después de lo que pasará aquí esta noche? —Sonrió mostrándome la pistola—. A nuestro amigo Eduardo. Bueno, no será precisamente un regalo. Pienso esconderla en su oficina. Ese retrasado mental me cita en su despacho cada vez que necesita que le explique algo que no entiende, lo que ocurre casi todos los días. El resto lo hará un anónimo a alguno de sus contrincantes políticos alertándolo sobre los asesinatos y sobre la existencia de esta arma. En el muladar que es la política, nunca falta gente hambrienta de chismes que enloden a sus adversarios, vengan de donde vengan y sean ciertos o no. Entonces comenzará el circo que pondrá en jaque a la policía, ya que estarán por fin juntos el motivo y el medio. Por un lado, la incómoda historia del antepasado de Eduardo que ustedes se encargaron de desenterrar, junto con el antiguo *affaire* de su exesposa contigo. Y, por el otro, estará esta pistola señalando al asesino de ambos. ¿Lo ves? Motivo y medio… Al final, no sé si las autoridades decidan que ese idiota pudo ser el responsable de esas muertes, pero te garantizo que nadie volteará hacia ninguna otra parte. Así que debo agradecerte que lo hayas preparado todo.

La serenidad de Jorge era exasperante. Di un fuerte tirón con los brazos tratando de liberarme de las bridas, pero lo único que conseguí fue que el dolor de la herida en el hombro me crispara la garganta.

—Y gracias también por los mapas y el cifrado que nos llevarán al dinero —retomó sarcástico—. La noche que Diana se dio cuenta de que ese militar estaba a punto de descifrar el acertijo, me contó también que ustedes habían decidido comenzar a destapar todo el asunto. Así que había que actuar con rapidez o a nuestro plan se lo iba a llevar el carajo. Esa misma noche salí por el mayor. La idea era retenerlo aquí hasta que me diera la respuesta, obligándolos a ustedes a cerrar el pico mientras lo tuviéramos en nuestro poder. Pero no pude hallarlo. Diana había supuesto que iría a su casa, pero no lo hizo. Por eso decidí llevarme a tu amigo, el periodista. Con eso conseguiría algo de palanca sobre el militar. Y sobre ti también… Pero ya ves, las cosas no siempre salen como se planean y el asunto terminó mal para el mayor, y para nosotros también porque no obtuvimos lo que queríamos. Con todo, eso ya no importa. Ahora, sabiendo qué y cómo buscar, no será difícil dar con alguien más que pueda ayudarnos con los detalles finales de esos mapas.

Jorge se detuvo para mirar nuevamente la pistola que llevaba en la mano. Quitó el seguro y amartilló el arma.

—Y, esta vez, ¿sí piensas matarme? —Inquirí leyendo la duda en su mirada—. Porque diría que la última vez pudiste hacerlo y no lo hiciste.

—Ahora no tengo alternativa.

—Siempre la hay.

—No cuando se ha llegado tan lejos.

Jorge se restregó los ojos. No pude resolver si era fastidio o la sombra de algún escrúpulo recorriéndole la conciencia. Finalmente, reaccionó:

—La noche en la que Beatriz y Lara Bowman murieron…

—No murieron. —Lo detuve—. Tú las mataste.

Se limitó a sonreír con arrogancia antes de proseguir:

—Esa noche supuse que todo se había perdido. Sin el cifrado que Beatriz había ocultado, no íbamos a llegar a ninguna parte. De hecho, abandoné aquí mismo los cadáveres. Pasarían semanas, si no es que meses, antes de que alguien diera con ellos… Pero esa madrugada, por alguna razón estúpida, pensé en Beatriz y en ti —rememoró entrecerrando los ojos—. Pensé en cómo fueron hace años, en tus intentos por estar cerca de ella y en cómo ella te escuchaba. No sabes cuánto te envidiaba entonces. Eras todo lo que yo nunca conseguiría ser y ayudarte era como ser parte de tus éxitos. Tu familia te quería. Tenías encantados a tus maestros. Hallabas siempre la respuesta correcta para todo. Nada te salía mal y, sobre todo, habías encontrado a una chica con la que a la mejor terminarías siendo feliz. Yo, en cambio… —Se detuvo. Imaginé que sus pensamientos habían regresado por un momento a aquel tramo de vida que, a diferencia de lo que ocurrió conmigo, tal vez era el más oscuro de su existencia—. En fin, que fue pensando en ustedes que se me vino una idea a la cabeza —despertó exultante—: que quizá Beatriz te habría buscado. Aquel hallazgo en el Iztaccíhuatl era la clase de noticia que ella habría querido compartir contigo. Además, habiendo dejado ya a su marido, sería el pretexto perfecto para limar lo que pasó entre ustedes… La verdad es que era una simple conjetura. Pero, de haber sido así, habría alguna posibilidad también de que te hubiera hablado de ese papel que yo necesitaba y, por qué no, de dónde lo había escondido.

El dolor en el hombro estaba a punto de atravesarme el cuerpo. Aunque intentaba reducir la tensión de mis brazos para calmar la punzada, sentía que mi mirada comenzaba a oscurecerse.

—No iba a perder nada, así que decidí confirmarlo. —Reanudó—. Lo primero era que supieras que ella había muerto. Pero no solo eso, sino que debías vivirlo muy de cerca. No es lo mismo simplemente recibir una noticia así, que enfrentarse a la dura evidencia de primera mano. Eso ayudaría a que tu cabecita comenzara a trabajar. Así que Diana y yo regresamos aquí la noche siguiente. Hice los disparos sobre los cuerpos que serían indispensables para confundir a las autoridades, y luego los llevamos a la Ciudadela. Allí tomé las fotografías que, de llegar a ser necesario, podría usar para motivarte. Después, hice una llamada anónima a la policía y otra a tu periódico para poner todo en

marcha. Aunque solo buscaba que tu diario tuviera la exclusiva y así te enteraras de lo ocurrido, la suerte me sonrió llevándote al lugar. Y, ya lo ves, al final no me equivoqué. —Sonrió—. Beatriz había tenido la intención de buscarte. Quería hablarte de su descubrimiento. Sin embargo, y aunque estoy seguro de que habría terminado haciéndolo, no tuvo tiempo para darte los detalles que yo necesitaba. Aun así, tú te encargaste de subsanar eso convirtiéndote en el valiente hidalgo que se lanza en busca del culpable de la muerte de su doncella… Y la otra cuestión en la que acerté —añadió reinstalando la sonrisa— fue que, una vez que tuvieras en tus manos lo que buscaba, no iba a ser difícil obtenerlo. Solo bastaba con poner a tu lado a…

—A Lara…

—Lara… Diana… Diana… Lara —repitió hipnotizado mientras acercaba el cañón del arma a mi ojo lastimado. Luego, hundió el metal en la herida de la ceja hasta que la sangre comenzó a manar nuevamente—. Pues sí —prosiguió—. Nada mejor contigo que emplear a una mujer para esas cosas.

—Maldito…

—Diana va a largarse de México. Se inventará una nueva vida que le permita disfrutar de la parte que le toca del dinero. Y colorín colorado… El cadáver de Lara Bowman ya fue incinerado. Así que ahora, al esfumarse Diana, Lara también habrá desaparecido y, con ella, cualquier rastro de quien estuvo a tu lado estas semanas. Diana… Lara… Lara… Diana —murmuró en mi oído.

—Y supongo que tú desaparecerás con ella.

—Por supuesto que no. Para la policía, nada tengo que ver con este asunto. Así que no será necesario. Además, no pienso echar por la borda todo lo que he conseguido. Seguiré siendo el mismo, solo que ahora con mucho más dinero que antes.

—Entonces no pensabas seguir con ella. Solo la usaste.

—No seas ingenuo. —Rio—. Diana y yo somos socios en esto, nada más. En cualquier caso, si hubiera que decir que usé a alguien, ese serías tú, Alberto… Cada hecho que ibas descubriendo, ella me lo comunicaba en minutos. Era tan sencillo. Solo había que hacerte pensar que corría el más mínimo peligro para que te acercaras a ella más y más.

—Los disparos en la casa en Tepoztlán.

—Eso o cualquier otra cosa que se me hubiera ocurrido para hacerte creer que Dulcinea se hallaba en peligro. ¿No te das cuenta? Toda la vida has sido aburridamente predecible; contigo estas cosas son como sumar dos más dos. Sabía que tu inseguridad haría que, a la primera muestra de afecto, te rindieras ante ella. Y no es que tengas debilidad por las mujeres bonitas, sino que en ti eso es una cuestión casi patológica. Habrías caído rendido igual ante cualquiera que te

hubiera dado una migaja de lo único que has anhelado toda la vida: un poco de cariño. Eres como un pinche perro callejero que, acostumbrado a que todo el mundo le meta un puntapié en las costillas, imagina que quien le ofrece un mendrugo lo hace por amor y no por lástima.

Jorge se alejó un momento para abandonar el arma y tomar la chaqueta que descansaba sobre la caja.

—Ese ha sido siempre tu problema, Alberto. Que has creído que para tener hay que merecer. Por eso no terminaste al lado de Beatriz, porque no dejabas de pensar en que había algo más que debías hacer para ser digno de ella; algo excepcional que le mostrara lo mucho que valías. Y pensando en esas tonterías se te pasó el tren… Pero te equivocaste —continuó mientras se ajustaba la chaqueta—. Uno tiene, no lo que merece, sino lo que es capaz de arrebatarle a otros. ¿O crees que Eduardo hizo algo extraordinario para ganarse a Beatriz? Ese inútil no ha conseguido nada en toda su puta vida que no le haya puesto enfrente su padre. Incluso, cuando se casó con ella, solo se aprovechó de las circunstancias. Le bastó con ofrecer su ilustre apellido para resguardar el buen nombre de una chica decente…

Algún signo de confusión en mi semblante debió alertar a Jorge, ya que dio un paso hacia mí y murmuró:

—¿No me digas que no lo supiste? ¿Que no te enteraste del porqué de aquel apuro por casarla con Eduardo? ¿No te lo dijo ella…?

Jorge midió mi ansiedad y luego rio largamente.

—Pues entérate —disparó—. Beatriz le confesó a su madre que estaba embarazada y ella la obligó a hacerlo.

El dolor que me nacía del hombro desapareció de pronto. No supe si fue el entumecimiento apoderándose finalmente de mi cuerpo, o si todo aquel pesar físico se había concentrado en la sensación de abismo que me ahogó al escuchar esas palabras.

—Ya te podrás imaginar cómo se puso aquella mujer al enterarse. —Reanudó mientras verificaba las mancuernillas en los puños de la camisa—. Que si Beatriz era una irresponsable, que si para eso la había mandado a estudiar a Boston, que cómo lo había permitido, que no iba a dejar que el nombre de su familia se manchara. En fin… La vieja no tenía ni puta idea de lo que había pasado y le armó un tango de arrabal en el que el único final posible era casarla con el primer pendejo que se le pusiera enfrente. —Jorge volvió a sonreír mientras se abrochaba el botón de la chaqueta para adoptar la impecable imagen de funcionario financiero—. En ese entonces, Eduardo no pensaba en otra cosa que no fueran las nalgas de Beatriz. Acuérdate de cómo, apenas se enteró de que ella se iría a Boston, hizo que don Sebas moviera cielo y tierra para quitarme la beca en Harvard y dársela a él… A Beatriz, por supuesto, Eduardo no le interesaba, al

menos no para casarse con él. Y, aunque no lo creas, a su madre ese idiota tampoco terminaba de llenarle el ojo. El problema fue que no había espacio para elegir a un yerno a su gusto. Se acababa el tiempo en su mundo color de rosa, ya que no faltaba mucho para que comenzara a crecer la barriga de su hija y, con esta, la vergüenza familiar. Es más, llegó a ofrecerme que fuera yo quien se casara con ella. Parece que, a diferencia tuya, la arpía sentía algo de apego hacia mí. Me aseguró que Beatriz haría lo que ella le ordenara. Pero, en aquel momento, calculé que sería más lo que podría sacar de Isabella y de su padre, que de Beatriz y su familia, a la que ya había tocado la mala suerte —dijo esto mientras volvía al cajón de madera para recuperar el arma—. Al final, la convencí de que Eduardo era el hombre indicado para esa noble empresa. Así mataba yo dos pájaros de un tiro. Me libraba del acoso de aquella mujer a la que haber tenido como suegra habría significado un verdadero dolor de huevos y, al mismo tiempo, me granjeaba la gratitud de Eduardo, quien traía el fierro más caliente que un pinche perro en celo. Incluso —sonrió— quise jugarte una broma y te envié ese mismo día la invitación de la boda. ¿Te acuerdas? Debiste ver tu cara en la iglesia cuando…

—¡Eres un canalla! —lo interrumpí—. Arruinaste la vida de Beatriz. Nuestras vidas.

—No, no, no… A mí no me eches la culpa de tus desdichas. Ya te dije que, de eso, el único responsable fuiste tú. Habría bastado con haberla buscado como un hombre, en lugar de hacerte chiquito escondiéndote de ella. Tuviste tus oportunidades y las dejaste ir. Como ese día que fuiste a verla al hospital. ¿Recuerdas? Te portaste como lo que has sido siempre, un cobarde.

—Fuiste tú quien me convenció de que me fuera.

—Y si te hubiera dicho «Lánzate por la ventana», ¿lo habrías hecho? No, ¿verdad? Admítelo, Alberto. Te fuiste de allí porque te faltaron agallas para asumir tu responsabilidad.

—¿Mi responsabilidad? ¿Qué responsabilidad podía tener yo? Fue el idiota de su marido quien la dejó sola cuando perdió al bebé.

—Pero fuiste tú quien… —Se detuvo de pronto.

—Fui yo quien ¿qué…?

Jorge me cruzó con una mirada penetrante y luego rio. Fue una risa larga, aguda, insolente.

—Claro, no lo sabes. —Se rehízo—. Pues sucede que Beatriz tenía ya casi cuatro meses de embarazo y parece que la vida al lado de Eduardo había sido peor de lo que había temido. Así que fue con su madre para decirle que quería divorciarse. La respuesta de aquella mujer fue categórica: «Sobre mi cadáver». No conozco los detalles, pero debió de comenzar la discusión y, en algún momento en el que los ánimos se caldearon, Beatriz le soltó la gran noticia: que el hijo

que esperaba… era tuyo.

Un frío de muerte me recorrió las venas.

—Imagínate. A la vieja casi le da un infarto —continuó mientras se concentraba en el arreglo del pañuelo que brotaba del bolsillo de pecho de la chaqueta—. Ella, que pensaba que su nieto iba a ser el rubio resultado de un *rapidín* durante el *spring break* entre su hija y algún anglosajón ebrio, se topaba de pronto con que la criatura iba a ser el hijo de un pelagatos como tú. Y no solo eso, sino que Beatriz la amenazó con que iba a buscarte y, si la aceptabas, se iría contigo.

La sensación de vació se transformó en un repiqueteo en las sienes que fue como el presagio de la bala que iba a perforarme el cráneo.

—La mujer, sabiendo lo que se jugaba, maniobró de inmediato. A escondidas de Eduardo se llevó a Beatriz a Valle de Bravo y la encerró a piedra y lodo, pretextando una depresión que solo estando a su lado lograría vencer. Luego, consiguió a un médico que, pese a los riesgos de una gestación tan avanzada, le practicó el aborto aprovechando que Eduardo se había ido a ese viaje con el presidente. La mañana siguiente a la operación fue cuando Beatriz te buscó. Para su mala fortuna, su madre la escuchó en el teléfono cuando te dejaba un recado en el periódico y…

—Entonces, ese día me estaban esperando.

—Por supuesto —confirmó caminando por mi espalda—. La doña me rogó que fuera yo quien te recibiera para convencerte de que te largaras sin hacer escándalo. Me dijo que te ofreciera lo que fuera necesario. Y es que la bruja estaba realmente asustada. Sabía que, si llegabas a esa habitación y hablabas con Beatriz, la perdería para siempre. Así que fue una suerte que me facilitaras el trabajo y te largaras como el pusilánime que has sido toda la vida.

—¿Supo Beatriz lo que pasó ese día?

—Claro que no. ¿No pensarás que su madre iba a decírselo? La pobre imaginó que no fuiste porque no la habías perdonado. Desde entonces no volvió a oponérsele en nada.

—¿Cómo fuiste capaz de ayudar a esa mujer a cometer una monstruosidad así? —grité sin lograr silenciar la barrena que me partía la cabeza.

—La vida me ha enseñado que, para conseguir lo que buscas, primero hay que pensar en uno mismo, nunca en los demás.

Sentí que las lágrimas escapaban de mis ojos.

—¿De verdad, Alberto? —escupió con desprecio al verme—. ¿Vas a ponerte a lloriquear? Eres patético. ¿Te das cuenta ahora de lo que sirve ser un virtuoso? —prosiguió luego de una pausa en la que creí notar que algo cambiaba en su semblante—. Pues para nada… Alguna vez, ilusamente, traté de ser como tú. Pero cuando lo intenté, la vida me dio un buen portazo en las narices. Nuestros maestros no

aceptaban sino a gente como tú, que repetía lo que ellos querían escuchar y no lo que uno tenía que decir. Y los puños de mi padre nunca se cansaron de recordarme tampoco que, si no era fuerte, no conseguiría nada del mundo. —Su mirada se había convertido en la pantalla que proyectaba la historia de su vida; una trama en la que aparecía buscando refugio para intentar salvarse de las escenas de terror que sucedían cuando la puerta de su casa se cerraba por las noches—. Pero pagué el precio y eso quedó atrás. —Revivió con el rostro endurecido.

Caminó lentamente hasta colocarse frente a mí. Levantó el arma y la apuntó directo a mi cabeza.

—Es una pena que todo acabe así. No me habría importado que siguieras con tu vida insulsa, pero eso significaría que yo terminara metido en problemas muy serios. Lo siento, Alberto.

Lo miré fijamente. No deseaba que se borrara nunca de su pupila la imagen de lo que estaba a punto de hacer. Pero cuando me preparaba para escuchar la detonación que transformaría el futuro en oscuridad, una voz recia surgió para detenerlo:

—¡Jorge Negrete! ¡Baje la pistola!

Él se volvió ante el rugido. Logré ver cómo su semblante se descomponía al escuchar aquella forma de referirse a él que lo sacaba de quicio desde que éramos unos adolescentes. Entonces, de entre la penumbra de la nave, emergió el agente Luciano Fierro apuntándole con el arma de cargo sostenida con ambas manos.

—¡Baje la pistola, le digo!

Jorge estaba desconcertado ante la súbita aparición del policía.

—Suéltela —repitió Fierro clavándole la mirada clarísima—. Todo ha terminado.

El tono de voz del policía se había suavizado para tratar de tranquilizarlo y lograr que, al darse cuenta de que no había salida, se rindiera. Parecía que Jorge comenzaba a hacer descender la pistola con la que todavía me apuntaba, cuando un nuevo ruido cortó el silencio. Fue el sonido chillón del acordeón y el tololoche de *La coyota*, anunciando la entrada de una llamada en el celular del menonita. Jorge aprovechó el brevísimo descuido del policía y se situó con rapidez a mi espalda para usarme como escudo.

—Si no quiere que lo mate —gruñó con rabia colocando el cañón de la pistola contra mi nuca—, tire el arma.

Luciano Fierro dudó.

—¡Tírela de una puta vez o le meto una bala en la cabeza a este idiota! —bramó Jorge.

Muy lentamente, el menonita extendió los brazos y comenzó a doblar las rodillas hasta que estuvo muy cerca del piso. Luego, bajó la pistola hasta depositarla sobre el suelo.

—¡Patéela hacia acá!

Fierro se incorporó y, con el pie, empujó el arma hasta dejarla fuera de su alcance.

—Malditos policías. —Bufó Jorge dando un par de pasos mientras encañonaba al agente Fierro—. Cuando se les necesita, no hay uno que acuda. Pero, eso sí, se aparecen cuando nadie los llama. Ni hablar. —Decidió recomponiéndose—. Usted se lo buscó.

Alzó el arma y un estallido inundó la bodega. No obstante, no fue Luciano Fierro quien cayó derribado por el disparo, sino Jorge que lo hizo con un borbollón de sangre manando de su cuello. En ese momento, de entre la penumbra, apareció el inspector Hasen Ramírez. Llevaba el arma en las manos y su rostro estaba pálido, como si acabara de toparse con un fantasma. Mientras el menonita se recargaba en una caja para intentar reponerse de la descarga de adrenalina, yo no podía dejar de mirar a Jorge quien, con las manos afianzadas al cuello, se ahogaba en su propia sangre.

Cuarenta y cinco

> **Ocaso**. Imagen bucólica que el escalador presencia cuando el sol traspone el horizonte. Señal de declinación y decadencia. Signo que es anuncio del final, pero también del inicio de algo nuevo.

Jorge murió antes de que la ayuda médica pudiera llegar a la vieja nave industrial. El inspector Hasen Ramírez trató de aminorar la hemorragia oprimiendo con sus manos la herida en el cuello, pero fue inútil. Unos minutos después, Jorge había dejado de moverse hasta quedar tendido sin vida. A pesar de todo lo que había descubierto en esas últimas horas, sentí una enorme pena por él. Habría querido recordarlo como aquel adolescente sentado junto a mí la mañana en la que la anodina justicia de la Sanguijuela Saldaña se había hecho en ambos, o cuando estuvo dispuesto a hacer lo necesario para conseguir el Chevrolet Impala de su padre que nos llevaría a mí y a mis sueños a la casa de Beatriz para poner en marcha el Plan Dante. Así es como habría querido retener su recuerdo, y no como aquel cuerpo sin vida que me miraba desde el suelo de la bodega o, peor aún, como el amigo a quien la vida había hundido bajo el hielo de un dolor que nunca supe comprender. Al final, sintiendo una opresión en el pecho, como si aquella bala me hubiera herido a mí y no a él, me acerqué y cerré sus ojos por última vez.

A la distancia, puedo decir que si salvé la vida fue gracias a quienes en algún momento supuse eran mis enemigos. Cuando el agente Luciano Fierro se cansó de esperarme a las afueras del banco, pidió a uno de los guardias que fuera a buscarme. El hombre regresó para informarle que las luces en el despacho de Jorge estaban apagadas y que no quedaba nadie allí. Al principio, el menonita supuso que quizás habría decidido escapar con mi amigo para gozar de una noche lejos de su vigilancia. Llamó entonces a la delegación para que localizaran mi celular y echarme a perder la travesura. Pero la respuesta de la sargento Pineda fue que la señal de mi teléfono palpitaba quieta a la mitad de la calle de 5 de Mayo. Al buscar en el sitio, Fierro encontró la larga alcantarilla que cruzaba la calle desde la que parecía provenir la señal. Regresó al banco y, con sus finas maneras, obligó a los guardias a que lo llevaran al despacho de Jorge. Allí dio con el único objeto fuera de su sitio en aquella oficina perfecta: el portarretrato

que me había revelado la verdad y que permanecía en el suelo a un costado del sofá. Como yo, al ver a Lara en la fotografía, el menonita se dio cuenta de que algo estaba mal. Llamó al inspector Ramírez para ponerlo al tanto y este no tardó en comprender lo que ocurría. De inmediato, el Holandés envió a Fierro hacia el lugar al que supuso Jorge me habría llevado para atar aquel cabo suelto: la bodega abandonada en la zona industrial de la que, semanas antes, habían sacado el cuerpo sin vida del mayor Tulio Casiano Asís.

El imprevisto hallazgo del agente Luciano Fierro, sin embargo, no había tomado completamente desprevenido a Hasen Ramírez. De alguna forma, aquel era el evento que, aunque no por ese flanco, el inspector había estado esperando para cerrar el caso. Luego del interrogatorio al que me sometió en el hospital, el Holandés se había dedicado a rearmar la investigación repasando los antecedentes de todos los que, de una u otra forma, habían aparecido en torno de aquella trama. De esa revisión, solo una persona encendió sus alarmas: Lara Bowman. Pese a haberle informado que regresaría a Inglaterra para reincorporarse a su trabajo, Ramírez había preferido no ahorrarse esfuerzos y pidió que se corroborara con las autoridades migratorias su salida del país conforme al itinerario que el agente Fierro le había proporcionado. Pero la consulta arrojó una sorpresa: ninguna Lara Bowman había abordado aquella tarde el vuelo de British Airways con destino a Londres. Tratando de jalar de aquella hebra, el Holandés había solicitado a la policía británica una confirmación fotográfica de la identidad de la investigadora de la Universidad de Essex. La solicitud le devolvió una imagen adjunta a un correo electrónico que no concordaba con la que todos asociábamos a ese nombre, sino que más bien tenía un enorme parecido con el rostro que, hasta ese momento, la policía identificaba como Diana Abascal. Así que, sin que yo lo supiera, Hasen Ramírez y los agentes a su cargo se habían dado a la tarea de hallar a la misteriosa mujer quien parecía haberse esfumado.

Lo que el inspector Ramírez no había sospechado era que Jorge estuviera implicado en la intriga. De no haberme tropezado con esa fotografía en la que aparecía al lado de Diana, habría sido imposible ligarlo al caso hasta no dar con aquella mujer. Eso significaba que la policía probablemente nunca habría conseguido colocar las piezas en su sitio, porque Diana Abascal se había desecho ya de las máscaras tras las que se ocultaba: la de Lara Bowman quien, al haber realmente fallecido junto a Beatriz, había desaparecido de la faz de la tierra, y también de la propia, ya que la mujer detrás de aquel nombre había muerto ante los ojos de la ley. Así que la llegada del agente Fierro a aquella bodega justo a tiempo para toparse con Diana en el coche en el que pensaba escapar e inmovilizarla con la ayuda de sus *gemelitas*

de acero, y de Hasen Ramírez para evitar que Jorge pusiera punto final a su plan colocándonos sendas balas en la cabeza al menonita y a mí, había sido —como suele ocurrir con los grandes éxitos de la policía mexicana— menos resultado de las labores de inteligencia, y más producto del instinto y la casualidad.

Como si solo hubiera estado esperando a que aquella trama torcida llegara su fin para retornar al mundo de los vivos, la mañana siguiente don Efraín salió del coma. No obstante, todavía les tomó a los médicos una semana más dar las instrucciones para retirarle la ayuda respiratoria y permitir que sus pulmones volvieran a hacer su trabajo por sí solos. Yo lo visité todos los días. Al principio, solo para estar a su lado y confortarlo y, después, para que juntos recorriéramos, una y otra vez, los recovecos de la aventura que había llegado a su fin. Lo único que siempre apagaba su exultante actitud era la escena en la que el arma de Jorge acababa con la vida del mayor Asís. Entonces repetía, como suelen hacerlo los viejos cuando hablan de sus grandes lances, que lamentaba no haber conocido al militar muchos años antes, ya que, a pesar de ver la vida y la historia de una forma tan distinta, habrían terminado siendo buenos amigos. «No dudo que el mayor pensara lo mismo», le decía yo para reconfortarlo. «Pues sí», me respondía él con el ánimo ensombrecido. «Solo así puedo entender que haya elegido recibir esa bala que tenía escrito mi nombre».

Cuando finalmente los médicos le dieron el alta, con la recomendación —que su amigo Carlos Rafael Cañizares le había dado mil veces antes— de dejar el cigarro y el trago, don Efraín se empeñó en que fuéramos al Panteón Francés, antes incluso de ir a su casa. Allí visitamos las dos tumbas que eran el precio que habíamos pagado por vivir aquella aventura.

—No se lo he preguntado antes, maestro —dije cuando empujaba su silla de ruedas para colocarnos frente a la lápida de mármol en el sepulcro de Tulio Casiano Asís—. Ese día, en la bodega, ¿cómo supo que detrás del pasamontañas estaba Jorge?

El viejo hizo una larga pausa antes de responder:

—La verdad, Alberto, es que no lo sabía.

Lo miré extrañado. Aquel detalle era algo que don Efraín simplemente daba por sentado y dejaba pasar de largo al llegar a ese tramo circular del relato.

—Estábamos contra la pared y lo único que pretendía era asustarlo —añadió—. Pensé que, si ese maldito iba a matar a alguien, ese debía de ser yo. Pero ya lo ves, también en eso Asís me ganó la partida.

Avanzamos luego por las calles arboladas del cementerio rumbo a la tumba de Beatriz. Un viento fresco se colaba por entre los albos monumentos mortuorios, haciendo que don Efraín resguardara las

manos debajo de la manta que le cubría las piernas.

—Habrá que ver si ahora que ha dado con esos papeles, el Gobierno es capaz de ubicar el lugar en donde está ese dinero —murmuré recordando que, apenas el día anterior, la policía había hallado el cartapacio y el cifrado ocultos en el escritorio de Jorge—. A lo mejor un día de estos el cabrón de la Lombriz, o algún otro político con todavía menos escrúpulos, nos sorprende anunciando con bombo y platillo el descubrimiento.

—O quizá nunca den con él. —Revivió don Efraín alzando los hombros—. ¿Quién nos dice que alguien no se nos adelantó hace muchos años? ¿O que tal vez todo fue una fantasía desde el principio y ese dinero nunca llegó a México? En cualquier caso, doscientos millones de dólares pueden parecernos una fortuna, pero no es nada en esa máquina de corrupción y desperdicio que es el Gobierno. Así que, mi querido Alberto —suspiró—, quizás el destino de ese dinero haya sido simplemente esfumarse, sin que el esfuerzo y vidas que costó haya servido para nada.

A la sombra de una jacaranda que coloreaba el ambiente con el azul violáceo de sus flores, estaba la lápida bajo la cual descansaba el cuerpo de Beatriz. No había estado allí desde el día de su sepelio y los ojos se me humedecieron. Don Efraín debió de presentirlo porque levantó una mano para apretar la que yo había puesto sobre su hombro. Entonces pensé en ella. No en como la vi la última vez en la morgue sobre una plancha de acero, sino en cómo me deslumbró al entrar a aquella clase de inglés cuando éramos un par de chiquillos. Supongo que el amor ha sido siempre así, una brisa apacible que nos toma por sorpresa. Quizá Dante Alighieri sintió lo mismo la primera vez que se topó con Beatriz Portinari en las calles de Florencia y, como a mí, a partir de aquel encuentro el amor gobernó su vida.

Pensé en volver a renegar de los hechos que se interpusieron para que Beatriz y yo tuviéramos un futuro juntos. Quise maldecir a su madre, a Jorge, a Diana, a la Lombriz, pero comprendí que eso no ayudaría sino a alimentar un vacío que terminaría por consumirme. Mrs. Evil ya se había ido y, quién sabe, tal vez estuviera purgando en algún lugar las culpas que había acumulado en la conciencia. Jorge también había pagado ya el precio de sus actos, y Diana lo haría durante muchos años en una prisión. En cuanto a la Lombriz, aunque por otras culpas, tarde o temprano recibiría también su merecido. La justicia —como escribió Horacio— aunque anda cojeando, rara vez deja de alcanzar al criminal en su carrera. A pesar de los mensajes que me hizo llegar cuando todo hubo terminado, me negué a reunirme con él. No dudaba que su intención al buscarme tuviera que ver con la historia de su cobarde antepasado y con la duda de que —luego de lo ocurrido— yo la conociera. Quizá deseaba intentar pagar por mi

silencio, o sencillamente conseguirlo con amenazas. No lo sé, aunque tampoco habría sido necesario; por más rencor que sintiera hacia él, no me habría prestado a una bajeza así. Ya se encargarían de eso sus contrincantes políticos en la siguiente elección. Con la historia del hombre bajo el hielo en los periódicos, no faltaría quien —como lo hicieron don Efraín y Olguita— diera con la pista de Agustín Ruz para, a partir de la crónica de esa traición, hacer trizas la carrera política de Eduardo Ruiz-Berben. Sería solo cuestión de tiempo… Por eso, en lugar de alimentar rencores frente a su tumba, preferí pensar en que el tiempo que Beatriz y yo compartimos había servido para tocarnos en el sentido de las señales que cada uno de nosotros es capaz de dejar en los demás. Preferí pensar en ella y en cómo me tocó para, en un acto de prestidigitación, convertirme en lo que soy.

Cuando el ocaso comenzaba a amenazar en el horizonte, dimos media vuelta y avanzamos en silencio por la larga calle interior rumbo a la salida del cementerio. Mientras escuchaba el sonido de las ruedas de la silla rozando contra la grava, me di cuenta de que estaba listo para escribir aquella novela. No sería la *Commedia* con la que Dante inmortalizó a su Beatriz, pero al menos sería un sitio seguro para resguardar el recuerdo de la mía y evitar que se perdiera en la inmaterialidad del futuro.

Supe que, en las palabras que pondría sobre el papel, estaría ella y lo que fueron los días luminosos en los que estuvimos juntos, pero también los días oscuros que nos separaron y que, a pesar de todo, fueron los de mi renacimiento. Estaría mi sorpresa al descubrirla entrando en aquel salón de clases en el Anglo, mi alegría al verla sonreír ante el monigote de Dante, mi plenitud al sentir el tacto de su mano mientras nos abducía la música de Beethoven, mi admiración ante los recursos del destino cuando me permitió reencontrarla mientras leía a Ibargüengoitia, y mi felicidad al besarla en El Espejo Invisible la tarde en la que estuvimos juntos por última vez. Estaría también mi tristeza de niño al verse frustrada aquella noche de concierto, mi vulnerabilidad y miedo ante los embates de su madre, mi confusión al saberla tantas veces al lado de la Lombriz, y mi arrepentimiento al no haber sido capaz de llegar a ella cuando me buscó desesperada. Pero, por encima de todo, estaría mi nostalgia al verla en ese vídeo imposible; mi amor al saber que el lazo que un día nos unió no se rompió nunca.

Comprendí que esa noche llegaría a casa y, como lo había hecho muchos años atrás, colocaría la primera hoja en blanco en el rodillo de la vieja Underwood para teclear el título bajo el que quedarían anclados mis recuerdos. Después, deslizaría el segundo folio para escribir otra vez, y ahora para que nunca desapareciera de allí: «A Beatriz».

Invierno de 2022